
EL JUEGO
10 preguntas
Deseos Peligrosos
LINDA MOON

El Juego: 10 preguntas

Romance contemporáneo de amigos a amantes

Linda Moon

Linda Moon

Nada de lo que vas a leer ocurrió de verdad.
O eso es lo que vamos a decir. Si algún nombre, ciudad o escena te suena, es casualidad… o porque todos vivimos en un mundo demasiado parecido.

Esta historia mezcla pasarelas, castings, noches sin dormir, código a las tres de la mañana, criptomonedas y pantallas gigantes en ciudades que nunca paran. Es la realidad de hoy, subida de volumen: fama, dinero, tecnología… y golpes que te dejan sin aire.

Aquí hay cuerpos marcados, decisiones que duelen, miedo al futuro y gente que se queda cuando todo se cae. Va de caer y levantarse, de perderse y agarrarse a alguien para no hundirse del todo.

Si quieres entender mejor de dónde viene Ángel, por qué tiene dos padres —Jonathan y Justin— y cómo empezó todo entre John y Sheila, puedes leer la serie **Deseos prohibidos**, *Conexión insoportable*.
Pero no es obligatorio: también puedes empezar aquí y dejar que esta historia te arrastre.

Copyright © 2025 por Linda Moon
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización previa y por escrito de la autora o del editor, salvo lo permitido por la legislación sobre derechos de autor vigente en los Estados Unidos y la Unión Europea.

Contents

Capítulo 1. Ángel
Capítulo 2. Ángel
Capítulo 3. Kimberly
Capítulo 4. Kimberly
Capítulo 5. Kimberly
Capítulo 6. Ángel
Capítulo 7. Ángel
Capítulo 8. Ángel
Capítulo 9. Ángel
Capítulo 10. Ángel
Capítulo 11. Ángel
Capítulo 12. Kimberly
Capítulo 13. Kimberly
Capítulo 14. Ángel
Capítulo 15. Kimberly
Capítulo 16. Kimberly

Capítulo 17. Ángel
Capítulo 18. Kimberly
Capítulo 19. Ángel
Capítulo 20. Ángel
Capítulo 21. Ángel
Capítulo 22. Kimberly
Capítulo 23. Kimberly
Capítulo 24. Kimberly
Capítulo 25. Kimberly
Capítulo 26. Ángel
Capítulo 27. Kimberly
Capítulo 28. Ángel
Capítulo 29. Ángel
Capítulo 30. Ángel
Capítulo 31. Ángel
Capítulo 32. Ángel
Capítulo 33. Kimberley
Capítulo 34. Ángel
Capítulo 35. Kimberly
Capítulo 36. Ángel
Capítulo 37. Ángel
Capítulo 38. Ángel
Capítulo 39. Ángel
Capítulo 40. Kimberly
Capítulo 41. Ángel
Capítulo 42. Kimberly
Capítulo 43. Ángel

Capítulo 44. Kimberly
Capítulo 45. Ángel
Capítulo 46. Kimberly
Epílogo

Capítulo 1. Ángel

Mi nuevo Tesla autónomo se desliza hasta el aparcamiento como un perro bien entrenado: reconoce las coordenadas y se coloca solo en su sitio.

Desde niño me volví loco por los coches. Culpa de Justin. El mío no es de su colección de clásicos, sino el último modelo, inteligencia artificial, pilotaje automático, todos los juguetes. Cómodo: no tienes que estar pendiente de la carretera cuando el teléfono no deja de sonar. Especialmente hoy.

En el mercado cripto se están gestando operaciones gordas, y la capitalización de mi moneda, Morris coin, está a punto de dispararse. Lo noto en la piel, como la subida de la marea en un océano tranquilo. Mi intuición y mi equipo no han fallado todavía. Y hoy no va a ser la primera vez.

—Sí, Miwei, cierra la operación. Que Maxwell espere —digo, ajustándome el auricular y saliendo del coche.

—Recibido —responde él. Casi puedo verle la sonrisa chulesca—. Esto huele a fiesta.

Seguro que ya se frota las manos, calculando mentalmente el porcentaje que le va a caer: un par de cientos de miles, mínimo.

—No te distraigas, Miwei —corto—. Tenme al tanto. Y controla a Maxwell.

—A la orden, jefe.

Me subo el cuello de la chaqueta justo cuando entra la segunda llamada. A mi espalda, el Tesla pita suave: puertas bloqueadas, seguridad activada. Me encanta ese sonido. Y este otro, aún más:

—¿Qué? ¿Te has hecho un millón más rico? ¿O te llamo en dos minutos? —se ríe Rebeca al otro lado.

—¿Un millón? ¿Por quién me tomas, cariño? —respondo, medio en broma.

Vuelve a reír. Pongo el dedo en el sensor del ascensor, las puertas se abren y entro. El metal pulido refleja mi cara: demasiado seria, demasiado descansada, demasiado segura de sí misma.

—Entonces hoy tenemos dos motivos para celebrar —dice Rebeca, animada.

—No, uno. El aniversario. Todo lo demás puede esperar —respondo, y por inercia me aliso el pelo. Ya toca cortarlo.

—Eres el mejor hombre del universo, Ángel. No puedo esperar a que llegue la noche.

—Paso a por ti a las siete.

—Te esperaré. Besos.

Apoyo la muñeca con el chip en la cerradura y la puerta del piso se abre con un susurro.

Este ático fue de Justin, pero me lo regaló cuando cumplí los dieciocho. Desde entonces, lo he cambiado todo; hasta compré la planta de abajo. Ya no es un piso: es una casa inteligente en vertical, con vistas al corazón de Los Ángeles.

Podría permitirme una mansión con fuente y palmeras, como la del viejo señor Gray, pero con este lugar me unen demasiadas cosas.

Cada mañana me planto frente al ventanal y miro cómo despierta la ciudad. A esta hora, Los Ángeles respira hondo. Las calles zumban bajo una capa fina de silencio, los teléfonos callan. Él y yo: dos jugadores a punto de arriesgar fuerte para convertir un sueño en realidad. Sí, Justin me puso Ángel por esta ciudad. Y aquí hay dos tipos de personas: a unas se les cumplen los sueños, a otras se les hacen añicos.

Yo he decidido a qué grupo pertenezco. Cada día es un riesgo. Cada día es una victoria. He aprendido demasiado como para

permitirme perder.

—Ángel, bienvenido a casa —la voz suave de Roxy me saca del trance.

Roxy es mi robot-mayordomo. Último modelo. Diseño minimalista, inteligencia brillante, modales impecables. Y, a diferencia de las chicas de carne y hueso, no tiene celos, no hace dramas y no hace preguntas que no quiero contestar.

—¿Va a cenar, señor? —pregunta desde la cocina.

—No, Roxy. Cenaré en el restaurante. Elige un look. Camisa blanca. Hoy estamos de celebración.

—Sí, señor.

Desabrocho los primeros botones de la camisa, estiro el cuello y noto cómo cruje. Dos años con Rebeca. Ha llegado el momento de pedirle matrimonio.

Tengo treinta y uno, casi treinta y dos. Soy rico, exitoso, salgo en la lista de Forbes, y la seguridad me acompaña en cada gesto. Rebeca es inteligente, guapa, una de las mejores ecólogas del país. Mi familia la adora. Hasta Justin y Jessie están encantados con ella. *(Si quieres conocer la historia de Justin y Jessie, y entender por qué Ángel tiene dos padres, puedes leerla en mi serie* ***Deseos prohibidos****, en el libro* ***Conexión insoportable****.)*

Todo encaja. Y he hecho bien en comprar el anillo. Hoy es el día perfecto para dar un paso hacia la familia perfecta.

El restaurante de Westwood brilla en un dorado suave. Las paredes reflejan la luz como si fuera miel. Rebeca, con un vestido azul marino imposible de ignorar, parece encajar en el decorado como si lo hubieran diseñado para ella. Las velas titilan entre las copas; su piel tiene ese brillo cálido de anuncio de joyas.

Se ríe, y por un segundo me descubro deseando morderle el labio inferior. Pero no lo hago. Nunca lo hago. A Rebeca le gusta tierno, incluso en la cama. Y a mí me parece bien. Casi.

Estiro la mano hacia el interior de la americana, palpo el bolsillo… y todo se detiene.

No está el anillo.

—Mierda —se me escapa en un susurro.

—¿Qué pasa? —Rebeca alza las cejas al instante. Sabe que yo casi nunca digo tacos.

—Yo… —un peso frío me cae en el estómago—. Creo que me he dejado el teléfono.

Improviso. Rápido, pero mal. No soy de los que se olvidan cosas. Roxy tendría que habérmelo recordado.

—Está en la mesa —sonríe sin perder la calma y señala el móvil, justo al lado de mi copa—. Aquí.

—Perdona —murmuro, sintiendo cómo la situación se me escurre un poco de las manos.

—Estás nervioso, Ángel. ¿Problemas con las bolsas? —bromea, refiriéndose al mercado.

—No. Todo bajo control. Mejor de lo esperado, de hecho.

—Nunca he dudado de ti —dice, posando su mano sobre la mía. La mirada se le suaviza—. ¿Vamos a tu casa después de cenar?

Baja las pestañas y, por un momento, parece que no estuviera hablando solo de la noche, sino de… algo más. Es demasiado lista. Igual lo intuye.

—Claro —sonrío—. Justo iba a proponértelo.

Y solo yo sé que esta velada debería haber terminado de un modo muy distinto.

—¿Quieres más vino? —le pregunto al dejarla pasar al vestíbulo. Le ayudo con la chaqueta; la cuelgo en el perchero.

—No —sonríe con un brillo distinto en los ojos y se vuelve hacia mí. Su dedo índice roza mis labios y se desliza hasta la barbilla.

Vaya. Rebeca juguetona. Primera vez. Será el vino. O los nervios. O las dos cosas. No me quejo.

La rodeo por la cintura, la acerco, inspiro el olor de su pelo. Es cálido, denso, envolvente, como una noche de verano que no quieres que acabe.

—Hueles… embriagador —exhalo, y los dedos se me cierran con más fuerza sobre la tela del vestido—. Adoro este perfume.

—Claro que sí. Me lo regalaste tú.

—Mi favorito. Ámbar negro.

Inspiro más hondo. Enebro, rosa, frambuesa… y ese ámbar que hace hervir la sangre. El cuerpo se me tensa, los músculos se

despiertan. El anillo puede esperar; esta noche se ha ganado el derecho a ser algo más que perfecta.

—Para mí es demasiado intenso, pero sé lo mucho que te gusta —dice, con una sonrisa suave.

Deja de hablar, Rebeca. Ahora no quiero palabras. A lo sumo, gemidos cortos. Le tomo el cuello con la mano, le echo la cabeza un poco hacia atrás. Es un gesto más brusco de lo normal conmigo. Sus labios quedan justo bajo los míos.

—Ángel… —susurra, sorprendida por mi cambio de ritmo.

Sí, hoy soy otro. Y quizá va siendo hora de que lo vea. La empujo hacia la pared; noto su espalda chocar con el panel liso. Mis manos bajan por sus muslos, el vestido sube, el aire entre los dos se vuelve pesado, caliente. La beso con ansia, me desbordo, le muerdo el labio inferior, la atraigo más… y entonces—

—¡Ángel! —Rebeca se aparta de golpe. Su mano se planta en mi pecho, su respiración se acelera. La mía también.

—¿Qué pasa? —pregunto, con la boca aún rozando su aliento.

—Eso iba a preguntarte yo. Estás… —me mira de arriba abajo—. No eres tú. ¿Todo bien?

—Es que hoy estás demasiado guapa —sonrío de lado, intentando suavizar—. Normal que me haya vuelto un poco loco.

Ella exhala, se relaja, me besa los dedos.

—¿Vamos al dormitorio? —pregunta bajito, a través de las pestañas.

La Rebeca tímida ha vuelto. Y yo, idiota, había interpretado otra cosa. ¿Por qué he querido a la que me pasó el dedo por los labios hace un minuto, la que por un segundo parecía… otra? ¿Será solo agotamiento? ¿O son los nervios por la proposición que no ha sido?

—Sube —le beso la frente—. Ahora voy.

Asiente y sube las escaleras. Sus piernas en tacones dibujan sombras en la penumbra, un ritmo que no termino de seguir.

En un par de minutos estaré en el dormitorio. Con ella. Y todo será como siempre: cálido, correcto, sin sobresaltos.

De momento, silencio. Olor a ámbar en los dedos. Y una sensación rara, como si el guion no fuera el mío… y estuviera esperando otra escena.

Rara vez se pone este perfume. Lo hace por mí. Porque sabe que me encanta. Tendré que decirle que no lo use más. Este olor no es suyo.

—¡Ángel! —su voz baja desde arriba—. ¡Estoy lista!

—Ya voy —respondo, desabrochándome un par de botones más de la camisa. Antes tengo que coger el anillo del despacho.

Pero no me da tiempo. El timbre rompe la calma. Una vez. Dos. Insistente. Un segundo, y luego golpes contra la puerta.

¿En serio? Cerca de medianoche, con seguridad y conserje… ¿Cómo narices ha subido alguien?

El timbre se convierte en tamborileo. La sangre me hierve al instante. Odio cuando se salen de mi plan.

—¿Quién es? —gruño, acercándome a la puerta.

No hay respuesta. Otro golpe.

Abro de un tirón. La puerta se abre de par en par y casi me echan hacia atrás. Un cuerpo se me abalanza encima, chillando, me rodea el cuello, la cintura, las piernas.

No me da tiempo ni a pensar: por reflejo la sujeto en brazos. Y justo en ese instante… lo huelo.

Ámbar. El mismo. Un aroma imposible de olvidar.

No. No puede ser.

—¡Ángel! —chilla, riendo, jadeando, apretándome tanto que casi no respiro—. ¡Dios, cuánto te he echado de menos!

Y ya está. Desaparezco. Tres años borrados en un segundo. Ni miles de kilómetros, ni silencio, ni tiempo. Solo este olor, esta risa, este caos. Inspiro más hondo.

Enebro, rosa, frambuesa… y ámbar cálido, del que te incendia. El pantalón se me queda demasiado estrecho. Me prendo demasiado deprisa. El anillo puede esperar: primero, ella. Kimberly.

Se aparta un poco, se ríe, los ojos verdes me taladran, los rizos le caen sobre la cara. Está mayor. Más guapa. Y sigue siendo exactamente la misma.

—¿Te alegras de verme? —las pecas casi invisibles se le estiran con la sonrisa.

—Muchísimo, Azúcar Negra —respondo, notando cómo las comisuras se me suben solas.

Se inclina y me besa la nariz, como si los tres últimos años fueran un par de días.

—¿Qué está pasando aquí? —suena una voz desde la planta de arriba. Afilada como cristal roto.

Rebeca.

Se me olvida respirar.

La escena desde su punto de vista: yo, medio desabrochado, con otra chica en brazos, sus piernas alrededor de mi cintura, mis manos en su cuerpo. Y sí, Kimberly me está besando.

Mierda.

Kimberly salta al suelo con la misma facilidad con la que ha entrado en mi vida, resplandeciente, sin rastro de duda. Mira a Rebeca, sonríe y le tiende la mano como si esto fuera una presentación normal:

—Hola. Soy Kimberly. Puede llamarme simplemente Azúcar Negra.

Perfecto. Si este día mejora aunque sea un ápice, solo será porque me caiga de cabeza en el mismísimo infierno.

Capítulo 2. Ángel

—Hola, soy Kimberly.

¿En serio? ¿Eso es todo lo que se le ocurre? Rebeca ahora mismo nos está fulminando a los dos con la mirada.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, la barbilla un poco alzada y esa mirada entornada, helada, como un visor que escanea el objetivo. Recorre a Kimberly de arriba abajo: empieza por esos malditos rizos y acaba en unas piernas interminables. Y vuelve a subir. Y a bajar.

Kimberly, como siempre, a lo suyo. Lo que piense la gente le importa lo justo: ni pestañea, ni se encoge, ni se disculpa.

En tres años se me había olvidado un detalle básico: ponerla incómoda es, prácticamente, imposible.

Está frente a Rebeca; incluso contando con el escalón, le saca dos cabezas. Sonríe obstinada, luminosa, y remata, como guinda del desastre:

—Soy… una vieja amiga de Ángel. Kimberly Maldonald. Me ha visto incluso en pañales.

Me aprieto el puente de la nariz con los dedos. Si el tacto y Kimberly se encontraran alguna vez, ella lo mandaría directamente a freír espárragos.

Rebeca calla, pero le veo la vena latiéndole en el cuello. Se recoloca el cinturón del albornoz lavanda que lleva puesto y aparta la mirada del vestido corto de cuero de Kimberly para clavármela a mí.

Dioses. El vestido es corto de verdad. Ceñido. Pegado al cuerpo. Hasta este momento no había registrado lo escandalosamente sexy que está.

—Cariño —intervengo al fin, intentando inyectar calma—. Kimberly es la hija de John y Sheila Maldonald. Los conoces.

—¡Oh! ¿Conoce a mis padres? —Kimberly palmotea como una cría en Navidad—. Guay. Pues Ángel no me había dicho nada de usted.

Y nosotros tampoco hemos hablado en estos tres años. Cierro los ojos un segundo, con la absurda esperanza de que, al abrirlos, todo vuelva a ser como antes… antes de que Kimberly llamara a esta puerta.

Hoy tengo la sensación de que todo Los Ángeles conspira en mi contra.

—Qué raro que Ángel no le contara a su vieja amiga —Rebeca saborea la palabra «vieja»— que tiene novia desde hace ya dos años.

Estupendo. Simplemente perfecto. Que alguien me ponga ya un tiro limpio en la sien.

—¡Pero si yo no estaba! —Kimberly se ríe con naturalidad—. Desde que firmé con Gucci vivo en Europa, en Italia. París, Milán… ya me aburrían. Echaba de menos Los Ángeles-sss —alarga las eses, se ríe y me guiña un ojo.

Genial. ¿A la ciudad… o a mí? Aunque, ¿a quién quiero engañar? Es Kimberly. Con ella, siempre hay doble sentido.

La piel oscura y la estatura enorme de su padre, John, mezcladas con los ojos verdes de Sheila. Un cóctel perfecto. Las agencias de modelos se la rifaban. Y siguen haciéndolo.

—Y además, no podía celebrar mi mayoría de edad por ahí, a saber dónde —se quita las botas y se pone de pie descalza de un salto.

Mis ojos, traidores, se deslizan hacia abajo. Piel negra, piernas larguísimas. El cuero del vestido se aferra a las caderas. Trago saliva.

Sí. Ya no tiene dieciocho, sino veintiuno. Dentro de cinco minutos.

—¿Así que por esa razón has venido? —pregunta Rebeca, apretándose el albornoz hasta casi estrangularlo.

—Es una de las razones —Kimberly sacude los rizos y me mira directamente—. Quería celebrar mi cumpleaños con la gente que me importa. Y montar una fiesta. Al fin y al cabo, es un momento importante.

Su mirada me atraviesa. Juguetona por fuera. Algo mucho más serio por debajo.

¿De verdad se acuerda de lo que le dije hace tres años?

No. Tonterías. Es Kimberly. Es viento. No se la puede atar.

—¿Y por qué precisamente ahora? —Rebeca no cede—. ¿Por qué hoy?

Pero Kimberly hace como que ni la oye.

—Diez… nueve… ocho… —empieza a contar mirando el reloj del móvil.

—¿Qué demonios…? —murmuro.

—¡Cinco… cuatro… tres… dos… uno! —chilla y se me echa encima.

Tintineo de pulseras, pies descalzos contra el mármol, risas. La atrapo en brazos por reflejo. Durante un instante me olvido de Rebeca, del anillo, de todo.

—Feliz cumpleaños, Azúcar Negra —susurro, estrechándole la cintura. El corazón le galopa como loco. El mío también. Está aquí. De carne y hueso. No es otro sueño.

—Siempre he sido adulta —resopla, enganchándose de nuevo a mí —. Simplemente tú te empeñabas en no verlo.

La hago girar, como antes. Como si esos tres años no hubieran existido.

—Ejem… —Rebeca se aclara la garganta, clavándonos al suelo.

Dejo a Kimberly en el mármol con cuidado y me arreglo la camisa, intentando recomponer algo de dignidad.

—¡Ay, perdón! —Kimberly se ríe, sin pizca de vergüenza—. ¿He interrumpido algo? O sea… de los especiales.

Cuando la desfachatez conoció a Kimberly, se hicieron mejores amigas.

—He interrumpido —se tapa la boca con una mano; las pulseras tintinean dramáticas—. Perdón, de verdad. Me voy ahora mismo. Lo siento, Ángel. Y… ¿cómo se llamaba?

—Rebeca —digo, frío.

—Ah, sí, Rebeca. Perdón. Es que no se me pasó por la cabeza que Ángel pudiera no estar solo.

—En realidad estábamos celebrando un aniversario —dice Rebeca. Su voz suena plana, perfectamente controlada, pero veo el temblor mínimo en los dedos. Le cuesta sostenerse.

La sonrisa de Kimberly se apaga por primera vez en toda la noche. Y, por alguna razón, a mí se me hace un nudo en la garganta.

—¿Es hoy el aniversario? —pregunta, más suave.

—El segundo —responde Rebeca, antes de que pueda abrir la boca.

Kimberly aparta la mirada; el rostro se le tensa, el brillo juguetón se apaga un grado.

—Bueno… —recupera la sonrisa, pero ahora es tirante, casi de cartón—. ¡Enhorabuena! Hacen muy buena pareja. Les deseo mucha felicidad, amor, muchos hijos… —coge las botas, el bolso y casi huye hacia la puerta.

Un huracán. Loco, brillante, imprevisible. Llega, lo revuelve todo y se va.

—¡Que tengan un montón de niños guapísimos! —lanza ya desde el umbral.

—¡Kimberly! —la llamo.

Pero la puerta ya se está cerrando.

—Está como una cabra —dice Rebeca por lo bajo.

—No… solo se ha disgustado —respondo, sin demasiada convicción—. Vuelvo enseguida. La llevo a casa de sus padres, ¿vale? Sube al dormitorio.

Rebeca me mira como si acabara de hablar en chino.

—Cariño, por favor —me acerco, rozo sus labios con un beso breve —. No tardo. Ni notarás que me he ido.

No sé si me cree. Casi preferiría que me gritara. Pero se da la vuelta sin decir nada y sube las escaleras.

Cojo la chaqueta al vuelo y salgo. Al ascensor privado no puede entrar sin mí; tendrá que usar los comunes. La alcanzo allí.

Entro en el vestíbulo a toda prisa… y ahí está. De pie, apoyada en la pared, sobre una sola pierna, maldiciendo mientras intenta calzarse la bota.

—Que te den por saco… —sisea, tirando de la cremallera—. ¡Putas botas!

—Son muy bonitas —digo, y ella se gira en seco. El bolso se le cae al mármol con un golpe seco.

—¿Te ayudo? —doy un paso hacia ella.

Ella da un tirón hacia arriba, se incorpora… y casi me rompe la nariz. Tengo que echarme atrás de golpe.

—¿Qué te pasa? —me enderezo también, sin ceder terreno.

Kimberly es alta. Con tacones, casi a mi altura. Sus ojos verdes se me clavan, descarados, desafiantes. Y entiendo que el juego no ha hecho más que empezar.

—Lo prometiste —escupe, con la voz cargada—. Prometiste que celebraríamos mi cumpleaños juntos. Me lo prometiste cuando me iba.

—Kim… —inhalo hondo.

—¡He volado desde otro continente, joder! ¡Desde Italia! —exclama, gesticulando—. ¡He volado por ti, Ángel! ¡Pensé que te acordabas! ¡Y tú con tu puto segundo aniversario!

Me empuja en el pecho, pero no me muevo ni un centímetro.

Por dentro, algo se enciende. No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí rabia de verdad. Llevo años viviendo según normas claras: sin gritos, sin berrinches, sin caos. Pero ella… ella siempre sabe dónde está el detonador.

—¡Pues vete y celebra! —no afloja—. ¡Tu aniversario perfecto! ¡Con tu novia perfecta! ¡Venga! ¿A qué esperas? —vuelve a atizarme en el pecho, pero esta vez le agarro la mano.

—Para —digo entre dientes, conteniéndome.

—Vete a la mierda, mentiroso. Todo lo que dijiste no significaba nada. Y yo, idiota, me lo creí.

—Basta, Kim —aprieto la mandíbula. Levanta la otra mano; le agarro también la muñeca antes de que llegue a mi cara.

—¿Te olvidaste de mí al año? ¿Te buscaste a tu miss «Bata de seda» justo antes de mi cumpleaños?

Algo me hace clic dentro.

—¡Me has ignorado tres años, Kimberly! —estallo—. ¿Qué se supone que tenía que hacer, eh? No contestabas a ningún teléfono, a ningún mensaje.

Le grito a centímetros de la cara. La huelo. Ámbar y rabia. Tres años sin este calor y ahora me golpea de lleno.

—¡Te escribí! ¡Te llamé! —sigo—. ¡Me tragaba tus malditas storis, donde ni respondías! ¿Tengo pinta de tío al que se le puede borrar sin más? ¿Eh, Kim? —la aprieto contra la pared sin darme cuenta, prácticamente cerrándome sobre ella—. ¿O pensabas que me quedaría sentado esperando a que la ocupadísima princesa italiana se dignara a recordar que existo?

Toma aire, seco, corto. Los ojos enormes, brillantes. Ningún rastro de miedo; solo desafío.

—Yo… quería que me echaras de menos.

Me quedo helado.

¿Cómo?

—¿Qué has dicho?

—Quería que me echaras de menos —repite, más bajo—. De verdad.

El pulso me martillea en las sienes. ¿Va en serio? ¿Es una broma de mal gusto?

—¿En serio? ¿Tres años de silencio por el «efecto espera»? —escupo—. Ni una maldita línea. Ni una llamada. ¿Eras consciente de lo que estabas haciendo?

Pero ya no escucha. Da un paso hacia mí, sube la mano a mi cuello, me atrae… y me besa.

Beso ávido. Adulto. Sin juegos de niña.

La razón se apaga. La realidad se disuelve. Solo quedan sus labios: cálidos, húmedos, exigentes. La respiración se me rompe, el deseo recorre el cuerpo como un latigazo. El pantalón vuelve a quedárseme estrecho.

La aprieto contra la pared; su pierna se alza y descansa en mi muslo. Me agarra del cuello, mis dedos se enredan en sus rizos, sus

labios se enganchan a los míos como si nunca se hubiera ido.

—Ahora sí sé que me echabas de menos —exhala, con la voz vibrando de excitación—. He vuelto, si tu corazón sigue libre.

Me aparto de golpe, como si me hubiera quemado. El aire se me clava en la garganta. Me apoyo en la pared de enfrente y cierro los ojos.

Joder. ¿Qué coño estoy haciendo?

—Ángel… —su voz suena más pequeña, dudosa.

—Ni empieces —respondo, ronco, sin mirarla.

—Perdón —susurra—. No tenía derecho. Es solo que… quería asegurarme.

—¿De qué?

—De que todavía me echas de menos.

Abro los ojos. Sigue ahí: desafiante, terca, con esa sonrisa que me volvía loco cuando tenía quince, dieciséis, dieciocho.

—¿Te has asegurado ya? —aparto su mano de mi cara con cuidado.

—Ajá —sonríe, descarada otra vez—. Ahora me has besado de un modo muy distinto.

Está completamente loca. Ha vuelto solo para volar por los aires todo lo que he construido. Y lo hace como si nada, con una facilidad insultante.

—Vamos a… fingir que esto no ha pasado —dice tranquila, como si su «tranquila» no fuera gasolina.

La miro. Hace un minuto tenía su cuerpo pegado al mío, y ahora pretende que «aquí no ha pasado nada». Típica Kimberly. Chasquea los dedos y resetea sentimientos.

—Siempre se nos ha dado bien ser amigos —añade.

—¿Eso crees? —mi voz suena más áspera de lo que quisiera.

—Claro. Somos adultos. Cada uno tiene su vida.

—¿Cada uno? —repito.

—Pues sí —se ríe, ligera—. ¿No pensarás que me he pasado tres años solita allí?

Por dentro todo se me cae. Alguien más. Es lógico. Es guapa, joven, está viva. Por supuesto que alguien la besó. La tocó. Se la folló.

Respira, Ángel. Respira.

—Sí, tienes razón —consigo decir—. Siempre hemos sido amigos.

La palabra me raspa la lengua. Los dos sabemos que es mentira. Nunca fuimos solo amigos. Entre nosotros siempre hubo otra cosa. Más sucia. Más peligrosa. Pero real.

—¡Pues estupendo! —Kimberly me da una palmada en el hombro, como si acabáramos de cerrar un trato—. Mi «amigo» ahora está moralmente obligado a cumplir su palabra y celebrar conmigo mi cumpleaños. ¿Te da el valor para no salir corriendo?

Pequeña zorra. Sabe exactamente cómo manipularme. Y lo peor es que funciona.

Capítulo 3. Kimberly

Tres años atrás

En teoría, debería estar contenta. Hoy recibí una carta: me aceptaron en un programa en Milán, prácticas y estudios en un instituto de diseño, como una modelo. Italia. Vida nueva.

Tenía dieciocho años; mis padres dieron su visto bueno e incluso papá John, nuestro campeón oficial de la hiperprotección, asintió con seriedad:

—Vuela, Kim.

Todas las puertas abiertas, el mundo en la palma de la mano: cógelo y brilla. Justo eso era lo que quería.

Entonces, ¿por qué no me alegraba?

Por la mañana me dieron la noticia y, para la tarde, no conseguí sacarme ni una sonrisa decente. No quería irme. No ahora, cuando Ángel había vuelto a la ciudad.

Intenté concentrarme en la maleta, pero un ruido sordo llegó del pasillo. Apagué la música y asomé la cabeza. Cindy estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y su unicornio de peluche en el regazo. La pantalla del móvil le iluminaba la cara, pero tenía los ojos brillantes.

—Eh, enana —me acerqué despacio—. ¿No deberías estar durmiendo? Mañana tienes clase.

—Si duermo, mañana llega más rápido —murmuró, sin despegar la vista del móvil—. Y te vas antes.

Se me encogió el pecho. Cindy ya tenía doce años, fingía que todo le daba igual, hablaba de crushes y series, pero seguía aferrándose al unicornio cuando algo le dolía. Y últimamente se maquillaba a escondidas con mis cosas, se probaba mi ropa, se miraba al espejo como si comprobara si ya está guapa.

—Vale —alargué la mano—. Cinco minutos en tu cuarto. Prometo no robarte más tiempo.

—Siempre dices cinco minutos —refunfuñó, pero se levantó y entró conmigo en su habitación.

Me tiré en su cama al lado de ella, le quité el móvil con delicadeza y lo dejé en la mesilla.

—Oye —le deshice la coleta y empecé a dividirle el pelo en dos trenzas—. No me voy a otro planeta. Solo a Italia.

—Está a tomar por saco igual —bufó—. No es como irte a Santa Mónica. Y… El Halloween, que nos gusta celebrar tanto, lo pasamos sin ti.

—Videollamadas —conté con los dedos—. Cada día: tú, yo, cotilleos, chicos, dramas del insti. Hasta que te aburras de verme mi cara.

—No me vas a aburrir —susurró. La voz se le quebró un poco.

La pillé mirándome de reojo al eyeliner corrido y al gloss.

—Algún día estarás más guapa que yo —le guiñé un ojo.

—Yo solo quiero ser como tú —soltó, rápido, y bajó la mirada, roja hasta las orejas.

Le pinté una uña de cada mano con un esmalte viejo que tenía en el bolsillo de la sudadera. Ella puso cara de «qué cutre»… pero no apartó las manos.

—Mira qué estética —bromeé—. Manicura exclusiva: edición "mi hermana favorita del mundo".

—Soy tu única hermana —por fin esbozó una sonrisa pequeña.

—Por eso. Nivel VIP. Y te quiero muchísimo.

Se hizo un silencio tranquilo. Cindy se acomodó mejor en la almohada, abrazó el unicornio y se quedó mirando el techo, como si estuviera memorizando este ratito también.

—No te vas de verdad —dijo al cabo de un rato, ya medio dormida —. Solo… te vas un ratito.

—Exacto —le besé la frente—. Solo un ratito.

Cuando me aseguré de que respiraba profundo, apagué la luz de su cuarto y volví al mío. La maleta seguía abierta y casi vacía. La idea de irme, igual de pesada.

—Cariño, tienes visita —mamá, Sheila, se asomó a la habitación justo cuando yo sacaba del armario una maleta enorme.

—Mamá, no quiero ver a nadie. Y tengo que hacer la maleta.

—La maleta puede esperar. Mira quién ha venido.

—He dicho que no quiero…

—¿Ni siquiera a mí, Azúcar Negro?

Ángel.

El corazón se me cayó a los pies. Esa sonrisa, esos ojos: cada vez era como la primera. Parecía que sonriera así solo para mí.

Salté y me colgué de su cuello.

—¿Te habrías ido sin despedirte? —sus manos se cerraron en mi cintura, firmes, y de pronto quise estar aún más cerca. Que su olor se me metiera en la piel y se quedara en mí para siempre.

Me estiré hacia el mechón rebelde de su flequillo y lo alisé. Era demasiado perfecto. No me contuve y sonreí.

—Kimberly, deja en paz el pelo de Ángel —mamá seguía en la puerta, observando la escena con media sonrisa.

—Todo bien, Sheila —se burló Ángel sin soltarme—. Desde niña tiene debilidad por mi flequillo.

—Mamá, ya te toca —entrecerré los ojos, fingiendo enfado.

—¡Nada que pueda hacer que papá le rompa algo a Ángel! —gritó mamá ya desde el pasillo—. ¡Y no cerréis la puerta, salvo que queráis que John la tire abajo!

—¡Mamá! —me quejé, muerta de vergüenza.

—Conoces a tu padre, Kim.

—Y yo conozco a tu padre, Azúcar Negro —me susurró Ángel al oído, y un escalofrío me recorrió la espalda. Su aliento cálido me cosquilleaba el cuello; sus manos seguían sujetándome por la cintura.

Esperaba que a él le costase tanto soltarme como a mí me costaba irme de su lado.

—Así que te vas —dijo al fin, aflojando el abrazo.

El vacío se volvió tangible al instante. Me pareció que, como siempre, me había montado una película de más.

—Sí —respondí, bajando la mirada.

—¿Y dónde está la alegría?

—¿Y de qué me alegro? —bufé—. Un solo día para despedirme de todos.

Bajo ese «todos» solo estaba él. No nos habíamos visto casi medio año. El había visitado Japón, China, por eternos «asuntos».

—Ese día no lo vas a olvidar. Lo prometo —dio un paso, se inclinó hasta mi oído. Apenas respiraba por su perfume—. A medianoche en punto te espero a la vuelta de la esquina, bajo el sauce. ¿Podrás escabullirte sin que te vean?

Asentí. Se me habían acabado las palabras.

—Perfecto. Abrígate, por la noche refresca.

Me guiñó un ojo y se fue, dejándome con la maleta y un corazón que retumbaba como un tambor.

Sí, ya me había escapado con él otras veces cuando volvía de sus viajes. Pero nunca había parecido tan importante. Puede que fuese nuestra última vez.

—Princesa, que pases buenas noches —papá me besó en la frente con cariño—. Te voy a echar de menos…

—Papá, aún es pronto. Nada de lágrimas —intenté bromear.

—Vale —sonrió, pero ya tenía los ojos brillantes—. Es que te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. ¿Cómo me las voy a apañar sin ti?

—Estaré por videollamada las veinticuatro horas —me abrazó otra vez. Y sí, se echó a llorar, como siempre. Le adoro—. Allí vas a arrasar.

—Papá, voy a un instituto, no al octágono.

—Da igual. Eres la mejor. Se lo vas a demostrar. Pero, si algo sale mal, siempre puedes volver.

Me reí y me acurruqué en su hombro. Le voy a echar una barbaridad de menos.

A las doce menos cuarto, la casa se quedó en silencio. Ni siquiera los gemelos, Joseph y Jordan, correteaban por el pasillo. Silencio total.

Asomé la cabeza al pasillo: no había nadie. Todo tranquilo. Me puse unos leggings negros y una sudadera con capucha, la capucha sobre la cara, y pasé de puntillas junto al dormitorio de mis padres.

Llegué a la planta baja sin fallos: la ruta estaba más que practicada. Cogí la cazadora negra que había dejado preparada y, como siempre, me escabullí fuera por la puerta sin cerrar del comedor. Todo según lo previsto.

El aire nocturno y húmedo de Los Ángeles me golpeó en la nariz. Qué pena tener que irme ya de aquí.

Ojalá en Italia sea igual de genial. Aunque ya sabía de antemano que lo echaría de menos.

A Ángel también.

Basta. Es pronto. Hoy no toca llorar.

Me calé más la capucha y crucé el seto. Bajo el sauce, a la vuelta de la esquina, se recortaba la silueta de su coche. Eché a correr por el sendero y me zambullí en la sombra. La puerta se abrió sin hacer ruido: me metí dentro, tratando de recuperar el aliento. No era la primera vez que me escapaba, pero la adrenalina me subía a la cabeza cada vez como si fuera la primera.

Capítulo 4. Kimberly

Tres años atrás

—¿Te dará valor para no echarte atrás? —me guiñó un ojo desde el asiento del conductor.

Yo siempre decía que sí a él. Aunque fuera a China, diría que sí.

—Voy a enseñarte un sitio —sonrió Ángel y arrancó—. No se lo cuentes a nadie.

Condujimos en silencio. El corazón me golpeaba como si hubiera estado corriendo todo el rato en lugar de sentada en el asiento. Iba a enseñarme su lugar secreto. Ese que no le enseñaba a nadie.

Me mordí el labio para que no viera las ganas que tenía de sonreír.

Parecía que nos adentrábamos en una zona abandonada de la ciudad. Iban a reformarla desde hacía tiempo, pero luego lo pararon en seco. Acordonaron el terreno, pusieron barreras para infractores del orden como nosotros; solo que a Ángel eso, al parecer, no le molestaba. No era propio de él, y precisamente por eso me ponía tanto.

Salimos del coche y Ángel me cogió de la mano. A ese gesto simple respondía cada célula de mi piel: primero como con electricidad, luego como con un imán. Me pegaba a su palma, temblaba y ardía por dentro. No pensaba soltar su mano.

—¿Cómo vamos a colarnos ahí? —pregunté en voz baja, mirando la cinta de «Prohibido el paso».

Iba detrás de él y tenía un poco de miedo; no por mí, ni por asomo, sino por él. Incluso con mis entonces dieciocho, él ya era alguien reconocible, importante. Siempre había sido serio y en su sitio. «La mente joven de América», escribían antes en internet, y ahora simplemente se contaba con él para todo.

Supongo que eso pesaba, pero nunca hablaba de ello. De esas cosas solo podía intuir. Como de Ángel mismo, de lo que tuviera ahí dentro. En el corazón. Parecía un secreto demasiado hondo.

—Contigo puedo ir a cualquier parte, Azúcar Negro. No tengas miedo —dijo sin volverse.

Y se me quitó el miedo. Confiaba en él. Ya lo decía: hasta a China. Si me llama, voy. Y que le den a Europa. Y al contrato. Hoy quería estar a su lado.

Joder, parecía que no solo llevaba años colada por él. Lo quería.

Lo seguía sin pensar, apenas miraba al suelo: solo a él. Como una tonta, dejándome llevar. Y me gustaba. Me gustaba cómo su mano calentaba la mía. Cómo nos escapábamos juntos.

Por mí, el correcto Ángel hacía cosas incorrectas. Quería creer que por mí. Quería creer que a él le excitaba tanto como a mí.

Yo nunca fui «niña buena», y él nunca fue «chico malo». Él era perfecto. Y me encantaba que una Kimberly de tres al cuarto pudiera provocar al serio Ángel a hacer algo prohibido.

Me llevó hasta un gran contenedor portuario oxidado, se coló dentro primero, luego me tendió la mano y me arrastró con él. Se me cayó la mandíbula.

—¿Qué es esto? —solté el aire—. Joder. ¡Pensé que era un contenedor oxidado! ¿Cómo es posible?

—Te prometí que no olvidarías tu última noche en Los Ángeles.

Eché un vistazo al espacio, que por dentro era más grande que por fuera. Más grande, más limpio, más cálido: mil veces más lujoso. Y decorado según todos los cánones de Halloween, aunque faltaba más de medio mes.

Velas ardían dentro de calabazas talladas, repartidas por todo el perímetro y sobre las mesillas; las llamas temblaban por las

corrientes y proyectaban sombras siniestras en las paredes. De las esquinas y el techo colgaban telarañas de atrezo, y entre los hilos había arañas enormes y murciélagos de mentira.

Por fuera, óxido; por dentro, como un tráiler ampliado con todas las comodidades. Suelo y paredes de madera. En la pared, empotrada, una chimenea eléctrica enorme; incluso crepitaba como una de verdad, como la de casa. En el suelo, montones de cojines y mantas mullidas. Bajo la telaraña, en una esquina, había una guitarra: de madera, de verdad.

—Joder… —repetí, dando otra vuelta sobre mí misma—. Pero aún queda mucho para Halloween…

—Pero tú ya no estarás aquí. ¿Y qué es Halloween sin el Azúcar Negro? —sonrió.

Le miré y sentí un nudo en la garganta. No podía creer que me hubiese enseñado este lugar. Y, además, que lo hubiese decorado todo por mí.

No me contuve: pasé los dedos por las cuerdas, y el sonido respondió con una vibración viva. Hacía mucho que no sostenía una así.

—Justin se la regaló a Jessie, pero ahora es mi responsabilidad —aclaró Ángel, acercándose.

Me quedé mirándole sin entender del todo.

—No dejas de sorprenderme, Ángel… —sus ojos castaños reflejaban la luz de las tiras LED del techo. Precioso. Demasiado.

—Bien… —rompió la pausa—. Ya que estamos en Halloween, hacen falta disfraces. He traído dos máscaras holográficas, ¿vale?

—¿Cuáles? —solté una risita; la alegría me reventaba por dentro, y creo que en este momento era más feliz que con la carta de Europa.

—A ver… —sacó de un bolsillo de la chaqueta dos miniproyectores —. Tenemos… la Bella y la Bestia. Y luego, la temática zombi. Sí, una selección rara, pero me acuerdo de lo mucho que te molaba todo eso.

—Dios, Ángel —apenas contuve la risa. No me creía que se hubiese tomado tantas molestias—. Yo elijo a la Bestia.

—No… Kim, no… Tú eres Bella… —abrió los brazos, descolocado, pero yo ya había manoteado para coger «mi» proyector, con nombre

de Bestia.

—Soy la Bestia, y tú lo sabes. Para ti, zombi.

Pulsé el botón, dirigí el haz a mi cara y, en lugar de mí, se formó la cara pensativa de la Bestia.

—¿Qué tal? ¿Estoy guapa? —giré la cabeza. Ni la máscara lograba tapar mi sonrisa radiante.

—Más guapa que tú no he visto a nadie —susurró Ángel, examinando mi silueta.

Me quedé quieta. Me di cuenta de que no me había quitado los ojos de encima en todo ese tiempo. La sonrisa se me desdibujó; me puse más seria, porque su mirada seguía recorriéndome el cuerpo, y era… agradable.

Quería que me viera entera. No a la niña a la que vigilaba, sino a la chica que estaba loca por él. Quería que lo sintiera.

—Ejem… —se aclaró la garganta, rompió el contacto—. Así que, empollón zombi… Te prometo que me vengaré la próxima vez.

—Ángel… —las palabras se me escaparon solas—. No habrá próxima vez pronto. No sé cuándo volveré.

Me entraron náuseas. Recordé todo lo que quería olvidar al menos por esta noche y me invadió una sensación asquerosa de soledad. Aunque seguía aquí, no en Europa.

—Eh —Ángel se acercó, me levantó la barbilla con los dedos, obligándome a mirarle a los ojos—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde está esa Kimberly que me taladró los oídos con las semanas de la moda y salir en los tabloides a lo grande? Prometiste quedarte con todos los primeros puestos. ¿Te acuerdas?

Asentí. Lo había prometido. Solo para que me mire como ahora. Pero ¿por qué ahora no quería irme y conquistar el mundo?

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? —dijo con más firmeza, pero con calidez—. No dejes escapar tu oportunidad. Estás obligada a mostrarte al mundo. Se van a quedar locos con tu belleza.

El pulgar me rozó la mejilla, bajo la máscara. Y su mirada, directa a los ojos. No veía la máscara; me estaba mirando a mí. Olvidé cómo se respiraba.

Ángel, me mostraré al mundo. Lo conquistaré. Seré el sueño de millones. Pero le perteneceré solo a ti.

Nos quedamos así un segundo: una eternidad según mis medidas. Bajó la mano y se apartó. La incomodidad quedó suspendida en el aire. Había que decir algo.

—¿Por qué es este lugar? —me giré otra vez para mirarlo todo y rebajar la tensión.

—Cuando tenía diez años… —activó en su cara la máscara de zombi, se sentó en una alfombra blanca y mullida; yo me dejé caer a su lado. Creo que soltó aire—. Conocí a Jessie. Le gustaba este sitio abandonado junto al río. Venía cuando estaba mal. Ella tocaba la guitarra. Cantaba. Muy bonito… ¿Lo sabías? Un día se sentó aquí bajo un aguacero. No justo aquí: fuera, en un sofá viejo. Le dolía muchísimo. Justin no sabía cómo acercarse. Yo sí. Ya entonces lo entendía. Mi destino se parecía al suyo en ciertas cosas. Desde la primera vez fue como de la familia para mí.

Y aquella noche, aquí, en este sitio donde antes solo estaba ese sofá, algo hizo clic. En los dos. Como si la vida nos hubiera dado un arranque nuevo.

En su momento no lo entendí del todo, pero luego… —Ángel encontró mi mano y la cubrió con la suya—. No pude evitar conservar este lugar. Aquí todo se hace más llevadero. Quiero creer que cura. Y lo comparto contigo. —Apretó más mi mano, entrelazó los dedos—. Veo que te pesa. No quieres irte. Pero debes hacerlo. Por ti. Tienes que alcanzar tu estrella. Y no pasarte la vida arrepintiéndote de lo que no hiciste.

Se volvió hacia mí, y entendí: ahora no quería ver a ninguna máscara. Quería a Ángel. Quería decirle todo, a su cara, a su cara favorita, y grabarla en mi memoria durante mucho tiempo.

Pulsé de golpe el botón de su miniproyector: la máscara se apagó. Me quité también la mía.

—¿Para qué…? —entrecerró los ojos, desconcertado.

—¿Y si mi estrella no está allí? ¿No en Europa? —seguí sujetándole la mano, entrelazando los dedos con los suyos. En sus ojos se reflejaban las lenguas de fuego de la chimenea, y yo me derretía—. ¿Y si mi estrella está aquí?

—Kim… —su voz bajó un tono.

—¿Y si mi estrella es Ángel? —me incliné más. No se apartó.

—Kim… —cerró los ojos con fuerza.

—Por favor…

—No.

—Me encanta cómo suena tu «no».

Al instante me sujetó la cara con las manos. Me quedé quieta, cerré los ojos: los labios casi se rozabanya;, me daba miedo moverme para no espantarlo.

Por favor. Un centímetro más.

No soñaba con una carrera. Soñaba con su beso desde que me acuerdo. Fantaseaba, me dormía pensando en Ángel. Y estaba a punto de besarme.

Casi eché a volar… y me estrellé. En una fracción de segundo, Ángel me dio alas y él mismo me las cortó.

Se apartó de golpe, sin llegar a rozarme.

—¡Maldita sea! —se puso en pie de un respingo y se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—¿Qué pasa? —me levanté también, aturdida—. Todo iba bien. Ángel…

—No. Soy un idiota. Tienes que volver a casa.

—¡No! —le agarré de la mano con fuerza—. No quiero volver. Mañana me voy. No nos veremos en mucho tiempo, Ángel. No sé cómo estar sin ti.

No quería llorar, pero las lágrimas caían igual. Como si tuvieran su propio plan.

—No soy lo que necesitas, Kimberly. Tengo veintiocho, y tú… tú aún eres demasiado joven.

—¡No soy una niña! Y tú todavía tienes veintisiete —escupí, indignada.

Lloraba. Era absurdo. No era una niña, y él lo sabía. Pero se empeñaba en apartarme. ¿Por qué? Si yo lo quería.

—Vamos a casa.

Volvió a cogerme de la mano, pero yo me solté de un tirón.

—¡Vete al diablo! ¿Por qué haces esto? ¡Ves perfectamente lo que siento por ti!

—Kim… —intentó tocarme otra vez y le aparté la mano.

—¿Dirás que soy demasiado pequeña para sentir?

—Joder… la culpa es mía —se tapó la cara con las manos y se apartó a un lado, derrotado.

—¡Sí, es tu culpa! ¡Tuya! De que me enamorara de ti cuando era una cría. Pero ¿es que no ves que hace mucho que ya no lo soy? No soy una niña. No soy una cría, Ángel. ¡Deja de negar lo evidente!

—Basta —exhaló ya muy serio—. Nos vamos a casa.

—Ángel… —cada letra rezumaba súplica.

No quería irme. No quería dejarle. No quería dejar las cosas así. Necesitaba la verdad. Necesitaba saber qué había en su corazón.

Pero Ángel salió del contenedor, de ese lugar que, según sus palabras, curaba.

Al parecer, a mí no. O quizá yo era distinta: porque aquí, en vez de curarme, me llevé mi primera herida.

Capítulo 5. Kimberly

Tres años atrás

Todo el camino hasta mi casa fuimos en silencio. Ángel dejó de mirarme; conducía con la vista fija en la carretera, la mandíbula tensa. Yo me sentí tonta por haber desnudado mis sentimientos.

Claro que no los necesitaba. Era adulto, guapo, exitoso. Podía tener a cualquiera. ¿Para qué iba a querer a una chica de dieciocho años como yo? No tenía ni experiencia ni cabeza. No estaba a su altura. Y Ángel jamás me miraría como a una mujer de verdad. Nunca me querría como yo le quería a él.

En cuanto frenó en la esquina de mi casa, salí corriendo del coche.

—¡Kimberly! —gritó Ángel desde el asiento.

Pero yo ya corría hacia la casa, secándome las lágrimas con el dorso de la mano mientras el aire frío me pellizcaba la piel.

Me iré. Llegaré lejos. Le obligaré a verme como a una mujer. De verdad. Guapa. De esas que todos desean. Estaré a la altura. Y entonces él no podrá contenerse. No me apartará.

Me escabullí de vuelta a mi dormitorio sin que nadie me viera. Me duché a toda prisa, me puse unos shorts y un top y me metí bajo la manta, hecha un ovillo.

Maldito Ángel. Maldito contenedor y Halloween adelantado.

¿Cómo voy a dormir ahora?

Me había encantado ese sitio. Me había encantado estar con él. Me había encantado cómo casi me besó. Casi… Pero eso no lo olvidaría jamás.

Cerré los ojos y sentí en los labios el sabor de Ángel. Esa pulgada entre nosotros no contaba. Quería pensar que mi primer beso había sido con él. Me toqué los labios con la punta de los dedos y sonreí sin querer. Casi me besó. Y algún día me besará de verdad. Por eso valía la pena volver.

Algún día.

Las fantasías se cortaron con un leve golpecito en la ventana. Al principio no entendí qué era. Me incorporé sobre los codos y agucé el oído. El sonido se repitió. Como si alguien estuviera lanzando piedrecitas contra el cristal.

Me salí de la cama de un salto y corrí las cortinas.

Ángel.

Estaba bajo mi ventana, en medio del césped húmedo, tirando piedrecitas. No pude contener la risa. ¿Se había vuelto loco?

Abrí el marco y me asomé. El aire nocturno, húmedo, me envolvió los hombros y me estremecí de frío.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —susurré, echando un ojo rápido a la casa. No se encendía ninguna luz, buena señal.

—Ayúdame a subir —dijo en voz baja, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Aquí? ¿Al segundo piso? Estás chiflado.

—Subiré por esta enredadera —señaló el muro junto a mi ventana, cubierto de hiedra.

—¡No te va a aguantar! —me llevé la mano a la frente.

—Aguantará. Abre más la ventana.

Me tragué la risa y abrí todo lo que dio de sí. Ángel se quitó la chaqueta, se remangó la camisa hasta el codo, se subió un poco los pantalones y empezó a trepar por la enredadera. Un loco. Y yo apenas podía contener la risa, tapándome la boca cuando la hiedra crujía quejumbrosa.

—¡Más bajo! —le chisté cuando Ángel hizo demasiado ruido—. ¡Y con cuidado! No te caigas, por Dios.

—Todo bajo control, no te preocupes —murmuró, concentrado.

Superó la altura del primer piso. Cuando estuvo a la altura de mi ventana, me tendió la mano.

—Casi lo has conseguido —sonreí, notando cómo el corazón se me iba a los pies.

—Si ahora me caigo, John me rompe las piernas por romperle la enredadera —bromeó entre dientes.

Me tapé la boca con las manos y me reí más bajito. Hoy Ángel estaba gracioso. Y era algo único. Quería pensar que así solo era conmigo.

—Vamos, entra.

Le agarré de los hombros cuando Ángel se colgó del alféizar. Le ayudé a entrar. Pasó una pierna, luego la otra, y se desplomó en mi cuarto, de rodillas sobre la alfombra.

—Estás como una cabra —me reí bajito—. ¿Y ha merecido la pena?

—La ha merecido —se sacudió y se arregló la ropa, intentando recuperar la dignidad, y yo no podía apartar la vista de sus brazos fuertes. Se le marcaban las venas con tanta claridad que hipnotizaban—. Es que me olvidé de darte tu regalo.

—Te saltaste mi cumpleaños, así que no acepto el regalo —resoplé teatral y puse los ojos en blanco, cruzándome de brazos.

—Primero mira a qué renuncias —sonrió de lado.

Ángel sacó del bolsillo del pantalón una cajita de acero en forma de triángulo. Estaba pulida a brillo de espejo y tenía un aspecto muy peculiar, casi futurista, como un amuleto pesado.

—¿Es un colgante? —entrecerré los ojos, acercándome.

—No. El regalo está dentro.

Me pasó el corazón de acero a las manos. Era frío, agradable al tacto. Vi un corte por el centro que permitía abrirlo hacia los lados. Quedaba como si hubieran separado en dos mitades iguales. Abrí la cajita y dentro vi una piedra negra.

—¿Qué es? —me incliné más, sin aliento—. Es tan bonita…

—Es un diamante negro. Un diamante de talla muy rara. Casi no se consiguen así.

—Guau… —se me cortó la respiración—. Debe costar un dineral de locos…

—No pienses en eso —negó con la cabeza—. Lo único en lo que tendrás que pensar es en qué hacer con él. Quiero que lo decidas tú. Encuéntrale un lugar para que no te deje nunca, ¿vale?

Apreté el corazón en las manos como si pudiera escapar.

—Vale —sonreí, con la garganta encogida—. Lo encontraré.

Ángel sonrió con timidez y me miró con una profundidad tal… Me perdía en sus ojos castaños. En esa oscuridad cuyo secreto jamás sabría. No sabría qué quiere, qué le inquieta, en qué piensa. Porque siempre calla.

—Los regalos se agradecen —dije, acercándome un paso, el corazón de acero entre nosotros.

—No hace falta —bajó la mirada un segundo.

—¿Y si quiero darte las gracias? —Me acerqué aún más y le puse las manos sobre los hombros. Éramos casi de la misma altura, así que casi lograba mirarle a los ojos sin alzar la barbilla.

—Kimberly… —Ángel tomó aire y dejó de respirar cuando posé los labios en su cuello, junto al borde de la camisa. Cerró los ojos.

Temblaba entera, pero debía ser valiente. No era una niña. Quería que me recordara de otra manera. Quería que todo este tiempo me echara de menos y reviviera este momento.

Bajé más, tracé un camino de besos tímidos a lo largo de su cuello hasta el hueco entre las clavículas. El pecho de Ángel se tensó y se quedó suspendido en el aire al inspirar. Me imaginé cómo sería bajo la camisa. Qué cuerpo tan bonito tendría, cuánto me gustaría tocarlo, acariciarlo, darle placer. No veía la hora de comprobarlo.

Desabroché los primeros botones de su camisa, pero Ángel me sujetó la muñeca.

—Kimberly, así no. Para —dijo, ronco. No me miraba. Echó la cabeza hacia el techo y cerró los ojos con fuerza.

—Deténme —susurré, soltando mi mano de su agarre para aferrarme al cuello de la camisa.

—Dios… ¿Qué me estás haciendo?

Ángel me inmovilizó de pronto ambas manos y me atrajo contra su pecho. Le miré a los ojos oscuros, casi negros, cambiando el peso de un pie al otro.

—Bésame —susurré—. Por favor.

—Kimberly… —Ángel apartó la mirada hacia la ventana, como si buscara aire.

—Por favor. Solo una vez. Para recordarlo.

—No puedo.

—Por favor.

—No.

—Me encanta cómo suena tu «no» —me mordí el labio inferior, consciente de que le estaba provocando.

Sí, estaba provocando, pero no tenía otra salida. Estaba dispuesta a todo con tal de sentir a Ángel.

Se le apretó la mandíbula. Parecía que iba a soltar una maldición, pero no lo hizo. Ángel siempre había sido muy contenido y hoy, cuando vi aunque fuera una parte del otro Ángel, no pensaba recular. Casi cedió allí, en el puerto, y ahora quería ver más. ¿Y si no era tan tranquilo y comedido como quería aparentar?

Me sujetó las mejillas. Jesús…

Me alzó la barbilla… Por favor, sí.

Se acercó a mi cara. A una pulgada.

Aún no me tocaba, pero en el bajo vientre despertaron mariposas y apreté las piernas. Insoportablemente agradable.

Me pegué a su cuerpo. Me abrazó con fuerza. Sentía el latido desbocado de su corazón. El mío latía igual, descompasado.

Bésame. Bésame de una vez.

Los labios de Ángel estaban tan cerca, pero subieron un poco más y rozaron mi frente.

—Basta —dijo al soltar el aire y se apartó.

—No —fruncí el ceño. ¿Qué significaba ese «basta»? Eso ni siquiera era un beso. A mí no me «basta». ¿Por qué se paró? ¿No me deseaba? ¿Seguía siendo una cría a sus ojos?

—¿No te gusto? —pregunté tímida, apartando la mirada a un lado —. Como… ¿mujer?

Ángel se acercó más y me sostuvo la barbilla con suavidad entre los dedos, obligándome a mirarle a los ojos.

—Hablaremos de eso luego, Kimberly. Cuando vuelvas —dijo serio. Otra vez. Volvió a cerrarse.

—Volveré si tu corazón sigue libre —susurré.

Esbozó una media sonrisa cansada.

—Es hora de dormir.

Ángel dejó de tocarme la cara y dio un paso hacia la cama. Sacudió la manta, arregló la almohada y me llamó con un gesto:

—Ven aquí.

Obedecí, me metí en la cama y no le quité ojo. Me daba miedo que se marchara ahora mismo. Pero Ángel se tumbó a mi lado en silencio y me abrazó por la cintura. Solté el aire, aliviada.

—Diez preguntas —susurré contra su camiseta.

—No —sentí cómo fruncía el ceño—. No otra vez.

—Aunque sean cinco, Ángel, por favor.

—Vale —cedió al final—. ¿Y por qué acepto siempre esto?

—¡Ahí va la primera pregunta! —me reí—. Porque te encantan mis juegos.

—¡Pequeña cabrona! —Ángel me hizo cosquillas bajo las costillas y yo solté una carcajada, pero enseguida me tapó la boca con la mano.

—Chitón —me chistó—. No quiero que John me pille en tu cama. Aunque esté vestido. Tu padre me dará una paliza igual.

—¿Tienes miedo? —Le despeiné el flequillo, disfrutando del gesto.

—No me provoques, o grito.

Nos reímos bajito, pegados, pero me acordé de las cinco preguntas y me giré de lado para mirarle a los ojos en la penumbra.

—¿Querías besarme? —Mi mano se quedó quieta en su pelo—. ¿Allí… en el tráiler del puerto?

Ángel tragó saliva, se le marcaron los pómulos, pero sabía que no podía mentir. No estaba en nuestras reglas. No en este juego.

—Sí —exhaló por fin. ¿Por qué le costaba tanto admitirlo?

—¿Por qué no me besaste?

—En realidad, me toca a mí —intentó escabullirse.

—Responde. Y no me vengas con la diferencia de edad, ¿vale? Justin y su mujer Jessie también se llevan lo suyo, casi como nosotros. Y no pasa nada.

—Pero Justin conoció a Jessie cuando a ella no le quedaban precisamente dieciocho, Kimberly.

—Eres tan correcto, Ángel —me puse boca arriba, mirando el techo—. Qué aburrido.

—¿Te aburres conmigo? —Me rodeó la cintura y me devolvió a la postura anterior, de cara a él.

—Nunca —le miraba a sus bonitos ojos y no me imaginaba cómo iba a subirme mañana al avión. Pero tenía que hacerlo si quería conseguirle, ¿no?—. ¿Me vas a echar de menos?

—Claro que sí —respondió Ángel, serio, sin dudar.

—¿De verdad?

—Vuelves a saltarte el turno.

—No seas pesado —le di un puñetazo en el hombro, suave—. Responde ya.

—¿Y cómo si no? —suspiró—. Claro que te voy a echar de menos de verdad.

—Quiero que sin mí no puedas —mi dedo tocó su nariz recta, resbaló hasta los labios, los delineó y se detuvo en la barbilla bien afeitada—. Volveré cuando cumpla veintiuno. Prométeme que pasarás ese día conmigo.

—Lo prometo —Ángel se acercó y volvió a besarme en la frente. Ojalá hubiera sido en los labios—. A dormir, Azúcar Negro.

—No hiciste tus preguntas…

—Me queda una: ¿me vas a escribir?

—Nooo —sonreí y me pegué a su pecho.

—¿Por qué? —noté cómo fruncía el ceño sobre mi pelo.

—Para que sientas cuánto te hago falta.

Noté cómo Ángel sonrió y me acarició el hombro con la palma.

—Nos queda una pregunta a cada uno —susurró.

—¿Te quedas? —No le miré a los ojos; me deslicé más abajo y hundí la nariz en su pecho duro. Me daba miedo oír un «no». Me daba miedo que se fuera.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

Cinco de cinco para cada uno. Ángel debía contestar.

—Hasta la mañana.

Sonreí, con los ojos cerrados.

En sus brazos se estaba tan calentita que ni hacía falta la manta. Caí en un sueño donde Ángel superaba esa maldita pulgada y me besaba. Donde sus labios eran dulces, como me los imaginaba. Donde las manos eran más sueltas, se deslizaban por encima y por debajo del top del pijama. Donde el dichoso top se iba al cuerno. Donde no nos dormíamos en mi cama. Donde Ángel se convertía en mi primer hombre.

Por la mañana Ángel salió por mi ventana y, por la tarde, ya no estaba aquí.

Ya no lloraba, porque sabía que volvería. Y para cuando regresara, no podría decirme «basta».

Capítulo 6. Ángel

Presente

—¿Te dará valor para no salir corriendo?

Kimberly me lanza la pregunta desde el asiento del copiloto, con la barbilla apoyada en la mano, mirando de reojo la pantalla del Tesla.

La misma frase que yo le decía cuando la sacaba a escondidas de casa de sus padres. Entonces era yo quien conducía a lo loco por Los Ángeles con una cría de dieciocho en sudadera negra, y ahora es ella quien me mide a mí.

No debería haberlo hecho nunca, pero Kimberly siempre ha tenido el don de hacerme saltarme mis propias normas. No necesita pedirme nada: siempre que volvía a la ciudad sabía que me estaba esperando. Lo notaba en el aire.

En aquellos vuelos interminables solo soñaba con una cosa: aterrizar, meterla en el coche y perdernos hasta el amanecer. Le contaba reuniones con inversores, números, mierda aburrida, y ella escuchaba como si fuera una película. Luego prometía que un día conquistaría el mundo.

Y lo hizo. Ahora su cuerpo y su cara están en hologramas de seis pisos por medio planeta. Kimberly Maldonald, la estrella. La que todos miran.

Yo, los últimos tres años, solo he podido mirarla desde lejos. Sin respuesta. Me acostumbré. Me acostumbré a vivir sin ella como me acostumbré a dejar atrás las promesas de juventud. Ella las soltó al viento. Ella es el viento.

Y ahora ese viento ha vuelto a Los Ángeles para levantar todo… y, probablemente, volver a irse.

¿Tendré valor para huir yo?

Si fuera otra mujer, diría que no. Mantendría la distancia, el papel del Ángel serio. Pero no es otra. Está en mi coche, en mi ciudad, después de tres años. Es Kimberly. Y con Kimberly mi respuesta siempre es la misma —me guste o no—:

—Siempre listo.

El Tesla sigue la ruta en piloto automático. Fuera, la ciudad es un mosaico de luces; dentro, su sonrisa parece nueva, como si no supiera adónde vamos.

—Te has vuelto tan exitoso… —me examina de arriba abajo, sin pudor—. He leído sobre ti. Incluso compré un poquito de "Morris.coin". Dicen que da pasta.

Suelto una risa por lo bajo.

—¡Eh! ¡Ni se te ocurra reírte de mí, capullo! —me lanza una mirada asesina, pero se le escapa la sonrisa.

Ahí sí que me entra la risa de verdad. No la recuerdo riendo así desde hace años: limpia, clara, como cuando tenía dieciocho.

—Si me han timado, exigiré que me devuelvan la pasta —se recuesta en el asiento y estira las piernas—. Qué coche más cómodo. Quiero uno.

—¿Te quedas mucho tiempo en Los Ángeles? —me ajusto el cuello de la chaqueta y miro al parabrisas. No estoy seguro de querer saberlo.

—Aún no lo he decidido —se encoge de hombros.

Viento. Exactamente igual.

—¿Y qué quieres sacar de LA esta vez?

—¿De LA? —noto cómo me taladra con la mirada; la mandíbula se me tensa—. ¿De la ciudad? —remarca, divertida. Ella sabía que mi padre, Justin, a veces me llamaba así.

—De la ciudad —rectifico, carraspeando—. ¿Qué has planeado hacer?

—He planeado insuflarle vida —responde sin apartar los ojos de mí.

Me vuelvo y la miro. Ningún holograma le hace justicia. Es más guapa que con dieciocho: rasgos más definidos, gestos más seguros. En su piel oscura bailan los reflejos de las luces de los escaparates. Pero lo que más pesa son sus ojos. Ya no hay ingenuidad. Alguien que no soy yo ha dejado huella en ellos. Tres años de vida sin mí están ahí dentro.

Tres años son un abismo. Y cada uno llevamos el nuestro.

—Contigo no da miedo en ninguna parte —dice Kimberly cuando nos adentramos en la parte abandonada del paseo fluvial. Apoya la frente en el cristal y mira hacia fuera, como si fuera la primera vez.

Desbloqueo el vallado desde el panel del coche; ese tramo lo compré hace tiempo. El Tesla se detiene junto al mismo contenedor oxidado de antes. Nuestro tráiler escondido.

Donde, hace tres años, la cagué a lo grande.

«No terminamos bien» es suave. Aquella noche me dejó los nervios al aire. Me llevó justo al borde del precipicio.

Tenía que haber frenado cuando casi la besé en el río.

Tenía que… pero no lo hice.

Salimos del Tesla. El aire del puerto está frío y húmedo. La dejo pasar delante. Da unos pasos y se planta frente a la puerta del contenedor.

Tira de la chapa. La bisagra chirría, pero cede. Primero se cuela ella, ligera. Luego entro yo y cierro el fresco fuera.

Por dentro, todo sigue igual: madera cálida, la chimenea eléctrica, las mantas, los cojines. Mi lugar secreto. Nuestro lugar.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta tras unos segundos, mirando alrededor.

—No —respondo sin adornos.

—¿Este sitio ya no cura? —se gira hacia mí, ladeando la cabeza.

Clavo la mirada en la suya.

Ya no cura, Kim. Lo cambiaste todo.

—Me gusta este sitio —murmura, dando una vuelta sobre sí misma —. Me acordaba mucho cuando estaba en Europa. Fue el mejor Halloween de mi vida.

—¿El mejor? —sonrío de lado—. Mientes.

—¡Palabra! —se planta frente a mí, mano en el corazón, teatral—. Aquellas calabazas, las telarañas… los murciélagos. Las velas. Y todo solo para mí. Joder, fue la leche.

—Me alegra que haya algo que recordar —me quito la chaqueta y subo el aire acondicionado del tráiler desde el panel y me siento en el suelo, sobre un cojín.

Kimberly deja el bolso, se quita la cazadora y se queda en un minivestido negro de cuero, sin tirantes. Se inclina para ajustarse la falda y se me cierra la garganta.

Piernas. Caderas. Hombros. Clavículas. No ha dejado nada a la imaginación. Ni falta que hace.

—¿Brindamos por mis veintiún años? —saca una botella de vino del bolso y sonríe con malicia.

—Eh… sí. ¿Por qué no?

Con ella siempre se me escapa el «sí». Contenerme es difícil. Un par de veces lo conseguí… y sigo sin saber si hice bien.

—¿Vasos? —mira alrededor, abriendo puertas de armarios.

—Solo tazas. Ahí —señalo con la barbilla.

Se sienta enfrente, recoge las piernas bajo sí, descorcha la botella y sirve vino tinto en dos tazas blancas. No recuerdo la última vez que bebí así: sentado en el suelo, en un contenedor, bebiendo vino en taza.

Normalmente sería una copa cara, en un restaurante. A la mesa. Y no con Kimberly, sino con mi novia, Rebeca.

Pero ahora mismo estoy mejor aquí que en cualquier restaurante. Solo la echaba de menos. Y me siento culpable por cómo la dejé ir. Solo eso. No empieces a inventarte historias.

—Por tu cumpleaños: ahora ya puedes comprar alcohol legalmente —alzo la taza—. Me alegro de que hayas venido. Me alegro de que te acuerdes…

Doy un sorbo y me quedo congelado. En el canalillo, brillando bajo la tela del vestido, hay un pequeño diamante negro en forma de

corazón. Mi diamante.

Kimberly se da cuenta al instante.

—Le encontré sitio —bebe un trago, sin apartar los ojos de mí.

—Está… precioso —la voz me sale más ronca de lo que quería.

—Sí. Lo mandé montar en este colgante —responde tranquila, como si nada—. Así lo llevo siempre encima. Si me lo quito, siento que me falta algo.

Falta algo.

Callo y bebo. Mucho. Me trago esta noche hasta el fondo de la maldita taza. Ella vuelve a servir. Yo vuelvo a vaciar.

—Venga, cuéntame de ella —pide, ligera. Demasiado.

El cuerpo se me afloja, la cabeza entra en calor. Por fin se calma el peso.

—¿De Rebeca? —desvío la mirada—. ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué ella —da otro trago—. ¿Por qué la elegiste a ella?

¿Por qué la elegí a ella?

Podría contarle la versión larga: la noche en el bar de Justin, el Tesla, el golpe, la indemnización absurda pagada en "Morris.coin", la chica que vuelve al día siguiente a decir que es demasiado dinero. El Ángel que pide una señal y decide que esa coincidencia lo es. El tío que deja de escribir a Kimberly porque está harto de hablarle a un muro.

Pero no quiere un informe técnico. Mañana tirará cada palabra a la basura.

—Porque es mi alma gemela —respondo.

—Qué tierno —Kimberly bebe, se lame una gota del labio y deja la taza en el suelo—. Pensaba que lo de las almas gemelas era puro cuento. Pero si lo dice el mismísimo Ángel Morris-White…

Sonrío, girando la taza entre los dedos.

—¿Y tú no has encontrado a tu alma gemela en tu novio? —la pregunta se me escapa más grave de lo que pretendía. El vino va más rápido que mi autocontrol.

—Oh, no, Ángel, lo nuestro es otra clase de unión —entorna los ojos, pasa el dedo por el borde de la taza y se le dibuja esa sonrisita

burlona que siempre me revienta la mandíbula—. Se folla de maravilla.

Me atraganto. Literal.

La tos me parte el pecho; el vino casi se me sale por la nariz.

—Mierda… —gruño, tapándome la boca.

Ella se ríe bajito, satisfecha. Ha conseguido exactamente lo que quería.

Con ella no hay manera de ser "solo amigos". Y menos con novio.

—¿Estás bien? —se acerca un poco, me pone la mano en el hombro. Ligera, cálida.

—Ajá. De maravilla —exhalo.

—Mañana le conocerás, por cierto. En mi fiesta.

—¿Qué fiesta, joder? —frunzo el ceño y dejo la taza en el suelo.

—Mi cumpleaños. Les dije a mis padres que llegaría mañana y papá ya lo ha organizado todo.

—Claro… —la palabra "mañana" me zumba en la cabeza—. ¿Y dónde te quedas hoy?

Tiene novio. Llega "mañana", pero está aquí. Sentada en mi tráiler. O estoy muy borracho, o ella disfruta rompiendo líneas de tiempo.

—Planeaba quedarme contigo —se encoge de hombros—. Pero creo que me voy a un hotel.

—Ni de coña —las palabras se me traban un poco, pero la idea está clara—. No voy a dejar que te vayas sola. Te prometí que hoy estaríamos juntos. —La miro a los ojos—. Nos quedamos aquí.

—Ángel… —se ríe, niega con la cabeza, pero no se aparta.

—Hablo en serio.

—Estás borracho.

—Y tú, jodidamente observadora.

—Joder… vale —sonríe torcida y se pega a mí por un lado, buscando calor.

Preparamos un rincón en la esquina: cojines, mantas, vino y penumbra. El aire está templado; huele a ámbar y alcohol. Me dejo caer en la cama improvisada, estiro las piernas.

Nunca he pasado la noche fuera de casa. Y ahora estoy en el suelo de un contenedor, con una taza de vino en la mano y Kimberly apoyada a mi lado.

La vida, versión beta.

Kimberly saca otra botella del bolso, la abre, bebe un sorbo en la taza y se tumba aún más cerca.

—Sabes, echaba muchísimo de menos Los Ángeles —dice en voz baja—. Aunque veía a mis padres por videollamada todos los días.

Alarga la mano, me recoge un mechón detrás de la oreja, me roza la piel con las yemas. Trago vino, pero el nudo sigue despeñándose por la garganta.

—¿Por qué no me contestabas? —pregunto, mirando al techo.

—Me hiciste daño, Ángel —se gira hacia mí, me coge la cara con la palma y me obliga a mirarla—. Mírame.

Obedezco. Ojos verdes, furiosos, heridos. El ámbar y el vino se mezclan en el aire.

—¿Con qué? —la voz se me raspa.

—No creías en lo que sentía por ti.

—Kim… —le pongo la mano en la cintura—. Tenías dieciocho. Yo, veintiocho. Tú eras…

—No era una niña. Ya era mayor de edad para esas cosas —corta en seco. Los ojos le brillan de rabia. De verdad.

Exhalo y vuelvo a dejarme caer de espaldas. Me callo. Nunca la vi como una niña. Nunca. Pero es una verdad que no puedo decir en voz alta.

—No me ignores, Ángel Morris-White —me empuja del hombro, se me sube encima y apoya el codo en el cojín—. Puedo demostrarte que soy adulta.

No espera respuesta.

Se me sienta a horcajadas sobre las caderas, clava las uñas en mis hombros. El vestido sube, la tela resbala. El contacto de su cuerpo me enciende la piel.

—Kim… —exhalo, incapaz de apartar la mirada.

—Cállate —susurra. Cubre mis manos con las suyas y las aprieta contra sus muslos. La piel se desliza bajo mis dedos; la respiración se me desboca.

—¿Qué estás haciendo? —gruño, ronco.

—Lo que tú querías hacer hace tres años —sus labios me rozan la oreja—. Y si entonces no te hubieras parado, te habría dejado llegar

hasta el final.

Joder.

Cierro los ojos. El alcohol borra bordes. Mis manos suben solas por su espalda hasta la nuca. Se estremece. Y es jodidamente agradable.

—Bésame, Ángel. Ahora, sí, puedes —su aliento caliente me acaricia la boca. Mantengo los ojos cerrados.

—Kim…

—Suéltate —se mueve sobre mí, un poco más fuerte.

Nuestros labios casi se tocan. Casi.

Y suena el timbrazo. Seco. El teléfono corta la escena como una hostia.

—No contestes —exhala, apretando la mandíbula.

Yo no sé dejar sonar un teléfono. Es ridículo, pero es así. Y en las últimas horas ya he pisado demasiadas de mis propias líneas rojas.

—Perdona —la sujeto por la cintura y la siento a mi lado.

Ella baja la vista hasta mi erección, tan discreta como un neón, y se ríe por lo bajo.

—Graciosísimo —murmuro, poniéndome en pie.

Se tapa la boca con la mano para contener la carcajada. Ojalá.

Agarro la chaqueta, salgo fuera y dejo que el aire fresco me pegue la bofetada que el timbre empezó. Es Rebeca.

—Ángel, ¿estás bien? —su voz tiembla un poco.

—Sí. En nada estoy en casa.

—¿Has dejado ya a Kimberly? —viene cargada la pregunta.

—Eh… sí.

—¿Entonces por qué tardas tanto? Son las cuatro de la mañana.

—Paramos a picar algo.

—No me gusta —seca.

—Rebeca, por favor, no empecemos.

—Si quieres, me voy.

—¡No! —me sale demasiado brusco—. No hace falta. Llego enseguida.

Por el rabillo del ojo veo moverse la chapa del contenedor. La puerta se abre. Sale Kimberly con la cazadora puesta, el bolso al hombro.

Lista para largarse.

—Espérame, ¿vale? Llego enseguida —digo al teléfono.

Cuelgo y echo a correr hacia ella.

—¡¿Adónde te crees que vas?! —grito.

—Al hotel. O al club. Aún no lo he decidido —lanza por encima del hombro, sin frenar.

—¡Kim!

Se vuelve justo en la salida, con el puerto entero de fondo, y sonríe.

—Nos vemos mañana, Ángel. Y trae a tu novia. Será divertido.

La veo alejarse entre sombras y luces lejanas del muelle.

Será divertido.

Sí.

¿Pero para quién?

Kimberly Maldonald es un desastre andante vestido de diseñador. Solo tiene juegos en la cabeza.

Y ya va siendo hora de que deje, de una vez, de tomarme en serio todos y cada uno de sus movimientos.

Capítulo 7. Ángel

En casa me recibe Roxy. De Rebeca no se oye nada. Espero que no se haya ido a su piso. Lo había planeado todo de otra manera y, por primera vez en mucho tiempo, mi plan se ha ido al garete. Exhalo de golpe; noto cómo se me tensan los músculos del cuello.

—Ángel, ¿desea café? —Roxy sonríe dulcemente, como si lo tuviera programado; su pelo violeta brilla bajo las lámparas.

—No. Quiero whisky. Un vaso. Abre la botella que me regaló Justin. —Aprieto el puño hasta que los dedos se me ponen blancos.

—Sí, señor. —Asiente; se mueve fluida, sin hacer ruido de más.

—Y luego echa mi ropa a lavar. —Me quito la chaqueta; la tela cruje y el olor a ámbar aún se me agarra a la piel.

—De acuerdo, señor.

Me acerco al ventanal y veo los destellos de los primeros rayos del sol. Se cuelan entre las nubes grises de Los Ángeles y anuncian un nuevo día, reflejándose en el océano lejano. Un día para el que no estoy preparado en absoluto. Otra mañana, otra partida. He desaprendido a perder y, al parecer, también he desaprendido a controlarlo todo. Con la aparición de Kimberly, mi vida vuelve a convertirse en caos. Noto el pulso acelerarse en las sienes.

—Su whisky, Ángel —Roxy me tiende un *old fashioned*—. ¿Algo más? —Su mano se estira firme, sin temblar.

—No, puedes retirarte, Roxy. —Cojo el vaso; el hielo tintinea.

—Gracias, señor.

Se va y yo agito el whisky en el vaso. Empiezo a entender por qué Justin bebía tan a menudo. El líquido chapotea y me enfría los dedos.

—No sabía que te gustara el whisky. —La voz de Rebeca a mi espalda me hace girarme de golpe; los hombros se me tensan.

Sigue con ese batín de seda que se puso para mí. Se lo ajusta más y cruza los brazos bajo el pecho; la tela le marca las formas. Trago saliva.

—No me gusta. He decidido probarlo otra vez. —Dejo el vaso en la mesa, pero la mirada se me desliza a sus labios.

—Ángel, ¿qué está pasando? —da un paso hacia mí—. Has estado nervioso toda la noche. Luego esa desquiciada se te echa encima… —Hace una pausa; la mirada se le oscurece, la respiración se acelera.

—Kimberly. Se llama Kimberly. —La miro a los ojos; se me tensa la mandíbula.

Rebeca aprieta los dientes; los labios se le blanquean.

—Kimberly se te echa encima. Y te vas con ella. Y no apareces hasta la mañana. El día de nuestro aniversario. Me quedo sola en tu cama. ¿Para qué? —Exhala; las manos le tiemblan apenas, intenta esconderlo.

—Perdóname. Me he olvidado por completo de su llegada. —Aparto el whisky y me acerco a Rebeca; noto su calor incluso antes de tocarla.

—No me gusta —resopla en cuanto le rozo la cara; la piel es suave bajo mis dedos.

—Conozco a Kimberly desde que éramos niños. Siempre ha sido así… caprichosa, impulsiva. No le des vueltas. —Le acaricio la mejilla; el pulgar se me queda quieto en su pómulo.

—¿Y tú? —los ojos castaños de Rebeca buscan los míos; las pupilas se le dilatan—. ¿Siempre has sido como hoy? Resulta que no te conozco en absoluto, Ángel. Llevamos dos años juntos y solo ahora me entero de que eres capaz de… esas cosas.

—No, Rebeca… —Mi pulgar se mueve, le frota la mejilla; el calor se expande por mi mano—. Hoy estoy muy cansado, nada más. Y la llegada de Kimberly no solo te ha sorprendido a ti. Perdona, ¿vale? —Me callo; su aliento me roza la piel.

—Vale… —murmura, bajando un poco la mirada.

Es guapa. Incluso tras una noche en vela. Lleva la máscara de pestañas intacta y los pómulos marcados con colorete. Rebeca siempre está impecable. No recuerdo haberla visto sin maquillaje ni con la ropa arrugada. Siempre procura ser perfecta. Sin una sola falla. Yo me creía igual. Hasta esta noche. Y ahora, me parece, no soy digno de Rebeca. He hecho demasiadas cosas mal. El puño se me cierra solo.

—Tengo que ir al trabajo —anuncia, apartando la vista hacia la escalera.

—Quédate —la abrazo por la cintura; la seda del batín resbala bajo mis manos.

—No puedo. —Se tensa, duda un segundo, pero al final no se aparta de inmediato.

—Por favor. Voy a enmendar mi culpa. —Me pego más; siento su calor a través de la tela, el latido acelerado.

—No estoy enfadada contigo, Ángel. —Rebeca se separa despacio; apoya las manos en mi pecho, crea distancia—. De verdad me tengo que ir. Nos vemos por la tarde.

Me acuerdo de la fiesta de Kimberly y siento un dolor infernal en las sienes; el pulso golpea más fuerte. Allí estará su novio. Ese al que se le ha entregado entera. ¿Cuándo ha sido? El ardor en el pecho crece.

—Nos han invitado a una fiesta —detengo a Rebeca cuando ya casi ha subido al segundo piso; sus pasos resuenan en la escalera.

—¿Qué fiesta? —se gira en el peldaño, alzando una ceja.

—El cumpleaños de Kimberly. Nos ha invitado a los dos. —Me quedo al pie de la escalera, mirándola desde abajo.

—¿Ha enviado invitaciones? —Rebeca arquea una ceja y aprieta los labios.

—Lo ha anunciado de viva voz. Es Kimberly. Le importa un bledo lo formal. —Me encojo de hombros.

—Una locura —resopla; las aletas de la nariz se le abren.

—Aun así, estamos invitados. —Subo un peldaño, acortando la distancia.

—No sé si podré —murmura, apartando la mirada hacia el pasillo.

—Rebeca… —cuando llego al rellano, le cojo la mano y entrelazo los dedos—. Por favor, tómatelo con más calma.

—¿Y tú te la tomas con más calma? —frunce el ceño; la mano se le pone rígida dentro de la mía.

—Creía que habíamos zanjado el tema. —Aprieto la mandíbula.

—Zanjado —Rebeca entorna los ojos y se suelta con cuidado de mi agarre; sus dedos se deslizan entre los míos—. Te avisaré más tarde de mi decisión.

Se da la vuelta y desaparece pasillo arriba, dejándome solo en la escalera, con el whisky a medio y un ruido sordo martilleándome en las sienes.

***

Cerca del mediodía, Sheila me escribe que la fiesta será a las siete. Código de vestimenta: *total black*. Máscaras negras en la cara.

Estoy furioso. ¿Por qué recibo el aviso justo ahora? Es inadmisible. Sheila, y más aún John, no podían haberme dejado sin avisar con antelación. Así que esto huele a capricho de Kimberly.

¿Dudaba de si quería verme? Aprieto el puño; las uñas se me clavan en la palma.

A las dos me llegan a casa dos máscaras iguales, que solo cubrirán la línea de los ojos. Muy del estilo de Kimberly. Siempre le ha encantado disfrazarse. Siempre le ha gustado el misterio. Le doy vueltas a la máscara entre las manos; la tela es suave, elástico fino.

Confirmo con Rebeca su asistencia, y acepta sin entusiasmo. Después le reservo varios vestidos negros elegantes en la boutique de Saint Laurent y le pido que elija. Pago la compra con mi criptomoneda, «Morris.coin». Los dedos repiquetean en la pantalla; me cuesta quedarme quieto.

Paso a buscar a Rebeca a las seis y media. Llevo esmoquin negro y camisa negra con pajarita. Kimberly y yo siempre hemos tenido

debilidad por el negro. Me siento en el Tesla; el motor ronronea en silencio.

Rebeca ha elegido un vestido negro hasta el suelo, de manga larga y espalda descubierta. Se ha recogido el pelo rubio en un moño pulido y ha rematado el *look* con unos pendientes de platino contundentes. Está preciosa. Impecable. Como siempre.

Y yo estoy de los nervios. No encuentro mi sitio. No consigo quitarme de la cabeza que hoy no tengo la situación bajo control. Allí estará su novio. El que ha vuelto «experta» a la inocente Kimberly. El que «folla de maravilla». El que le da placer sin preocuparse de que apenas ha cumplido veintiuno.

El calor en la ingle se mezcla con la rabia. Mala combinación.

—Ángel, ¿por qué te has agarrado así al volante? El coche va en piloto automático. —La observación de Rebeca me obliga a despegar la vista de la carretera; abro los dedos y me duelen las articulaciones.

Ni me había dado cuenta de que todo este tiempo apretaba el volante como si de verdad condujera.

—Por si acaso —le sonrío, pero los labios se me tuercen.

—Como siempre, quieres tenerlo todo bajo control. —Los labios rojos de Rebeca se estiran en una sonrisa; se inclina un poco hacia mí.

—Estás guapísima —susurro; la mirada se me desliza por el escote hacia el nudo de la máscara.

—Gracias. —Se sonroja levemente, baja la vista.

—Y ese vestido te sienta de maravilla. —Rozo la tela en el muslo; los dedos se me quedan allí un segundo más de lo normal.

—Gracias. Pero sigo pensando que es raro organizar una fiesta en esos colores. Y encima con máscaras. Tu Kimberly no tiene ningún sentido del estilo. —Resopla y aparta mi mano con un gesto seco.

—¿Ah, sí? —me burlo, ladeando la cabeza—. ¿Así que al final no la has reconocido?

Rebeca entorna los ojos. Entiendo que no tiene ni idea de quién es Kimberly.

—Kimberly es estilo —aclaro—. Sus hologramas han invadido el mundo entero. Es la *top model* más solicitada de los dos últimos

años.

—A mí no me gusta esa moda. —Rebeca gira la cara hacia la ventana; se le tensan los hombros.

Le irrita hablar de Kimberly. Y puedo entenderla. Yo mismo tengo que dejar de hablar de ella tan a menudo. Pero la idea de Kimberly no se va; queda suspendida en el aire, como el humo.

Capítulo 8. Ángel

Llegamos al lugar a las siete. Se llevan el Tesla al aparcamiento. Rebeca me toma del brazo y pisa la alfombra roja tendida hacia la entrada principal del club alquilado. Siento el calor de su palma a través de la manga; la piel me hormiguea.

—¿Esto qué es, la entrega de los Oscar? —susurra Rebeca cuando pasamos junto a un grupo de fotógrafos; su aliento me roza la oreja.

A Kimberly siempre le ha gustado tirar la casa por la ventana. No nos detenemos ni posamos para los paparazzi. Rebeca no ha querido, y a mí nunca me ha gustado la atención especial sobre mi persona.

Entramos en el edificio y, a medida que nos acercamos al salón de banquetes, el corazón me late más deprisa. Me sudan las palmas de las manos, y este nerviosismo me enfurece. Me ajusto la máscara con más fuerza y trago saliva al entrar en el salón principal a través de las pesadas cortinas burdeos; la tela me roza el hombro.

Es extraordinario. He ido a muchas recepciones lujosas, pero lo que ha montado Kimberly te revienta la cabeza. Y que luego no diga que no ha participado en la organización: en cada detalle se siente su mano.

Las paredes y los altos techos están revestidos de terciopelo burdeos. La tela cara envuelve el enorme salón a distintos niveles y

da la sensación de que el espacio está empapado de sangre espesa. El color es profundo, saturado. El tono combina a la perfección con la pasarela negra y brillante en el centro del salón y la resalta entre las mesas redondas.

A lo largo de la pasarela han colocado composiciones de flores burdeos. Hay muchísimas. La pasarela se retuerce entre ellas como una serpiente negra y prácticamente se hunde en los capullos vivos.

Entre los pliegues burdeos del techo, sobre la pasarela, cuelgan tiras de cristal iluminadas. Son largas, cubiertas de cuentas de vidrio.

Y en el centro del salón, junto a la curva en ese de la pasarela, han erigido una enorme instalación hecha de esos mismos hilos finos de cristal que cuelgan del techo. Unos vástagos plateados se entrelazan en el suelo, se arremolinan hacia arriba y allí se ensanchan.

«Es un huracán», caigo en la cuenta. Es Kimberly.

Una obra de arte rabiosamente bella y poco común. El «huracán» macizo centellea gracias a pequeñas bombillas blancas integradas entre los hilos de cristal y proyecta destellos vivos por todo el salón. La luz se refleja en las mesas y sillas transparentes, de modo que parecen también de cristal. Aprieto el puño; los dedos, húmedos.

—¡Vaya! —Rebeca examina la decoración espectacular; se le agrandan los ojos—. Qué despliegue.

—Ya ves —sonrío, con los labios torcidos—. Ni yo me esperaba esto.

—¡Rebeca! ¡Ángel! —Me dan una palmada en el hombro; me giro en seco y me topo con la sonrisa deslumbrante de Sheila. Su palma quema a través de la tela—. ¿Te has quedado embobado? Lo entiendo. Kimberly nos ha dado la vara a todos con esta fiesta.

—¿Kimberly? —se me tensa la mandíbula.

—Pues claro, quién lo iba a dudar. —Sheila asiente; respira tranquila, orgullosa.

—¿No os habíais encargado tú y John de organizarlo? —La miro a los ojos; siento cómo se me afinan las pupilas bajo la máscara.

—Solo ejecutábamos los encargos de nuestra hija —se burla Sheila; los labios se le estiran—. Ya sabes lo meticulosa que puede ser. Pero reconoce que ha quedado mágico. Sigo alucinando con la

imaginación de Kimberly. Y combinada con el talento de Jessie, ha quedado una bomba.

—¿Qué pinta Jessie aquí? —pregunto, desconcertado; alzo una ceja.

—Kimberly le pidió que hiciera los bocetos del salón para enviármelos después. Todo tenía que ajustarse punto por punto a su idea. Creo que lo hemos logrado —Sheila vuelve a sonreír; los dientes le brillan bajo las luces.

—¿O sea que hasta Jessie sabía lo de la fiesta? —Me invade la indignación; cierro el puño con más fuerza—. ¿Y desde cuándo lo estaba planeando?

—Pues… —Sheila aparta la mirada y se recoloca la máscara; los dedos le tiemblan un poco. O está recordando o se pone nerviosa—. Unos seis meses.

Perfecto. Y yo me entero el último. Exhalo con fuerza; se me abren las aletas de la nariz.

—Pero avisó de que podía cancelarlo todo en el último momento —añade, en voz más baja.

—¿Por qué? —ya no oculto mi sorpresa; alzo una ceja.

—No lo sé. ¿Cuándo ha explicado algo Kimberly? —Sheila se encoge de hombros—. Dijo que se le podían cambiar los planes al llegar a Los Ángeles. Y ya.

Hace una pausa; la mirada se le resbala hacia la pasarela, hacia el «huracán».

¿Cambiar los planes? Rebeca me lanza una mirada ambigua; se le oscurecen los ojos. Aflojo con un dedo la pajarita; la tela me roza la piel del cuello. Con un gesto, Kimberly podía haber cancelado el banquete si yo…

No, basta. Chorradas. Yo no pinto nada aquí. Simplemente Kimberly es así. Es un huracán. Brillante, deslumbrante, inconstante. Me sudan más las palmas.

—Pero, en cualquier caso, me alegra que Kimberly no haya tirado una pasta por el desagüe —ríe Sheila; los hombros le vibran.

A mí no me hace gracia, pero hago como que me río; los labios se me tuercen. Rebeca también sonríe con rigidez: se nota que no le resulta cómodo seguir hablando de Kimberly; se le enrojecen las

mejillas. Y la culpa es de su provocador primer encuentro. Si todo hubiera ido de otra manera, Kimberly le habría gustado. Le gusta a todo el mundo. Trago saliva.

—Bueno… —Sheila vuelve a darme una palmada en el hombro; la mano, pesada—. Voy a saludar a otros invitados. Lástima que nuestra familia «española» Morris no haya podido venir. Y tu segundo padre se ha vuelto a largar a saber dónde —suspira; el pecho se le alza.

—Papá está en Seattle. —Mantengo la voz neutra—. Ha dicho que tiene otra ronda de negociaciones, pero últimamente va demasiado a esa ciudad.

—¿Crees que es por esa mujer de la que apenas cuenta nada? —Sheila se inclina hacia mí; la máscara brilla.

—Sin duda. —Asiento.

Sheila esboza una media sonrisa pícara; entorna los ojos.

—Vale, no os aburráis. Allí está la barra. Sirven unos cócteles estupendos en tonos negro y rojo —sonríe y pone los ojos en blanco de forma teatral; le tiemblan las pestañas—. Otra manía de mi peque Kimberly. Pero las máscaras, de diez. Me favorece, ¿verdad? —me guiña un ojo y se aleja hacia la multitud que acaba de entrar en el salón por las cortinas macizas; los pasos resuenan amortiguados por la moqueta.

—¿Tomamos algo? —le digo a Rebeca y la abrazo por la cintura; los dedos tocan la piel desnuda de la espalda.

Ella se estremece al contacto de mi mano, pero asiente; la respiración se le entrecorta. Me toma del brazo y sonríe con contención, y yo le recorro el rostro con la mirada; los labios se me aprietan.

A decir verdad, la idea de las máscaras es interesante. Igual le pido a Rebeca que esta noche se la deje también en el dormitorio. El calor en la ingle va en aumento. Pero para ella todo esto es rarísimo.

Llevo ya una hora apurando ron negro, observando a la gente a mi alrededor; el líquido me abrasa la garganta. ¿De dónde ha salido tanta gente? ¿Quiénes son todos? Parece que Kimberly ha convocado a todo el famoseo angelino. O, mejor dicho, a su parte joven.

Chicas jóvenes con vestidos negros cortos se ríen a carcajadas; las piernas van y vienen. Sus novios o, más bien, compañeros de una noche no paran de charlar y de pegarse a sus copas; los labios les brillan húmedos.

Y en algún lugar entre ellos está el novio de Kimberly. Entre toda esta jauría en la que no encajamos ni Rebeca ni yo. Creo que él también es del mundo de la moda. Un niñato estelar con hologramas posando junto a Kimberly.

Carita bonita, cuerpo de Ken de goma, mirada lánguida y un vocabulario de dos frases: «Nena, ¿quieres comprobar lo bueno que soy?» y «Nena, me correré en tu cara».

O la segunda opción: el mismo cuerpo de Ken, pero cubierto de tatuajes —a Kimberly siempre le gustó Justin— y una frase extra: «Nena, sé que me deseas», para mayor descaro.

Maldita sea, me da igual cómo sea el novio de Kimberly. Ya me saca de quicio: se ha atrevido a tocarla cuando aún no estaba preparada. Estoy seguro de que se aprovechó de ella. O, peor aún, de que la tomó por la fuerza. Noto cómo empiezo a hervir; aprieto el vaso con el puño. Los dedos se me ponen blancos.

Mis pensamientos paranoicos los interrumpe Rebeca:

—Eh, Ángel, toca sentarse a la mesa. Ya lo han anunciado. —Me toca el brazo; la piel, cálida.

¿Lo han anunciado? Ni lo he oído. Borro de la cara el desconcierto, invito a Rebeca a tomarme del brazo y, con ella, me dirijo a la mesa transparente número uno, a la izquierda de la pasarela, junto al «huracán» de hilos de cristal resplandecientes; los destellos me hieren los ojos.

John nos hace señas con la mano y nos sentamos a su lado, frente a las tarjetas con nuestros nombres; la silla cruje. ¿Desde cuándo sientan en la mesa principal a invitados de último minuto? Si un día Kimberly se topara con la lógica, no se llevarían nada bien.

En la mesa hay diez asientos. Y ocho están ocupados. Cinco por los Maldonald: Sheila, John, los gemelos Joseph y Jordan, y la pequeña Cindy, que cumplió quince en verano…

Dos asientos están asignados a Rebeca y a mí. En el octavo, frente a Rebeca, se sienta un hombre que, según la tarjeta, es un tal Rikki.

Pero me da exactamente igual, porque hay dos asientos vacíos frente a mí. Los de Kimberly y Glenn. Y ni Kimberly ni el puto Glen están en sus putos asientos.

¿Dónde están? ¿Y quién cojones es ese Glenn? Ni siquiera me distrae Rikki, que nos recorre con la mirada a Rebeca y a mí de arriba abajo. Me da igual. Me importa poco. Porque él está aquí. Sentado enfrente, y yo lo veo. A diferencia del maldito Glenn.

A Rikki le echo unos treinta y cinco. Pero aquí manda la apariencia. El pelo oscuro, teñido de gris ceniza y peinado hacia arriba. En vez de camisa, una camiseta negra amplia con escote profundo; encima, una americana asimétrica de raya negra satinada. Yo jamás compraría eso.

En el cuello, en lugar de corbata o pajarita, le cuelga descuidadamente una bufanda negra estrecha que cruza sus tatuajes de colores. Seguro que es mayor y se esfuerza por parecer más joven.

Rikki tamborilea con los dedos tatuados en la mesa y pasa la mirada de Rebeca a mí. Pero me da lo mismo, porque de pronto estalla la música por toda la sala y, sobre la pasarela negra y brillante, se enciende un foco potente; la luz me corta los ojos.

A la luz de sus haces blancos aparece Kimberly, y se me olvida cómo respirar. Toda mi atención se centra en ella. Y está divina. Un millón de veces más hermosa que el huracán de cristal, porque es su encarnación viviente.

Lleva un vestido corto plateado de tirantes finos, completamente bordado con piedras. Centellea con miles de luces brillantes. El vestido reluce como una bola de espejos, devolviendo la luz de las lámparas, y contrasta de forma increíble con la piel oscura de Kimberly.

Sus piernas largas se enfundan en unas botas igualmente largas y negras, que le llegan casi a mitad del muslo. Y en los brazos, por encima del codo, lleva guantes negros de nailon, adornados con las mismas piedras que el vestido.

Kimberly sonríe. Es como un ángel. Resplandece como si acabara de bajar del cielo, y estoy tan embelesado que no reparo enseguida en el chico a su derecha.

Es el maldito Glenn. Y es su maldito novio. No necesito saberlo para sacar la conclusión. Basta con verlo en la pasarela a su lado. El día de su cumpleaños. Basta con observar cómo le coge la mano. Me cago en todo.

Sonríe. Y la conduce hacia delante, por toda la pasarela, para que yo lo vea. Kimberly contonea las caderas. Pisa como si caminara por un cable. Una auténtica reina. Su caminar es profesional, y es alucinante.

Pero no puedo concentrarme, no puedo disfrutar de su belleza cuando él está a su lado. Un mocoso recargado. Guapete, como suponía. Solo que demasiado alto y delgado para ser un Ken. Un flequillo negro y espeso le tapa media cara. ¿Cómo no se ha tropezado ya?

Bajo la chaqueta negra brillante no lleva nada. Solo las clavículas marcadas y la piel pálida. Los pantalones, de los que cuelga un trozo largo de tela, como una falda sesgada, le quedan demasiado bajos. No me sorprendería que al final de la noche se le saliera la polla. Con tal de que no sea cerca de Kimberly.

Y los dos se mueven con tanta gracia, tan pulidos. Pisan con seguridad, con la cabeza alta. Kimberly sonríe tras su lujosa máscara plateada, cuajada de brillantitos, y adopta una pose al borde de la pasarela. Una reina.

Y el maldito Glen la abraza. Los fotografían desde todos los ángulos. Los invitados se vuelven locos de entusiasmo. Aplauden fuerte y silban. Glen salta de la pasarela como si no hubiera escaleras al lado, y extiende los brazos hacia Kimberly.

Entre los vítores de la multitud, ella salta a sus brazos. Ríe, levantando los brazos en alto. Glen la hace girar mientras el presentador pronuncia el discurso de apertura al micrófono, y apostaría a que es alguna estrella de Internet, porque su cara me suena.

El maldito Glen deja a Kimberly en el suelo y, de la mano, se dirigen a nuestra mesa. Me enderezo y agarro de forma ostentosa la mano de Rebeca. Sí, infantil, pero no soy yo, es la ración de ron. Y, para colmo, me apetece otra.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —John y Sheila abrazan a su hija, y después arremeten los gemelos y Cindy. Por un segundo me enternezco, olvidándome de Glenn.

Me acuerdo de mi familia. De Justin y Jessie, la pequeña Jessie. Les echo tanto de menos. Y ahora mismo los abrazaría a todos con gusto.

Los abrazos familiares se disuelven y Kimberly se sienta frente a mí, entre Rikki y el maldito Glenn.

Por fin repara en mí. Me mira. Me taladra con la mirada a través de las rendijas de su máscara brillante. Y sonríe.

—¡Levantemos las copas por nuestra Kimberly! —grita el presentador, y por la sala corre el tintinear del cristal. Nuestro contacto visual se pierde.

En lugar de sus ojos, miro cómo el mocoso de Glen besa a Kimberly en la mejilla.

El programa de la noche es impresionante. La comida es impresionante. El alcohol, la música, el ambiente: todo es sencillamente impresionante. Y podría disfrutarlo si no estuviera tan encendido.

No me reconozco. Nunca me había enfadado. Y ahora me siento y miro cómo Kimberly baila con Glenn, y no puedo calmarme. Sus manos van demasiado bajas. Él está demasiado pegado a su cuerpo.

¿Dónde mira Sheila y por qué no tiene nada en contra? ¡Si es su hija! Kimberly y Glen se retuercen con movimientos lascivos en la pasarela. Los demás bailan abajo.

Desde arriba cae sobre todos una lluvia de serpentinas plateadas y purpurina, y yo soy el único que no entiende qué pinto aquí.

—Tú también quedarías de lujo en la pasarela. —Giro la cabeza hacia la voz y me cruzo la mirada con Rikki. Resulta que en la mesa solo quedamos los dos. Pero Rebeca debería volver en nada: se fue a charlar con John.

—¿Qué? —entrecierro los ojos, molesto.

—Digo que una apariencia así las cámaras la amarían rápido. Te lo digo como fotógrafo profesional. Detecto enseguida el material de calidad. —Rikki se recuesta en la silla y apura su cóctel.

—Si quieres encontrar material de calidad, vete a una granja. Te haces con unos huevos de calidad.

Esboza una sonrisita, y yo me quedo en shock por lo que acabo de soltar.

No es propio de mí. Ni siquiera por dentro solía soltar tacos. Y ahora suelto esto. Dos días y mi vida ya está patas arriba. Menos mal que Rebeca no me ha oído.

—Kimberly es divertida… —La mirada de Rikki vuela a la pasarela, donde Kimberly y Glen siguen ondulándose en el baile—. ¿La conoces desde hace mucho?

—Desde niños. La vi en pañales —respondo, igual que contestó ella ayer a Rebeca.

Rikki sonríe de medio lado y se termina la bebida.

—Me caes bien. —Se levanta de la mesa—. ¿Nos fumamos algo?

—No. —Me levanto también—. Voy a buscar a mi chica.

No tengo nada que hablar con él y, menos aún, quiero «fumarme» nada con él. Vaya imbécil. Paso junto a Rikki y oigo a mi espalda una risita tenue. Que le den.

Encontraré a Rebeca y nos iremos de aquí. Ya he tenido bastante. Pero, de repente, Kimberly aparece delante de mi cara.

—¿Qué te parece la fiesta? —sonríe deslumbrante. Respira un poco entrecortado: o venía deprisa o aún no ha recuperado el aliento del baile.

—Todo es magnífico. —Intento forzar una sonrisa—. Rebeca y yo hemos preparado un regalo…

—Oh, no, no —me corta—. Nada de regalos. Ya lo advertí. Solo se entra con buen rollo.

—Supongo que si hubiera recibido una invitación como los demás, lo sabría —no me contengo.

Joder, no me invitó. Enumeró a un montón de gente, pero dudaba si invitarme. Kimberly aparta la mirada.

—Mira —suspira—. Lo siento. Me he pasado.

—Es tu fiesta y no quiero estropeártela. Está todo genial, de verdad. Y me alegro de haber estado aquí.

—¿De haber estado? —vuelve a mirarme.

—Sí. Encontraré a Rebeca y me iré a casa. —Kimberly suelta un suspiro apesadumbrado—. Ah, y por cierto, tu novio… es majo. Hacéis… buena pareja.

—¿De verdad? —se anima Kimberly—. ¡Rikki! —lo llama—. ¡Eh, Rikki!

Agita las manos y Rikki se acerca a nosotros.

—Imagínate, Ángel dice que le pareces majo. Que hacemos buena pareja.

¿Qué?

Los brazos de Kimberly se enroscan alrededor del cuello de Rikki. Ese mismo que ronda los cuarenta. El que tiene el cuello cubierto de tatuajes de colores. El que hablaba conmigo y me consideró «material de calidad». No entiendo qué está pasando.

—En realidad yo… —balbuceo, viendo cómo Kimberly se pega a Rikki. ¡Si le dobla la edad, joder!—. ¿Y Glenn?

—Oh —ríe Rikki—. Su tipo serías más tú que Kimberly.

Rikki se vuelve hacia Kimberly, le alza la barbilla con los dedos y la besa. En la boca. Se me para el corazón.

Solo ahora caigo en lo que pasa. Rikki, y no el maldito mocoso de Glenn, es el novio de Kimberly. Y ese tío la está besando.

No sé qué me impulsa, pero cierro el puño y alzo el brazo para estamparle un golpe en su jeta de chulo. Solo que no me da tiempo. Rebeca aparece a mi lado y me agarra del brazo.

—Hola —sonríe.

Kimberly y Rikki dejan de besarse. Gracias, joder.

—¡Oh, Rebeca! —se alegra Kimberly, como si viera a su mejor amiga—. ¿Puedo llamarte Rebe?

Rebeca me echa una mirada de reojo, pero asiente.

—Te presento a mi novio, Rikki.

—Eh… —Rebeca está desconcertada. Mira ora a mí, ora a Rikki—. Pues… estupendo. Me alegro por vosotros.

—Ángel dijo que ya os ibais. Quedaos —insiste Kimberly.

Ya me lo estoy pasando de puta madre, Kimberly.

Temo no aguantar más «diversión». Empieza a sonar un tema lento por los altavoces y le cojo la mano a Rebeca.

—Nos quedamos para un baile más. —Le sonrío a Kimberly y me llevo a rastras a Rebeca a la pista.

La atraigo contra mí muy, muy cerca, de modo que su pecho quede pegado al mío. Incluso con tacones, ella me llega al hombro, así que tengo que inclinarme sobre ella para colocar las manos en su culo.

—Ángel, ¿qué haces? —Rebeca se agita, pero la aprieto más contra mí—. ¿Qué…?

—Relájate y bésame. —Le alzo la barbilla, como hizo Rikki con Kimberly, y me pego a sus labios.

Me posee un demonio. Ni siquiera voy borracho. Pero, joder, estoy furioso como nunca. Y Rebeca no tiene la culpa. No debería comportarme así, pero… Este ya es otro Ángel.

Uno al que ni yo mismo reconozco. A través del beso, veo cómo Kimberly y Rikki se alejan hacia los baños.

Dejo de besar a Rebeca y aflojo el agarre alrededor de su cuerpo.

—¿Qué te pasa? —Está tensa y me mira asustada.

—¿Nos vamos a casa? Creo que ayer no terminamos de celebrar nuestro aniversario.

—Nos vamos —Rebeca sonríe, aún confundida.

—Ve hacia la salida, yo paso por el baño.

—Vale.

Capítulo 9. Ángel

Logro colarme detrás de Kimberly sin que nadie repare en mí. Con semejante gentío no es difícil.

¿Y para qué coño estoy haciendo esto? Podría largarme a casa sin más. Me espera mi novia. Pero el cuerpo pasa de las órdenes del cerebro y ya estoy rodeando la pasarela, atravesando mesas medio vacías —casi todos están bebiendo en la barra o bailando— y entrando en un pasillo en penumbra.

Oigo la risa de Kimberly a lo lejos y sigo el sonido. A la izquierda. Todo recto.

La veo. Delante, Kimberly. Detrás, Rikki. Le da una palmada en el culo y la empuja hacia el baño de hombres.

¡Santos del cielo, dadme fuerzas!

Se me cierran otra vez los puños. Y la mandíbula. La respiración se vuelve corta, rabiosa. ¡Podría ser su padre, joder! ¿Qué se ha creído?

Y si Sheila no le pone las pilas, lo haré yo. Sin pensarlo dos veces, irrumpo en el baño.

Ese imbécil ni siquiera se ha molestado en cerrar la puerta. O no tiene miedo o es tonto perdido. Me quedo clavado en el marco, respirando con fuerza, y veo cómo el puto Rikki mete sus manos tatuadas bajo el vestido corto de Kimberly.

Ella no se resiste; al contrario, se pega aún más a él y le rodea el cuello con los brazos. El cabrón se pone una pastilla en la lengua y luego besa a Kimberly con pasión en los labios.

La rabia me inunda de golpe.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —bramo. ¿Mi Ángel educado y prudente? Olvidaos. El huracán ya se lo ha llevado.

—¿Ángel? —Kimberly se aparta de Rikki de un salto y traga saliva, nerviosa. La pastilla desaparece en su garganta.

—¿Qué te ha dado? —La agarro del hombro y la sacudo—. ¿Qué te has tomado? ¿Drogas? —La zarandeo otra vez, pero Kimberly calla. En sus enormes ojos verdes solo veo miedo.

—Eh, relájate, guaperas —Rikki me planta la mano en el hombro —. Déjanos divertirnos un poco. No nos jodas el colocón.

—¿Que no os joda el colocón? —Giro la cabeza hacia él y siseo entre dientes.

—Si quieres, te unes —Rikki enseña los dientes en una mueca.

Estallo. Le agarro la mano que tiene en mi hombro, se la retuerzo y se la llevo atrás en una llave dolorosa.

Rikki cae de rodillas y yo le subo el brazo hasta casi dislocarle la muñeca. Un movimiento más, seco, y este capullo se va hoy a divertirse al hospital.

—¡Joder! —gime Rikki, encogido de dolor—. ¿Pero qué coño…? ¡Suéltame!

—¿Qué le has dado? —Aprieto más la muñeca; Rikki aúlla como un animal herido—. ¡Contesta!

—¿A ti qué hostias te importa? Si eres tan correcto, lárgate a tomar por culo. ¡No jodas la diversión ajena! ¡Kimberly, quítame a tu perro de encima!

Se me cruzan los cables. Tiro de él con brusquedad, se cae de bruces y rueda boca arriba.

Lo inmovilizo desde arriba y le meto un puñetazo directo en la nariz.

—¡Hijo de puta! —chilla, llevándose las manos a la cara. La máscara negra sale volando y la sangre le inunda la boca y la barbilla.

—¡Ángel! —Kimberly intenta apartarme a empujones, pero ni me tambaleo.

Me quedo de pie, mirándolo desde arriba, abrasándolo con la mirada. Se desangra en el suelo y yo quiero rematarlo. Hundirle el hueso en el cerebro para que se quede aquí mismo, tirado en este jodido baño.

Tengo tanta ira, tanta rabia, tanto desprecio dentro… que no sé cómo contenerlo. Ha osado ensuciarla. Y sigue haciéndolo. Hijo de perra.

—¿Ángel? —A mi espalda suena una voz conocida y me quedo helado. Rebeca.

Me giro y la veo en el umbral. Detrás de ella asoma una turba de mirones, pero me dan igual. Me dan igual todas esas caras escandalizadas, esas bocas abiertas. Que les den a todos.

Pero ella no me da igual. Rebeca no me da igual. Ella nunca me había visto así. Y no debería haberme visto.

¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo? Este no soy yo. No me reconozco. No es el Ángel que conozco.

En los ojos de Rebeca se acumulan lágrimas. Está asustada, pero, sobre todo, decepcionada. El animal que ha visto hace un minuto delante de ella no le gusta.

¿Y a quién podría gustarle? Ni a mí mismo me gusto. Rebeca aprieta los labios, se da la vuelta y, abriéndose paso entre la gente, se marcha.

Y hace bien. Ella no pinta nada en esta mierda que, además, he montado yo. Está por encima de todo esto. Pero no quiero que se vaya así.

—¡Rebeca! —grito—. Mierda. ¡Rebeca!

Echo a correr detrás de ella, pero un empujón en el pecho me frena.

—¡Sí, lárgate! ¡Corre tras ella! ¡Corre tras tu niña sensible! —Kimberly, histérica, me empuja de nuevo, ahora en el pecho—. ¡Lárgate de aquí!

—Kimberly, ¿qué está pasando aquí? —irrumpe Sheila en el baño y, detrás de ella, los gemelos Joseph y Jordan.

Pero Kimberly ignora a su madre y a sus hermanos. Me mira directamente a los ojos. Y solo hay odio.

—¡Vete! ¡Lo has estropeado todo! —Su voz ya no tintinea de alegría. En sus ojos verdes ya no hay felicidad al verme.

Pues que le den. Que se quede con ese maldito drogadicto. No me importan. No me importa su vida, ni su elección, ni su futuro.

Ella misma me lo acaba de dejar claro. Salgo del baño a toda prisa, arrancándome la máscara de la cara.

Sheila y los demás testigos de la pelea me dedican miradas reprobatorias, pero no les presto atención. El corazón me retumba en el pecho. La sangre me hierve de rabia, de impotencia, de injusticia.

Le he zurrado al cabrón y, encima, el malo soy yo. ¿Qué coño hacía metiéndome? ¿Para qué fui detrás?

La jodida Kimberly. Me revienta la cabeza. Me saca de mis casillas. Me hace perder el control.

Siempre me ha empujado a hacer estupideces, locuras, pero ya basta. Esto ya se pasa de la raya.

He golpeado a una persona. Incluso he querido matarla. Y da igual lo cretino que sea. Lo importante es que me lo he permitido.

Parece que empiezo a convertirme en Justin. En sus peores años. Antes de conocer a Jessie, cuando estaba en su momento más inestable y desquiciado.

Por eso sigo esperando que Rebeca sea «mi Jessie». La que serenará y calmará mi alma.

—¡Rebeca! —La veo en la calle, junto a la entrada principal del club. Va envuelta hasta las orejas en una pashmina y ni siquiera se vuelve cuando la llamo—. ¡Rebeca!

Me echo a correr y la alcanzo en tres zancadas.

—Eh, cariño… —Le rozo la mejilla, pero ella aparta mi mano de un manotazo.

—No me toques.

—Por favor, déjame explicártelo.

—¿Explicarme qué? —Alza la barbilla de golpe y me clava la mirada. Está claro que ha llorado: en las comisuras de los ojos enrojecidos brillan restos de lágrimas—. ¿Qué quieres explicarme?

¿Tu comportamiento? ¿Quieres contarme por qué estabas en el baño con Kimberly y Rikki? ¿Quieres aclarar cómo ha pasado que le rompieras la cara?

—Rebeca… —suspiro. Tengo que encontrar las palabras, pero no salen.

—No quiero oír nada. —Aparta otra vez mis manos—. Tampoco quería ver nada. No te reconozco, Ángel. No reconozco en ti a mi novio. Al comedido. Al correcto. Al hombre respetable. Ya no lo veo. Ahora mismo tengo delante a otro.

A uno que no viene a dormir a casa…

—Rebeca, por favor… —Se me tensa la mandíbula. Sé que esto no me lo va a perdonar fácilmente.

—A uno que bebe whisky al amanecer. Que suelta tacos. Que levanta los puños. Y, sobre todo, ese Ángel además miente.

—Te lo explicaré todo. Dame una oportunidad.

—No quiero escucharte, Ángel. Hoy, desde luego que no.

Un taxi se arrima al bordillo y la puerta se abre justo delante de ella.

—Por favor, no te vayas —le cojo la mano. Joder, qué imbécil soy —. No te vayas sin mí.

Pero ella se zafa y se mete en el coche.

Soy un idiota. Lo sé. Y sé que esto no se olvida con facilidad.

—Rebeca… —Ella me lanza una última mirada, de mala gana—. ¿Cuándo querrás escucharme?

—No lo sé —responde, tras una breve pausa—. Primero límpiate la sangre ajena de los puños.

Rebeca aparta la vista, cierra la puerta y el taxi arranca calle abajo en dirección a su casa. Y yo me quedo solo. Solo, con una repugnancia insoportable hacia mí mismo.

Se ha levantado un viento fuerte, pero ni lo siento. Solo lo delatan las palmeras, que se doblan.

Capítulo 10. Ángel

Más me habría valido irme a casa. Pero la rabia, mezclada con los restos de alcohol, decide otra cosa. Acabo plantándome en casa de Miwei cerca de medianoche, con una botella de ron bajo el brazo.

Miwei se queda pillado, pero nunca le dice que no a una copa. Ya sabe a qué vengo.

—¿El gran jefe ha decidido desmelenarse? —se ríe mientras sirve la bebida en los vasos; el líquido salpica—. ¿A santo de qué?

—Cumpleaños —farfullo, dejándome caer en un sofá estrecho pegado a la pared; la tela rechina con el peso.

—¿Cómo? El tuyo es a finales de diciembre y ahora es otoño. ¿Qué te has tomado? —alza una ceja.

—Con la pasta que te suelto podrías haberte comprado un piso más decente. —Aprieto el vaso hasta ponerme los dedos blancos.

—¿Qué cojones te pasa, tío? ¿Eres tú? —se queda inmóvil con la botella en la mano; hasta deja de respirar un segundo.

No está acostumbrado a oírme hablar así. Normal: es la primera vez que me lo permito.

—No, no soy yo. Estamos celebrando el cumpleaños de otro Ángel.

—No me cae bien.

—A mí tampoco. Así que vamos a beber. —Le doy un trago; el ron me abrasa la garganta.

Miwei entorna los ojos con desconfianza, pero me rellena el vaso; los dedos se nos rozan.

—¿Qué ha pasado? Nunca te he visto así. ¿Resulta que Rebeca era un tío y te la ha metido hasta el fondo? —se carcajea.

—Recuérdame que te despido mañana. —Bebo otro trago; el líquido se me expande en el pecho como fuego.

—No, no, no. Un poco más tarde. El finde que viene nos vamos a Las Vegas, tronco. A nuestra pequeña fiesta de empresa. Ya lo tengo todo organizado. —Se inclina más cerca, emocionado.

—¿Pero qué…? —me atraganto con la bebida y me limpio la boca con la mano.

—Ayer hicimos una pasta de la hostia con las operaciones. *«Morris.coin»* está batiendo todos los récords. Nos han caído unas cifras en las que te pierdes entre ceros. ¡Nos vamos a celebrarlo! ¡Quiero perder la mitad! —golpea la mesa; los vasos tintinean.

—Odio Las Vegas.

—Venga ya. Nos despejamos un poco, que estás más sombrío que un día sin pan. ¿Qué ha pasado? ¿Rebeca te ha dejado? Si es así, yo me tiro a la piscina con ella, si no te importa. —Sonríe con descaro y se alborota el pelo rubio.

Aunque lo intentara, con Rebeca no le saldría nada: no es su tipo. Esas maneras no las toleraría. Miwei nunca ha sabido lo que es el tacto y jamás ha sabido morderse la lengua: suelta todo lo que se le pasa por la cabeza. A Rebeca los tíos así no le gustan. A Rebeca le gusto yo.

—Cállate. —Me pego al vaso; el ron me arde.

—¿Estás celoso?

—¿De ti? Tranquilo. Rebeca no te miraría ni aunque fueras el último hombre del planeta.

—Hasta que vea mi rabo.

—Dios mío… —me aprieto el puente de la nariz.

Ahí está el problema: Miwei es insufrible. No tengo ni idea de por qué este gilipollas es mi mejor amigo.

—Vale, relájate, no lo haré. Tabú entre hermanos y esas cosas. Pero Rebeca está buenísima. Yo le… —Hace una pausa; los ojos le brillan.

—¡Basta! —le corto, y Miwei esboza una sonrisilla de niño pillado.

—Si no va de ella, ¿de qué va entonces? —me rellena el vaso vacío.

—Kimberly.

—Me cago en la puta, no me digas que tienes una amante. ¿Está más buena que Rebeca? Enséñame fotos. —Se inclina hacia mí, demasiado interesado.

—Eres idiota. —Me peino el flequillo hacia atrás y me hundo en el respaldo del sofá.

Estoy reventado, y sus bromitas solo remueven más el estómago que el ron.

—Vale, lo pillo. Es serio —dice al fin; la sonrisita se le borra. Se sirve más ron y alarga la mano hacia mi vaso—. Cuenta, tío.

—Te hablé de ella. Tenía dieciocho…

—Espera… —deja el vaso con un golpe seco en la mesita de centro —. ¿Es la niñata que se hizo modelo famosa y te ignoró todos estos años? ¿Kimberly Maldonald, la hija de tus amigos?

—Sí. Que la jodan.

—La hostia, tronco… ¿Está buena?

—Hasta aquí hemos llegado, me voy a casa. —Me impulso para levantarme, pero la mano de Miwei me frena en el hombro.

—Perdón. Ya está, lo dejo. De verdad. ¿Qué pasa con ella? ¿Ha vuelto?

—Sí. Y ayer cumplió veintiuno.

—La madre que… —chista, aspira aire, pero se queda callado en cuanto ve mi cara.

—Pero no significa nada. Yo tengo a Rebeca.

—Sí, claro —entorna los ojos.

—Y Kimberly tiene novio —aprieto los dientes—. Que ronda los cuarenta, joder.

—¿¡Qué?!

—¿Te lo imaginas? Me lo presentó en la fiesta. Como si nada. «Mira, este es mi novio, el que me folla».

—La hostia…

—Y para colmo, va y la abastece de drogas.

—¿Quéééé?

—Le vi en el baño meterle no sé qué pastilla en la boca.

Miwei se queda helado, con el vaso a medio camino.

—Y… ¿qué hiciste?

—Le partí la cara.

—Bien hecho. Yo habría hecho lo mismo.

—Y Rebeca lo vio todo.

—Joder… Tío… —Miwei se desparrama en el sillón y echa la cabeza hacia atrás—. Vaya marrón. Preferiría meter las pelotas en un torno antes que estar en tu pellejo.

—Gracias —suelto una risa seca—. Pero aún hay más.

Le doy otro trago, más largo. El ron raspa, pero aclara.

—Ahora Rebeca está que arde. No quiere verme. Ni siquiera quiere escucharme. Y sí, tiene celos de Kimberly.

Miwei se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—¿Con razón?

—Ojalá pudiera decir que no… —murmuro, mirando al fondo del vaso vacío.

—Estás en la mierda, colega —resopla—. ¿Qué vas a hacer?

Me quedo un momento en silencio. La respuesta es obvia, pero decirla en voz alta me sabe a derrota.

—Intentar que Rebeca no me mande definitivamente a la mierda.

Kimberly… Tiene padres. Tiene familia. Que se quiten la venda de los ojos y vean lo que está haciendo su hija. Que Sheila deje de consentirle todo y le meta, por una vez, algo de sentido en la cabeza.

Siempre se lo han permitido todo, y me da miedo imaginar adónde puede llevar eso. O adónde ya la ha llevado. No debería meterme. Eso es lo que me repito.

Miwei no aguanta el silencio. Levanta una ceja.

—¿La quieres?

—Sí. —La palabra pesa más que el vaso.

—¿A cuál? —insiste, medio borracho, medio serio.

Aprieto la mandíbula. No le doy ese regalo.

—A la que todavía puede perdonarme —respondo al fin.

Dejo el vaso en la mesa, me levanto del sofá y cojo las llaves.

Ya basta de ron. Basta del otro Ángel. Es hora de arreglar lo que se pueda y volver a poner las cosas en su sitio.

Me da tiempo a pasar por casa, cambiarme la camisa por una limpia y salir a ver a Rebeca. Miwei tiene razón: primero tengo que arreglar lo nuestro. Hay que solucionarlo. Ayer mismo todo estaba bien. A mí me bastaba. Hay que volver, al menos, a eso.

***

—¿Qué haces aquí? —Rebeca abre la puerta, pero no me deja entrar en el piso; apoya la mano en el marco. Parece que ya estaba dormida. Se ha quitado el maquillaje y la veo así por primera vez. De verdad. Y me parece mucho más guapa.

No entiendo por qué intenta estar impecable todo el tiempo, maquillándose desde primera hora. Ya es impecable.

—Estás tan guapa —sonrío sin querer.

Y es verdad. Es muy guapa. Sus ojos castaños parecen más brillantes. En las mejillas tiene un leve rubor. Lleva el pelo rubio revuelto: no le ha dado tiempo a peinarse, y el flequillo liso por primera vez no está perfecto. Y me gusta.

—Ángel, ¿qué haces aquí? Creo que dejé muy claro que no quiero verte. —Aprieta los labios; respira tranquila, contenida.

—Sí, pero no he podido irme a casa. Perdona mi insistencia. —Sin pedir permiso, me abro paso al interior y arrastro a Rebeca conmigo. Le cojo las manos y la pego contra mi pecho; el calor me traspasa la tela—. Perdona mi insistencia. —La beso en la coronilla; su pelo es suave.

—Vas borracho. Te huele el aliento a alcohol —se escabulle, me empuja las manos contra el pecho.

—Perdóname. —La abrazo más fuerte; los músculos se me tensan.

—Ángel, basta. Vete a casa. —Empuja, pero flojo.

—Perdona mi insistencia. —Me inclino y la beso en la sien; la piel está tibia.

—Ángel… —Rebeca me planta las manos en el pecho; los dedos arrugan la tela.

—Perdona… —La beso a lo largo del pómulo—. Por favor.

Mis labios se deslizan y su respiración se acelera.

—¿Qué hacías en aquel baño? ¿Por qué fuiste detrás de ella? —A Rebeca se le entrecorta el aliento y entorna los ojos; las pestañas le tiemblan.

—¿Quieres hablar de eso justo ahora? —Mis manos desatan el cinturón de su batín y lo deslizan suave por los hombros; la tela susurra sobre la piel.

—Sí… —exhala—. Quiero. Ahora mismo. Hablar de eso.

—¿De lo que hacía allí? —Le bajo los tirantes finos de los hombros y la ropa interior de seda resbala por el suelo a lo largo de su precioso cuerpo. La piel queda al aire. Rebeca se queda solo con unas braguitas rosa pálido.

—Sí… —Echa la cabeza hacia atrás cuando mis labios bajan a su cuello; el pulso le late contra mi boca.

—Entonces… ¿quieres hablar? —Mis palmas le cubren los pechos y Rebeca inspira hondo; los pezones se le endurecen—. ¿O quieres que siga? —Le atrapo un pezón entre los dedos y lo giro; Rebeca apenas contiene un gemido, el cuerpo se le arquea.

—Oh, Dios… —gime, y yo sonrío y le acaricio el pezón con la lengua.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Que empiece a hablar? ¿O que te folle?

—Ángel…

Nunca me ha oído hablar así. Yo mismo no había dicho nada parecido en voz alta. Pero el ron y la rabia han despertado a otra criatura. El otro Ángel sigue al mando. Y no pregunta.

Agarro a Rebeca por la cintura, la sacudo hacia mí y la alzo en brazos; sus piernas me rodean. La beso en los labios. Le abro la boca con la lengua. Con ansia. Con pasión. La sangre hierve.

No voy a parar, aunque me aparte. Pero no me aparta. La pego de espaldas a la pared. No vamos a llegar al dormitorio. A la mierda el dormitorio. Siempre acabamos allí. Quiero hacerlo aquí mismo. Bajarme los pantalones y entrar en ella de un solo empujón. Quiero oír sus gemidos. ¿Y si en ella también vive esa otra Rebeca, la pecadora? ¿Y si consigo despertarla?

—Ángel, espera… —protesta entre beso y beso—. La cama… Vamos a la cama.

—A la mierda la cama.

Sus piernas me ciñen la cintura. Aparto de golpe las braguitas a un lado y le hundo un dedo en el coño húmedo; la humedad me envuelve.

—¡Ángel! —Sus caderas me salen al encuentro por reflejo, y le meto un segundo dedo—. ¡Ah!

—¿Te gusta? —La follo con los dedos, entro más hondo y más brusco—. Contesta, Rebeca. ¿Te gusta?

Pero solo gime bajito; el cuerpo le tiembla. La bajo de un tirón al suelo, la giro y la pego a la pared con el pecho; la piel arde.

Desabrocho el cinturón a toda prisa; el metal tintinea. Me bajo los pantalones y los bóxeres. Le abro los muslos y empujo con la polla dura en su coño preparado para mí; el calor me traga.

—¡Ángel! —chilla Rebeca y apoya las manos en la pared; las uñas rascan.

No me entretengo: pronto acelero. Me hundo con más fuerza. Le tomo el cuello con los labios, muerdo y me interno más, hasta el fondo, a toda la longitud. Imaginando debajo de mí otro cuerpo, de tono más oscuro y ojos verdes.

—Ángel… —la voz de Rebeca me trae de vuelta.

Se le corta el aliento, me busca con las caderas, me recibe hasta el tope.

—Di que te gusta. —Le mordisqueo la piel y le aprieto el muslo con los dedos, pegándole el culo a mi pubis en cada embestida—. Di… Di, joder…

Se arquea de cintura, dejándome abarcarle el pecho con la mano libre. Siento cómo las paredes de su vagina me aprietan la polla. Rebeca está a punto de correrse.

—Rebeca, dilo. —Mi palma se desliza por su cuello; mis labios le acarician la oreja. Estoy tan hondo en ella. En su coño apretado y mojado. Yo mismo ya estoy al límite, a punto de correrme.

—Ángel… —susurra, y se ensarta en mi polla.

—Sé mi esposa, Rebeca —le gruño—. Cásate conmigo.

—¡Dios!

—¿Dices que sí?

—¡Ángel! —jadea Rebeca y me aprieta aún más por dentro.

—¿Eso es un «sí»? —Mis embestidas son potentes y descontroladas. La polla me late y pide descarga. Quiero llenarla cuando diga ese puto «sí».

—¡Sí!

El orgasmo de Rebeca provoca el mío. Le golpeo las nalgas con el pubis, doy una última embestida profunda y me corro dentro, tensando cada músculo.

La aplasto contra la pared con el torso e intento recuperar el aliento. Ha sido el mejor polvo que hemos echado.

—¿No es una broma? —susurra, entrecortada.

—El anillo está en el bolsillo de mi chaqueta. Tendría que habértelo pedido ayer, en nuestro aniversario.

No la veo, pero sé que Rebeca está sonriendo ahora.

Creo que yo también soy feliz. He ido hacia esto con plena conciencia; solo que ayer me perdí un segundo. Un segundo nada más me salí del camino que tengo trazado, donde no hay sitio para huracanes. Que pasen de largo. Desde ahora y para siempre.

—Necesito ducharme. —Rebeca se escurre de debajo de mi cuerpo y se aparta.

—Vamos a la cama. —La agarro, la ciño por la cintura y la apoyo contra mí, de espaldas—. A la mierda la ducha.

—No me gusta cuando dices tacos, Ángel. —Rebeca se vuelve hacia mí—. Me voy a duchar. Espérame en la cama. —Me da un beso suave en la mejilla. Y yo vuelvo a mi aburrida realidad.

—Vale. —La suelto.

Rebeca es guapa. Espectacular. Miwei seguro que se ha hecho pajas con sus fotos. Pero no sabe lo fría que puede ser. Ni siquiera mi propuesta le ha derretido el corazón.

Mientras me guardo la polla en los pantalones, oigo vibrar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Mierda. —Encuentro el iPhone y me olvido de la cajita con el anillo—. Sí, dime.

—Ángel, Kimberly ha desaparecido. —La voz alarmada de Jonathan hace que, en un segundo, trague toda la rabia y el rencor.

—¿Kimberly ha desaparecido?

—Sí, se esfumó después de la fiesta y no ha vuelto.

—Pregúntale a Rikki. Seguro que está con ella.

Cómo no va a estar con ella. Igual le está pasando otra remesa de éxtasis o se la está follando. O todo a la vez. Me tendría que dar igual.

—No —se altera Jonathan—. Rikki no sabe dónde está. La está buscando él también.

Me cago en la puta… Aprieto los puños.

—Vale… ¿Habéis intentado localizar su teléfono? —Intento pensar con claridad.

—Lo ha apagado.

—¡Joder! —rechino los dientes. Kimberly es un puro desastre.

—Ángel, no sé qué hacer —Jonathan solloza—. Estaba muy afectada. Sheila le gritó por lo que pasó en el baño. Pero Kimberly decía que allí no estuvo con vosotros. Sheila no la escuchó.

—Jonathan —suelto un suspiro. Mierda, voy a tener que mentir otra vez—. Kimberly de verdad no estaba allí. Fui yo quien montó todo. Me eché encima de Rikki. Perdón. Kimberly llegó después.

—A mí tampoco me gusta él, Ángel —resuella Jonathan—. Pero ya la conoces… Dile una palabra en contra y lo hará mil veces peor.

—Lo sé.

—Ángel, ayúdame, por favor… No podemos llamar a la policía: afectaría a su carrera.

—Sí, lo entiendo. —Oigo correr el agua en el baño: Rebeca se está duchando.

—¿Me ayudarás? —La voz de Jonathan tiembla.

Vacilo, pero solo un segundo. Podré explicárselo todo a Rebeca.

—Por supuesto. Creo que sé dónde encontrarla.

Capítulo 11. Ángel

El Tesla en piloto automático me lleva hasta aquel lugar abandonado. Estoy seguro de que Kimberly está aquí. Se ha escapado adrede para que la encontrara. Siempre le han gustado los juegos. El escondite, junto con las diez preguntas, estaba en el top de su lista. Y siempre se escondía donde solo yo podría dar con ella.

Merodeo entre los contenedores hacia nuestro sitio. Kimberly no tiene llaves, así que tiene que rondar por aquí. Y mis sospechas se confirman cuando la veo en la valla que separa el río del camino. El agua se mece con el viento, pero Kimberly cuelga de los barrotes metálicos y no se mueve.

—¿Diez preguntas? —me acerco con calma y me detengo a un par de pasos de ella.

—Cinco, Ángel. Solo cinco.

No se vuelve; mira a lo lejos. Y, al parecer, ni siquiera tiene frío con ese vestido absurdamente corto y la cazadora de cuero sin forma. En Los Ángeles, en octubre, por la noche refresca, sobre todo junto al agua.

Aun así, me quito la chaqueta, me acerco a Kimberly y se lo echo con cuidado sobre los hombros; la tela susurra sobre su piel.

—¿Por qué estás aquí? —me quedo detrás, las manos en los bolsillos.

—¿Y tú por qué estás aquí? —guarda silencio un instante; la voz, serena.

—Tenemos que responder a las preguntas. De eso va el juego, Kimberly.

—Quería curarme —suspira; los hombros se le hunden—. Dijiste que este sitio cura.

—¿Y ha funcionado? —al hundir las manos en los bolsillos del pantalón noto el frío meterse bajo la camisa.

—No. Parece que este lugar de verdad no cura. Te lo inventaste. No, simplemente tú lo cambiaste todo.

—Sabía que estabas aquí.

—¿Por qué? —aprieta los barrotes; los dedos se le ponen blancos.

—Porque no tienes adónde más ir.

Kimberly se ríe; el sonido resuena con eco.

—No te imaginas la de sitios a los que puedo ir. Hasta podría desaparecer en uno, si me diera la gana.

—Sin embargo, estás aquí. Y tenía razón.

—Siempre tienes razón, Ángel. —Se desliza de la valla y se vuelve hacia mí—. Siempre correcto, impecable. Siempre lo sabes todo y lo planificas con antelación. ¿Eres feliz, Ángel? ¿Te gusta esa vida tan medida?

—Me gusta —la miro a sus enormes ojos verdes; las pupilas se le dilatan—. Estoy conforme con todo.

—¿De verdad? —entorna los ojos Kimberly.

—Esa es tu quinta pregunta. ¿Quieres que te la conteste?

—No, mi quinta pregunta será esta: ¿te has follado hoy a Rebeca? —inclina la cabeza y se acerca más, mirándome fijamente a los ojos.

—Joder, Kimberly… —aparto la mirada; se me tensa la mandíbula.

—Oh, Dios, sí… Sí, te la has follado. —Kimberly se ríe histéricamente, tapándose la boca con la mano—. ¡Te la has follado! ¿Y qué tal? ¿Te ha gustado?

—Esa es la sexta.

—¡Me la suda! —grita—. ¿Te gusta follártela, eh, Ángel? ¿Gime cuando se corre? Apuesto a que tu chica correcta se calla o se entierra la cara en la almohada. Se traga los gemidos, ¿verdad,

Ángel? Aunque lo que te gustaría es que se tragara tu polla, ¿a que sí?

—¡Basta! —la agarro por los hombros y aprieto con fuerza los dedos sobre mi chaqueta, por encima de su cazadora—. ¡Cállate!

—¡Qué asco me das! —Kimberly aparta mis manos; las palmas me arden.

—¿Qué? —la cojo del codo y, de un tirón, la traigo de vuelta hacia mí.

—¡Capullo! —me lo grita a la cara; su aliento está caliente.

—¿Y tu Rikki no es un capullo? Pues vete con él. ¿Qué haces aquí? Estarías abriendo las piernas en su cama por una dosis de éxtasis, en vez de estar congelándote el culo en nuestro sitio.

Mierda. Se me ha escapado. Caigo en lo que he dicho justo cuando la bofetada de Kimberly estalla en mi cara. La suelto al instante y me aparto; la mejilla me arde.

Me ha pegado. Mi Kimberly. Y me lo he ganado. Incluso es poco para lo que he soltado.

—Quiero que te mueras —grita, y me suelta otra mano en la cara; la palma quema.

—¡Kimberly, para! —vuelvo en mí cuando pasa corriendo a mi lado —. ¡Kimberly!

—¡Vete a la mierda! —alza la mano, pero le intercepto el brazo. Le cojo una muñeca y luego la otra.

—¿Qué te ha dado? Esa es mi tercera pregunta.

Kimberly intenta zafarse, pero la sujeto con fuerza. Me inclino sobre ella y le respiro en la cara. De no ser por las reglas de nuestro juego, me habría metido una patada en los huevos y habría salido corriendo sin contestar.

Pero ella siempre respeta esas reglas, así que dice:

—Nada serio. No soy tonta. Solo por diversión.

—¿Siempre por diversión o hubo algo más?

—No lo hubo —se altera y tira de las manos, pero no aflojo—. Quinta pregunta, Ángel, rápido. Y me iré de aquí.

—¿De verdad folla tan bien?

Kimberly se queda inmóvil. Se humedece los labios y me mira de frente.

—No. —Se quita mi chaqueta de los hombros y me la lanza al pecho—. Siempre te imagino a ti.

Echa a correr y yo me quedo plantado como un idiota. ¿Me imagina a mí? Santos cielos. No sé qué me cabrea más ahora: que él se la folle o que no sea yo.

¿Es eso lo que ella querría? Parece que sí. ¿Y yo lo querría? Hace dos años, sin duda. Ahora… no lo admitiré ni ante mí mismo.

No puedo hacerle esto a Rebeca. La quiero.

Mis autoflagelaciones las interrumpe una llamada.

Ahora llama Sheila.

—¿La ha encontrado? —se inquieta.

—Sí. Kimberly va a casa. No se preocupe.

—Ángel… —suspira Sheila—. No sé qué ha pasado entre ustedes, pero… Por favor, no la haga sufrir así otra vez. Es muy sensible. Lo sabe.

Aprieto el teléfono hasta casi hacerlo crujir. Sensible. Claro. Y una mentirosa de cuidado.

—Perdón, Sheila. —Finjo lamentarlo—. Me calenté. Ya le he pedido perdón a Kimberly. Ahora se lo pido a usted.

—Es un chico estupendo, Ángel. Te conozco desde niño y te quiero como a un hijo. Así que… Jo, todos nos equivocamos. Entienda que yo solo quiero que mi niña sea feliz.

—Lo entiendo. Y le deseo lo mismo.

—Gracias por encontrarla.

—Siempre a su disposición.

Cuelgo y me entran ganas de gritar, pero en lugar de eso solo aprieto los puños.

¿Adónde demonios ha echado a correr? ¿Adónde se ha largado esta vez? Tengo que llevar a Kimberly a casa, como les prometí a sus padres. Así que echo a correr. No puede haber ido lejos.

Alcanzo a Kimberly en la autopista. Hace señas con la mano —intenta parar un taxi— y se enfurruña porque nadie se detiene.

Detengo mi Tesla en el arcén y bajo la ventanilla. Kimberly finge no verme y sigue andando. Orgullosa y terca. Independiente.

Y tan insufrible que me entran ganas de templarle el genio del modo más vergonzoso: ponerla boca abajo sobre mis rodillas y darle

un buen azote en el culo. A los quince no era así. Entonces, al menos, sabía escuchar.

Da la sensación de que no ha madurado, sino, al contrario, que se ha vuelto una niña mimada aún más insoportable.

—Súbete al coche, Kimberly. —La sigo despacio.

Ella resopla y me enseña el dedo corazón.

—Muy adulto por tu parte, Kimberly Maldonald. —Pongo los ojos en blanco—. Deja ya este circo y súbete al coche.

—Patea el suelo también, para sonar más fiero —chisporrotea sin detenerse, pero yo sigo a su lado igualmente.

—Súbete al coche. Por favor.

—¿Ya está? ¿El fiero Ángel ha desaparecido tan pronto? Y justo ahora empezaba a divertirme.

—Me alegra entretenerte, pero venga, súbete a mi coche y ya te diviertes después. Aquí, con el interior calentito, y no en la calle con ese vestido tan corto.

—¿Te preocupa si el viento me sopla en las braguitas? —sigue mordiendo, sin bajar el ritmo.

—Kimberly. —Se me tensa la mandíbula. Ponerla sobre las rodillas y azotarla. Fuerte, hasta dejar la marca roja de la mano.

—Pues no llevo braguitas.

Joder. Freno en seco y desconecto el piloto automático.

Kimberly suelta una risita y por fin se detiene.

—Al coche. Rápido. —Noto calor. La sangre empieza a hervirme. El cuello de la camisa me aprieta demasiado y me desabrocho el primer botón.

—Ni hablar —entorna los ojos—. Me voy con ese bombón.

Solo ahora me doy cuenta de que el coche que me ha adelantado ha dado marcha atrás y se ha parado un poco más adelante.

—Ni se te ocurra. —La rabia me hierve por dentro.

—Demasiado tarde. —Kimberly me guiña un ojo y echa a correr hacia el otro coche.

¿Qué coño está haciendo? ¿Ha perdido el juicio? Enseguida abro la puerta del Tesla y corro tras ella.

—¿Adónde te llevo, guapa? —De un Jeep plateado asoma un calvo que repasa las piernas interminables de Kimberly con una mirada

lasciva. También valora el largo del vestido. Seguro que ya se ha imaginado que debajo no hay unas jodidas braguitas.

—No le conviene. —Me meto entre ambos y agarro a Kimberly del codo.

—Eso no lo decides tú —me muerde, tirando del brazo.

—Nena, ¿ese capullo te molesta? —El calvo apaga el motor y se dispone a salir—. ¿Quieres que me libre de él?

—Mira —me enderezo al instante—, no quiero pelear, ¿vale? Solo quiero llevarme a mi chica y llevarla a casa.

—¿Así que es tu novio, guapa? —El calvo asiente hacia Kimberly.

—No —sonríe con picardía y me taladra con la mirada astuta.

—La madre que te… ¡Kimberly! —me contengo como puedo. Hoy me ha puesto los nervios a flor de piel. Basta. Ya basta—. Nos vamos a casa. Ahora mismo.

Me lanzo hacia ella, pero no me da tiempo a cogerle la mano, porque el calvo cachas se me planta delante.

—Ha dicho que no eres su novio. —Me vuelve a empujar y doy un paso atrás.

Una vez más… Intenta tocarme una jodida vez más y…

El calvo avanza, y esta vez no dejo que me toque ni con un dedo. Le intercepto el puño derecho, le pego en el estómago y luego en las costillas. Oigo crujir los huesos y el tipo cae al asfalto con un alarido.

Intenta incorporarse, pero flexiono el brazo y le clavo un codazo doloroso entre los omóplatos.

—¿Qué coño pretendes, Kimberly? —La agarro de la mano y la tiro hacia mí de un tirón—. ¿Qué cojones estás haciendo? ¿Por qué me provocas? ¿Por qué? —le grito, y ella sonríe—. ¡No estás bien de la cabeza! ¡Me has destrozado los nervios en apenas dos días! ¿Qué he hecho para merecer esto? ¡Explícamelo!

Pero en lugar de explicaciones me cae un golpe en la nuca. Me desplomo y apenas me da tiempo a poner la mano para no estamparme la cara contra el asfalto.

Kimberly chilla y yo me desconecto. Solo un segundo. Pero cuando vuelvo en mí, ese cabrón ya no está.

—Joder… —gimo e intento incorporarme del asfalto húmedo, pero unas manos me sujetan la cabeza.

Tengo el pelo mojado; se me pega a la cara. Unos dedos suaves apartan con cuidado el flequillo de la frente. Frunzo el ceño, pero abro los ojos. Veo ante mí la cara llorosa de Kimberly. Está muy asustada y no deja de tocarme la cara.

—Ángel, ¿estás bien? —solloza—. Ese cretino atacó por detrás…

—¿Dónde está? —me incorporo despacio y me palpo la cabeza; los dedos, mojados.

—Le amenacé con la poli y se fue. —Está en cuclillas a mi lado y me cubre las mejillas con las palmas—. Perdóname. He sido una idiota. Perdón. No quería que te pasara nada.

—¿Por qué has hecho eso? —Le aparto la mano de la cara; el gesto es brusco.

—Quería… jugar. —Aparta la mirada; las pestañas le tiemblan.

—Estoy hasta las narices de tus juegos, Kimberly. Estoy cansado. Solo juegos, con reglas que ya no entiendo.

—Perdóname. —Se sienta sobre mis muslos. En mitad de la noche. En mitad de una autopista desierta junto al puerto. En mitad del viento y de la llovizna, mientras yo estoy en el asfalto mojado, hecho un asco—. Perdóname —me susurra en los labios.

—¿Qué haces? No estoy preparado para tus nuevos juegos.

—Lo nuestro nunca ha sido un juego.

Sus labios cálidos cubren los míos y ese beso me nubla la mente. Me olvido de dónde estoy.

Me olvido del frío, de la lluvia y del dolor del golpe.

Me olvido de la pelea, de las provocaciones de Kimberly, de nuestras broncas de hoy.

Me olvido de lo mucho que puede sacarme de quicio. Todo se disuelve en la dulzura de su lengua. Tiene veintiuno. Ahora se puede, y entonces también se podía. Pero sus padres, John y Sheila, son como mi familia. Y ahora no puedo controlarme. Y eso me enciende aún más. Ahora no hay diques tras los que esconder mis deseos.

La rodeo con los brazos y la pego a mi pecho. Me adueño de su boca con hambre. Se la muerdo y la acaricio con la lengua. Kimberly

gime en mi boca y empieza a mover las caderas, frotándose contra mi polla. Dioses…

—Vámonos a tu casa… —me susurra entre besos—. Y por el camino compruebas si mentí sobre las braguitas.

Suelto un gruñido y me contengo para no comprobarlo aquí mismo, en medio de esta calle desierta. En su lugar, se me clavan los dedos en los muslos de Kimberly. Y entonces caigo en la cuenta.

Yo tengo a Rebeca. Kimberly tiene al jodido Rikki. Entonces, ¿para qué quiere todo esto? ¿Solo soy un asunto sin cerrar?

—Vámonos. Te llevo a casa. —La pongo en pie de un tirón y me levanto yo también.

—¿Pero qué…? —protesta Kimberly—. No me puedo creer que me vuelvas a dar largas.

—No me puedo creer que vuelvas a jugar conmigo a tus jueguecitos. Ya está bien, Kimberly. Basta, por favor, de joderme la cabeza. —La cojo de la mano—. Ahora te voy a llevar a casa porque se lo prometí a tus padres. Y ahí se acaba todo, ¿está claro?

—¿Volverás con tu niña mona en su batín de seda color lavanda?

—Sí. Volveré. Y me acostaré con ella en nuestra cama. Y tú haz lo que te dé la gana. Con Rikki o sin él. Colocada, si así te divierte más, o sobria. Me va a importar poco una vez te deje en casa de tus padres.

—Eres cruel, Ángel… —una lágrima le resbala por la mejilla—. Pensé que significaba mucho más para ti…

—Yo también pensé que jugaba un papel más importante en tu vida.

Todo el camino hasta su casa, Kimberly guarda silencio. Yo tampoco sé qué más puedo añadir. El cumpleaños se ha acabado. Ha logrado todo lo que quería. Estaba dispuesta a entregárseme y yo la habría aceptado. Lo he soñado, pero…

Luego se habría ido. Con Rikki, a su otra vida. Habría cerrado el asunto y me habría sacado de su cabeza. Y para mí esta noche lo habría cambiado todo. Habría destruido lo que tanto me ha costado construir.

Perdón, Kimberly, pero los dos hemos crecido y dejado atrás estos juegos de locos. Ya basta.

Capítulo 12. Kimberly

Una semana de melancolía interminable. Desde aquel incidente en el puerto no encontraba mi sitio. Por alguna razón sentía una culpa asquerosa hacia Ángel. No debería haber montado todo esto. No debería. No debería haber birlado el anillo del bolsillo de su chaqueta. No debería.

Pero me quedé descolocada al encontrarlo; los dedos me temblaban del shock y el corazón me golpeaba el pecho como un tambor. Me asusté y actué de forma insensata; las ideas me daban vueltas como aquellas olas del puerto, rompiéndose contra la orilla.

¿De verdad Ángel quería casarse con ella? Jodida Rebeca. Lo echó todo a perder. De todo tiene la culpa esa Rebeca. No contaba con que Ángel se metiera en algo serio con alguien.

Claro que es guapo y exitoso. Es inteligente, seductor, educado. Y, por supuesto, no es raro que tenga a chicas rondándole constantemente. Sus miradas se le pegan a esos hombros anchos, a ese flequillo perfecto que yo adoraba tocar.

Pero nunca había imaginado que estaría en una relación. Y menos tan seria como para comprar un anillo: ese anillito de oro con un diamante, frío al tacto pero abrasador en el alma, como un recordatorio de la derrota.

La noticia me dejó sin fuerzas; las piernas me flaquearon como si el suelo se abriera y yo me precipitara a un abismo de celos. Tenía tantos planes.

Yo no volaba a América en avión, no. Lo hacía con mis propias alas, saboreando el esperado reencuentro: el viento me silbaba en los oídos y mariposas cálidas y trémulas revoloteaban en mi estómago. Imaginaba cómo lo abrazaría, sus brazos fuertes cerrándose a mi alrededor, el calor de su cuerpo atravesando la ropa.

Imaginaba nuestra noche. Dios, cuántas veces la imaginé en la oscuridad del cuarto, bajo la manta; los dedos deslizándose por la piel y erizando el vello. Innumerables. Cuántas veces me acaricié pensando en Ángel, el cuerpo arqueándose, los gemidos escapando en susurros. Cuántas veces me corrí con su nombre en los labios, las olas del orgasmo arrasándome como el océano en Los Ángeles. Cuántas veces recordé sus palmas ardientes, los brazos tensos, las venas marcadas latiendo bajo la piel. Cómo me apretaban sus dedos, fuertes, seguros. Cómo, en mis fantasías, estaban en todas partes: rozando el clítoris, hundiéndose hondo, arrancándome gemidos mientras el cuerpo me temblaba de deseo.

Lo deseaba demasiado. Deseaba esa noche, su cuerpo pegado al mío, piel con piel, el sudor mezclándose. Deseaba muchas noches con él, despertar en sus brazos, sentir su aliento en mi cuello. Quería sentir lo que sentía desde los quince años: ese calor en el pecho, esas mariposas en el vientre, ese temblor con una sola mirada. Quería su amor. Quería por fin saber qué hay ahí dentro, en lo más hondo de su corazón, detrás de ese muro de control que él levantaba con tanto esmero.

Y luego le diría que ya no volvería a Europa; las palabras saldrían fáciles, como un suspiro de alivio, y empezaríamos una vida nueva juntos, bajo el sol de Los Ángeles.

Pero todo se torció. Me enredé desde el principio. En cuanto la vi a ella, a Rebeca, de pie en ese albornoz de seda en los peldaños de su escalera, la tela cayéndole por el cuerpo como agua, sentí una punzada de celos, afilada como un cuchillo. Sé adónde llevan esos

peldaños. Yo quería ser la que subiera por ellos, que mis pies pisaran esos escalones que llevan a su dormitorio.

Por eso le pedí a Rikki que viniera. No podía perder. El orgullo me ardía por dentro como fuego. Pero ahora me parece que he perdido la apuesta más alta: las cartas han caído en mi contra y el corazón se me encoge de dolor.

Vuelvo a esconder el anillo bajo el colchón; el metal me hiela los dedos. Me seco una lágrima salada que asoma y regreso a las fotos esparcidas por mi cama: instantáneas viejas, amarillentas por los bordes, pero recuerdos vivos como si fueran de ayer.

—Cariño, ¿estás bien? —papá asoma a la habitación—. No se te oye nada.

—Sí, papá, todo de lujo, no te preocupes. —Alzo la vista con una sonrisa forzada.

Papá me recorre con la mirada, sentada en la cama delante del álbum viejo con mis fotos de niña, y entra en mi dormitorio; sus pasos se amortiguan en la moqueta.

—Ese vestido amarillo te negabas a quitártelo durante semanas —se sienta a mi lado y señala con el dedo, lleno de callos del trabajo, una foto en la que tengo unos tres años—. Cada vez que mamá iba a lavarlo, montabas una pataleta.

—¿Y qué celebración era? —Paso el dedo por la foto en la que salen una Jessie aún embarazada, mamá con la recién nacida Cindy, Shane y un Ángel de trece años. Madre mía, ya entonces era un guaperas: el flequillo le caía sobre los ojos, la sonrisa deslumbraba.

—Aquel día llegaron a Los Ángeles nuestros favoritos, los Morris —papá sonríe con calidez, entregado a la nostalgia—. Y, por cierto, fue justo entonces cuando a Jessie se le rompió la bolsa —se ríe; los hombros le tiemblan—. Sí, sí, tal cual. Ese mismo día. En nuestra casa. Ángel te acostó él mismo porque no te despegabas de sus brazos.

Papá señala otra foto del mismo día, donde Ángel, con su camisa negra, me sostiene en brazos. Con aquel vestido amarillo chillón. Mis dedos se enredan en su pelo. No me extraña. Siempre he tenido debilidad por su peinado. Y yo era la única a la que le permitía

tocarle el flequillo. Me sentía tan orgullosa; el calor me llenaba el pecho con su sonrisa.

—¿Está todo bien entre vosotros? —pregunta mi padre con cuidado, la voz suave.

—¿En qué sentido? —Aparto la mano del rostro de Ángel en la foto; los dedos me tiemblan.

—Pues… siempre habéis sido tan cercanos y ahora, después de tu cumpleaños, casi no habláis. ¿No le has perdonado aquella pelea? —Se inclina más cerca; el olor de su colonia me tranquiliza.

—No, papá… —suspiro; el aire me pesa en los pulmones—. Ángel no tiene la culpa. Solo que lo entendió todo mal.

—¿Y qué entendió mal? —Mi padre me rodea los hombros; su mano está cálida.

—Pensó que Rikki podía hacerme daño.

—Pero eso no es así, ¿verdad? —Entorna los ojos.

—Verdad… —cierro el álbum; la tapa golpea suave.

—Entonces, ¿qué pasa? —Papá me aprieta un poco más contra su costado.

—Ni yo misma lo sé. Parece que simplemente hemos crecido. —El corazón se me encoge por la mentira.

—No, cariño, eso no se supera con la edad. Solo necesitáis hablar. No sé en qué te ha herido, pero dale una oportunidad a Ángel. Siempre os habéis llevado de maravilla. Te quiere como a una hermana.

Se me eriza la piel; un escalofrío me recorre. Como a una hermana. Justo eso no. Yo quiero que me quiera como a su novia. Como a Rebeca. Quiero que esconda un anillo en su chaqueta para mí, que el diamante brille para mí.

—Así que habla con él. Ya conoces a Ángel: es un chico cerrado. No hay manera de sacarle emociones. A veces necesita una buena patada en el culo —con sus palabras se me escapa una sonrisa; se me estiran los labios—. ¿Sabes dar patadas en el culo, cariño?

—Mejor de lo que te imaginas. —Me río por dentro.

Papá me estrecha contra su pecho; su abrazo es fuerte.

—Y ahora, despeja la cabeza. Si Rikki se ha ido a rodar a Nueva York, no significa que tengas que quedarte en casa con esos

vaqueros tan chulos.

—Papá… —me río, con las mejillas ardiendo—. Hablas como un abuelo.

—Pues entonces: ¡vete a desfasar, cariño!

—Peor todavía —suelto una carcajada, con lágrimas de risa en los ojos.

—Habías dicho algo de Las Vegas y tus amigas, creo.

—Sí, pero…

—¡Nada de "peros"! ¡Tienes veintiuno! ¿No te apetece arruinar un casino oficialmente?

—Puede… —la sonrisa se me ablanda.

—¿Puede? A tu edad ni lo habría dudado, si hubiera tenido dinero, claro. Solo no bebas mucho, ¿entendido? Y no desaparezcas. No pongas triste a papá, ¿vale?

—Ni de broma. —Le doy un beso en la mejilla; la barba raspa—. ¿Sabes que eres el papá más alucinante del mundo?

—No me hagas llorar, cariño.

—Se acabaron los mimos. —Mamá abre la puerta de mi cuarto—. Vamos a comer. Y tú, Sheila, ni se te ocurra llorar. Ya estás con la lagrimita —sonríe; los ojos le brillan.

—Tu madre es una mujer muy dura, ¿sabes? —papá se levanta de la cama y se acerca a mamá; la abraza por la cintura.

—Oh, sí —le sigo el juego—. Una soldado de verdad.

—Pero la quiero con locura. —Mi padre rodea la cintura de mamá y la atrae hacia sí; ella pone los ojos en blanco, pero sonríe.

Sonrío; se me calienta el corazón. Quiero algo así como lo suyo. Quiero ese amor para toda la vida. Como el suyo. Como el de Jessie y Justin. Quiero que el corazón arda cada día, que el fuego en el pecho no se apague. Quiero que sea mutuo, que las miradas se entrelacen, que los cuerpos se fundan.

Así que a Ángel hay que darle una patada en el culo, ¿eh? No me atrevo a una más: mis provocaciones ya han sido demasiadas, y él no cedió. Pero si las cartas se han alineado, Urano se ha ido a Júpiter y el Universo, con todos los santos y mi padre, me empujan a dar un paso, ¿cómo voy a llevarles la contraria? Ya se me ocurrirá algo y lo intentaré una vez más. La última.

Pero antes iré a cargarme de suerte a Vegas.

Capítulo 13. Kimberly

Mis amigas y yo nos alojamos en el Marriott. La suite del ático, con dos dormitorios, por desgracia estaba ocupada, así que cogimos dos suites normales, habitaciones con vistas a las luces de Vegas, que parpadeaban como estrellas. Nos daba igual: nuestros planes para ese fin de semana eran gastar, beber, jugar y no dormir en toda la noche. Qué más da en qué cama caer para un descanso corto: las almohadas suaves, pero el sueño breve.

Me puse un vestido dorado y llamativo, con la espalda descubierta; la tela me resbalaba por la piel como seda. No era pomposo ni del todo amarillo, como el de mi infancia, pero me flipaba igual que aquel vestido de cuando tenía tres años, recuerdos cálidos como el sol. Me ahuequé la melena rizada para que pareciera aún más voluminosa; los rizos rebotaban entre los dedos. Me delineé los ojos verdes con rabillos negros y pedrería dorada; el brillo devolvía la luz. Me marqué los pómulos con purpurina: la piel resplandecía. Estoy lista para brillar.

Nada de culpas este fin de semana. Solo vino; las burbujas danzando en la copa. Nada de Ángel. Dejé la ciudad y al hombre a un lado por un par de días, encerré los pensamientos sobre él en una caja. Nada de ideas negras. Solo la cabeza vacía y, quizá, un par

de besos sin compromiso con desconocidos a los que no recordaré por la mañana: los labios me arderán, pero la memoria se borrará.

—¡Vamos a fundirnos un par de miles de pavos! Chloe descorcha el champán y la mitad se le derrama sobre la mesa; la espuma burbujeante salpica el suelo como confeti, y Chloe se ríe a carcajadas, tapando el cuello de la botella con el pulgar; los ojos le brillan.

—¡Sí, chicas! ¡Vamos a prender fuego a la noche! Mia acerca la copa y, con la mano libre, le da una palmada en el culo a Ava; suena limpia. ¡Kimberly, no te nos quedes atrás! Por cierto, Rikki me pasó una sorpresita para que no nos aburramos en Vegas. —Mia guiña un ojo y agita una bolsita transparente con pastillas que ruedan dentro —. Vamos a desmelenarnos a tope.

El champán corría a raudales, como el dinero de nuestras tarjetas; las cifras parpadeaban en las pantallas como luces de neón. Perdí tres veces al blackjack; las cartas no caían de mi lado, las fichas se deslizaban por la mesa. La ruleta se me resistió diez veces, la bolita rodaba, provocadora. Las tragaperras, un coñazo: la palanca subía y bajaba mecánicamente, las luces parpadeaban para nada.

Chloe и Ava se engancharon a unos suertudos en la mesa de póker, risas tintineando, cartas susurrando. Mia se colgó de un oligarca ruso de cincuenta; sus manos le rodeaban la cintura. Y yo le eché el ojo a la barra, el mostrador brillaba bajo las lámparas.

—Una copa de champán, por favor. —Me subí al taburete y me sacudí el pelo con la mano; los rizos me cayeron sobre los hombros.

—¿Noche aciaga? —a mi izquierda suena una voz masculina. Me giro y me cruzo con la mirada de un rubio guapo, de rasgos asiáticos, pero con ojos grises: humo puro.

—Se me están dando fatal estos juegos. Ya me he fundido un pastón —me burlo, notando el interés en sus ojos grises, las pupilas dilatadas.

—Yo también. Pero no me arrepiento. Para eso he venido. —Hace una pausa; los labios se le estiran.

—¿Ah, sí?

—Ajá. —El rubio sonríe con un punto de sexo—. ¿Puedo invitarte?

—¿Aún te queda dinero? —Nos reímos los dos; el sonido se mezcla con el murmullo de la sala.

—No te prives de nada. —Deja la tarjeta sobre la barra cuando el barman trae mi champán; el plástico reluce.

Me fijé en que el chico no llevaba anillo en el anular de la mano izquierda. Así que: soltero. O se lo había quitado, como hace aquí la mayoría. En fin, ¿y a mí qué más me da?, pensé con pereza.

—Qué generoso —entorné los ojos.

—Me fue bastante bien en los últimos trades de criptomonedas.

—Vaya —alcé las cejas.

Sexy, joven y encima listo. Esto promete. La expectativa me cosquilleaba por dentro.

—Yo de esa movida no tengo ni idea.

—Puedo enseñarte, si te interesa —el rubio se acercó más; su aliento era cálido.

Sin querer, le recorrí con la mirada: los brazos fuertes, la tela de la camisa blanca muy pegada, los hombros anchos, la barbilla firme, perfectamente afeitada… Está muy bien. Incluso, diría, es guapo. Lástima que no sea mi tipo, pero… ¿y por qué no? La posibilidad de perder la virginidad me cruzó la mente como un fogonazo.

—¿Y cómo se llama mi futuro mentor?

—Miwei Harper. Puedes llamarme solo Miwei. ¿Y tú?

Me acerqué a su cara y le susurré al oído:

—Lo sabrás después de la primera lección.

—Estos juegos me gustan más que el blackjack —el rubio se humedeció los labios, y yo adivinaba lo que se estaba imaginando. Seguro que ya me tenía sin vestido en su cabeza. Probablemente yo encima de él. Primero me haría un cunnilingus del montón y luego me pediría que cabalgara su polla.

Pero en algo le doy la razón: este juego a mí también me gusta más que el blackjack. Un juego en el que camino por el borde y, al final, lo mando a tomar por culo. Al rubio y a su polla encorvada, por muy majo que sea.

—¿Dónde se puede bailar por aquí? —Hice como si fuera una tontita.

—Vamos —Miwei saltó del taburete y me cogió de la mano; sus dedos estaban cálidos.

—¿Estás aquí solo? —pregunté mientras andábamos.

—No, con unos amigos y compañeros.

—¿Todos brokers?

—No somos brokers, somos traders. Y uno de nosotros es nuestro jefe. Dueño de su propia moneda.

—Guau. Eso suena a top. Un… eh… amigo mío también tiene su propia moneda. No entiendo nada. Pero compré un poco. Dicen que es rentable.

—¿Y qué moneda es?

—Ay —me reí—. No recuerdo el nombre. Si te digo que no entiendo nada…

—No te preocupes, ya te pondré al día.

—Qué seguro de ti mismo —seguí al rubio hacia la discoteca. Me hizo pasar de largo la más cercana; por lo visto, quería alejarme de sus amigos. Me hacía gracia; se me torcía la boca.

—¿No te he visto ya en alguna parte? —preguntó en voz alta cuando irrumpimos en la pista, la música golpeándonos los oídos.

—Puede —solté una risita.

—¿Dónde? —Intentaba alzar la voz sobre los beats y me apretaba el torso, caliente, contra el mío.

—Adivina.

—Seguro que eres modelo —noté sus labios rozándome el cuello; piel de gallina.

—¿Por qué?

—Eres muy guapa —sus manos se deslizaban por mi cintura, levantando el vestido; los dedos quemaban.

Nos movíamos al ritmo y nos acercábamos.

—Seguro que te he visto en portadas de revistas. Quizá hasta en hologramas.

—Ya veo —me contoneé a su alrededor. Las manos de Miwei seguían las curvas de mi cuerpo.

Me arrastró una ola de éxtasis. Me dejé llevar por la música. Sentía cada beat; las vibraciones me atravesaban el cuerpo. Las pastillas de Rikki empezaron a hacer efecto a pleno rendimiento.

Estoy en la cresta de la euforia. La música parecía filtrarse por mí. Me atravesaba, me movía. Estoy tan bien.

Las manos de Miwei son tan cálidas, tan agradables. Se deslizaban por mi espalda desnuda. Íbamos en la misma onda. Cerré los ojos. Me entregué solo a las caricias.

Vi el rostro de Ángel. Eran sus manos las que me acariciaban, y me pegué más. Eché el cuello hacia atrás para sus besos. Le ofrecí los labios a sus labios. Me entrelacé con su lengua y su cuerpo en ese baile de locos.

—Ángel… —mi gemido se coló entre el beso.

—¿Cómo sabes que soy Ángel? —susurró el rubio, sobándome los muslos.

—¿Y qué más da?

—Tienes razón. ¿Nos vamos a mi habitación? Tengo una suite ático.

—¿Y no nos molestarán tus amigos?

—No te preocupes —Miwei volvió a besarme, y yo pensaba en qué momento mandar a la mierda a este guapo engreído. ¿Cuando estuviera a punto de correrse con los magreos en el ascensor? ¿O ya en la habitación, cuando se bajara los pantalones?

Qué asco me dan. Todos tan pagados de sí mismos. Dan náuseas. Se creen que por tener pasta lo arreglan todo. Que lo poseen todo. Que pueden coger lo que les dé la gana. Lo siento, guapo: hoy la que te maneja soy yo. Yo tengo más. Hasta más pasta. Así que hoy también decido yo cómo acaba nuestra noche.

Pero todo cambió cuando salimos a la calle y Miwei contestó una llamada:

—Ángel, voy a la habitación. No nos molestes —remarcó la última palabra.

Ángel. El corazón se me saltó un latido.

—¿Ángel? ¿Has hablado con la ciudad? Hola, hola, llamando a Ángel —solté una broma tonta mientras me temblaba todo; tenía los brazos erizados.

—Eres divertida —sonrió Miwei—. No, Ángel es mi jefe. Un nombre como el de la ciudad, imagínate. Hace gracia, ¿no?

Lo sería, si no lo estuviera viendo justo ahora delante de mí, en la puerta del casino de al lado. El corazón me martilleaba, los ojos muy abiertos. Las luces de Vegas se reflejaban en su silueta y el mundo se redujo a él solo.

Capítulo 14. Ángel

No, simplemente he bebido demasiado. O aquel barman raro, de mirada turbia, sí que me echó algo en la copa y ahora tengo alucinaciones: se me nubla la vista, las luces de Vegas parpadean más fuertes.

Kimberly se me aparece incluso en la otra punta de América. Cuando acepté este viaje, contaba con despejarme. Apagar de un plumazo cualquier pensamiento sobre Kimberly. Sobre Rebeca. Sobre el anillo perdido en ese maldito puerto y el hecho de que, desde entonces, no sé ni cómo mirarla a la cara; me sudan las palmas solo de pensar en ella.

Seguro que nota que la he estado evitando toda la semana y me toma por loco. Ahora aparezco, ahora desaparezco. Ahora voy a pedirle matrimonio, ahora me esfumo una semana con el anillo en el bolsillo. Puede que, de verdad, se me esté yendo la olla. Me laten las sienes.

Ahora yo mismo me tomo por loco, si soy capaz de ver a Kimberly a un par de metros de mí, en la jodida Vegas. Va cubierta de brillos dorados, resplandece de alegría. Como siempre: divertida, desinhibida, llamativa. Despreocupada. Como si hace una semana no hubiera pasado nada entre nosotros en aquel maldito puerto.

Kimberly, como siempre, a la suya. Un vendaval que me levanta el tejado. Se ríe, su sonrisa deslumbrante… pero se apaga en cuanto sus ojos verdes encuentran mi cara.

Me quedo clavado en el asfalto, incapaz de apartar la mirada. Este huracán sin igual me persigue. No me soltará hasta hacer trizas mi mundo. La mirada de Kimberly se cruza con la mía apenas un segundo; luego gira la cabeza y besa en los labios a… Miwei.

A mi jodido mejor amigo. Abraza por los hombros a mi mejor amigo. Se pega con el cuerpo a mi mejor amigo. Y las manos de mi mejor amigo le resbalan por el culo, que apenas tapa ese jirón de tela dorada.

Se me corta la respiración. Se me forma en la garganta un nudo que no soy capaz de tragar. Me suda la frente, la espalda a lo largo de la columna. Las manos me empiezan a temblar y las cierro en puños.

¿Qué está haciendo? ¿Me ha encontrado hasta en Vegas para meterme otra vez en sus estúpidos juegos? Como si aquí no hubiera juegos de sobra. Como si aún no hubiera perdido bastante. Como si le gustara subir la apuesta y, esta vez, jugara con mi corazón.

Yo no juego así, Kimberly. No quiero.

Miwei me ve, le coge la mano a Kimberly y la arrastra hacia mí. Y yo sigo plantado, ahogándome de ira.

—Eh, tío —Miwei me da una palmada en el hombro con la mano libre y con la otra le rodea la cintura a Kimberly, apretando la palma.

¿Cuándo le ha dado tiempo a ponerse así de pedo? Cuando lo perdí de vista, Miwei iba relativamente sobrio, y ahora en su cara luce esa sonrisita beoda que nunca augura nada bueno.

Taladro con la mirada la mano descarada con la que le amasa la cintura a Kimberly y, después, su cara insolente y satisfecha. Conozco esa expresión. Sé lo que significa: Miwei Harper está listo para soltar a Miwei el Pequeño, y ya nada lo va a mantener dentro de los pantalones, ni aunque llevara cinturón de castidad de acero.

—Te presento a… —mi amigo se humedece los labios y se zampa con los ojos la figura sexual de Kimberly.

—Kim —sonríe ella con picardía, entornando los ojos, burla abierta al observar mi reacción.

¿Así que Kim? Está empeñada en volverme loco del todo. Sigo mirándola serio, directamente a los ojos, mientras por dentro todo arde en llamas del infierno. Y parece que le divierte a rabiar. Está a punto de soltarme la risa en la cara.

¿No decía yo algo de sus "diez preguntas" favoritas y del escondite? No. Ya ha crecido, y en el top de sus juegos preferidos ahora reina el juego con mis nervios. Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? No soy de hierro. También puedo acabar saltando.

—Y Kim no tiene ni idea de criptomonedas —Miwei la atrae aún más hacia sí; su mano ya se ha deslizado al muslo y arruga el vestidito corto.

Noto cómo se me tensan los nervios. Si Miwei no fuera mi amigo, ya le habría estampado un puñetazo. ¿Para qué? No lo sé. Preguntadle a ese Ángel que está a punto de estallar de rabia.

—¿Ah, sí? —un hilo endeble de sentido común me sujeta para no perder los papeles.

No tengo derecho a meterme. Ella no me pertenece. No es mía.

—¿Te imaginas la suerte que ha tenido al encontrarme hoy? —se ríe, borracho, Miwei y, con la mano libre, se seca los labios húmedos. Babea como un perro con rabia.

—Claro. Justo eso venía buscando Kim a Vegas: que alguien la instruyera en el trading de criptomonedas —mi voz suena una octava más alta de lo debido—. Qué maravilla que esta chica solitaria se haya topado contigo, Miwei. Justo hoy. ¿No es el destino, eh, Kim? —Inclino la cabeza y me muerdo la comisura para no gritarle aquí mismo, en mitad de la calle bulliciosa de Las Vegas.

—No creo en el destino desde que cumplí veintiuno —se burla—. Pero quizá… —le recorre con las uñas el cuello a Miwei, gesto de llamada, y le hunde los dedos en el pelo, detrás de la oreja—, Miwei consiga hacerme cambiar de idea.

Se me abren las aletas de la nariz. No, joder. No.

No voy a darle ese gusto.

No voy a perder los estribos otra vez. Es lo único que espera.

He venido a poner en orden mis ideas, ventilar la cabeza y divertirme un poco, y luego comprar un anillo nuevo y volver con Rebeca. Kimberly no va a hacer que se me vaya la pinza.

No me va a estropear los planes.

No esta vez.

—Bueno —junto toda mi voluntad en un puño—. Entonces estás con el tipo perfecto, Kim. Miwei es un maestro de la persuasión. Tiene su propia técnica de persuasión horizontal, ¿sabes?

Esbozo una sonrisa forzada, y solo los dioses saben lo que me cuesta.

—¿De verdad? —entorna los ojos Kimberly—. Suena interesante.

—Que tengas una buena noche, Azúcar Negro. —Me doy la vuelta en seco y regreso al casino.

Ni me vuelvo hasta que no me trago la masa de la puerta de dos hojas. No entiendo: ¿no le basta con Rikki? ¿O ha decidido hacerse con un novio en cada punto del maldito globo?

Me pido más ron y me meto el trago de un golpe. Maldita Kimberly. Veleta. Insoportable. Incontrolable.

Repito la comanda, me trago el chupito y me seco la boca con el dorso de la mano. El alcohol me quema la garganta, y Kimberly me quema los nervios. Mi esencia. Mi vida.

Irrumpe en ella, la pone patas arriba, siembra el caos con su jodido vestido dorado y cortísimo. ¿Y si de verdad no lleva bragas debajo? ¿Y si Miwei ya lo ha comprobado?

—¡Joder! —me pongo de pie de un salto, estampo el vaso en la barra y salgo escopeteado del casino.

El ron ya me ha aflojado el cuerpo, pero las piernas me llevan solas a nuestra suite ático en el Marriott.

***

Eh, jefe —por poco me estampo contra Maxwell en el vestíbulo del hotel—. No se precipite. —Me sujeta por el hombro, soltando de la otra mano la cintura de una pelirroja de piernas larguísimas en un vestidito rojo minúsculo; aprieta la palma.

La chica me recorre coqueta de arriba abajo, deteniendo la vista a la altura de mi entrepierna. Ni lo sueñes, para ti ahí no hay nada.

—¿Quién es este guapazo, Maxi? —la pelirroja se muerde el labio con teatralidad y me guiña un ojo, enrollándose un rizo de fuego en

el dedo; los ojos le brillan.

—Mi jefe —explica Maxwell, con voz uniforme.

—Los jefes son mi debilidad —ronronea la que va a la derecha de Maxwell, una rubia con media melena voluptuosa y un pecho exuberante, apenas contenido en un top verde chillón; se le marcan los pezones.

—Vente con nosotras, guapo —la pelirroja estira la mano hacia mí y me roza el mentón con un dedo; la uña araña, pero yo doy un paso atrás hacia los ascensores; se me tensa la mandíbula.

—No, me tengo que ir.

Ya tengo bastante con una fiera loca, de la que ahora mismo se está ocupando Miwei. Solo de imaginar a Kimberly gimiendo bajo mi amigo, me empieza a picar la piel.

El cuerpo se me cubre de sudor frío y echo a correr otra vez.

—¡Hasta luego, guapo! —me arrulla la pelirroja a la espalda—. Espero que cambies de idea.

Me vuelvo junto a los ascensores y veo cómo Maxwell saca a las dos chicas del hotel. Le da una palmada en el culo a la rubia, y esta suelta una carcajada estruendosa. Al menos alguien va a tener una noche redonda.

—¡Maldita sea, más rápido! —mi dedo aporrea el panel táctil de la pared junto al ascensor. El ascensor no acelera, y yo golpeo el panel con la palma. Inútil.

Estoy tan cabreado que sería capaz de subir corriendo hasta mi habitación. Volar, teletransportarme, si fuera posible. ¿Pero quién se cree que es? ¿En qué se ha convertido mi pura Kimberly en estos tres años? Un novio con el doble de su edad, jugueteos con drogas, juegos retorcidos, provocaciones, follar con el primer desconocido en Vegas.

¿Qué más no sé? ¿Qué está haciendo con su vida? ¿Le pone? Para cuando me caigo del ascensor, me he llevado a mí mismo al borde de la histeria. Estoy listo para prender fuego a la jodida suite ático. Qué digo, a todo el hotel.

Si Sheila no puede darle a Kimberly una lección de educación, podré yo. No soy un extraño en su familia. Y su culo lleva tiempo pidiendo una buena azotaina. Ya está bien. Que se largue de vuelta

a Europa y haga allí lo que le dé la gana. Lejos de mi vista. Aquí no voy a permitir que Kimberly destroce su vida.

Llego corriendo a la habitación, irrumpiendo dentro, jadeando como si hubiera corrido una maratón. ¿Dónde coño se han metido? Intento recuperar el aliento y capto voces en el dormitorio de Miwei. Me acerco de puntillas a la puerta entreabierta, respirando con dificultad. Aguzo el oído.

Mierda, no estoy preparado para oír sus gemidos dulces. No provocados por Miwei. Así no. Con cada paso, el corazón me late más rápido. Las palmas me sudan y se me cierran en puños. Que solo estén hablando. Por favor.

—¿Por qué sigues con el vestido, nena? —me quedo pegado a la pared y asomo por la abertura. El pulso se me acelera.

Están junto a la cama de manera que puedo ver ambos perfiles. Miwei avanza despacio y empuja a Kimberly hacia el colchón. Ya no lleva camisa, y atrae a Kimberly contra su pecho desnudo. Sus dedos tocan sus músculos… ¡Que te jodan, Miwei!

Me falta el aire. Empiezo a ahogarme cuando él roza los finos tirantes de su vestido y deja caer uno del hombro. Dios.

—¿Querías que te desnudara yo? —los labios de Miwei descienden sobre la piel de Kimberly, sembrándola de besos a lo largo de la clavícula hasta el cuello. Lo veo lamerla.

Dadme oxígeno. ¡La madre que te…! ¡Apártate de ella! ¡Quita de encima tus manos! ¡Y tus labios! ¡Búscate otra para tu lengua!

El cerebro me estalla, pero me quedo como hipnotizado, olvidando cómo respirar, cómo hablar, cómo moverme.

Querría estar en su lugar. Podría estar en su lugar.

Podría besarla por todas partes.

Podría acariciarla con más fuego que él.

Podría lamer, succionar, morder cada pulgada de su piel lisa.

Podría embriagarme con sus labios dulces, con sus gemidos lánguidos, provocados solo por mí.

La haría gemir más alto. Le haría sentir un placer que nadie le ha dado jamás. Me recrearía entre sus piernas. No aflojaría hasta que se corriera en mi lengua, con los dedos hundidos en mi pelo. Haría que se corriera una y otra vez. Toda la noche. Hasta el amanecer.

Toda la mañana y todo el día siguiente. No nos saciaríamos tan rápido el uno del otro.

Noto el rabo endurecido en los pantalones. Soy un puto depravado. Un loco. Pero la pulsación es tan fuerte que los bóxers se me quedan dolorosamente prietos.

Toda mi rabia, mi ira y mis celos se han convertido en una excitación salvaje. Y pugna por salir. Sí, joder, ¡estoy celoso! Y estoy brutalmente excitado mirando cómo Miwei seduce a mi Kimberly. Sí, mía. Es mía. Ni de Miwei. Ni de Rikki. Mía.

Cada nervio se inflama y se vuelve un cable pelado. Tengo la piel electrizada. Miro cómo la boca de Miwei le succiona el cuello a Kimberly.

Ella se arquea bajo sus besos e inclina la cabeza hacia un lado, encontrándose con mi mirada asustada. Mil agujas me atraviesan el cuerpo. Se me forma un nudo imposible en la garganta.

¿Le hace daño? ¿No le gusta? ¿Le asusta su empuje? Pero el miedo que he alcanzado a ver en sus ojos se desvanece al instante. Los labios de Kimberly se curvan en una sonrisa maliciosa. ¿Qué demonios?

Se aparta de Miwei, le lanza una mirada astuta y lo gira con brusquedad de espaldas a la cama. Ahora se han intercambiado, ahora Miwei choca con las espinillas en el colchón.

Kimberly sonríe y le pone las manos en la hebilla del cinturón. No, no se atreverá. Aprieto dientes y puños. No, esto ya pasa de castaño oscuro. Kimberly, para. Te has pasado de la raya. ¡Basta!

Pero los límites de Kimberly se han borrado. Ha sacado de su cabeza la palabra «basta». Le desabrocha el cinturón, y luego la bragueta, y lo empuja sobre la cama.

Miwai cae atravesado sobre el colchón y se carcajea:

—Uuuh… Qué fiera… —se incorpora sobre los codos y estira las piernas—. ¿Quieres jugar?

—Me encantan los juegos —Kimberly se sube con gracia sobre Miwei, arqueando la espalda. Se sienta con el culo sobre sus muslos y se clava de golpe las uñas largas en los pectorales de Miwei.

Él suelta un gruñido grave y echa la cabeza hacia atrás. Kimberly se muerde los labios y le araña el torso, bajando por el abdomen

tenso hasta la línea caída de los pantalones desabrochados.

—Ya estás tan duro, mi pequeño Miwei —ronronea. Dios.

—Todo para ti, nena —se relame con ansia Miwei, atento a lo que hace Kimberly.

—Me pregunto si uno tan grande me cabrá en la boca —Kimberly sonríe y se muerde juguetona el labio inferior.

Por favor, parad. Basta. Se me ha secado la garganta. El corazón me late a lo loco. El zumbido en los oídos es tan fuerte que me daría de cabezazos contra la pared. La polla se me hincha y duele. Está a punto de reventar la maldita bragueta.

No sé qué deseo más: estrangular a Kimberly o follarla duro. Por todo lo que me hace sentir ahora y durante todos estos largos años.

—Pues compruébalo —le sigue el juego Miwei y sacude la pelvis, invitándola a que le agarre la polla. Kimberly, una…

—¿Quieres que te la chupe? —la muy zorra le cubre con la mano el bulto en los bóxers. Kimberly, dos…

—J-joder, nena… Sí, por favor… —Miwei cierra los ojos y exhala con fuerza hacia el techo alto del dormitorio—. No puedo esperar más…

—Te gusta la garganta profunda, ¿eh, Miwei? —Kimberly pronuncia su nombre con especial dulzura, inclinándose hacia su entrepierna, cubierta solo por la tela de los bóxers. Kimberly, tres.

Capítulo 15. Kimberly

Cuando Ángel me deja con Miwei a la entrada del casino, se me pasa un poco la borrachera y empiezo a arrepentirme de lo que he hecho. Creo que me he pasado otra vez de la raya. Debo alcanzarle y hablar con él como es debido. Aunque, ¿qué conversación decente va a salir después de mi numerito? El corazón me retumba como un tambor y tengo un nudo en la garganta.

Pero antes de que me dé cuenta, Miwei me coge del brazo y me arrastra hacia el Marriott, sus dedos aprietan con fuerza mi codo. Miro hacia la puerta del casino que se ha cerrado de golpe con la esperanza de que Ángel regrese. Pero la puerta no se mueve. Ángel no vuelve. Por desgracia, no vuelve.

Le da igual. Le importa un bledo con quién estoy y qué voy a hacer con el puto Miwei. O con quien sea. Le da igual si sus manos se cuelan bajo mi vestido, si la tela se sube y deja la piel al descubierto.

Si sus dedos me acarician, calientes, insistentes.

Si intenta forzarme cuando yo diga «no». A Ángel le da igual.

Aunque el maldito Miwei me meta su polla en la garganta en el primer callejón. Aunque Ángel lo vea, no le va a temblar ni un músculo de la cara. Porque Ángel siempre es frío. Porque yo le importo un comino. Ya tiene a alguien por quien merece la pena

preocuparse, a quien apetece querer. Y para mí no hay sitio en el corazón de Ángel. Nunca lo ha habido.

Los ojos me empiezan a escocer, las lágrimas queman. Sorbo por la nariz y, en piloto automático, me dejo arrastrar por Miwei, que tiene prisa por follarme en su habitación. En la habitación de él y de Ángel. Puede que Ángel incluso se duerma al otro lado de la pared, con una respiración regular, indiferente. Puede que deba dejar que Miwei lo haga. Puede que tenga que gemir más alto para que Ángel descubra de qué soy capaz, que la voz se me rompa de tanto gritar.

Probablemente, a sus ojos sigo siendo una niñita inexperta con una máscara holográfica de Halloween de Marriatti, a la que no se debe besar; me arden las mejillas al recordarlo.

Vuelvo en mí cuando Miwei me conduce por el vestíbulo del hotel y me hace pasar al ascensor; el neón parpadea y se refleja en los espejos. Las puertas metálicas se cierran y Miwei me empotra de golpe contra la pared, apoderándose de mi boca; su lengua invade mi boca con descaro. Se me pega la espalda al espejo frío y se me eriza la piel.

—Eh —resuello, extendiendo la mano, y le aparto, la palma contra su pecho—. Baja el paso, vaquero. Aquí hay cámaras.

—Que les den… —Vuelve a abalanzarse sobre mí, pero yo me escurro; el pelo me cae sobre la cara.

—No pienso enseñar las tetas a toda la seguridad del Marriott.

—Les da igual. ¿Crees que somos la primera parejita hambrienta a la que le entran ganas de follar en el ascensor? —Me agarra los muslos con las manos y me empuja hacia él para clavarme su rabo duro entre las piernas.

Jesús, ¿qué estoy haciendo? Tengo que largarme. ¿En qué planta está mi suite? No me acuerdo… Después de las pastillas, tengo la cabeza como en una nube; los pensamientos se enredan como cables. Y antes de que reaccione, el ascensor se detiene; Miwei me saca de la cabina tirando de mi mano y, sin perder tiempo, me mete en otro que nos llevará directos al ático.

—¡Espera! ¡Para! —Me echo atrás y me acorralo en el rincón del fondo; los tacones repiquetean en el suelo—. Necesito pasar por mi habitación.

—Anda ya, nena. No aguanto ni un segundo sin ti. Estoy ardiendo. —Miwai me aplasta con su torso caliente e intenta adueñarse otra vez de mis labios.

—Vamos, bésame. —Sus manos me suben el bajo del vestido y su pelvis se frota con más fuerza contra mi entrepierna—. Dame esas boquitas tan dulces.

Noto con claridad la erección contra mi vientre y se me forma un nudo de arcadas en la garganta. No quiero esto. Me he equivocado. Miwei se pega a mí con todo el cuerpo; su aliento abrasador me chamusca el cuello. El pulso se me dispara. El corazón me rebota en el pecho.

No sé qué hacer. Toda la seguridad se me ha esfumado. ¿Cómo ha podido dejarme Ángel? Yo no quería que acabara así. Solo quería provocarle, hacer que por fin perdiera los papeles. Darle esa patada en el culo de la que hablaba papá. Pero todo ha ido demasiado lejos. La he cagado.

Miwai me arrastra al ático y, sin detenerse, me lleva al dormitorio. Se me llenan los ojos de lágrimas. Dios. Estoy asustada.

Miwai me arranca el clutch de las manos flojas y lo lanza a una butaca; la tela susurra.

—Joder, no te imaginas lo que me pones. —Se desabrocha los puños y las aberturas de la camisa, devorándome con la mirada; los ojos se le oscurecen.

Miwai se acerca más; con cada paso me acorrala contra la pared. Sus ojos grises se entelan, se vuelven enloquecidos, y eso me asusta. Reculo, los tacones resbalan.

—Tomemos algo. —Sonrío con nerviosismo y propongo lo primero que se me ocurre con tal de retrasar el momento. Le distraeré y me escaparé, y mañana ni se acordará de mí. Puede que le mienta a Ángel diciendo que me folló. Me da igual.

—Ya voy bastante borracho. —Las comisuras de sus labios tiemblan en una sonrisa lujuriosa—. De ti, azúcar…

No me doy cuenta de que me he dado con la espalda en la pared hasta que entiendo que no tengo salida. Miwei apoya una mano por encima de mi cabeza y la otra me la pone en la cintura y me da un tirón brusco hacia él; el agarre es duro.

—Joder, nena, estás tan buena… —Me hunde la nariz en el cuello y aspira hondo—. Me arrepiento de haber olvidado dónde te vi. —La nariz le resbala hacia la oreja y su lengua deja una estela húmeda.

Giro la cabeza y cierro los ojos. Me da asco. —Pero no pasa nada —me toma el lóbulo entre los labios—. Ahora vamos a conocernos mejor. —La mano de Miwei baja de mi cintura a mi culo y lo aprieta antes de subirme la pierna a su cadera.

—¡Necesito ir al baño! —chillo y me escurro por debajo de Miwei. Si fuera más grande y alto, no habría logrado zafarme tan fácil.

—Joder, azúcar… —gime, la voz ronca.

—Un minuto. Cosas de chicas y tal —me burlo y, sin pensarlo, echo a correr hacia el baño de su propio dormitorio.

—Idiota —me insulto en un susurro, echando el pestillo, me tiemblan las manos—. Tonta.

Me tiemblan las manos. A duras penas manejo el cierre y me dejo caer contra la pared fresca, el azulejo me enfría la espalda.

—¡Tonta! ¡Tonta! —siseo, golpeándome la nuca contra la pared, y cierro los ojos con fuerza.

Tengo la respiración acelerada. El corazón me late a un ritmo demencial. Me he metido en un lío y no sé cómo salir ahora de este maldito ático.

—Vale, hay que calmarse. —Tomo aire hondo y abro los ojos. Me acerco al espejo, abro el grifo del agua fría y pongo las manos bajo el chorro.

Siguen temblando. Como las piernas. Como yo entera. Echo un vistazo a mi reflejo. Estoy agotada. Toda la diversión se ha esfumado, y del juego que se suponía iba a ser solo una broma no queda ni rastro.

¿Quién se divierte ahora? Yo desde luego que no. Ya no me apetece reírme en la cara de Ángel.

La mirada se me engancha en el colgante de mi pecho: un pequeño diamante negro en forma de corazón, regalo de Ángel hace tres años, antes de que me fuera a Europa. Exhalo con pesadez.

—Por favor, ven. Te necesito —susurro, clavando la vista en el reflejo de la joya, como si pronunciara un conjuro para invocar a Ángel—. La he cagado tanto…

—Azúcarrr —me llama Miwei y da unos golpecitos suaves en la puerta.

—Voy —respondo en voz alta y cierro el grifo—. Por favor —susurro por última vez, me aparto del espejo y abro la puerta.

—Miwai, ¿sabes?, he cambiado de opi…

—¿Por qué sigues con el vestido puesto, nena? —Miwai sonríe con picardía, me sujeta por los hombros y me gira con la espalda hacia la cama.

—¡Ah! —Retrocedo y me doy con las tibias en el colchón. Miwei avanza, seguro.

Ya se ha quitado la camisa. Ahora puedo ver cómo se le tensan los músculos. El pecho firme, salpicado de vello ralo, sube y baja deprisa. Cada vez más con cada paso.

La mirada se me va del pecho a la cara de Miwei, y entonces me agarra la muñeca de golpe y me pega a su torso; el agarre es duro. Me lleva la mano al pecho y me la coloca en medio. Siento cómo se le mueven los músculos bajo la palma.

Con la otra mano me acaricia el hombro y, sonriendo en silencio, con parsimonia, me baja un tirante del vestido. Contengo la respiración.

—¿Querías que te desvistiera yo mismo? —Los labios de Miwei se curvan en una sonrisa y descienden a mi cuello. Me lame la piel, luego la tira suavemente con los dientes y vuelve a lamer donde ha mordido.

Si no fuera por el miedo que me atenaza por dentro, probablemente me gustaría. Es guapo, su contacto es agradable, pero esto no debería estar pasando. No le deseo. No debería haber llevado esto tan lejos.

Quiero que pare, pero mi voz ha desaparecido. El miedo me ha agarrotado el cuerpo y me ha dejado sin habla.

Vuelvo la cara a un lado, cierro los ojos un instante mientras Miwei sigue cubriendo mi cuello de besos, y cuando los abro veo a Ángel en el marco de la puerta.

Nos observa a través de la puerta entornada. Mira como si quisiera matar. A mí o a Miwei. Más bien a mí. En sus ojos castaños hay locura. Le palpitan las venas del cuello. Tiene el cuerpo tenso al

máximo. Las manos apretadas en puños y los pantalones demasiado tensos en la entrepierna.

Lo juro, está listo. Al borde del colapso. Pero Ángel no se mueve. Hace falta una chispa final para hacer estallar esta bomba que tic-tac-tic-tac va contando.

Enséñame lo que llevas dentro, Ángel. Piérdelo por una vez en esta puta vida. Por mí. Muéstrame tus sentimientos. Basta de guardártelos. Basta de decirte a ti y a mí «basta».

Por eso voy a jugar hasta el final. El miedo se esfuma de golpe cuando veo cómo arden los ojos de Ángel, cómo se oscurecen por lo que le estoy dejando hacer a Miwei con mi cuerpo.

¿Querría estar en su lugar? Ahora lo veremos.

Capítulo 16. Kimberly

Cuando noto que Ángel nos está mirando a Miwei y a mí, me humedezco entre las piernas; la humedad fluye, caliente y pegajosa. Dejo de sentir nervios, solo una tensión en la parte baja del vientre, como una cuerda tensa a punto de romperse. El clítoris me late con tal vibración que me entran ganas de meterme la mano en las bragas, sentada en las rodillas de Miwei, y correrme delante de los dos hombres; el cuerpo me tiembla de anticipación, los muslos se me cierran por reflejo. Me pregunto si Ángel me lo permitiría, su mirada me quema la piel como un láser.

El deseo y la lujuria me invaden el cuerpo; una oleada de calor me sube del vientre al pecho; los pezones se me ponen duros bajo la tela. Siento la mirada fija de Ángel y aprieto los muslos; los músculos se me tensan, la humedad se acumula. Nunca he estado tan excitada; el clítoris me duele pidiendo caricias. Pierdo la razón. La mente se me nubla, los pensamientos se disuelven en la niebla del deseo. El cerebro se apaga, manda el cuerpo, mandan los instintos.

Y lo que hago a continuación jamás me lo permitiría en mi sano juicio, pero la lujuria me susurra: «Hazlo». A horcajadas sobre Miwei, pongo la mano en su polla y aprieto el bulto a través de los bóxers; la tela arde y está dura bajo mis dedos. Miwei gime de

placer, la voz grave, ronca. Miro a escondidas a Ángel y veo cómo se le contrae la mandíbula, le palpitan las venas del cuello. Piérdelo. Anda, vamos. Suéltate del puto collar que tú mismo te has puesto; sus ojos se oscurecen como la noche.

—¿Quieres que te la chupe? —Lanzo a Miwei una mirada lánguida por debajo de las pestañas, que me vibran.

—J-joder, nena… Sí, por favor… —Se me echa hacia delante con la pelvis impaciente, las caderas le dan un tirón—. No puedo esperar más…

—Te gusta hasta el fondo, ¿eh, Miwei? —Me inclino un poco hacia su entrepierna, mi aliento le calienta la tela, y entonces…

Ángel irrumpe en el dormitorio. Llega a la cama en dos zancadas, pasos pesados. Me agarra por la cintura con ambas manos, me arranca de encima de Miwei, me pega la espalda a su pecho y me arrastra; el agarre de hierro, los dedos se me clavan en la piel.

—¡Ángel, me haces daño! —chillo, pillada por sorpresa, pataleando y manoteando; los tacones repiquetean en el suelo. Esperaba cualquier cosa, menos esta reacción de Ángel—. ¡Suéltame!

—¿Qué coño, tío? —grita Miwei, tendido en la cama, totalmente desconcertado; los ojos se le abren como platos. Parece que a alguien le acaban de fastidiar el colocón. Perdona, colega, de mí no ibas a sacar nada igualmente. Siento que te haya tocado ser la moneda suelta de mi juego.

—¡Ángel! ¡Joder! ¡Devuélvemela! —Por lo visto, Miwei no está acostumbrado a rendirse o está demasiado herido en su orgullo, porque salta de la cama, coge sus pantalones y echa a correr detrás de Ángel, que me arrastra al dormitorio de enfrente—. ¡Es mía! ¡Eh!

—¡Nunca será tuya! —escupe Ángel, voz baja, casi un gruñido.

—¡Suéltame, imbécil! —grito, pero Ángel ni reacciona a mis golpes, que le caen por todas partes, los puños le aporrean el pecho —. ¡Me haces daño! —Me ha agarrado demasiado fuerte y aprieta. Apenas logro tomar aire por la boca—. ¡Déjame en paz!

—¡Cierra la boca! —me sisea Ángel y me sacude entre sus brazos; el cuerpo me tiembla.

—¡La madre que te parió, Ángel, ¿qué cojones?! —Miwai viene detrás tropezando, los pasos son pesados.

—Será mejor que te pires a la mierda de aquí. No quiero verte esta noche ni mañana —la voz de Ángel es firme y helada. Me da mal rollo. Nunca en mi vida le había visto tan enfadado—. Tienes un minuto para largarte de la habitación. Si no, no respondo de mí.

Miwai está indignado, pero se traga la protesta. Seguro que él tampoco había visto a Ángel así, por eso se detiene, sin aliento.

—¡Joder! —De una patada, Miwei tumba la mesa de centro con el jarrón y vuelve a su dormitorio; el cristal tintinea por el suelo.

Ángel me arrastra a la fuerza a su parte del ático. Sin soltarme del todo, con un agarre tan fuerte que no puedo respirar, cierra la puerta de una patada y me arroja a la cama.

Reboto en el colchón. La montaña de cojines sale volando y se desparrama por la cama a mi espalda.

—¿Pero qué coño? —protesto, mirando a sus ojos castaños casi negros. Ángel está furioso. Tiene la mandíbula apretada y las aletas de la nariz muy abiertas. Me va a matar, fijo.

Sí, yo empecé este juego.

Sí, le enfadé. Le saqué de sus casillas.

Sí, es culpa mía. Pero ¿merecía que me tratara así? De un movimiento, Ángel se quita la americana, me alcanza en dos zancadas enormes, me agarra por los tobillos y me arrastra de golpe al borde de la cama.

—¡Vete a la mierda! —Me revuelvo, resbalando sobre el cubrecama—. ¿Crees que tienes derecho a tratarme así? ¡Tú mismo me soltaste con él! —Me giro boca abajo e intento arrastrarme hacia el cabecero. El vestido se me sube hasta la cintura.

Ángel vuelve a apretar mis tobillos con los dedos y me tira hacia él. Me deslizo hasta el pie de la cama. Me sujeta con una mano por el vientre, no me deja bajarme el vestido, y con la otra me estampa la palma en el culo desnudo, alzado.

—¡Ay! —chillo y me muerdo el labio. ¿Qué ha sido eso, joder? ¿Ángel me ha dado una azotaina en el culo? ¿Ángel? ¿En el culo? ¿Ángel ha decidido… azotarme? Jesús…

—¡Me has destrozado los nervios! —grita Ángel, se deja caer conmigo en la cama y me echa, aturdida, por encima de sus muslos. El segundo azote me estalla en el trasero.

—¡Ángel! —aúllo, cerrando los ojos con fuerza. Llevo unas braguitas tanga negras diminutas que no me cubren nada, así que noto por completo la marca de su mano. La piel me escuece. La zona del azote arde.

—Eres insufrible. —Me azota por tercera vez—. Incontrolable. —La cuarta.

—¡Ángel! —Intento zafarme, pero me inmoviliza el cuerpo con la otra mano.

—¡Voluble, insoportable! —Vuelve a golpear, y siento cómo el calor se me esparce por el cuerpo. Debería dolerme, pero… ¿Por qué no me duele? Cada vez que me estampa la mano dura en el culo, me pego más con la almejita a su muslo y me froto. Me chorrea la entrepierna. ¿En serio me… gusta?

—¡Me has follado el cerebro! —Otra palmada me enciende una nalga. Aprieto los dientes para no gemir. Clavo los dedos en el cubrecama y cierro los puños con él—. Te comportas como una…

No termina la frase. El chasquido del golpe retumba en el dormitorio, la espalda se me arquea sin querer y suelto un sollozo. Ángel vuelve a azotarme; yo misma le ofrezco el culo a su mano y ahora gimo descaradamente a pleno pulmón.

—Ángel… —Mi cuerpo tiembla sobre sus muslos, y se me van los ojos en blanco de placer. Las bragas se me han empapado. Me muevo y me froto contra la entrepierna de Ángel, extendiendo la humedad por la tela. Es insufrible. Siento su erección de piedra. Su polla dura se me clava en el vientre y aprieto los muslos. Estoy a punto de correrme.

—Más… —gimoteo ronca, girando el culo bajo su mano. La tiene tan caliente, pero me parece fría comparada con el ardor de mi piel por los azotes. Ángel respira entrecortado. Se le contrae el abdomen a toda prisa y la mano con la que me sujeta empieza a temblar.

—Más, Ángel —suplico, soltando el aire. Me salen las palabras entrecortadas. Tengo la voz rota—. Castígame. Me lo merezco.

La respiración de Ángel se acelera. Me aprieta una nalga con los dedos y luego me baja de golpe las bragas hasta las rodillas.

—¡Ah! —Me muerdo el labio, esperando un nuevo azote.

Ahora Ángel verá lo mojada que estoy. Cómo su azote no me ha servido de lección, sino que me ha puesto hasta tal punto que cada célula de mi piel está lista para prender con cualquier caricia. Un segundo se me hace eterno. El clítoris me palpita y se llena de sangre. Estoy al borde del orgasmo.

Pero en lugar de golpear, Ángel me da la vuelta, me empuja sobre la cama y se me echa encima, acallando mi gemido con un beso furioso.

Capítulo 17. Ángel

Gime. Se retuerce bajo mí. Frota su coño contra mis muslos, la humedad caliente, pegajosa. Sus jodidas braguitas tanga no tapan una mierda, y veo lo mucho que se ha empapado mientras le azoto el culo con la palma; la piel se enrojece a cada golpe.

¡Diablos! Me va a volver loco.

Está tan encendida sobre mis rodillas. Tan excitada. Mojada. Seguro que dulce. ¡La madre que me parió! ¡Se supone que tenía que darle una lección!

Le arranco sus diminutas bragas negras; la tela se pega a mis dedos. Están pegajosas de humedad. Bajo la vista a la entrepierna de Kimberly y me atraganto con mi propio suspiro; la garganta se me cierra. Su culito está alzado. Y puedo verlo todo: su coño pequeño, cómo chorrea, cómo brillan de lubricación las caras internas de sus muslos.

Quiero hundirle los dedos, sentir lo resbaladiza y caliente que está, lo dócil que se vuelve para mí. Y luego recorrer con la lengua su entrada, lamerlo todo, lo que me pertenece. Le aprieto la nalga enrojecida, Kimberly gime, pide más, la voz ronca. Alzo la mano, pero… ¡Diablos! Se me va la pinza.

A la mierda las lecciones. A la mierda todo salvo Kimberly. La deseo tanto, desde hace tanto. La agarro por las caderas, la volteo y

la lanzo a la cama; el colchón rebota. Sus enormes ojos verdes se abren de par en par y me miran con lujuria, las pupilas dilatadas. Los labios, hinchados de tanto morderlos. Pero yo los morderé más fuerte.

Me abalanzo sobre ella y la beso con avidez, los labios calientes, suaves. Me cuelo con la lengua en su boca y enredo la mía con la suya, el sabor dulce, embriagador. Tiro hacia abajo del corpiño del vestido dorado. Los tirantes crujen, pero ceden. Le descubro el pecho perfecto y lo abarco con una mano. Es tan suave. Demasiado suave entre mis dedos.

Aprieto los dientes y le muerdo el labio inferior; los dientes se clavan.

—Ángel… —gime contra mi boca y me araña con las uñas a lo largo del cuello, enredando los dedos en mi pelo de la nuca; la piel se me eriza.

—¡La madre que me parió! —gruño y me empujo contra ella con el pubis, la polla más dura que un canto. Voy a explotar si no acabo dentro de ella.

Cojo a Kimberly por debajo del culo y la atraigo hacia mí de un tirón para que sienta hasta dónde me ha llevado; la tela del pantalón se tensa.

—¡Ángel! —Se pega a mí, abriendo más las piernas; los muslos le tiemblan—. Quítatelos. Deshazte del pantalón… Más rápido… —jadea Kimberly, pero no pienso seguir sus reglas.

Ahora jugamos con las mías. La agarro con brusquedad por los hombros y la obligo a incorporarse. Kimberly ahoga un sollozo cuando le arranco el vestido por la cabeza; la tela susurra. Luego la empujo de nuevo y me quedo de rodillas entre sus piernas abiertas, deleitándome con el espectáculo.

Dioses, qué bella es. Magnífica. Perfecta. El pelo, alborotado. Mechones húmedos de sudor pegados a la cara. En la frente y sobre el labio superior asoma el vaho. En el cuello late una venita. Los pezones morenos, duros, me invitan a pegármelos a la boca. El vientre plano se estremece con sus respiraciones rápidas.

Kimberly se cubre la entrepierna con la mano, pero le agarro la muñeca y la aparto, el agarre firme. Quiero mirarla.

Quiero saborearla.

Quiero hacer con ella lo que no he hecho con ninguna otra.

La sujeto por los muslos y la arrastro hacia mí de golpe. Ella solloza, el aliento se le corta.

—Abre más las piernas. —No reconozco mi voz. Está ronca y me tiembla.

La recorro de arriba abajo, de rodillas, y me desabrocho la camisa con calma; los botones resbalan. Kimberly obedece, me observa, respirando entrecortado.

Arrojo la camisa negra a un lado, Kimberly suspira y alarga la mano hacia mi torso, pero le sujeto la muñeca. Si me toca, no aguanto. Ya estoy al límite.

Le inmovilizo la mano contra el colchón y yo me pego con la boca a su coño mojado, la humedad caliente. Paso la lengua por el clítoris y me lo llevo a la boca, el sabor dulce, embriagador.

—Dios mío, Ángel. —Kimberly arquea la espalda y se me ofrece al instante—. ¡Dios!

La saboreo en la boca y acelero. Es demasiado dulce para andarse con rodeos. Le chupo el clítoris, lo provoco con la lengua y luego desciendo por la entrada y empujo la punta dentro de su vagina.

—¡Ángel! ¡Ah! —Kimberly me clava las uñas en el pelo, los dedos tiran—. Voy a correrme ahora mismo.

—No, azúcar moreno, la primera vez te correrás con mi polla.

Kimberly me mira azorada por debajo de sus largas pestañas temblorosas. Claramente no esperaba tanta franqueza. Sí, Kimberly. Delante de ti hay otro Ángel. El que te azota el culo. El que dice en voz alta lo que desea. El que tú misma llamaste.

Lo he tenido escondido dentro de mí muchos años. Ha pasado hambre todo ese tiempo. Y ahora quiere devorarte.

Me libro rápido del pantalón y los bóxers. Los lanzo al suelo junto con los calcetines. Alargo la mano al bolsillo a por un preservativo, pero Kimberly me detiene en cuanto saco el cuadrado de papel de plata.

—Quiero sentirte. Al menos la primera vez.

Vacilo apenas un segundo y tiro el preservativo de nuevo al suelo. Con esta fiera es imposible jugar según las normas. Con ella no

quiero.

Le sujeto los muslos con los dedos, los abro y vuelvo a recorrer con la lengua su entrepierna, provocando el clítoris. Kimberly tiembla en mis manos y mece las caderas al compás de los movimientos de mi lengua.

Diablos. Podría quedarme entre sus piernas una eternidad. ¿Quizá hacer que se corra primero así? No. Me muero por hundirme en ella. Ahora mismo.

Para lo demás ya tendremos tiempo. No pienso dejarla ir sin más. Le subo la pierna de un golpe a mi cadera y, de una embestida, me hundo en su interior ardiente.

—¡Ay! —solloza Kimberly y se tapa la boca con la mano. Tiembla. Se clava los dientes en el dorso de la mano y cierra los ojos con fuerza.

A través de la penumbra del dormitorio veo cómo se le acumulan lágrimas en las comisuras de los ojos. Qué…

¿Qué? ¿Ella…?

—¿Kimberly…? —Me quedo inmóvil dentro de ella, el corazón me retumba.

—Estoy bien. —Intenta disimular el temblor de la voz, el aliento descompasado.

—Kimberly, ¿tú…? —Salgo de ella con suavidad y veo en mi piel y en la colcha manchas sanguinolentas. ¿Es virgen?

No puede ser. No puede. ¿Y Rikki? Ella dijo que… No… ¿Qué he hecho…

—Dios mío, Kimberly. —Me inclino sobre ella, apoyando los codos en el colchón a ambos lados de sus hombros—. ¿Por qué no lo dijiste?

—Lo dije. —Acerca sus labios a los míos y los roza con su aliento caliente y entrecortado—. Dije que quería sentirte por primera vez. En mi primera vez, Ángel. Solo contigo.

—Yo… —Le tomo la cara con la mano, los dedos me tiemblan—. Si lo hubiera sabido, yo…

—No te habrías atrevido.

—Habría sido tierno.

Kimberly sonríe y me besa con sensualidad, los labios suaves, calientes.

—Tienes oportunidad de redimirte. Acabamos de empezar.

Un calambre eléctrico me atraviesa el cuerpo. «Mi primera vez». «Solo contigo». Mi Kimberly. Todo este tiempo me ha esperado. Se acordaba. Era de verdad.

La beso con insistencia en los labios. Me adueño de su boca, de su lengua. De su cuerpo. Es mía. Entera y completamente. La sensación embriaga y me marea. Me pertenece solo a mí.

Guío con cuidado la cabeza de mi polla a su interior encendido y me hundo dentro con suavidad. Kimberly me clava las uñas en los hombros y me muerde el labio inferior; los dientes arañan.

Me detengo un instante para que se acostumbre a mí y se relaje; la respiración pesada, la polla palpita dentro.

—Sí, sí —susurra Kimberly, los ojos entrecerrados—. Siempre he soñado con esto.

Bebo su gemido, me abro paso con cuidado y ternura más hondo; la humedad envuelve, el calor aprieta. Luego me retiro a medias, la piel resbala. Vuelvo a entrar. Los dedos de Kimberly ya no están tensos ni se me clavan en los hombros. Sus caderas empiezan a mecerse al encuentro de mis embestidas suaves; los músculos le tiemblan.

Tranquilo. Primero despacio. Siento cada centímetro, cómo se dilata con placer y me abraza la polla con firmeza; las paredes se cierran. Kimberly gime dulcemente y me hundo un poco más. Un poco más brusco, el pubis golpea.

Kimberly lo recibe; el cuerpo se arquea. La polla se desliza fácil dentro de su coño apretado y mojado. Me estremezco de placer, los escalofríos por la espalda. Es un placer de otro mundo estar con ella.

—¿Mi Kim, mi azúcar moreno? —le susurro en los labios, los labios se rozan, el sabor salado.

—Sí… —Kimberly empieza a moverse debajo de mí más deprisa; las caderas empujan, la humedad se embadurna.

Voy subiendo el ritmo. La penetro más hondo, hasta el fondo; el pubis choca. Kimberly gime cada vez más alto y más seguido; la voz hace eco en la habitación.

Apoyo la mano en el cabecero; la madera cruje. Me pego a su cuello con la boca y me hundo en mi chica con más fuerza; los dientes le arañan la piel. Dios, qué estrecha está. Qué insoportablemente blanda y caliente. Estoy a punto de correrme; los cojones se me encogen.

—Ángel… —Me rodea las caderas y me aprieta contra ella; las uñas se me clavan más. Me quiere sin reservas. Mi exigente Kimberly—. Ángel… —Su aliento caliente me abrasa el pecho.

Lleva las manos a mi cara y me besa con pasión; al exhalar, la lengua se entrelaza.

—Ángel… ¡Oh, dioses!

Rota las caderas y se me ofrece con más intensidad; el cuerpo se arquea. Kimberly está al límite, como yo. Arquea la espalda, pone los ojos en blanco, y siento cómo las paredes de su vagina palpitan y se aprietan a mi alrededor; la ola del orgasmo la alcanza.

Me hundo en ella con más brusquedad. Un par de veces más, embestidas potentes. Y ya no aguanto. Me corro.

—¡Joder! —gruño, apenas logrando sacarla a tiempo, y descargo con fuerza sobre su vientre; el semen caliente se esparce.

A Kimberly le tiemblan las piernas. Permanece inmóvil y respira acelerada; el pecho sube y baja. Caigo sobre ella, hundo la nariz en su cuello e inspiro ese aroma inconfundible. Rosa con un leve toque de frambuesa y… Mi ámbar. Mi Kimberly. Única y solo mía.

—¿Entiendes que esto es solo el principio? —Le mordisqueo el cuello, los dientes se clavan, la piel salada.

Ella suelta una risita, el aliento tibio en mi oreja.

—Eso espero.

Cubro de besos su barbilla, el contorno del rostro, el pómulo, y regreso a sus labios; los labios resbalan, húmedos.

—Te llevaré a la ducha. —Me inclino sobre ella, apoyando los codos en el colchón, sin dejar de rozar sus labios.

—¿Temes que me escape? —Sonríe, los ojos le brillan.

—No te escaparás. —Tiro de su labio inferior con los dientes y lo mordisqueo suave. Sabe tan bien, incluso sudada tras el sexo ardiente—. Nunca te escapabas de mí de verdad.

—Siempre quise que solo tú me encontraras.

—Lo sé.

Llevo a Kimberly en brazos a la ducha, porque he dejado su cuerpo magnífico hecho un asco, la piel pegajosa de sudor y semen. Abro el agua, la ajusto a lo suficientemente templada, el vapor se eleva, y solo entonces dejo a Kimberly en la mampara de cristal. Entro detrás; el agua nos resbala por el cuerpo.

La abrazo por la espalda, deslizando con ternura las palmas por sus muslos lisos hasta la cintura estrecha, la piel resbaladiza por el agua. Tiene una figura alucinante. Ella entera es alucinante y me vuelve loco, me provoca hacer locuras, pero, al parecer, me encanta malditamente.

Kimberly echa la cabeza hacia atrás sobre mi hombro, cierra los ojos y sonríe en paz, las pestañas mojadas de gotas.

—Cuántos años he soñado con que me tocaras así… —Gime lánguida cuando mis manos siguen acariciando su piel oscura y lustrosa y llegan al pecho.

Es pequeño y cabe perfecto en mis manos.

—¿Así? —le susurro al oído, girando entre los dedos los pezones pequeños y duros, resbaladizos por el agua.

—Oh, sí… —exhala Kimberly, arqueándose y ofreciendo el rostro al chorro de agua.

—¿O así? —Bajo una mano por su vientre y deslizo con suavidad los dedos hacia su intimidad, sin dejar de juguetear con el pezón con la otra.

—Así me lo imaginaba cuando me llevaba yo sola al orgasmo. Por cierto, también en la ducha. —Kimberly empieza a mecer las caderas, apretando las nalgas contra mi polla erecta.

Acabo de correrme, pero sigo malditamente duro y la quiero otra vez. Ya lo dije: no pienso dejar en paz a Kimberly sin más. Ahora que he probado su cuerpo, me supera.

—Así que a eso te dedicabas en tu Europa… —Mi pulgar presiona el clítoris. De los labios de Kimberly se escapa otro gemido.

Dios, cómo gime de dulce. Quiero escuchar esa melodía sin fin. Quiero escribirle las notas, quiero ser el compositor de sus clímax.

—Oh… —Su culito se frota contra mi erección. Kimberly me rodea el cuello mojado con la mano—. Empecé con eso en casa. Cuando

cierto chico testarudo ni siquiera quería besarme.

—Qué cabrón. —Le masajeo el botoncito en círculos y hundo un dedo en su coño estrecho.

—¡Ah! —Kimberly arquea la espalda y me clava las uñas en el cuello.

—No me explico cómo pudo resistirse… —Sigo provocándola, entrando y saliendo con el dedo de su interior caliente; la humedad se mezcla con el agua.

—Habría sido tierno. —Kimberly sonríe y me besa con sensualidad, los labios mojados, salados.

—Tienes oportunidad de redimirte. Acabamos de empezar.

Un calambre eléctrico me atraviesa el cuerpo. «Mi primera vez». «Solo contigo». Mi Kimberly. Todo este tiempo me ha esperado. Se acordaba. Era de verdad.

La beso con insistencia en los labios. Me adueño de su boca, de su lengua. De su cuerpo. Es mía. Entera y completamente. La sensación embriaga y me marea. Me pertenece solo a mí.

Guío con cuidado la cabeza de mi polla a su interior encendido y me hundo dentro con suavidad. Kimberly me clava las uñas en los hombros y me muerde el labio inferior; los dientes arañan.

Capítulo 18. Kimberly

Después de que Ángel me hace correrme dos veces en la ducha, ordena cambiar las sábanas y la colcha de nuestra cama. Pide champán a la habitación; las burbujas chisporrotean en las copas. Yo añado una hamburguesa al pedido porque estoy hecha polvo, me ruge el estómago. Este cabrón apasionado me ha exprimido toda la energía.

—¿Cansada? —Ángel se mete en la cama limpia y se inclina sobre la parte de atrás de mi cabeza. Su aliento está caliente, me hace cosquillas en la piel, porque un segundo antes caigo boca abajo en la almohada con un suspiro exhausto.

—¿Te he dejado hecha trizas, entonces? —se ríe, la voz grave—. Y decías que la palabra «basta» está prohibida entre nosotros. Debilucha.

—¿Has decidido follarme hasta la muerte? Giro la cabeza de lado y me topo con su mirada enloquecida, los ojos oscuros, brillantes. No sé si mi pregunta le ha chocado o le ha dado una idea—. Ángel, era broma. —Entorna los ojos—. Ángel… Yo…

Empiezo a alejarme de él despacio, pero Ángel me atrapa por la pierna y me arrastra de vuelta, el agarre firme, los dedos se me clavan en el tobillo.

—¡Ángel! —chillo y me echo a reír, con las mejillas ardiendo. Me gira y me aplasta las escápulas contra el colchón; su cuerpo pesa.

Con una mano me inmoviliza las muñecas sobre la cabeza, y con la otra se cuela bajo la felpa del albornoz blanco. Sus dedos largos se deslizan despacio por la cara interna de mi muslo, acercándose cada vez más a la entrepierna desnuda; la piel se me eriza.

Los ojos de Ángel se ennegrecen al instante; en ellos vuelven a prender lenguas de fuego lujuriosas, las pupilas se dilatan.

—¡Ángel! —aprieto los muslos y le atrapo la mano entre las piernas; los músculos se me tensan.

—Ya te lo he dicho: debilucha. Una sonrisa pícara le ilumina el rostro, los labios se le curvan.

Hoy está completamente distinto. Alegre, suelto, abierto. Parece irradiar luz; la piel le resplandece en la penumbra. Y esa luz me atrae, me inunda el corazón y hace que lata más deprisa; el pulso me retumba en los oídos. Me gusta este Ángel. A este lo quiero aún más.

—Espera, déjame comerme la hamburguesa y te enseño quién es el flojo aquí. Le sonrío de vuelta y poso un beso fugaz en sus labios, suaves. Luego otro. Y otro. Hasta que nuestras lenguas se entrelazan y el beso se vuelve profundo y exigente, el calor me recorre el cuerpo.

Ahora puedo besarlo todo lo que quiera. Y es mil veces más placentero de lo que imaginé hace tres años. Es más intenso que en mis ensoñaciones de niña. Me excita, el clítoris me palpita. Y no quiero despegarme de su boca.

—A la mierda la hamburguesa —murmuro entre el beso y tiro de los hombros de Ángel para que se me eche encima, su cuerpo ardiendo—. Te quiero más a ti.

—No, no, no —se aparta y vuelve a sonreír con su sonrisa más sexy, las comisuras alzadas. La recuerdo desde la infancia. Recuerdo imaginar que esa sonrisa me la regalaba solo a mí. Y aún prefiero pensar justo eso—. Tienes que comer para coger fuerzas.

—Tengo fuerzas de sobra para otra ronda. Ven aquí. Agarro el cinturón de su albornoz, pero Ángel se gira a tiempo hacia un lado y me arranca la tela de entre los dedos; la tela cruje.

—Eh. Eso no vale. Tú mismo me has enganchado al sexo contigo. Creo que ahora soy adicta —las mejillas me arden al admitirlo.

Ángel suelta una risita, luego se inclina para darme un beso tierno en la sien, su aliento cálido.

—Ahora somos adictos los dos —me susurra a lo largo de los labios, bañándolos con el calor de su respiración—. Me da que va siendo hora de organizar un grupo de rehabilitación.

Espero mi hamburguesa y me la zampo en cinco minutos; la salsa me resbala por la barbilla. Le saco a Ángel la promesa de que no se chivará de esto a mis amigas modelos, que si no me crujen. Esas flacuchas tontas están siempre a dieta y con «alimentación saludable». Brócoli, brotes de espárrago, coles de Bruselas. Y litros de alcohol. Ya lo digo: tontas.

En nada amanece, y no tengo nada de sueño; los párpados pesan, pero los ojos me arden. Me da pena gastar el tiempo en dormir cuando puedo pasarlo en brazos de Ángel, mirando cómo respira plácidamente, el aliento parejo, el pecho se alza y cae.

Me parece que ahora he sido yo quien le ha chupado toda la energía; después de cabalgarle un par de veces, los muslos me duelen del esfuerzo. Ángel se ha dormido, y yo prefiero recrearme en su cara bonita y su cuerpo perfecto, cubierto por la manta solo hasta la mitad.

Este espectáculo es mucho más caliente que mis sueños eróticos más subidos de tono, porque es real; la piel le brilla de sudor. El hombre por el que me he derretido toda mi vida consciente, con el que soñaba día sí, día también, incluso después de irme a Europa, está ahora a mi lado.

Duerme conmigo en la misma cama, y ya no tiene que escaparse por la ventana por la mañana. Ahora no necesitamos ropa para estar bajo la misma manta. Ya no hay barreras; el corazón me late solo de pensarlo.

He esperado, aunque estos tres años han sido de una tortura interminable; el tiempo se estiraba como un chicle. Y Ángel… No quiero pensar en eso. No hoy. Este día todavía es solo nuestro.

Espanto los malos pensamientos, la imagen de Rebeca en su piso, en su cama, en sus sábanas negras, una sombra que me cruza la

mente. Hoy no. Ahora no es momento de pensar en las consecuencias de nuestra pasión; el corazón se me encoge. Aún es demasiado pronto. Pero aun así se me oprime el pecho y empieza a doler, una punzada en la caja torácica.

Suspiro hondo y me incorporo, apoyando el codo en la almohada. Tumbada de lado, sigo observando a Ángel y paso la palma, con suavidad, por su pecho duro, los músculos cálidos bajo los dedos.

Es tan guapo… Pelo oscuro y espeso, pestañas largas de las que envidiaría cualquier chica. Nariz recta y fina, pómulos marcados, labios carnosos y sexis que apetece besar sin parar, mentón firme perfectamente afeitado, la nuez afilada… Es perfecto.

De una complexión magnífica. Cada músculo firme, hombros anchos, el cuerpo marcado, como el de un futbolista o un nadador, sin montones de bíceps, tríceps y deltoides inflados. En Ángel todo es armonía.

Podría conquistar las pasarelas del mundo sin esfuerzo si quisiera. Pero Ángel no es de esos hombres. No le va exhibirse; hay contención en cada gesto.

Deslizo la mano por los abdominales, que destacan incluso relajados, a lo largo de esos oblicuos increíblemente sexis y bien definidos; los dedos me tiemblan de pura fascinación. Si me preguntasen cuál es la parte del cuerpo masculino más excitante, yo diría justo esos músculos. Y las manos.

Las de Ángel son de infarto. Fuertes. Surcadas por una red de venas prominentes. Me vuelvo loca cuando, además, se tensan. Cuando me sostienen y me aprietan con todas sus fuerzas contra su pecho. Se me aflojan las rodillas en esos momentos, el cuerpo me tiembla.

Vuelvo a delinear con el dedo los oblicuos que señalan el camino hacia lo que tapa la manta. La deslizo hacia abajo con cuidado… Jesús… Debería posar desnudo para artistas o fotógrafos contemporáneos. Aunque no. Toda la atención se iría directa a su imponente polla. Y lo que hace con ella… Jesús…

Entre los muslos me estalla el calor, una oleada ardiente me invade. El clítoris palpita con suavidad y una nueva ola de excitación me arrasa; el cuerpo me tiembla. Quiero volver a sentirlo dentro, a

pesar de una leve molestia por el escozor. Hemos follado sin protección muchas, muchísimas veces en una sola noche. Ángel me ha irritado un poco las paredes. Pero aun así quiero repetirlo todo otra vez; el deseo me tira de abajo.

Cuando decía que soy adicta, no bromeaba. Llevo mucho siendo adicta a Ángel y ahora también a su cuerpo; la piel me arde solo de pensarlo. Imaginé mil veces cómo sería nuestro primer polvo, qué amante tan sensual resultaría ser Ángel, pero ha superado todas mis expectativas. Cada vez con él se me va la cabeza, planeo y luego me despeño y estallo sin tocar el suelo, se me oscurece la vista, el cuerpo me parece ingrávido, más ligero que el aire, tiembla, y casi me desmayo en los brazos del hombre que amo.

Es mejor que cualquier colocón que haya tenido. Ángel es mi droga más potente; el corazón me retumba solo de pensarlo.

Aprieto los muslos y tenso los abdominales; el vientre me duele con un cosquilleo dulce. Necesito una «dosis» con una urgencia insoportable. Toco con los dedos su carne desnuda y suave, y al momento empieza a endurecerse; la piel le arde bajo mis dedos. Le ciño la polla con la mano y hago unos pases lentos arriba y abajo; los dedos resbalan.

Ángel gime somnoliento y se revuelve; la pelvis se le alza por reflejo. Frunce el ceño, junta las cejas, y apenas contengo una risita; los labios se me curvan. Está tan gracioso, tan vulnerable. Puedo hacer con él lo que quiera. Y yo quiero que en todo sea el primero conmigo.

Miro cómo su polla gruesa se hincha en mi agarre y se pone dura como una piedra; las venas se marcan. Me humedezco los labios y trago saliva; tengo la garganta seca. Me encanta cómo se ve en mi mano. Solo verlo me pone a mil; la humedad me chorrea entre los muslos.

Froto un muslo contra el otro, repartiendo la humedad por toda la entrepierna. Jesús, ¿es legal ser tan deseable y tan sexy? Ángel solo duerme, y yo me derramo con una mirada a su cuerpo desnudo y caliente, sus manos fuertes, su torso firme, su polla tensa hasta el límite.

Me temo que Ángel ha despertado en mí a una maldita ninfómana. Y va a tener que hacer algo al respecto.

Paso una pierna por encima de sus caderas estrechas, abro las rodillas y las hundo en el colchón. Me inclino sobre su empalme poderoso y lo acaricio con la mano; los dedos me tiemblan. La polla da un pequeño latigazo; en el glande asoma una gota de lubricación, brillante en la penumbra.

La extiendo con el pulgar en círculos; la piel resbala. Ángel suelta un gemido doliente, la voz ronca. Se le despegan los labios por la respiración agitada y el pecho cae con un largo suspiro. Me pone a mil su aspecto inocente.

Se le forma un pliegue entre las cejas anchas y los párpados palpitan más rápido. Diría que mi hombre está soñando algo erótico. Bien… Ha llegado el momento de hacerlo realidad.

Me inclino hacia su carne dura y rozo con la lengua el glande brillante de lubricación. El sabor salado, desconocido hasta ahora, no me echa atrás; al contrario, ahora quiero saborear a Ángel entero en mi lengua; el corazón se me desboca.

Le humedezco la polla con saliva a lo largo y con cuidado me meto el glande mojado entre los labios, que me tiemblan. De la boca de Ángel escapa una exhalación áspera, y yo vuelvo a lamer su carne excitada, apretando y masajeando la base.

—Dios, si es un sueño, que no me despierte —respira entrecortado Ángel—. Y si está pasando de verdad, por favor, Kimberly, no pares.

Alzo la vista al rostro del ya despierto Ángel y veo cómo, sin abrir los ojos, echa los brazos por detrás de la cabeza y agarra los bordes de la almohada; los dedos se le ponen blancos. Cada músculo de su cuerpo perfecto está en tensión; se marcan todos los abdominales. Invita a tocar, a besar, pero mis manos y mi boca están ocupadas con otra cosa no menos ardiente y placentera.

Obedezco dócil la petición de Ángel: le acaricio la polla con la lengua, luego la cubro con la boca y la hundo en la garganta; la garganta se me contrae.

—Oh… —gime Ángel y empuja la pelvis hacia delante, hundiéndose más hondo en mí.

Lo saco de la boca y enseguida me lo vuelvo a tragar. Esta vez bajo, casi hasta la base. Me quedo así un par de segundos, respirando por la nariz; Ángel ruge y abre los ojos, se encuentra con mi mirada. Hay en ella una mezcla de deseo salvaje, lujuria y súplica.

Y la forma en que me mira, arrodillada a sus pies con su polla en mi boca, me vuela la cabeza, me mareo. Empiezo a empujarlo en mi garganta con más fuerza y rapidez. Me ayuda con la mano, restregando el eje. Mis dedos y mi boca trabajan al mismo ritmo. Los gemidos de Ángel suben de volumen; el eco se expande por la habitación.

—Niña mía, baja el ritmo o si no voy a… —jadea—. J-j-joder… —rechina los dientes cuando no le hago caso y, al contrario, acelero.

No sé cómo me sale, si apenas tengo experiencia sexual y mucho menos en el sexo oral. Nunca he tenido «práctica». Da igual lo que le susurré a Miwei. Mentí. Era un juego exclusivo para Ángel, nada más.

En realidad, solo lo había visto hacer a chicas en porno o a mis amigas en fiestas locas después de nuestras sesiones o desfiles. A diferencia de mí, ellas no guardaron el voto de castidad y corrieron a probar todas las delicias del sexo en el instituto, antes de ser mayores de edad.

A mí me tocó disimular y esperar a mi hombre durante tres largos años, con el corazón doliéndome de añoranza. Sabía que solo podría entregarme a él.

Y ahora que mi sueño más íntimo se ha cumplido, quiero ser la mejor para Ángel. Quiero darle placer de todas las maneras posibles. Quiero que con nadie, jamás, esté tan bien como conmigo. Ese deseo supera mi pudor y mi falta de experiencia.

Me suelto y hago lo que siento. Y a juzgar por los gemidos ahogados y rápidos de Ángel, me está saliendo de maravilla; la sangre me late en las sienes. Sus manos sueltan la almohada y caen a mi cabeza; los dedos se me enredan en el pelo.

—Kimberly —resopla Ángel—. Despacio… Yo… no…

—Córrete, Ángel. Mi mano se desliza rápida y firme por su polla palpitante—. Córrete en mí.

En los ojos negros de Ángel explotan petardos. Me agarra el pelo en un puño, ruge y se me deja ir a la garganta con embestidas desatadas. Se me hinca con dos golpes profundos y, con un grito ahogado, se derrama en mi garganta el semen caliente.

Su cuerpo se relaja al instante y cae blando en la cama. El pecho aún le tiembla por la respiración desbocada. Los puños se abren y sueltan mechones de mi pelo.

Levanto la cabeza, sonrío satisfecha y me relamo los labios, sabor salado. Ángel se cruza con mi mirada pícara, me agarra de la mano y me tira de golpe hacia él, el agarre firme.

No me sostengo sobre las rodillas y caigo sobre su pecho húmedo de sudor. Dentro late un corazón en llamas. Siento cada golpe y me derrito. Late así por mí.

Ángel me coge las mejillas con las palmas y se hace con mi boca con fuerza feroz, el beso hambriento.

—La mejor mamada de mi vida —susurra entre beso y beso—.

—El sexo más caliente. —Me muerde y tira un poco de mi labio inferior, los dientes me raspan—.

—Los besos más dulces. —Me exhala en la boca el aliento caliente —.

—La chica más increíble que he conocido nunca… Me das miedo, Kimberly. Me hechizas. Me devoras y me vuelves loco. —Ángel me mira directo a los ojos, la mirada honda—. Estás loca. Y, joder, eres exactamente la que me hace sentir vivo.

Me pierdo en la oscura profundidad de sus ojos castaños. Estoy metida hasta el cuello. Estoy jodidamente enamorada, y no tengo salvación. Esta adicción no tiene cura. No hay terapia que valga.

—Ángel… —le acaricio la cara y le aliso el pelo oscuro y revuelto; los dedos me tiemblan. Me chifla el Ángel despeinado de la mañana. Es precioso. Quiero verlo así todos los días—. Te quiero.

Mi confesión la tapa el ruido tras la puerta cerrada de nuestro dormitorio. Ángel se incorpora sobre los codos, sujetándome por la cintura para que no me escurra de su torso, el agarre cálido.

—Joder, ¿y ahora qué mierda es esa? —maldice, y sale con cuidado de debajo de mí—. Quédate aquí. Ahora vuelvo. —Ángel se

pone el albornoz y se inclina para dejar un beso en mi coronilla, los labios suaves.

Hundo la cara en la almohada y grito cuando la puerta se cierra tras Ángel, el golpe sordo. Mierda. Quería tanto que oyera las palabras más importantes para mí; el corazón se me encoge de rabia.

Capítulo 19. Ángel

¡Joder! —gruñe Miwei, borracho perdido, mientras tropieza con la mesa de centro que él mismo ha volcado y cae de bruces al suelo; el cristal cruje bajo su peso—. ¡Me cago en todo! —aúlla, dándose la vuelta boca arriba.

Masculla algo e intenta ponerse en pie. No lo consigue. Me acerco a mi amigo y le ayudo a levantarse del suelo, sujetándole fuerte por el codo.

—¿A qué cojones has vuelto? —me indigno, pasándole el brazo de Miwei por encima del hombro; pesa y apesta a whisky—. Te dije que te largaras.

—¿Y dónde propones que duerma, colega? —A Miwei se le traba la lengua; apenas se entiende lo que farfulla y el aliento le apesta—. ¿En la calle? ¿Tengo pinta de vagabundo?

—Te habrías cogido otra habitación.

—No se me ha ocurrido.

—Claro que no. —Arrastro su cuerpo borracho hasta el sofá; los pies le raspan la alfombra.

—O habría llamado a la puerta de Maxwell.

—Tiene un polvo en grupo ahí dentro. No quería molestar —se ríe Miwei y eructa—. A diferencia de ti, yo no robo putas ajenas. Casi me la chupó, cabrón.

Le quito el brazo del hombro y le pego un empujón seco en el pecho. No se sostiene sobre las piernas flojas y vuelve a caer; el cuerpo golpea el suelo con un sordo porrazo.

—¿Pero qué cojones, tronco? —gime Miwei y se frota el hombro magullado—. Jo-der… —se frota con más fuerza—. Me duele todo el cuerpo. ¿Para qué empujas, eh?

—Kimberly no es una puta. Si la vuelves a llamar así, te voy a dejar esa carita bonita hecha un cuadro, ¿entendido? —Me inclino sobre él y le siseo a la cara; se me tensa la mandíbula.

—Joder, llámala como te salga. Me da igual. —Como puede, Miwei trepa por la pared y se pone en pie, tambaleándose—. Me has jodido el polvo con una tía bien ca… Con una pibita. Así que te va a tocar hacerme el apaño tú. No soy tiquismiquis.

—¡Cállate! —Le agarro por el cuello de la camisa, lo tiro hacia mí y le vuelvo a colocar el brazo sobre mi hombro; la tela cruje.

—No, en serio, ¿por lo menos te la follaste? ¿Te la chupó? —Miwai sigue tocándome las narices mientras lo llevo al dormitorio libre; camina a trompicones.

—He dicho que te calles, Miwei. No me calientes.

—Uy, uy, uy… —sonríe torcido—. ¿Puede alguien sacar de sus casillas al señor Ángel? Pff… ¿Y voy a ser yo? Guay.

—A dormir. Tras dejar caer el cuerpo de Miwei en la cama, le ayudo a subir también las piernas. Sacude los pies para quitarse los zapatos y, a gatas, se arrastra hacia la almohada; el colchón chirría.

—Pues dime al menos que te la dio.

—Cálmate —empiezo a hervir de verdad; aprieto los puños.

—Anda ya. No le voy a contar nada a Rebeca. Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas. Yo mismo le habría puesto los cuernos con una así. Joven, caliente… No me dio tiempo a comprobarlo, pero seguro que estaba chorreando como una perra.

—Miwai. —Aprieto los dientes, pero no reacciona; me late la sangre en las sienes.

—Me encantan las mojadas y dóciles. Las que se te echan solas a la polla. Y estaba lista. Tío, me miraba así… Joder… Y tú lo estropeaste todo. Me lo habrías pedido y la compartía. Esa fiera nos habría hecho un servicio a los dos.

Es la gota que colma el vaso. Me abalanzo sobre la cama, le agarro del cuello y le hundo la nuca en la almohada, cerrando los dedos.

—¡He dicho que te calles! —lo sacudo con fuerza y aprieto aún más. Miwei empieza a toser y la cara se le pone roja—. No te atrevas a hablar así de ella, ¿me oyes? ¿He sido claro?

—¿Qué te pasa, tronco? —se ahoga Miwei y cubre mis dedos tensos con sus manos; le tiemblan.

Tan brusco como lo he cogido, le suelto el cuello y lo empujo de nuevo contra el colchón; el cuerpo cae con un golpe apagado.

—¿Se te ha ido la olla? —Los ojos de Miwei son dos monedas de cincuenta centavos. Se arrastra hasta el cabecero de la enorme cama e intenta recuperar el aliento, frotándose el cuello, donde le quedarán moratones de mis manos.

—Te he avisado. —Lo abraso con la mirada; se me ensanchan las aletas de la nariz.

—Si ella tampoco te la dio a ti, no es culpa mía, tronco.

—Por el amor de Dios, cierra el pico ya, Miwei.

—Espera, espera… —entorna los ojos y trata de articular su idea —. ¿Es que ella… sigue aquí? —alza una ceja.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, no, Ángel, no —en la cara de Miwei se extiende una sonrisa taimada—. ¿He interrumpido vuestros juegos apasionados? Mieeerrda… ¡Diría que sí! ¡Sí! ¡Esa dulce chocolatina no te ha dejado en paz hasta el amanecer!

Me tapo la cara con las manos y me froto para espantar el cansancio de este diálogo absurdo; las sienes me palpitan. Miwei puede ser insufrible. Nunca entiende cuándo debe morderse la lengua. Ni sobrio sabe cerrarla a tiempo. Cómo le aguanto es un misterio hasta para mí.

—Es Kimberly, Miwei —suelto al exhalar. Paciencia, Ángel. Paciencia.

—Como si fuera la Santísima Virgen. Tengo derecho a los detalles por arrancarme a esa muñeca de la polla. Por favor. Aunque sea me la meneo antes de dormir. O, si quieres, me dejas mirar. Me vale.

—Miwai, eres idiota. —Se me agota la paciencia. Casi estoy por abalanzarme otra vez y apretarle el cuello lo justo para que se quede frito un par de horas—. Kimberly —repito claro y despacio, por sílabas.

—Diría que se presentó de otra manera.

—¿Azúcar? ¿En serio? Mintió.

—Bah, qué más da —chasquea la lengua y frunce el ceño—. No me interesa su nombre, sino su coño. ¿Apretado? ¿Bastante húmedo? Odio a las secas.

—No, te voy a estrangular de verdad. —Aprieto los puños; me crujen los dedos.

—Relájate, tronco. Soy una tumba. Rebeca no se enterará. Lo juro. Si me dejas meterle mano a alguna de sus braguitas.

—¿A quién? —pregunto por inercia, sin venir a cuento.

—Tú decides a quién no te importa.

A quién no te importa. La frase estúpida de Miwei me atraviesa el corazón como un filo de cuchillo. Él bromea y yo recibo una buena bofetada de realidad. Le he sido infiel a Rebeca. Y ahora tendré que elegir. Tendré que hacer daño a alguien. Romperle el corazón a alguien.

Un agudo sentimiento de culpa me atraviesa el alma. Me agarrota el cuerpo, me encoge las entrañas, me corroe por dentro como el ácido. ¿Cómo he podido hacerle esto a Rebeca?

Pierdo los papeles por primera vez en mi vida y esto acaba así. Pierdo el control por completo, y alguien tiene que salir herido por ello.

Miwai empieza a roncar. Se ve que llevo demasiado rato callado. Le aflojo la corbata y salgo del dormitorio, cerrando la puerta.

Tengo que contárselo todo a Rebeca en cuanto vuelva a Los Ángeles. Se merece la verdad. Creo que ya empieza a intuir que mi corazón hace tiempo que le pertenece a otra.

Cruzo el umbral de mi dormitorio y cierro con cuidado, echando un vistazo a la cama. Kimberly se ha dormido. Ha acaparado casi todo el edredón y ha echado por encima una pierna larga.

En contraste con el blanco de la funda nórdica, su piel pulida parece aún más oscura. Como chocolate con leche. Un tono

exquisito, hipnótico. Me entran ganas de besarla entera, de los talones a la coronilla, sin dejar un solo centímetro de ese cuerpo deseado.

Me volveré loco si tengo que dejarla marchar. Ya no puedo vivir sin ella ni un día más. No sé cómo aguanté tres años. No sé cómo resistí aquel día en que la despedí rumbo a Europa.

Estaba loco por besar a Kimberly aquella noche. Tantas veces imaginé a qué sabían sus labios, pero mi Azúcar Negra resultó ser más dulce.

Y me dice que me quiere. Sí, lo he oído todo. Hago como que el ruido del salón ha tapado sus palabras. Solo porque quiero ser yo el primero en decirle cuánto la he amado todos estos años y cuánto la sigo amando.

Creo que me enamoro ya de niño, cuando la pequeña Kimberly, con sus rizos, me revuelve el pelo sentada en mis rodillas con su vestido amarillo. Cuando me susurra que se casará conmigo cuando crezca, porque me parezco a su poni favorito de los dibujos de ponis.

Espero ser al final su caballero y no un poni cualquiera. En cualquier caso, me esfuerzo de veras por hacerla feliz.

Pero para eso tengo que hacerle daño a Rebeca. No hay otra. Voy a romperle el corazón a alguien de todas formas. No hay victoria sin bajas. Y eso sí que lo sé.

Me siento en la cama, a la espalda de Kimberly, y me inclino para besarle el tobillo. Da un respingo gracioso, pero no se despierta.

Despliego, sin prisa, un camino de besos por su pierna esbelta, echada sobre el montón de pliegues del edredón. Llego con suavidad a la rodilla y deslizo los labios y la lengua por el muslo.

Es terriblemente hermosa, tentadora, prohibida, pero, aun así, mía. Y no me arrepiento de nada. Solo del tiempo perdido.

Cuando ella dejó de responderme, era yo quien debía cruzar a Europa. Yo, no ella, debí hacerle entender que la esperaría. Qué idiota he sido. Por poco me caso con otra. Por poco dejo escapar mi felicidad.

—Dios, si esto es un sueño —arrulla Kimberly, medio dormida, repitiendo mis palabras cuando mis labios alcanzan la cara interna

de su muslo—, no me dejes despertar…

Le cubro los muslos con las manos y giro a Kimberly boca arriba, colocándome entre sus piernas.

—Y si está pasando de verdad… por favor, Ángel, no pares.

Sonrío y le abro más los muslos, ofreciéndole a la vista su dulce y pequeña hendidura. Ya está empapada y brilla por la humedad que ha brotado de ella. Kimberly es tan sensible… Su cuerpo, como arcilla bien trabajada, responde a cada caricia mía.

Y ahora, apenas rozo con la punta de la lengua su clítoris hinchado, Kimberly arquea la espalda y me sale al encuentro con las caderas.

Impaciente y ardiente. Endiabladamente dulce. Y solo mía.

—Me da que hoy no vamos a pegar ojo —gime bajito cuando mi lengua recorre la hendidura y roza el clítoris.

—¿Tienes sueño? —suelto un aliento caliente y le atrapo la carne tierna entre los labios; la succiono y la voy absorbiendo con calma, provocándola.

—Me muero de ganas… —gime.

Acelero los movimientos de la lengua y Kimberly solloza, metiéndome la mano en el pelo.

Sigo lamiéndola con intensidad entre las piernas, alzando la mirada hacia Kimberly. El pecho le sube y baja ligero. Los pezones se le han puesto duros. Empieza a mecer las caderas al compás de mi lengua y se encuentra con mis ojos. Sus verdes brillan de lujuria y deseo.

—Ángel… —Kimberly se muerde el labio y yo juego con el clítoris con la boca mientras le introduzco dos dedos—. ¡Dios, Ángel!

—Estás empapadita, Azúcar Negra… —no rompo el contacto visual. Kimberly no se corta ni aparta la mirada, y me entusiasma su franqueza, su desparpajo, su docilidad. Confía en mí por completo y ansía lo que voy a darle.

Quiero hacer tantas cosas con ella… No, mal dicho. Quiero hacerlo todo con ella. Absolutamente todo lo que la haga gemir dulce y alto.

—Vente para mí, cariño. —La follo con los dedos más rápido y más hondo, mordisqueando con ternura el bultito palpitante—. Quiero saborear tu orgasmo.

—Dios, Ángel… —me agarra el pelo en un puño y me aprieta la cara contra su coño.

Estoy más duro que el puto Stonehenge. No sé quién se correrá antes: si ella, por lo que le hago y le digo, o yo, por cómo se entrega.

—Ya casi… —gime, y yo embisto con los dedos con más frecuencia —. Ahora… Ángel… Dios… Qué me… haces… Ángel…

Se le entrecorta la respiración. Kimberly se ensarta sola en mis dedos y en mi lengua, mueve las caderas y se corre, casi arrancándome mechones —me aprieta tanto los puños— cuando sus piernas se estremecen con el orgasmo que la arrasa.

—¿Te ha gustado? —me relamo con sus jugos y subo hasta su cara. Apoyo los codos a ambos lados de sus hombros y la beso en los labios.

—¿En serio? —se ríe—. ¿Todavía lo preguntas? Diría que te he dado algo más que confirmación oral.

Ahora me río yo. El ingenio de Kimberly siempre me fascina y me divierte.

—Me alegro —vuelvo a besarla entre palabra y palabra—, porque en esto soy un profano.

—¿Qué? —alza las cejas. No se lo cree—. ¿Nunca antes…?

—No. Nunca —sonrío. Me gusta saber que para ella yo también soy el primero en algo.

—Pero… ¿por qué? —entorna los ojos Kimberly, masajeándome la cabeza y enredando los dedos en mi pelo.

—Te estaba esperando.

Kimberly me abraza con todas sus fuerzas, me aprieta contra su cuerpo y me ciñe las caderas con las piernas.

—¿Diez preguntas, Ángel? —empuja con las caderas y se desliza con la entrepierna por mi cipote enhiesto.

—Jo-der… —echo la cabeza hacia atrás cuando me tira del pelo—. Tres, Kimberly… Ahora solo tres. Estoy a un paso de follarte.

—¿Cuánto te apetece meterte dentro de mí? —su mano se cuela entre nuestros cuerpos y me envuelve la polla.

—Dioses… —chocamos frente con frente.

—¿Cuánto, Ángel? —la aprieta con la palma.

—Muchísimo. Es insufrible aguantar.

—Tu pregunta… —Kimberly hace un giro con la muñeca y guía el glande hacia su sexo, pero no me deja hundirme.

—¿Quieres ser mía?

—Siempre he sido solo tuya, Ángel. Siempre he querido solo a ti. —Se frota a lo largo de mi polla, engrasándola con su humedad—. ¿Has pensado en mí todo este tiempo?

—Cada día, Kimberly. Cada puto día —estoy a punto de entrar, pero Kimberly controla la penetración y no me permite estar dentro.

—¿Y qué sentías?

—Estás rompiendo las reglas.

—Responde.

—Que te quiero con toda el alma. —Le aparto la mano y, de un empujón seco, me hundo en su sexo empapado.

Gemimos los dos cuando me entierro en ella hasta el fondo. Luego otra vez. Y otra. Más rápido. Acelero de golpe. La sujeto por las caderas y la ensarto en mi polla.

Me acelero. La follo más hondo. Más fuerte. Siento cómo una agonía loca me toma todo el cuerpo. Cada músculo. El mío y el de ella. Somos uno solo, joder. Uno. Y la quiero.

—Te quiero —le mordisqueo los labios, embistiendo cada vez más duro—. Te quiero tanto, Kimberly. Desde hace tanto.

El calor envuelve nuestros cuerpos entrelazados. Sus gemidos me abrasan la boca. El chasquido de nuestros cuerpos es alto, desinhibido. La piel nos chorrea sudor. Me sabe a poco. No me basta con estar dentro.

Quiero estar bajo su piel. En su cabeza. En su corazón. Porque ella está en todas partes en mí. Lo ocupa todo.

Me ha contagiado.

Me ha penetrado.

Me ha sometido. Y yo, maldita sea, soy tóxico y feliz. Enfermo y enamorado.

—¡Ángel! —de sus labios se escapa el gemido final. Su coño apretado me constriñe y me arrastra a un orgasmo compartido.

Cierro los ojos y estallo dentro de ella, me quiebro en mil pedazos, casi pierdo el sentido. Vuelvo en mí, desplomado sobre Kimberly.

Respiro con dificultad e intento sentir las piernas, entumecidas. Nunca me he corrido tanto en mi vida.

—Joder… —la beso en la sien—. Perdona. No me he contenido y… Probablemente tendrás que tomarte una pastilla.

—No pasa nada, Ángel —Kimberly me peina el flequillo hacia arriba, como lo llevo siempre—. Tomo anticonceptivos desde los quince.

—¿Por qué? —me extraña. Pensaba que las chicas los tomaban solo cuando empezaban a tener sexo.

—Pues… mi médico me recomendó tomarlos para regular el equilibrio hormonal y estabilizar el ciclo. ¿Te suena de algo? —se ríe Kimberly y yo la beso de vuelta—. Te quedan dos preguntas.

Me deslizo fuera de Kimberly y me tumbo de lado, arrastrándola conmigo. La abrazo y Kimberly me echa la pierna por encima del muslo, pegándose muchísimo. Ninguno de los dos quiere separarse. Llevamos demasiado tiempo separados.

—¿Cuándo vuelves a Europa? —pregunto, y se me para el corazón. Me da miedo oír la respuesta. Me asusta dejarla ir otra vez. Temo que vuelva a ingeniárselas para no darme ni una respuesta. Ni una sola en tres largos años. ¿Y si quiere cinco? ¿Diez? Me volveré loco. No quiero dejarla marchar.

—Nunca. —Sus ojos verdes miran directo a los míos. No. Directo al alma. Y no parpadean. Nunca. Quiero creerla, pero me cuesta.

—¿Cómo que nunca? —mi dedo se detiene en su pómulo.

—Quise decírtelo enseguida, pero… no hubo ocasión. He vuelto a América. Para siempre, Ángel.

—¿Y tu carrera?

—Pedí incluir un par de condiciones nuevas en el contrato. Ya puedo permitirme exigirles algo —sonríe ladeando la cabeza. Cuando está así, por un instante olvido que Kimberly es imagen de la casa Gucci y vuelvo a quedarme prendado de ella.

—¿En serio?

—Ya no tengo necesidad de irme volando. Bueno… solo una vez. Dentro de un par de días. Tengo que volver a Milán para arreglar unos asuntos, —sonríe Kimberly—. Y luego vuelvo.

—¿Conmigo?

—Claro que contigo, Ángel —Kimberly me roza la cara con los dedos y yo me pego aún más—. Llevo diez putos años queriéndote. Todas las niñas soñaban con chicos de boy bands, y yo soñaba contigo.

La recojo entre mis brazos. La tumbo boca arriba. Le cubro de besos la cara, la nariz, la frente, los labios, sin ton ni son; los labios resbalan. Quiero cubrirla de besos entera. Ella soñaba conmigo sin saber que ella misma era mi sueño.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —me inclino sobre ella y me detengo un instante sobre sus labios.

Respiro deprisa. Quiero volver a entrar en ella. ¿Cuántas veces hemos follado en estas veinticuatro horas? No lo sé, he perdido la cuenta. Y qué más da, si los dos ardemos.

—Esta es mi última pregunta, Kimberly.

Le beso el canal entre los pechos, donde brilla mi diamante negro. Jamás dejaré un hueco ahí.

—Depende de lo que le digas a Rebeca.

Capítulo 20. Ángel

Su expresión se vuelve seria al instante. La mía también. No queda ni rastro de la sonrisa. Me aparto y me siento junto a Kimberly, me cubro la boca con la mano; los dedos me tiemblan. Aprieto la mandíbula, los músculos se tensan. Miro las cortinas corridas; por la rendija se cuelan los primeros rayos del amanecer y la luz me hiere los ojos.

Miwai no tiene razón. Lo que pasó en Las Vegas no puede quedarse en Las Vegas. No esta vez. No conmigo y no con Kimberly.

—No quiero ser tu amante, Ángel —susurra Kimberly a mi espalda, con la voz temblorosa—. No voy a poder compartirte con ella. A ti no.

Por el rabillo del ojo la veo sentarse, recoger las piernas bajo sí y cubrir su cuerpo desnudo con la sábana; la tela cruje.

—Te quiero a ti entero. Completo. Sin reservas. No voy a ser un secreto indecente bajo el nombre en clave de «amiga de la infancia». A decir verdad… siempre he odiado esa palabra… «amiga». Nunca te vi como un amigo. Desde el principio fuiste mucho más, y mucho más cercano. Por eso yo no…

—Le diré la verdad —corto a Kimberly, con la voz firme—. Volveré a Los Ángeles y se lo contaré todo. Yo tampoco voy a poder seguir

así. Nunca he mentido. Y no quiero hacerlo. Contigo, menos que con nadie.

—¿Entonces nos vemos en Halloween? ¿En nuestro sitio del puerto? —Kimberly se pega a mí y me abraza por la espalda; sus manos, cálidas, en mis hombros. Apoya la cabeza en mi hombro y lo besa; sus labios son suaves—. Desde Vegas volaré directa a Europa. Arreglaré allí todos los asuntos y volveré. Y tú solucionas los tuyos. ¿Trato hecho?

—Sí, trato hecho —le atrapo la mano y beso el dorso; su piel es delicada—. Trato hecho.

Ojalá mis asuntos se resolvieran tan fácil como los suyos: un movimiento de muñeca y un par de firmas. Estoy seguro de que con Rebeca no saldrá así. Pero no tengo elección. Debo ser honesto con ella.

Nos quedamos dormidos un par de horas más en los brazos el uno del otro, los cuerpos entrelazados, la respiración mezclándose. Luego nos metemos juntos en la ducha, donde hago correrse a Kimberly dos veces, de maneras distintas; el agua resbala por la piel, los gemidos rebotan en los azulejos. Es imposible despegarse de ella.

Es como si me estuviera volviendo loco. He enloquecido. Me he desatado. Suelto a todos mis demonios, y a ella le gustan. Kimberly no me aparta ni una sola vez, no me frena ni una. Al contrario, cada vez arde en sus ojos el mismo fuego que se apodera de mi corazón; las pupilas se le dilatan.

Y su entrega me lleva al delirio; la sangre me martillea en las sienes. No sé cómo aguantaré una semana sin ella. Ya la echo de menos; la nostalgia me aprieta el pecho.

La miro, tumbado en la cama, mientras se viste, y no me canso de admirarla. Es refinada, delicada y desquiciada, como mi segunda personalidad, esa que intento domar. ¿Para qué? No lo sé. Pero ya no tiene sentido. Kimberly me acepta tal y como soy. Y justo así es como me necesita.

—Kimberly. —Me incorporo sin apartar la mirada de ella; sus movimientos son gráciles—. Entonces, Rikki… ¿nunca fue tu novio?

—No —se ríe mientras se calza unas botas altas; la piel chirría—. Solo un amigo.

—Pero yo os vi besándoos. Y cómo él… —me irrito un poco al recordarlo; aprieto la mandíbula—. Te sobaba.

—Ay —Kimberly hace un gesto con la mano—. Él besa a todas. Y él soba a todas. Y se folla a todas —sonríe ladeando los labios—. Pero yo le dejé claras las líneas. Le expliqué que no quiero su polla. Para eso están mis amigas y una tropa entera de modelitos jovencitas.

—Ajá —me aclaro la garganta—. Contundente.

—Solo le pedí que fingiera, Ángel. —Se inclina para coger su bolso, que yo saqué del dormitorio de Miwei; el pelo le cae sobre la cara.

—¿Por qué aceptó? ¿Qué necesidad tenía? —Me siento al borde de la cama y me pongo los pantalones; la tela susurra.

—Rikki me debía un favor. —Kimberly sacude su melena rizada y sigue hurgando en el bolso sin mirarme.

—¿Qué favor? —Me pongo en guardia; el corazón se me encoge. No me gusta. ¿Qué puede deberle un tipo de cuarenta años a una chica de dieciocho? ¿Qué favor?

—¿Lo dejamos estar? —inclina la cabeza y sonríe, rehuyendo mi mirada.

No, ni de coña lo dejamos. Ya estoy cabreado; la sangre me retumba en las sienes.

—Kimberly… Nunca me habías ocultado nada. ¿De qué favor estamos hablando?

—Ángel —suspira; la voz le tiembla—, no te va a gustar.

—De eso estoy seguro. —Me levanto de la cama y me acerco a ella; los pasos me pesan—. ¿Qué has hecho?

—Tonterías. —Kimberly trastea en el clutch para no mirarme; los dedos juguetean nerviosos con la cremallera—. Le ayudé a colocar un lote de pastillas. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —protesto, agarrándole la muñeca con rudeza—. Para el carro, joder. Mírame. —Le doy un tirón del brazo para que me preste atención.

Se le cae el bolso y el contenido se desparrama por el suelo; suenan los botes de maquillaje y las tarjetas. A la vez nos

agachamos y, en la montaña de cosas de mujer —maquillaje, tampones, un cepillo, tarjetas de crédito y bancarias—, veo una bolsita transparente con pastillas moradas.

Me quedo helado y dejo de respirar. El estruendo del corazón me zumba en los oídos. No, no puede ser. ¿A estas alturas?

Cojo la bolsita antes de que Kimberly llegue a hacerlo y la aprieto en el puño; los dedos se me ponen blancos.

—¿Qué es esto? —mascullo entre dientes. La rabia me corre por las venas junto con la sangre. La mezcla hierve y me lleva al punto de ebullición.

—Es… solo para divertirse, Ángel… —Kimberly se pone en pie y yo me planto frente a ella. Abro la mano y le sacudo la bolsita de pastillas delante de la cara.

—No es mío. Las chicas… —aparta la mirada; se le encienden las mejillas.

—¿Ayer ibas colocada, Kimberly? —Sin darme cuenta empiezo a embrutecerme; la voz me tiembla de furia. Ella calla y baja la mirada, culpable.

—¡Joder! —grito y estrello la bolsa contra la pared; las pastillas se esparcen—. ¡Joder, hostia!

—¡Ángel! —intenta agarrarme del hombro, pero aparto su mano; la palma me tiembla.

—¿Y conmigo también ibas colocada? Con Miwei hicisteis todo eso… ¡Mierda! —Me hundo los dedos en las sienes; la cabeza me estalla. No me cabe en la cabeza.

—No, Ángel, no. Contigo no. —La voz le tiembla. Kimberly está a punto de llorar; los ojos le brillan—. Contigo ya se me había pasado.

—¡La hostia! —exploto; la voz se me quiebra—. ¡Se te había pasado! ¡Qué cojonudo! ¿Qué eres, una puta yonqui? ¿Enganchada a las «pastis»? Voy a reventar a ese cabrón de Rikki.

—Ángel, por favor. —Kimberly solloza e intenta frenarme, pero no puedo estarme quieto; doy vueltas por la habitación dispuesto a arrasar con todo—. Te lo ruego. Solo jugueteaba. Muy poco. Te lo juro. Y lo de Rikki fue cosa de una vez. Palabra. No volveré a…

—Promételo. —La sujeto por los hombros; los dedos se me clavan —. Prométeme que no volverás a tocar las drogas. Ninguna. —La

atravieso con la mirada. Sus ojos verdes están llenos de lágrimas y miedo.

—Lo prometo. —Los labios le tiemblan—. Perdóname…

—Y de Rikki, nada. Si quieres que siga vivo.

—Vale. —Una lágrima le resbala por la mejilla; exhalo con pesadez y le seco la humedad bajo las pestañas; los dedos me tiemblan.

—No quiero que te pongas en peligro —le susurro. La voz me sale rota y ronca—. Te quiero demasiado, Kimberly…

—Perdóname. —Se pega a mi pecho y me enmarca la cara con las manos; los dedos, calientes.

—No vuelvas a tocar esa mierda. No la necesitas. Yo te regalaré el mundo entero, Kimberly. Haré todo lo que desees. No te hacen falta edulcorantes de emociones. Yo te lo daré todo sin ellos.

—Lo sé. Lo sé, Ángel. —Tira de mi cara hacia la suya y apoya su frente en la mía—. Me equivoqué. Lo sé. No se repetirá.

Kimberly me besa. Ardiente, como siempre. Y gimo en sus labios, sobreponiéndome al dolor que aún me punza el corazón. Quiero creerla. Quiero confiar.

Y, en prueba de sus palabras, Kimberly tira el contenido de la bolsita al váter; el agua se lleva las pastillas moradas. Jura que no volverá a coger nada parecido. Yo la creo.

Y con el alma intranquila la dejo volver a Europa. Una semana, frente a tres años, no es nada. Pero me parece que en ese tiempo aullaré de añoranza; el corazón se me encoge.

En el avión a Los Ángeles, por fin le explico a Miwei quién es Kimberly y por qué le engañó haciéndose pasar por Azúcar. Creo que entiende, pese a la resaca monumental; tiene la cara pálida, los ojos turbios. Miwei promete callarse y no soltarle nada a Rebeca hasta que yo hable con ella. Y jura contener el torrente de chistes guarros sobre Kimberly, su culo y su chochito húmedo. Y su boca. Si no, de verdad lo mando a la UCI; se me cierran los puños solo de pensarlo.

Kimberly es mía. Y Miwei no tiene derecho a soltar nada así sobre ella, aunque su lengua haya estado en su boca. Aunque ese hecho quiero borrarlo de mi memoria. Para siempre.

—¿Puedo tirarle los tejos a Rebeca cuando lo dejéis? —Miwai se quita la resaca con cerveza cuando estamos a punto de aterrizar en

Los Ángeles. Ya va por la cuarta lata; el aluminio cruje en su mano.

—No —corto, tensando la mandíbula.

—¡Eh! ¡Eso no es justo! A lo mejor puedo consolar su alma. Curar sus heridas. Recomponer su corazón roto. —Se carcajea; los ojos le brillan.

—Miwai, eres un idiota. Y lo único que quieres de Rebeca es follártela.

—Bueno, eso también. Sí, joder, tío, también está buenísima.

—Tienes que dejar de encapricharte de mis chicas —la voz me vibra de irritación.

—No soy yo. Es la naturaleza. No es culpa mía que te lleves a las más dulces. ¿Rebeca en la cama es tan caliente como Kimberly? Para saberlo, digo.

—Ahora mismo te organizo un aterrizaje de emergencia —le silbo; los dedos se me clavan en el reposabrazos.

—Eres un egoísta.

—Y tú, un gilipollas.

—No me gusta cómo te influye Kimberly. Antes nunca me insultabas. —Miwai se ríe y pega un trago.

Me río por lo bajo y le quito a Miwei la lata vacía; el metal me enfría los dedos.

—Y a mí me gusta que con ella puedo ser yo mismo.

Llevo ya tres días en Los Ángeles y tres días sin ponerme en contacto con Rebeca; la culpa me encoge el corazón. Parece fácil: llamar, fijar una cita, explicarme y salir pitando a Milán detrás de Kimberly, porque ya no puedo estar sin ella; la añoranza me taladra el pecho. Estoy hecho polvo de verdad. Ni trabajar puedo. Solo pienso en ella; su imagen me ocupa la cabeza: los rizos, los ojos, la sonrisa. Ahora, al menos, Kimberly responde, así que aguanto.

—Roxy, sírveme un whisky. —Me reclino contra el respaldo del sofá y miro el perfil urbano nocturno de Los Ángeles. Es una estampa preciosa. A las luces de los rascacielos las envuelve una nubecilla gris. Las torres se hunden en ella, se disuelven despacio, se desdibujan, se pierden.

Serena lo apreciaría. Saco el móvil y hago una foto para enviársela; los dedos me resbalan por la pantalla. Les echo de

menos. A Ezra, a la peque Wendy y a Serena. A Serena en especial. Siempre siento con ella una conexión fuera de lo normal. Siempre me entiende. Y quizá podría entenderme ahora también. Ayudarme a aclarar el lío que llevo dentro. Guiarme por el camino correcto.

Pero no estoy preparado para hablar con nadie antes que con Rebeca. Sería injusto con ella. Yo mismo he montado este lío; yo mismo debo comérmelo. El nudo en la garganta crece.

—Ángel, lo llama Kimberly —me avisa Roxy y me acerca el vaso de whisky; el hielo tintinea—. ¿Va a responder a la llamada?

—Sí. No me moleste, por favor.

—Muy bien, Ángel.

—Y no escuche a escondidas.

—No puedo escuchar a escondidas, Ángel. A no ser que me lo pida.

—Está despedida por hoy, Roxy —sonrío y contesto a la videollamada de Kimberly. Proyecto su imagen a toda pantalla en el televisor, que ocupa media pared del salón.

—Hola. —Su sonrisa traviesa me calienta el pecho; el corazón me late fuerte.

—¿Cómo estás?

—Todo bien. Te echo tantísimo de menos… —Está sentada a la mesa y apoya la cabeza en ella, pegando la mejilla al tablero. Saca morritos de forma graciosa. Unos rizos le caen sobre los ojos y le cosquillean la nariz, y Kimberly se los quita con la mano.

—Vuelve ya.

—Me quedan un par de reuniones y regreso. ¿Me adornarás ese contenedor del puerto, como antes?

—Haré algo aún mejor. Este Halloween no se te va a olvidar.

—Joder… Muero por estar contigo.

—¿Cómo aguantaste tres años sin contestarme? —doy un trago de whisky; el sabor me abrasa la garganta, y examino su cara con atención en la pantalla gigante. Ella se incorpora. Una sonrisa descarada le estira las mejillas. Está tramando algo.

—¿Quieres que te lo enseñe?

Demonios… Creo que sé lo que trama. Me relamo los labios al ver su expresión pícara y pego otro sorbo, humedeciéndome la

garganta.

—Enséñame. —Ni reconozco mi voz, ronca de golpe. Mi imaginación siempre ha sido desbordante, pero con Kimberly se dispara más allá de los límites.

—¿Estás solo?

—He dejado libre a Roxy. Y te tengo en la pantalla del salón.

—Oh… —Kimberly deja caer los tirantes del top de los hombros con suavidad—. Así… podrás verlo todo en primer plano…

El top cae y deja al descubierto sus preciosas tetas.

Trago saliva; se me seca la garganta. En los pantalones la polla se me despierta al instante y se endurece.

—¿Quieres ver cómo me las apañaba?

—Sí, enséñamelo. —Aflojo el cuello de la camisa negra y apuro de un trago el whisky; el hielo tintinea.

—¿Te enseño lo que hacía? —Se desabrocha los shorts vaqueros, se los baja y se queda en pantalla con unas braguitas rojas. Un triángulo diminuto apenas le cubre el coño depilado, y Kimberly pasa los dedos por encima, deslizándose con el dedo corazón por la hendidura. Los párpados le tiemblan y caen. La punta de la lengua perfila sus labios carnosos y tentadores.

—¿Llevas tanga? —El calor me sube a la ingle y empiezo a acariciarme por encima del pantalón.

—Sí… —sonríe y me da la espalda. Una fina tira roja separa sus nalgas jugosas, sube hasta la cintura y se une a la cinturilla con un lacito de raso. Justo en medio.

Maldición. ¿Se lo ha puesto aposta para mí? Kimberly bambolea las caderas despacio de un lado a otro, y las cintas del lazo se mecen rozando su piel oscura. Quiero ser ellas. Quiero tocarla. Ese culo apetitoso con esas braguitas diminutas. Sueño con arrancárselas con los dientes.

—¿Quieres que me las quite? —Mi Azúcar Negra me mira por encima del hombro y se lame los labios.

—No, aún no. —Aprieto con más fuerza mi erección; la excitación me atraviesa cada músculo.

—Dime qué quieres que haga. —Apoya la palma en la pared y arquea la espalda. Cambia el peso de una pierna a otra, frotando los

muslos entre sí, y me muestra su entrepierna húmeda. En primer plano. A toda, joder, la pantalla.

—Abre más las piernas… —trago y respiro más deprisa. El espectáculo es más caliente que cualquier porno. La sangre me hierve en las venas y palpita en la ingle—. Y acaríciate por debajo de las bragas.

Kimberly obedece. Desliza la mano entre sus piernas y mete los dedos bajo la tela roja. Saca el culito para que yo vea el movimiento de su mano.

—No entres en el coño. —Aprieto los dientes mientras la miro masturbarse—. Solo el clítoris, Azúcar Negra.

—Vale —gime; la voz le tiembla.

—Más deprisa. Rodéalo con los dedos y apriétalo.

—Oh, sí… —Kimberly solloza y juega consigo con más intensidad.

—Ahora baja las braguitas.

—Yo también quiero verte, Ángel… —Se acaricia los muslos y estira hacia abajo esas tiras rojas estrechas—. Quiero mirar cómo te tocas mirándome.

—Ponte de frente, cielo —me desabrocho el cinturón y la bragueta y me bajo los pantalones hasta las rodillas—. Siéntate y abre las piernas para verte entera.

Me quito los bóxeres, liberando una erección potente. La polla está a punto de estallar en mi mano. Estoy al límite. No voy a tardar nada en correrme.

Kimberly mueve la silla y adopta una postura para que lo vea todo. Pone las piernas sobre los reposabrazos y se me abre en todo su esplendor. Mojada, acalorada, ansiosa de mí.

—Enséñame lo que hacías cuando pensabas en mí. —Agarro mi polla y empiezo a deslizar la mano arriba y abajo.

Kimberly observa con atención mis movimientos y baja la mano a su coño. Se acaricia el clítoris hinchado con los dedos y echa la cabeza atrás.

—¿Qué te imaginabas? —respiro entrecortado y me froto con más fuerza y más deprisa.

Es tan sexual. Si estuviera allí, ahora mismo me la follaría sin esfuerzo. Está demasiado mojada.

—Tus manos en lugar de las mías. —Kimberly masajea el clítoris, apretándolo entre dos dedos.

—¿Qué hacían mis manos?

—Entraban más hondo.

—Métete los dedos en el coño, Kimberly…

Se muerde el labio y obedece. Se hunde dos dedos y gime con desgarro, sacando las caderas hacia delante.

—Dios… Veo lo mojada que estás… —Acelero el ritmo y me llevo al límite.

—Estoy muy mojada, Ángel… Siempre me ponía así cuando pensaba en ti.

—Dios… Más… Más hondo, cielo. Métete más hondo.

—¡Ah! —Kimberly se ensarta en sus dedos y solloza.

—Más.

—Ángel… —Las caderas se le mueven más deprisa—. Voy a correrme.

—Yo también… Mírame, Ángel… Mírame…

La observo: le tiemblan la mano y las piernas. Kimberly se folla a sí misma sin apartar los ojos de cómo me la casco. Me mira, y yo me corro primero. Aprieto la polla y me descargo en la mano, con sus gemidos altos e incontenibles de fondo. Apoteósico.

—Así aguanté tres años, Ángel. —Kimberly jadea y se saca los dedos del coño. Los tiene empapados en sus jugos. Cómo me gustaría lamerlos hasta la última gota.

—Joder… ¿Por qué no hacíamos esto antes? —Me hundo contra el respaldo del sofá.

Ella se ríe.

—No te olvides de traer de vuelta esas braguitas rojas. Tengo un par de ideas con ellas y con ese lacito minúsculo de atrás.

—Como digas —respondo.

—Tengo más modelos interesantes —añade Kimberly, sonriendo.

—Te estás cachondeando… —gimo con súplica en la voz—. Hazme un desfile. Ahora mismo.

—Ángel —oigo la voz de Roxy desde el hall—. Han venido a verle.

—Mierda. —Me limpio la mano con una servilleta y me subo los pantalones.

—¿Qué pasa? —se inquieta Kimberly.

—Nada, todo bien. Ha llegado alguien. Será Miwei, seguramente. Te llamo luego, ¿vale?

—¿Mañana mejor?

—¿Y el desfile? Estoy ansioso por repetir lo de antes.

Kimberly se ríe y agita las braguitas rojas con lazo delante de la cámara.

—Te estarán esperando. Y yo también. Te quiero, Ángel.

—Te quiero —le respondo cuando la videollamada ya ha terminado. Sonrío y hago una bola con la servilleta usada—. Roxy, ¿quién ha venido? ¿Por qué no me avisa enseguida?

—He pedido que no se le avisara.

Le doy la servilleta sucia a Roxy y me quedo clavado en el hall. La voz que se me ha hecho familiar en estos dos años lo llena todo y me parte la conciencia como un rayo. Rebeca.

Un ardiente sentimiento de culpa me atraviesa el corazón en cuanto su mirada se cruza con la mía.

Capítulo 21. Ángel

—¿Puedo pasar? —pregunta Rebeca, de pie en la puerta de entrada, con la voz suave pero tensa.

Incluso ahora está guapa y elegante. El pelo rubio, liso como una tabla, cae sobre el cuello subido de su chaqueta de cachemir color arena. Un cinturón ancho a juego le marca la cintura estrecha. Un vaquero blanco le moldea las piernas largas y combina con el jersey que asoma bajo la chaqueta. Unos botines de marca le dan un par de pulgadas más de altura. Es tan luminosa y refinada… Hubo un tiempo en que yo encajaba a la perfección.

—Claro, pasa… —con un gesto libero a Roxy y me quedo a solas con Rebeca; el corazón se me encoge.

Su mirada castaña recorre mi cara, busca justificaciones o al menos explicaciones, y yo estaría encantado de dárselas, pero, joder… no encuentro palabras; tengo la garganta seca. Todas me parecen ahora insuficientes o fuera de lugar.

Es la primera vez que me veo en una situación así y, por primera vez, no tengo ni un plan preparado ni un discurso ensayado. Por primera vez estoy tan desconcertado y abatido que me avergüenza incluso mirarla mucho rato; no aguanto su mirada y bajo los ojos al suelo, como un crío culpable, con las mejillas ardiendo.

—¿Qué tal el vuelo a Las Vegas? —Rebeca intenta mantenerse calma e incluso distante, pero noto la irritación en su voz—. ¿Te lo pasaste bien? ¿Te despejaste?

La expresión de su rostro es imperturbable y seria, pero en los ojos castaños se le adivinan el dolor y la rabia. Y todo eso me lo he ganado yo; la culpa me abrasa el pecho.

Creo que, si en su lugar estuviera otra, habría gritado o hasta me habría dado una bofetada. Y tendría razón. Pero ese comportamiento no encaja con el carácter y la educación de Rebeca. Nunca monta escenas, siempre es contenida, como lo era yo antes de que Kimberly volviera a mi vida. Ahora me permito ser otro.

—¿No quieres contármelo? —Rebeca se quita la chaqueta, lo deja sobre el respaldo de una silla junto a la puerta y avanza lentamente por el vestíbulo, rompiendo con el taconeo el silencio que se nos ha echado encima—. Vale.

Se acerca a mí, y yo me quedo plantado como un imbécil congelado, sin decir ni una palabra, con los pies clavados al suelo.

Me golpea en la nariz el olor de su perfume, el mismo que adoro en Kimberly. No, el ámbar no le va en absoluto a Rebeca. No quiero admitirlo, pero se lo regalé para aplacar la añoranza por aquella a la que he querido todo este tiempo. Un intento estúpido. Nadie puede sustituir a Kimberly, porque no hay otra como ella. Es exclusiva y excepcional en todo. Y con ella yo me siento especial.

—Entonces, ¿quizá me digas por qué no me llamaste al llegar? —Rebeca se detiene a un paso de mí y me mira fijamente a la cara, con una intensidad casi dolorosa. Parece que no hacen falta palabras para entenderlo todo por sí sola: la verdad está grabada en la frente con las marcas de los besos de Kimberly. Estoy empapado de otra mujer de pies a cabeza. Y si Rebeca tocara mi cuerpo, sentiría la presencia de Kimberly en mi corazón, en mi alma, en mis pensamientos. Eso no se puede ocultar.

—¿O al menos me explicas el motivo de tu desaparición? —entorna los ojos Rebeca; noto cómo se le tensan los músculos de la cara. Le palpita una venita sobre la ceja. Rebeca está rabiosa.

—Rebeca, yo… —mi voz suena poco convincente. Y estúpida, infantil; me tiembla.

—¡Eres un cobarde, Ángel! —de pronto alza el tono—. ¡Te acostaste conmigo, me pediste matrimonio y te largaste como un perrito asustado! Me dejaste sola, a solas con mis pensamientos, y ni siquiera te dignaste a dar una explicación. Una sola palabra, Ángel. Una nota. Un mensaje. Un emoji. Lo que fuera. Lo habría entendido. Pero preferiste huir. ¡Porque eres un cobarde! —la última frase la escupe entre dientes.

—No es exactamente así, Rebeca. Ahora te lo explico todo. Aunque… J-joder… ¿Qué sentido tiene ya? —me paso los dedos por el pelo; me arde el cuero cabelludo. ¿Qué más da lo que diga ahora? Al final, igualmente, el corazón de Rebeca quedará roto. Así que, ¿qué más da, joder, con cuántas palabras lo haga trizas? Mejor zanjarlo deprisa. De una vez y para siempre. Sin excusas de más ni frases floridas.

—Cierto. —Rebeca aprieta los labios; los ojos le brillan por las lágrimas contenidas. Si no la conociera, pensaría que va a echarse a llorar—. No le veo sentido a tus excusas. —Aparta la vista un segundo, pero enseguida vuelve a mirarme con una amargura honda —. No quiero perder el tiempo en otra ración de tus mentiras.

—No voy a mentirte… —intento colarme, pero Rebeca me calla en seco con una sola frase que, al instante, da la vuelta a toda mi vida.

—Porque estoy embarazada, Ángel.

—¿Q-qué?… —se me quiebra la voz; el corazón se me para.

—Embarazada —remata, ahora con más seguridad.

Un cuchillo se me clava en el pecho. El corazón muere, se suelta y cae al suelo. Se hace añicos a nuestros pies. Tras él se desmoronan los planes de vida en común con Kimberly, los sueños imposibles de un futuro feliz, mis sentimientos hechos jirones en un instante, nuestro amor.

Todo está roto.

Todo se convierte en un montón de chatarra.

Todo pierde sentido.

La felicidad estaba tan cerca. Tan palpable. La tenía en mis manos. Ya me había acostumbrado a ella. Brillaba de amor. Yo, maldita sea, compré un billete a Europa para alegrar a Kimberly con una aparición sorpresa y llevármela de vuelta a casa. A mi casa. A mi

cama. Donde nos encerraríamos unos días solo los dos. Lo he jodido todo; el pecho me oprime.

—¿Cuándo lo supiste? —no reconozco mi voz; suena más débil que el chillido de un ratón. Tiembla y se quiebra como las cuerdas de mi alma.

—Ayer me hice una prueba y hoy el médico ha confirmado el positivo. Es aún muy pronto —unos diez días—, pero el hecho es el que es… Estoy embarazada.

—Dios… —me echo hacia atrás y me apoyo en la pared, pero las piernas no me aguantan y me deslizo al suelo. Doblo las rodillas, apoyo los codos en ellas y me hundo la cara en las manos; los dedos me tiemblan. Empiezo a temblar.

La felicidad era tan tangible, pero se disuelve entre mis manos antes de que me dé tiempo a creer en ella.

—Pero si no lo habíamos planeado… Siempre nos hemos protegido… —me froto la cara con las palmas y no consigo aceptar la realidad. No puedo. No. Esto no me está pasando a mí. Yo siempre lo he tenido todo bajo control. No podía haber acabado en una situación así. No podía.

—Sí. —La voz de Rebeca suena como a través de una burbuja que envuelve mi conciencia—. Siempre. Excepto la última vez, cuando irrumpiste borracho en mi piso y te me echaste encima como un animal lascivo.

Su discurso rezuma desprecio, como si no le hubiera gustado mi comportamiento. Como si la hubiera tomado por la fuerza, contra su voluntad, y ella, pobrecita, se hubiera resistido.

Pero no fue así. No solo yo me olvidé del preservativo aquella noche, ciego de rabia por Kimberly y por el imbécil de Rikki empujándole droga en la boca en el baño del club. No, Rebeca también se olvidó, no me detuvo cuando la arrinconé contra la pared y me la follé por detrás sin quitarle las bragas. No me paró cuando desahogaba toda la mierda acumulada, cuando se la metía a empellones. Rebeca no me pidió que parara, porque solo podía gemir. Porque le gustaba. Entonces, ¿a qué viene cargarme a mí toda la culpa?

—Qué irónico —sonríe de pronto Rebeca, obligándome a alzar hacia ella la mirada nublada.

—¿Te hace gracia la situación? —la voz me sale ronca; aprieto la mandíbula.

—No, solo me resulta curioso que aquella noche me hicieras a la vez una propuesta y un hijo. —Rebeca aparta la vista con timidez—. Sabes, si no hubiera sido por tu huida, hasta habría pensado que lo tenías planeado desde el principio. Porque a ti nunca te dominan las emociones. Siempre actúas siguiendo tu plan, claro y meridiano. Incluso en tu vida privada.

Apoyo la nuca en la pared, echo la cabeza hacia atrás y empiezo a reír. Alto. Desgarrado. Histérico. Rebeca me observa desconcertada. No entiende mi reacción. Está asustada; su mirada vaga caóticamente por mi cara, y yo sigo riendo a carcajadas.

El plan. Mi plan. Nada de emociones. Nunca. Ni una sola vez en todos estos días. Me ahogo de risa, pero por dentro aúllo de desesperación; se me cierra la garganta. Me dan ganas de echarme a llorar por la broma del destino. Ángel y su maldito plan claro se desvanecen sin dejar rastro en cuanto Kimberly asomó en el horizonte. Ese huracán me arrasó. Sacó a flote emociones, sentimientos, deseos. Me sacudió. Me obligó a vivir de verdad, a sentir, a amar. Y, en cuanto perdí el control, en cuanto me dejé llevar, todo se fue al carajo.

—¿Ángel?… —Rebeca, en guardia, se agacha delante de mí y posa con cuidado la mano en mi hombro. Dejo de reír tan en seco como empecé—. ¿Estás bien? Me asustas…

—Yo mismo me asusto, Rebeca… —susurro y solo entonces encuentro fuerzas para abrir los ojos. Cazo la mirada preocupada de Rebeca y cubro su mano con la mía; los dedos me tiemblan. Ella no se retira y entrelazo nuestros dedos—. No huí de ti, Rebeca. —Mi voz ronca apenas se oye—. Es solo que… por un instante perdí el control y me dejé arrastrar. Y, al parecer, perdí el anillo.

—¿Pero es que lo había? —Rebeca se deja caer al suelo y se sienta a mi lado; nuestras manos entrelazadas reposan sobre su muslo.

No les quito los ojos de encima. Le acaricio con la yema el anular, donde debería brillar el anillo de compromiso perdido.

—Lo había. No te mentí. De verdad estaba en el bolsillo de la chaqueta. Quería ponértelo en el dedo y proponerte que te mudaras a mi casa. Pero…

—No usemos ese «pero», ¿vale? —la palma de Rebeca roza mi mejilla y me invita a mirarla a los ojos—. Que se quede solo lo que venía antes de ese «pero». Éramos tan felices, Ángel. ¿Lo éramos, verdad?

Lo éramos. Pero ahora que sé lo feliz que puedo ser con Kimberly, ya no quiero aquella felicidad de andar por casa. Porque, cuando has aprendido a volar y te has alzado por encima de las estrellas, ¿apetece volver a pisar tierra? Pues a mí no me apetece. Ya no me basta. ¿Para qué las piernas, si tengo alas? ¿Para qué dejarse llevar por el viento, si puedo domar un huracán?

Sí, fuimos felices. Nos quisimos. Pero no se compara con cómo arde mi corazón junto a Kimberly. Aunque, ¿qué sentido tiene ahora? Tendré que apagarlo o dejar que se consuma hasta las cenizas. Kimberly… Mi pobre niña…

¿Qué hago ahora? ¿Cómo arreglo esto? ¿Cuál es la decisión correcta? ¿Qué sacrifico? Preferiría sacrificarme yo, para no partirles el corazón a ninguna de las dos. Que sufra solo el mío. Ojalá bastara con eso; el pecho me duele de pura pena.

—Por favor, no te quedes callado ahora, Ángel —susurra Rebeca y aprieta mi mano; tiene los dedos fríos—. Estoy tan perdida como tú. Y… no sé si habría venido si no me hubiera dejado tan en shock la noticia del embarazo… —alza nuestras manos enlazadas y se las coloca en el vientre.

—Aún no hay nada, pero… Ángel… —las lágrimas se le quedan prendidas en los ojos; sonríe, y yo estaría dispuesto a abrirme el pecho en canal para que el dolor físico tapara al del alma; el corazón me golpea como un martillo—. Vamos a tener un hijo… Un poco antes de lo que planeábamos, pero… Solo imagínalo… Seremos padres.

Voy a ser padre. Y estoy seguro de que Rebeca será una madre estupenda, pero… en vez de alegrarme, solo siento dolor: abrasador, desgarrador. Y no es un dolor sordo; me hace trizas el alma embarrada en mentiras.

Pero ¿puedo decirle ahora la verdad a Rebeca? Puede que ya intuya lo que siento por Kimberly, pero, aun así, Rebeca está aquí. Viene, se sobrepone a sí misma, propone intentarlo de nuevo por nuestro hijo. Rebeca es orgullosa, así que sé el esfuerzo que le ha costado venir la primera, ser ella quien dé el primer paso.

—Ángel. —Su mano me roza la mejilla y me acaricia el pómulo con ternura; la piel, suave. Rebeca me mira a los ojos, y yo quisiera que me tragara la tierra por la punzada aguda de culpa y vergüenza; las mejillas me arden. No debería haberle hecho esto.

Mi mirada está llena de un arrepentimiento que ni siquiera sé expresar, pero Rebeca se empeña en no verlo.

—Yo también estoy asustada, pero… también contenta a la vez. Sé que serás el mejor padre del mundo, el marido más maravilloso y digno. Te conozco, Ángel.

No, Rebeca, solo conoces mi parte luminosa. La contenida, la cortés, la calculadora, la pragmática. La otra parte de Ángel no te va a gustar. Es lujuriosa, sucia, impulsiva, explosiva. Nunca me aceptarías así. Pones mala cara cuando digo «joder». Con ese Ángel no habrías ido ni a una segunda cita.

—Ni un solo día dudé de mi elección —continúa Rebeca. En su voz late la esperanza de un futuro luminoso y feliz a mi lado. Ese futuro que planeábamos juntos hace apenas dos semanas—. Sí, me has sorprendido muchísimo con tu comportamiento últimamente. Debo admitir que me has desconcertado. Pero… lo entiendo todo, Ángel. Sé cuánto te exiges para lograr mejores resultados, lo mucho que te cansas. Tienes un trabajo muy estresante, y yo no debería haber reaccionado así. Tendría que haber venido antes para hablar contigo sin más, preguntarte qué pasa por tu alma. Hablamos tan poco de eso. Solo de trabajo, de carrera, de planes… Por eso… Perdóname, Ángel, yo…

—¡No! —le agarro la mano de golpe y veo el desconcierto pintarse en su cara; se le agrandan los ojos—. No. Ni se te ocurra pedir perdón. No tienes por qué hacerlo. Tú no, Rebeca. Si alguien tiene que pedir perdón y suplicar una segunda oportunidad, ese soy yo. La he liado parda. He sido brusco. Mi comportamiento no tiene excusa.

—Ángel, no pasa nada. Cuando hoy he sabido que estaba embarazada, mi rencor se ha ido al fondo. Sí, seguía enfadada contigo, pero… entiende que ahora hay cosas mucho más importantes que mi enfado.

—Rebeca, ¿sigues queriendo mudarte a mi casa? —mi voz suena uniforme, pero el corazón, en ese instante, se me parte en dos. Y una mitad se quedará para siempre con Kimberly. La otra se la regalaré al hijo que Rebeca lleva bajo el corazón. Para mí solo me dejo un agujero. Lo rellenaré con dolor y lo sellaré con el peso de la mentira que tendré que arrastrar toda la vida.

—Si tú sigues queriendo casarte conmigo.

Rebeca sonríe y se me acurruca en el pecho, me enmarca la cara con las manos y me besa suave en los labios; su aliento está tibio. Cierro los ojos y no siento nada salvo un amargor ponzoñoso que me corroe por dentro. ¿Será así para siempre? En teoría estoy haciendo lo correcto. Entonces, ¿por qué me entran ganas de estrangularme con mis propias manos? Los dedos se me tensan.

Mientras Rebeca se ocupa de mudarse a mi piso, no vuelo a por Kimberly a Milán, sino que, con el corazón en un puño, intento volver a la vida de siempre. Operativa con criptomonedas, análisis de ventas, del mercado, de la competencia, reuniones con el equipo de traders, encuentros con analistas. «Morris.coin» crece y se fortalece, y yo me pierdo; el pecho me oprime.

Vuelvo a encerrar los deseos prohibidos, aprendo a aguantar y a controlar esa parte de mí a la que jamás debí soltar la correa. Vuelvo a ser el Ángel de antes. El Ángel de siempre. El empresario contenido y respetado, de reputación intachable y vida perfecta, con una prometida y un hijo que lleva bajo el corazón.

Desde fuera dirán que no se puede soñar con más. Pero yo tuve más. Y me acuerdo de ello cada maldito minuto. Kimberly llena todos mis pensamientos, y el corazón se me desangra cada vez que no contesto sus llamadas. Ya van tres días. Soy un cobarde y un gilipollas de verdad. Rebeca tenía razón.

Pero no lo aguantaría si oyera la voz de Kimberly. No estoy preparado. Me vendría abajo al primer «hola», la secuestraría, huiría al otro extremo del mundo, pasando de la moral y de la conciencia.

No puedo oírla. Y mucho menos verla. Estoy a un paso de cometer un error por el que luego me devoraría a mí mismo.

Pero hoy es sábado. Halloween. El día del regreso de Kimberly a casa. A mí. Quiere volver conmigo y me lo ha prometido. Y este sería el día más feliz de nuestra vida. Nos encerraríamos en nuestro sitio del puerto, como hace tres años, nos entregaríamos a los recuerdos, haríamos realidad todos esos deseos antiguos que entonces temíamos. Hasta encuentro aquellas viejas máscaras holográficas con las caras de zombis y de Morriatt.

Pero, en lugar de nostalgia, hoy nos espera algo más aterrador que las pelis de miedo típicas del Día de Todos los Santos. Ojalá me despedazara el cuerpo la motosierra de Cara de Cuero, que el doctor Frankenstein me sacara el cerebro y que Jeffrey Dahmer me devorara el corazón, antes que afrontar lo que yo mismo voy a hacernos esta noche; el corazón me retumba como un tambor ante lo inevitable.

Capítulo 22. Kimberly

Después del último contacto con Ángel por videollamada, de claro contenido pornográfico (y me vuelve loca: se me encienden las mejillas al recordarlo), no me devuelve la llamada. Incluso deja de responder a los mensajes, escudándose en el trabajo. Pero no soy tonta. Tengo la intuición y el sexto sentido muy desarrollados, y me dicen que aquí ha metido la zarpa la zorra de Rebeca.

Claro que Ángel debe aclarar por sí mismo su relación con ella, pero, si esa roba-novios usa trucos sucios, voy a intervenir. Y entonces no va a saber dónde meterse. Me late el corazón de pura determinación. No pienso dar un paso atrás. Ángel siempre fue mío, desde el principio. Y ahora vamos a ser felices. Ya hemos esperado demasiado.

Pasó los dos días antes del vuelo hecha un manojo de nervios, al borde del colapso. La seguridad en mí misma se va apagando poco a poco y le escribo a Ángel para preguntarle si me espera. Ángel contesta rápido y en positivo. Exhalo aliviada; el pecho se me ensancha. Tengo que dejar de comerme la cabeza. Es por estar lejos de él. Le he echado horrores de menos; la añoranza me aprieta el corazón. En cuanto vea a Ángel, se me irán todas las dudas.

Hago la maleta por la noche, con las manos temblándome de la anticipación. Ya envié lo principal a Los Ángeles y me he dejado solo

lo imprescindible, así que volaré ligera. Pero con una piedra en el corazón: la que se me ha colgado de una áspera cuerda dentro del pecho estos dos días. Quiero cortar ese peso de una vez y ya estaría corriendo al aeropuerto, pero el vuelo es por la mañana; me flaquean las piernas de impaciencia.

Para distraerme aunque sea un poco, acepto la propuesta de Ivana —mi amiga y colega de Japón— de vaciar una botellita de champán, la última, en nuestro bar favorito, en el hotel. Las vistas de allí son una locura. Hipnotizan. Es como si tuvieras todos los rascacielos del distrito de Porta Nuova en la palma de la mano. Y se respira tan ligero, tan libre, como si estuvieras en la cima del mundo y todo lo demás no importara nada; los pulmones se me llenan de aire.

Con una sola botella de espumoso, por supuesto, no nos quedamos; las copas tintinean. Las chicas deciden montarnos a Ivana y a mí una fiesta de despedida por nuestro regreso a Estados Unidos. Milena y Eva están más a gusto aquí, en Milán, pero Ivana no permanece mucho tiempo en un mismo sitio.

Acepta volar conmigo a América y, muy pronto, le aprueban nuevas condiciones de contrato con la agencia de la casa Gucci, igual que a mí. Supongo que no pusieron pegas porque Ivana y yo trabajamos a menudo juntas. Nuestro dúo siempre y en todas partes queda armonioso y ganador, sea en foto o en pasarela, con la luz de los focos todavía grabada en la memoria.

—Iremos a veros para la próxima Semana de la Moda en Nueva York —proclama una Eva ya bastante achispada; sus mechones blanco ceniza están revueltos y el tirante del vestido entallado se le ha caído de un hombro.

—Pues para eso… aún… hay que esperar un año… —calcula con los dedos Milena y pone morritos—. Vamos en invierno. ¡Me encanta América! Nueva York, Las Vegas, Los Ángeles, San Diego…

—A Kimberly, en cambio, Los Ángeles le chifla —se ríe Ivana.

Yo me ruborizo, me arden las mejillas. ¿Acaso sabe algo?

—¿De qué hablas? —frunzo el ceño con torpeza, apretando la copa.

—Digo que, de todas las ciudades de América, a ti te gusta Los Ángeles. A mí me parece demasiado calurosa.

—Ah… —río y suelto el aire; la tensión me abandona. Otra vez comiéndome la olla. Doy un sorbo de champán; las burbujas chispeantes me ponen la cabeza agradablemente ligera—. Es que es mi ciudad. Allí crecí, allí está mi familia, mi gente…

—¿Vas a volver a casa? —se interesa Milena—. ¿No vas a vivir en Nueva York con Ivana?

—Vuelvo a Los Ángeles. Echo de menos una barbaridad… —digo, soñadora, sin darme cuenta de cómo una amplia sonrisa me estira las mejillas; el corazón me late con fuerza.

—Ooooh… —aúllan a coro las chicas.

—Esa sonrisa nos la sabemos —se burla Eva—. No me digas que nuestra pequeña virgen ha encontrado una polla excepcional que por fin no le importa encajarse entre las piernas.

—¡Eva! —le suelto un manotazo en el hombro; la piel suena. Ella se echa a reír junto con Shauna e Ivana. Traidoras.

—En realidad, Rikki también se muda a Nueva York. —Eva juega con las cejas de forma ambigua.

—¿Y qué? ¿Qué me importa a mí?

—¿Quieres decir que él no es el elegido al que vas a regalarle tu agujerito intacto? —entorna los ojos Eva y sacude su melena ceniza.

—¡Jesús, no! —ahuyento con la mano a mis amigas, que se están carcajeando—. A Rikki no le cae nada. Dejé los límites claros desde el principio. Sí, es un tío majo, gracioso, besa de lujo, pero nada más. No. No quiero ser su número mil.

—Pues tú te lo pierdes —no cede Eva—. Folla tan bien como besa.

—Oh, sí… —se entromete, soñadora, Milena.

—Aunque rara vez es cosa de dos —prosigue Eva, y yo tuerzo el gesto—. A Rikki le van las orgías.

—Ajá, ya lo sé, lo he visto —pongo los ojos en blanco.

—Y cañero —Milena aprieta los dientes e inspira entre ellos—. La última vez, cuando Rikki se pasó con el polvo, casi me revienta el culo. Imbécil. —Chasquea la lengua y lo dice como si hablara de una uña rota. Y seguro que, si hablara de una uña rota, pondría más horror en los ojos que con ese «casi me revienta el culo».

Eva se ríe. Debe de parecerle gracioso. Qué rara.

—¿Y para qué quiero yo saber eso? —bufeo; se me tuerce la boca —. Qué asco. No entiendo por qué os acostáis todas con él. Como si no hubiera otros hombres. De los que no se comportan como animales en pleno subidón.

—También nos acostamos con otros, Kimberly. Lo sabes de sobra. Lo has visto más de una vez —se ríe Eva, bebiendo espumoso; la copa brilla bajo la luz.

—Pero Rikki… —ataja Milena—. La polla. Todo va de eso.

Eva le da un empujón en el hombro y las dos empiezan a reírse a carcajadas.

—Verás, Rikki tiene un nabo grande, gordo y, lo que no es menos importante, experto —aclara Eva tras el ataque de risa—. Pocos tíos saben usarlo bien.

—Y a nuestro alrededor casi todo son gays —suspira Ivana—. Así que, si Kimberly se ha encontrado un hetero guapísimo, yo me alegro por ella.

—Vaaale… —canta Eva y me clava un codazo en el costado—. Venga, suelta: ¿quién es?

—¡Eh! —protesto, pero empiezo a sonreír al pensar en Ángel. Las chicas se van a morir de envidia, porque él es único. Y ningún Rikki le llega ni a la suela a mi Ángel, que no solo maneja la polla con maestría. Ángel lleva a la perfección todo lo que tocan sus manos: sus palmas, sus dedos, sus labios, su lengua…— Está bien, zorras, os lo enseño ahora. —Me muerdo el labio, evocando a Ángel desnudo entre mis piernas; el calor se me derrama por todo el cuerpo.

—No me babéis el teléfono. —Saco el iPhone del bolso bajo las miradas inquisitivas de mis amigas; me tiemblan los dedos de las ganas.

Pero no me da tiempo a desbloquearlo, porque empieza a vibrar y en la pantalla aparece el nombre de Rikki.

—Ejem… —tose teatralmente Eva, repasando mi cara con los ojos entornados y una sonrisita pilla—. ¿La pequeña virgen también es una pequeña mentirosa?

—Vete a la mierda —le siseo, clavando la mirada en el teléfono, con el corazón desbocado. No quiero contestar. No quiero en

absoluto, porque sé para qué llama.

—Voy un minuto.

—Con Rikki no te llega un minuto, zorra —me grita Milena desde detrás, y, mientras me alejo hacia el baño, oigo a mis espaldas la risa de las amigas; sus voces hacen eco.

Me abro paso por el bullicioso bar del hotel LaGare, compruebo todos los cubículos del baño y me encierro en el del fondo; el pestillo chasca como un disparo en mi cabeza. El corazón me martillea, me tiemblan los dedos mientras aprieto el teléfono. Solo entonces pulso «responder» y la pantalla se enciende. Inspiro hondo, intentando aplacar el ardor del pecho.

—Hola, peque. ¿Me has echado de menos? —Rikki me sonríe desde el altavoz; su voz es pegajosa como el sirope y me recorre un escalofrío.

—No especialmente —le suelto, con la voz afilada como el cristal. Los tacones me repiquetean en el gres: no puedo estar quieta.

—Uf… Me hieres el alma, Kimberly —alarga con fingida ofensa, y yo pongo los ojos en blanco, notando cómo me arden las mejillas de irritación.

—Ve al grano, Rikki —escupo, apretando el teléfono hasta que se me ponen los dedos blancos.

—Me encanta tu fogosidad. Por eso te elegí.

—Lárgate, Rikki —siseo, y el calor del pecho se convierte en incendio. ¡Este tío me saca de mis casillas!

—¿Has hecho lo que te pedí?

—No. Ya te dije ayer qué pasó. Basta. Aquello fue cosa de una sola vez. Yo te ayudé, tú me ayudaste. Punto. No pienso encargarme de… —me callo; la garganta se me cierra como si alguien me apretara una soga.

—¿De qué, peque? —su voz rezuma ironía y casi le oigo la sonrisita. Como si yo fuera una cría a la que se puede acorralar. ¡Que le den!

—De lo que te encargas tú. No va a repetirse, ¿entiendes? Déjame en paz —gruño, y la voz me tiembla como las cuerdas de una guitarra tensadas al límite.

—Eres demasiado caliente como para que me sea posible —canturrea. Y yo me imagino su sonrisita autosatisfecha. Dan ganas de estampar el móvil contra la pared.

—¡Lárgate! —escupo, cerrando los puños; las uñas se me clavan en las palmas.

—Tienes esta noche para cumplir con lo que debes, Kimberly —su tono, de pronto, se vuelve duro como el acero y me hiela hasta los huesos; me recorren escalofríos—. Luego hablaré contigo de otra manera, ¿entendido?

—Rikki, búscate a otra pardilla. Yo ya no necesito nada de ti. No estaba enganchada y lo he dejado, ¿vale? Y no voy a ayudarte. Ni aquí ni en América —la voz me suena vibrante, pero por dentro todo se me enfría de miedo.

—Te he avisado. Si me fallas, peque, vas a poner en la picota a otra gente. Y son más serios que un fotógrafo cualquiera. Más serios que los que has visto en Milán. Ellos no admiten un no por respuesta, peque. No me decepciones. Y luego, si quieres, vuelvo a hacer de tu novio en la fiesta de Halloween en Los Ángeles. Y esta vez podemos terminar nuestro juego de forma mucho más interesante que la anterior. Te llevaré otra vez al baño y seré muuuuy tierno. Lo prometo.

—¡Vete al infierno! —cuelgo, y la risa asquerosa de Rikki se corta. El teléfono casi se me escurre de las manos sudadas. ¡Fotógrafo de mierda! ¡Que le den por saco!

Se lo prometí a Ángel. Se lo juré. Y de verdad he dejado esa mierda, con el corazón latiéndome de determinación. Pero Rikki sigue creyendo que voy a salir corriendo a hacerle sus recados sucios. Idiota. No sé por qué acepté aquella primera vez. ¡Maldita la hora!

Rikki me convenció, dijo que era una chorrada, solo una ayudita: repartir bolsitas a las chicas en la discoteca, en la pista, en el baño, en la barra, deslizarlo a escondidas en los bolsos. En la multitud me muevo como pez en el agua, así que todo fue como la seda.

Ni me paré a pensar lo serio que era. Rikki no apretó entonces, dijo que me quedaba debiendo una. Y, joder, cumplió su palabra, aunque de una forma bastante estúpida. Y ahora estoy metida hasta

el cuello y, por dentro, se me retuerce todo del miedo, como si alguien me hubiera hecho un nudo en las tripas.

Tengo que volver cuanto antes con Ángel. Él me ayudará. No me va a dejar en las garras de Rikki. Le voy a contar todo; me sudan las manos solo de pensarlo.

Cojo el vuelo de la mañana a Los Ángeles, como tenía previsto, con el cuerpo temblándome de anticipación y de nervios. Dejo la mercancía de Rikki intacta: lo estoy haciendo bien. No tiene ningún derecho a darme órdenes. ¡Puto capullo! No entiendo de dónde se ha sacado que voy a ser su chica de los recados. Ahora tengo otra vida, sin edulcorantes de emociones, como dijo Ángel, porque con él no los necesito, y el pecho se me ensancha solo de pensarlo.

Capítulo 23. Kimberly

La casa de mis padres me recibe con esqueletos de tamaño natural abrazando las columnas de la entrada principal. Las cabezas cuelgan de cuerdas sujetas al tejado y las capas negras, raídas, ondean al viento, dando grima. El porche está cubierto de telarañas de mentira en tonos ceniza y en las paredes blancas hay manchas de una pasta que parece sangre.

Queda siniestro, tétrico y brutalmente chulo, justo mi estilo. Seguro que es obra de mis hermanos gemelos, Joseph y Jordan. Hay calabazas talladas por todo el porche y el patio, y ya parpadean las velas eléctricas en su interior. Junto al garaje luce un espantajo de Jason con un machete ensangrentado de papel maché.

Mi familia se ha volcado con Halloween para impresionarme. Y, joder, ¡lo han conseguido! Estoy encantada; la sonrisa se me derrama por la cara como la melaza.

Llamo a la puerta, apartando la pegajosa telaraña, pero, en lugar de cálidos abrazos, me salta encima Joseph con una máscara de hockey ensangrentada. Gruñe como una fiera y se me echa encima.

—¡Eh-eh-eh! —retrocedo entre carcajadas; se me resbalan los tacones en el porche—. ¡Si ya tenemos un Jason en el garaje!

Pero, por detrás, se me lanza Jordan con la máscara de Michael. Me aprisionan en un abrazo de oso y me levantan en brazos,

rugiendo como monstruos de peli de miedo.

—¡Eh! ¿Cuántos años tenéis, cabrones? ¡Ponedme en el suelo! —río mientras me llevan dentro.

Joseph, en plan Jason, me sujeta por las piernas, y Jordan, que va de Michael, me aprieta los hombros y los brazos con fuerza de tenaza.

—¡Sheila os ha cebado fijo!

Aunque son un año menores que yo, de altura casi han alcanzado a papá, John. ¡No son chicos, son rocas! Yo tampoco soy baja, pero mis cinco pies y once pulgadas a su lado parecen poca cosa.

—¡Cariño! —resuena la voz de papá desde el salón, pero no consigo escapar de las zarpas de mis hermanos.

—¡Eh, vosotros! ¡Soltad ahora mismo a mi hija! ¿O queréis que os suelte un par de collejas? —truena John, con voz cálida pero firme.

—Los mejores collejones los da Sheila, y lo sabes —se ríen los dos al unísono, con las voces amortiguadas por las máscaras.

—¡Entonces id preparando esas cabezas! —la voz severa de mamá hace que Joseph y Jordan me suelten y caigo al suelo con un porrazo sordo.

—¡Ay! —me incorporo, frotándome la nuca; el dolor me retumba en la cabeza.

—¿Te has hecho daño, nena? —papá corre hacia mí, con pasos apremiados.

—No, estoy bien —sonrío, levantándome con su mano firme; la palma, cálida.

—Estos cabrones no tienen remedio —chasquea Sheila—. ¡Se comportan como críos! ¡Y pronto cumplen dieciocho!

—Es que nos sobra energía —responde Joseph, arrancándose la máscara de Jason, con el pelo despeinado.

—Ya os la sacarán en la universidad. Créeme —refunfuña papá.

—Estamos felicísimos de que estés de vuelta, Kimberly. —John me abraza; su abrazo es cálido como una manta.

—Ya veo. Habéis dejado la casa… —me pego a su pecho, aspirando su olor familiar; he echado de menos como una loca al mejor padre del mundo—. Y todos estos adornos pasados de moda: esqueletos, calabazas, máscaras de silicona… Hacía mucho que no

veía algo así. ¿Dónde están los hologramas? Es más fácil y luego no hay que fregar la casa.

—Tonterías. —Sheila se acerca y me besa en la mejilla; sus labios son suaves—. Sabemos lo mucho que te gustan estas cosas de los viejos filmes de terror.

—¿Y eso? —me río, besándola yo también.

—Ángel nos chivó cómo hacerte ilusión —responde mamá.

Ángel. El corazón se me sube a la garganta y la cara se me ilumina como si alguien encendiera un foco. Basta pensar en él para que brille como un fuego artificial reflejado en mis ojos.

—¿Está aquí? —casi chillo, con la voz temblando de emoción.

—No… —Sheila entorna los ojos y mi entusiasmo se apaga al instante como una vela al viento.

—Vale, Kimberly necesita descansar —dice papá, abrazándome por los hombros—. Luego cenamos y después nos vemos un montón de tus pelis de terror favoritas.

—Pero si no te gustan —me río.

—Y a ti no te gustan mis películas románticas. ¡Ni siquiera lloraste con *Tres metros sobre el cielo*!

—Papá, es un clásico rancio. Aburrido y previsible.

—Jesús, te ha mordido tu tía Jessi. Igual de fría —gruñe.

—¿Y cómo la atravesó Justin? —me río, con las mejillas encendidas.

—¡Tenía una varita mágica! —grita Sheila desde la cocina.

—¡Sheila! —se tensa papá.

—Vamos, que Kimberly ya es mayor. Y sabe quién a quién y con qué puede atravesar. Lo importante es la chispa, nena.

—¿Y con papá hubo chispa desde el principio?

—No —corta mamá.

—Sí —afirma John con firmeza, con los ojos brillantes.

Me río hasta las lágrimas; me escuecen los ojos.

—¿Cómo que "no", Sheila? ¡Qué les estás contando a nuestros hijos!

—La verdad, John, no la cursilería de tus comedias románticas. Que sepan que eso solo pasa en el cine.

—¡Mentira! ¡Yo te amé a primera vista y te amo aún!

—Jesús —me derrito—. Sois la pareja más guay del mundo. En serio. Quiero algo como lo vuestro. Y como lo de Jessi y Justin. Sois el ejemplo de relación ideal.

—Ay, cariño, ya te contaré luego lo lejos que está eso de la realidad —asoma Sheila desde la cocina con una sonrisa pícara.

—¡A ver, no entiendo nada! ¡Sheila! ¿Qué está pasando? —papá me suelta y sale disparado tras mamá; ella se ríe y huye. Y luego nos llaman niños.

Sonrío mientras subo a mi cuarto; los peldaños crujen bajo mis pies. ¡Qué feliz estoy de estar en casa! Cada pared, cada rincón está impregnado de amor. Tengo una suerte enorme con mi familia: siempre me dieron muchísima libertad, sobre todo papá. Siempre fui su ojito derecho, incluso más que la pequeña Cindy. Tenemos una conexión especial que solo sentimos nosotros; se me calienta el pecho.

Mis cosas ya han llegado; la habitación está atestada de cajas con ropa de marca. Tendré que contratar a alguien para que ponga orden en este caos *fashion*. Solo deshago una maleta y saco el disfraz de Halloween.

No tengo quince, pero quiero pillar a Ángel desprevenido, llevarle al límite, volverle loco, destripar todo lo que contuvo hace tres años en aquel contenedor del puerto. Pienso cumplir todos sus deseos más sucios y luego absolverle de sus pecados; el calor me envuelve el cuerpo.

Después de cenar con la familia, me encierro en la habitación y me preparo para la noche con Ángel; el corazón me retumba como un tambor. Me maquillo, los dedos me resbalan por la piel, y vuelvo a rechazar una llamada de Rikki. ¡Que le den! No va a fastidiarme la velada.

Tocan a la puerta y se abre sin esperar respuesta. Estoy con lencería negra de cuero; las medias con liguero me ciñen las piernas. Un arnés con tachuelas me recoge el pecho y el cuello; las correas brillan bajo la lámpara. Me aparto del espejo de un salto y agarro la colcha de la cama; la tela cruje cuando entra Ángel en la habitación, y sus ojos chispean como neón.

Capítulo 24. Kimberly

Miro a Ángel y mis manos, por su cuenta, dejan caer la colcha al suelo; la tela susurra al deslizarse hasta mis pies. No quería que me viera con esta lencería de cuero hasta nuestro encuentro en el puerto. Pero, maldita sea, está aquí, tan guapo y ausente, y un deseo salvaje de mostrárselo todo me arde por dentro. Quiero recordarle lo que sintió, de qué ha estado privado toda una semana. Sé que le va a gustar. Quiero sentir cuánto la ha echado de menos; el corazón se me desboca.

Ángel traga saliva y carraspea; se le tensan los pómulos afilados y la mandíbula, se le marcan las venas del cuello. Da un portazo, suena la cerradura, y yo estoy lista para gemir de entusiasmo. Ven, bésame. Te he echado de menos como una loca; el calor se extiende por mi cuerpo, la piel me arde.

Pero, en lugar de lanzarse hacia mí, Ángel da un brusco paso atrás y cierra la mano en un puño; los dedos se le ponen blancos.

—Ponte algo encima. Estamos en casa de tus padres —su voz, fría como el hielo, me corta el corazón.

Se me salta un latido y siento un pinchazo doloroso, como si alguien me clavara una aguja en el pecho. No me gusta su distancia. Me asusta su seriedad, la concentración en su cara, la amargura de

sus ojos oscuros, que se me escapan hacia cualquier parte. ¿De verdad él…? No, no quiero ni pensarlo; se me cierra la garganta.

—¿No me vas a besar? —mi voz suena tensa, me tiembla como una cuerda fina.

Las lágrimas me suben a los ojos y me queman los párpados. Quiero estar equivocada. Quiero que mi sexto sentido me falle. Quiero no tener razón. No lo voy a soportar.

—¿Es que no me has echado de menos? —me burlo, nerviosa, como una histérica; las mejillas me arden.

Tengo miedo, pero me esfuerzo por parecer alegre, aunque por dentro todo se me retuerce en una bola dura que me sube a la garganta, y me entra la fiebre.

—Te he echado de menos una barbaridad —susurra Ángel, alzando por fin la mirada hacia mí.

En sus ojos hay tanto pesar y tristeza que podría ahogarme en ellos; el corazón se me encoge. Por favor, ¡quiero estar equivocada!

—En realidad, habíamos quedado en el puerto —me animo de pega mientras correteo por la habitación buscando ropa; me tiemblan las piernas. Mejor taparme, si me mira así.

—Kimberly… —su voz pesa como una piedra.

—Me has fastidiado la sorpresa, Ángel —me río, pero me sale desgarrada; se me quiebra la voz. Echo a correr hacia la esquina a por la bata; la tela susurra en mis manos.

—Kimberly.

—Hasta me he maquillado. ¿Me queda bien? —No paro, voy y vengo sin descanso; el corazón me late a mil. Me tiemblan las manos, se me doblan las piernas, pero no puedo dejar de dar vueltas por el dormitorio—. He elegido el look de una monja maldita por su lujuria. Te gusta, ¿verdad?

—Kimberly, tenemos que hablar.

No quiero oírle.

No quiero que siga.

No va a decir nada bueno. Me va a romper el corazón, lo siento. Se me sale del pecho, intenta huir para no hacerse añicos en mil pedazos que luego no habrá manera de pegar; las lágrimas me escuecen en los ojos.

—Kimberly, para. —Ángel me agarra de la mano justo cuando vuelvo a pasar a su lado; sus dedos están calientes. Me quedo clavada frente a él; nos separan un par de pulgadas. Oigo cómo le retumba el corazón; el pecho se le alza y baja. Traga saliva y, a mí, me arranca un torrente histérico de palabras. No puedo callarme. No quiero que hable.

—Voy a ser muy pecadora esta noche. ¿Vas a cometer el pecado conmigo? —mis dedos van al cinturón de la bata, que al final sí me he puesto, pero Ángel me intercepta la mano; su sujeción es firme. Me deja inmóvil, presa de sus dedos. Me aprieta ambas muñecas con sus palmas y me las pega al pecho. Respira con dificultad, los ojos oscuros como una tormenta. Me mira como si fuera a anunciarme mi muerte. La de mi alma.

—Por favor, escúchame.

Ángel está en tensión, la mandíbula apretada, los maseteros marcándose bajo los pómulos. La mirada castaña, más oscura que la noche cerrada. Me atasco. Me hundo. Y él no va a ayudar. Hoy me va a hundir él mismo; las lágrimas me muerden los ojos.

—No. —Se me llenan los ojos de agua; no quiero llorar, pero ya no me controlo. Las emociones me arrastran al pozo de la histeria—. ¡No! —aprieto los puños y golpeo a Ángel en el pecho con los dientes apretados; el golpe suena sordo. Por sorpresa me suelta—. No has podido, ¿verdad? —Las lágrimas me corren por las mejillas, calientes, saladas—. ¡Ya lo sabía! —sollozo, lloro a moco tendido; se me quiebra la voz—. ¡Decías que me querías! ¡Pero la has elegido a ella!

Es el final. La felicidad ha sido fugaz y engañosa. Me la inventé yo sola. Creí que no había barreras para nosotros. Pero Ángel las levanta con sus propias manos para no estar conmigo. Nunca lo ha querido de verdad. Solo lo confundí durante una noche. Una sola. Y luego se acabó. Mientras yo construía castillos en el aire, él levantaba barricadas a ras de suelo; el pecho se me encoge.

—Kimberly, no es así. —Se inclina hacia mí, pero le golpeo las manos; las palmas me tiemblan.

—¡No me toques! —me abrazo los hombros, me hundo las uñas en la piel, me la araño hasta hacerme sangre para acallar el dolor del

alma—. ¡Me has mentido todo el tiempo! Para ti sigo siendo la niñata de siempre. Poco seria. Tonta. Ingenua. Voluble. Por las de ese tipo no se deja a una dama sutil y casta. A esas solo se las prueba cuando uno flaquea y luego se vuelve con sus novias perfectas para construir relaciones perfectas con ellas.

—¡Kimberly, basta! ¡Te equivocas! —me sujeta por los hombros, pero me zafio y le cruzo la cara de un bofetón; la palma me arde.

Ángel se echa atrás y me mira asombrado, con los ojos muy abiertos.

—Lárgate con tu Rebeca —escupo entre dientes; la rabia tapa el dolor. El agujero del corazón sangra, pero la ira actúa como anestesia, y no sé cuánto me va a durar—. ¡Pídele que se case contigo! —le doy un empujón en el hombro mientras corro hacia la cama; el cuerpo me tiembla.

Meto la mano bajo el colchón, palpo la maldita cajita con el anillo que Ángel «perdió», la saco y se la tiro a la cara. La caja de terciopelo rebota en su pecho y cae al suelo; rueda bajo el sillón, golpea la pata y se detiene sin abrirse.

—¿La has tenido tú todo este tiempo? —Ángel mira la caja; la voz le sale ronca.

—¡Sí! —se la birlé del bolsillo en el puerto. Idiota de mí. Pensé que así te lo replantearías. —Suelto una risa convulsa entre lágrimas; se me cierra la garganta—. Pensé que te darías cuenta de que estabas cometiendo un error. Que abrirías los ojos y verías cuánto te he querido todo este tiempo.

—¡Joder! —Ángel me alcanza en dos zancadas y me hinca los dedos en los hombros; me sacude—. ¡Yo también te he querido! ¡Y te quiero aún! Te quiero una barbaridad, pero no puedo hacer otra cosa.

—¡Claro! —me río en su cara y me relamo los labios salados—. ¡Precisamente por quererme has elegido a la jodida Rebeca!

—¡Está embarazada! —grita Ángel, apretándome los hombros hasta hacerme daño; su aliento me quema la cara.

Todo se detiene. Una sola frase me sacude la conciencia y me expulsa de la realidad. Hace un momento era dura y estaba enfadada, y ahora me vuelvo blanda y débil. Se me doblan las

rodillas, me escurro hasta el suelo, me agarro al contorno borroso de Ángel e intento entender. Embarazada. Rebeca está embarazada. Lleva a su hijo dentro. Y eso significa que Ángel se quedará con ella para siempre. Ya no es mío. Y nunca lo será. Ni siquiera por una noche. No se habría liado conmigo si lo hubiera sabido antes.

Me enteré hace tres días… —inclina la cabeza y se pasa las manos temblorosas por el pelo—. Perdóname… Yo…

Las lágrimas me resbalan por las mejillas, pero ya no sollozo, no me ahogo. La nueva oleada de dolor y desesperación es muda. No me quedan fuerzas. Se acabó. Fuimos felices una noche; el pecho se me aprieta como en un torno.

Alargo la mano hacia el sillón, cojo despacio la caja del anillo para Rebeca, la cubro con los dedos y, como puedo, me pongo en pie sobre unas piernas flojas. En piloto automático me acerco a Ángel. Tiene los brazos caídos a los lados. Calla, como si fuera mudo. Se ha quedado sin palabras.

Cubro con el dorso de mi mano la suya y le deposito dentro la caja, que nunca me perteneció. No tenía derecho a robarla. Ángel se encuentra con mi mirada, llena de amargura y tormento. Hay tanto dolor que ya no hay palabras para él.

—Yo misma os deseé que tuvierais hijos —sonrío, cansada, con lágrimas corriéndome por las mejillas. Me cuesta tanto decirlo que, en vez de romper a llorar, casi me río; la voz me tiembla. Parece que me estoy volviendo loca. O algo así.

—Te quiero, Kimberly. —Sus dedos buscan los míos y los aprietan a la altura de nuestras caderas, junto con la caja de terciopelo.

Cierro los párpados un segundo; querría ceder, decir que saldremos adelante, pero no es verdad. No voy a poder arrebatárselo a una novia embarazada. Y él no va a poder irse. Ángel tiene unos principios morales demasiado altos, y solo yo siempre lo he empujado al pecado, lo he incitado a cruzar la línea. Me parece que esta vez hemos llegado al límite.

Ángel inclina la cabeza; su nariz roza mi pómulo y el calor de su aliento me quema la piel. Sus dedos se clavan aún más en mi mano.

—Por favor, vete… —aprieto los ojos, rogando por dentro que mi corazón se calme, o va a estallar. Él respira demasiado rápido, con el

pecho pegado al mío; allí también late un corazón acribillado.

—Por favor… —repito cuando la punta de su nariz arrastra una lágrima por mi mejilla—. Me estás haciendo daño.

Ángel inspira hondo, cierra los puños sin soltar mi mano y se aparta de golpe. No me mira y abandona mi dormitorio; la puerta da un portazo. Yo me desplomo de rodillas; las lágrimas corren a mares y ahora no las contengo, los sollozos me sacuden el cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasa mientras estoy en el suelo hecha un ovillo, en posición fetal; las lágrimas aún me queman las mejillas. Mamá aparece en el dormitorio; sus pasos son quedos, cautelosos.

—Kimberly… —su voz es suave, pero oigo en ella la inquietud; se me acerca más.

—Estoy bien, mamá —susurro; la voz me tiembla como una hoja de otoño—. Necesito cinco minutos más.

Sheila calla, pero el roce a mi espalda delata que se mueve. Se tumba en el suelo, a mi lado, y me abraza; sus brazos están cálidos, tranquilizadores. Inspiro el perfume conocido, el ámbar me envuelve como una manta.

—Le quiero, mamá… —vuelven las lágrimas, calientes, inoportunas; me ruedan por las mejillas.

—Lo sé —me besa en la coronilla; sus labios son suaves.

—Él también me quiere. —Resuello por la nariz; se me quiebra la voz—. Lo siento.

—Lo sé —susurra Sheila; su voz es cálida como un té con miel.

—Pero es demasiado complicado —consigo decir; el pecho se me aprieta como en un torno.

—Ven aquí —mamá me tira de la mano para hacerme sentar; tiene los dedos delicados. Se sienta enfrente y me seca las lágrimas bajo los ojos, con caricias ligeras como plumas—. Ángel siempre ha sido extraordinario y complicado. Desde niño. Y tiene de quién, maldita sea. Pero me da que él es más complicado que todos juntos. Ángel ha cogido lo mejor de sus dos padres, pero también ha heredado su doble hermetismo. Justin era insufrible a su edad. Jonathan White, dicen, sigue siendo un enigma para todos. ¿Me entiendes?

—¿Insinúas que he elegido al hombre equivocado? —frunzo el ceño; se me juntan las cejas, el corazón me golpea.

—No —mamá me sonríe con calidez, aunque le asoma la preocupación en los ojos—. Digo que el corazón de Ángel es una profundidad aún por explorar. Si te deja entrar, te va a arrastrar. Pero, ojo, no te ahogues, Kim. —Me toca la cara para que la mire; sus dedos están tibios—. Piensa dos veces si de verdad lo necesitas. —Su sonrisa es suave, pero con una nota de inquietud—. Y ahora ponte el disfraz y vete a despejarte, ¿de acuerdo? A tu edad yo me colgaba por cualquier sitio menos en casa. —Se ríe y me aprieta en un abrazo fuerte; su abrazo huele a hogar.

—¿Quieres que te ayude a rehacer el maquillaje? Me temo que este no tiene arreglo.

—No hace falta. —La abrazo también; me pego a ella más fuerte —. Me las apaño.

—No lo dudo. —Mamá sonríe, y, cuando la puerta se cierra tras ella, me permito derrumbarme al suelo cinco jodidos minutos más. Aún los necesito. Como a Ángel. Mamá no lo sabe, pero ya es tarde: me ha arrastrado. Ya me he ido a pique; el corazón se me ahoga en dolor.

El móvil vibra por vigésima vez; la pantalla parpadea. Ahora Ivana se empeña en llamar mi atención. Estoy harta de ignorar a todo el mundo, así que contesto; los dedos me tiemblan en el botón.

—¿Qué quieres, guapa? —intento sonar animada mientras, con esfuerzo, me incorporo del suelo y trepo a la cama; el colchón cede bajo mí.

—Tú. Enterita. —El altavoz escupe una voz ronca y de fumador. Ebria. Rikki. Se me salta un latido y me arden las mejillas de rabia.

—En uno de tus sueños más brillantes e inolvidables —chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco; los dedos aprietan el móvil.

—No me he ofendido contigo, peque, aunque me dejaras tirado en Milán —se ríe Rikki; su voz es pegajosa como la miel.

—Te rechacé de antemano, Rikki. Por favor, déjame en paz — consigo decir, con la voz cansada, agotada; ya no tengo fuerzas para mandarte a la mierda.

—Estás algo plof, Kimberly. Vente a la fiesta. Nos despejamos — repta él, y le oigo dar una calada.

—¡Ven, peque! —grita Ivana de fondo; su voz tintinea de emoción —. ¡He puesto tu nombre en la lista!

—¿Qué disfraz has elegido? —insiste Rikki; su tono me irrita aún más.

—De monja —murmuro, echando una mirada a mi reflejo en el espejo.

Suspiro hondo; el pecho se me oprime. De la monja pecadora no queda nada: solo la ropa interior de cuero negro y el arnés; las correas me ciñen el pecho, la cintura y el cuello, como una jaula. La cara es un desastre total; las lágrimas se han llevado todo el maquillaje, junto con la alegría con la que debía arder esta noche. Nuestra noche. La mía y la de Ángel. El dolor en el pecho vuelve a prender con fuerza; se me contrae el rostro.

—Peque, eso tengo que verlo. —Rikki se relame; casi oigo su lengua resbalar por los labios—. Ven. Demuestra quién es la reina de esta noche.

La reina de la noche. Rikki sabe que siempre he sido yo. Brillaba más que nadie, me disfrazaba, lo daba todo hasta el amanecer, ardía como una estrella, no pertenecía a nadie. ¿Dónde ha ido a parar aquella Kimberly? Ha sido volver a Los Ángeles y todo se ha vuelto demasiado difícil: olvidar, pasar página. Es imposible cuando he sabido lo bien que sienta estar en su amor; el corazón me duele como una herida abierta.

—Voy. —Cuelgo y me limpio el maquillaje corrido; los dedos me tiemblan, el espejo me devuelve unos ojos rojos. Iré. Y me evadiré. Pasaré de todo. De él, de su novia embarazada. Aunque sea por una noche.

Capítulo 25. Kimberly

El espacio oscuro lo cortan fogonazos de neón —rosas, verdes, azules—, tan intensos que entrecierro los ojos; me escuecen. En la luz vibrante se cruzan figuras, los cuerpos se contorsionan al compás de un tecno demencial; el ritmo me golpea en las sienes. Todos celebran, eufóricos, bajo un confeti plateado que cae y se pega a la piel.

Algunos beben, se besan, follan en sofás de cuero blando como bestias; los gemidos se mezclan con la música. Unos se la chupan, otros se masturban mirando a chicos y chicas en jaulas colgantes; sus siluetas se arquean en la penumbra. Nadie se corta. Es una fiesta privada, sórdida, a la que no entra nadie sin invitación a este infierno. Pero estoy en la lista.

Ya he visto libertinaje así en Europa. He bailado. Me gustaba cuando me miraban fijamente; se les caía la baba, se derretían, pero no podían tenerme. Era su fruto prohibido, y eso me excitaba; el calor se me extendía por el cuerpo.

Pero hoy me da asco; me pica la piel, como si se me metieran insectos por debajo. Demasiada mugre. Me empapa, pegajosa como la resina, y quiero arañarme hasta sangrar para librarme de esta sensación.

—¡Nena! —chilla Ivana, colgándose de mi cuello y casi haciéndome caer; su perfume huele a ámbar dulce—. ¡Estás brutal! Tú… en plan… ¿monja? —me palpa el bajo corto de mi «sotana», los dedos resbalan por la tela—. Muy *hot*. Ya me apetece follarte —ríe y me da una palmada en el culo; la mano suena seca.

—No te aceleres, cariño —Rikki aparece a mi lado, aparta las manos de Ivana de mí y las sustituye por las suyas, calientes y pegajosas. Me atrae hacia él; el pecho me choca contra su torso—. Endemoniadamente *hot*. En eso coincido.

—Apártate, Rikki. —Me quito sus manos de encima y me aparto; las mejillas me arden de irritación.

—¿Kimberly no está de humor en su fiesta favorita del año? —Rikki alza una ceja; los ojos le brillan bajo el neón—. ¿Ha pasado algo?

—Está todo bien —chasqueo la lengua, cerrando los puños; las uñas se me clavan en las palmas—. Solo necesito beber.

—Vamos. —Rikki me agarra de la mano y me arrastra; el agarre es duro. Ivana salta a nuestro lado, borracha, alegre; sus tacones repiquetean en el suelo.

—El bar está allí —me resisto, señalando al lado contrario del club, donde parpadean luces.

—Nosotros tenemos nuestro propio bar. —Rikki no se detiene; me lleva hacia una escalera que baja; los peldaños tintinean bajo los pies.

No me da tiempo a reaccionar y bajo tras Ivana y Rikki; los tacones repican en el metal, el corazón se me acelera.

—¿Adónde vamos? —miro alrededor, observando las paredes negras del pasillo largo bajo la luz mortecina. La música del club apenas llega; solo estorbaría.

A la derecha hay ventanales de suelo a techo, pero tras ellos hay oscuridad; la luz aún no está encendida. Sé lo que habrá cuando la enciendan. Todo eso ya lo he visto. Sé cómo se pone Rikki mirando a una pareja de lesbianas tras el cristal. A veces eran mis amigas.

Se lamían sobre sábanas de seda negra y nosotros, Rikki y yo, estábamos al otro lado del cristal.

Luego él se unía y se las follaba.

Luego lo hacían sus amigos.

Luego follaban todos juntos, pero a mí no me tocaban. Nadie me obligó nunca. Todo era consentido. Y yo no quería a nadie más que a Ángel.

Pero miraba. Y me excitaba; el calor me ardía entre los muslos. Cruzaba las piernas, me acariciaba con los dedos bajo el vestido corto, imaginándonos a Ángel y a mí en esas sábanas. Pensaba en alguien mirándonos y poniéndose caliente con lo apasionado que él me follaba. Me llevaba al orgasmo; el aliento me empañaba el cristal. Rikki me miraba mientras hincaba los dientes en el cuello de Eva o de Shauna y se corría. Y yo imaginaba a Ángel corriéndose.

Pero ninguna fantasía se compara con la realidad. Ángel resultó ser un millón de veces más caliente. Me incendió hasta las cenizas. Y ahora solo quedan brasas. Y no quiero volver a avivarlas; me duele el corazón.

—¡Rikki, para! —protesto, arrancando mi mano de su agarre; los dedos me tiemblan—. Solo quiero beber. Y ya.

—Solo beberás, nena, lo prometo —se detiene y se gira hacia mí; los ojos le brillan. Ivana se lanza por la puerta que él ha abierto.

Nos quedamos a solas en la penumbra del pasillo.

—¿En serio? —me burlo, cruzándome de brazos; el arnés me oprime el pecho.

—¿Te he mentido alguna vez? —Rikki se acerca, me rodea la cintura; los dedos, ardientes. Retrocedo hasta apoyar la espalda en la pared fría—. Me gusta tu maquillaje… —sus dedos tatuados rozan mi pómulo, tocan los surcos negros bajo los ojos, lágrimas pintadas —. Y me gusta tu traje… —su mano se desliza al cuello, encuentra el cinturón de cuero del arnés bajo el cuello de la «sotana»—. Me gustaría verlo entero. Creo que abajo se esconde lo más interesante.

—¡Sigue soñando! —le aparto la mano y le empujo en el pecho; la palma golpea su torso duro. Se ríe grave, pero retrocede.

—Algún día no aguantarás y me follarás tú a mí —entorna los ojos, se humedece el labio—. Y ten por seguro que yo no me resistiré.

—Tu polla no me interesa, Rikki. —Me giro para entrar tras Ivana, pero él me atrapa del codo y me pega a su pecho; su aliento me da en la cara.

—¿Tu guaperas ha apreciado tu fidelidad? —su voz corta como un cuchillo.

—No es asunto tuyo —le silbo, intentando soltarme, pero Rikki me aprieta más el codo; los dedos se me clavan.

—¿Se lo merece, Kimberly? ¿Ya lo has averiguado? —mi pecho choca con su torso; el ámbar de los cócteles me golpea en la nariz; frunzo el ceño—. Entonces, ¿por qué no estás hoy con él?

—Te lo repito por última vez: no es asunto tuyo. —Pronuncio cada palabra con claridad; me arden los ojos.

Rikki resopla, se carcajea y me empuja dentro de la sala; la puerta se cierra de golpe. Me sumerjo en la penumbra, los *beats* melódicos me vibran en el pecho. En un diván tallado, tapizado de terciopelo rojo, Glen se está comiendo la boca con un chico; Ivana se ha subido a horcajadas sobre un desconocido y le desabrocha la camisa negra; los dedos le vuelan. Glen sigue metiéndole la lengua hasta el fondo al chico.

—Yo solo quería beber. —Retrocedo hacia la puerta, el corazón a mil.

—Y solo beberemos —sonríe Rikki—. Eh, ¿oís? Nuestra nena solo quiere beber. Guardad las pollas en los pantalones. Y tú, Ivana, junta las piernas al menos cinco minutos. Total, Glen se va a follar a este guapete y no a ti.

—Me cago en tu madre, Rikki, vete a la mierda. —Ivana, dolida, se escurre de las rodillas del desconocido y se arregla el vestido de látex negro; su disfraz de mujer gato brilla en la penumbra.

Solo ahora me doy cuenta de que Glen va de diablo: torso desnudo, a su espalda ondean hologramas de alas puntiagudas; en la cabeza, unos cuernos recargados. Epatante. Pero el *look* diabólico le quedaría mejor a Rikki.

—Me alegro de verte, Kimberly. —Glen se acerca, me besa en la mejilla; sus colmillos brillan sin impedirle seguir chupándose con ese chico—. Pedazo de *outfit*. Adoro a los reverendos. Es tan placentero tentarlos… Y luego corromperlos…

Echo una mirada al chico a su espalda: va disfrazado de sacerdote. Rikki se ríe.

—Seguirás con tus tentaciones luego. —Rikki se acerca a la mesa, sirve copas; los vasos tintinean. Ivana se inclina y se esnifa una raya del espejo al lado de la botella.

Yo también habría aceptado. Antes. Pero ahora no lo necesito. Y entonces tampoco. Simplemente… me evadí. Me solté. Quise distraerme del ansia por Ángel, y Rikki me enseñó cómo. Me gustaba. Pero fui una idiota. Ahora todo ha cambiado.

Ivana se endereza, me hace un gesto, invitándome, pero niego con la cabeza, los labios apretados. Ya he tenido bastante de drogas. No es esta la vida que quiero. En absoluto…

«Ella está embarazada», el pensamiento me atraviesa la mente como un cuchillo. No, yo. Rebeca lleva en su vientre el hijo de Ángel. Con ella se casará. A ella le sonreirá como me sonreía a mí. Qué amargo.

Aprieto los dientes, me trago el nudo en la garganta; raspa, cae al estómago como una piedra, tira hacia abajo, pero me mantengo en pie. Me rompo, pero resisto. Cojo el vaso de las manos de Rikki, me lo bebo de un trago, el sabor ardiente me golpea en la garganta y suelto el aire con estrépito. Necesito más.

Tengo las piernas echadas sobre los muslos de Rikki, la espalda apoyada en el hombro de Glen; su piel me quema en la nuca. Vincent, un desconocido con un cóctel, se ríe mirando a Ivana; los ojos le brillan tras un par de rayas. Ella se ha quitado los tacones, se ha subido a la mesa y baila, levantándose el vestido de látex y meneando el culo con unas bragas semitransparentes que no esconden nada; sus movimientos son bruscos, provocadores.

Rikki me sirve más; el vaso me enfría los dedos y hace clic con el mando, apagando la luz de la sala. Me tenso, el corazón se acelera; intento quitar las piernas de sus muslos, pero me atrapa por el tobillo; el agarre es duro.

—Tranquila, solo vamos a mirar —susurra Rikki; su aliento huele a ámbar y whisky. Pulsa otro botón. Tras el cristal negro se encienden lámparas rojas que lo bañan todo en escarlata—. Para no aburrirnos —sonríe con sorna; los ojos le brillan.

Al otro lado de la ventana hay una estructura de hierro en forma de X, a la que una chica desnuda está encadenada. Tiene los ojos

vendados con una cinta de satén negro; no ve nada. Las manos, inmovilizadas sobre la cabeza; las piernas, separadas y sujetas con grilletes. El pecho se le agita, respira deprisa; tiene los labios resecos, se los humedece con la lengua, se remueve; las cadenas tintinean.

Se consume, se derrite de anticipación, y cada segundo en esa oscuridad la excita más. De no ser por las ataduras, sus dedos ya estarían acariciando el clítoris hinchado o pellizcando los pezones duros. Pero solo puede esperar; la piel le tiembla de expectación.

Un hombre alto y ancho de hombros entra en esa sala; sus pasos son pesados. La luz roja lame sus músculos marcados, resalta los contornos del cuerpo desnudo y de la polla erecta. En la cara, una máscara negra. Va hacia la chica; lleva un *flogger* en la mano; las colas de cuero se balancean.

—No, no quiero… —hago ademán de incorporarme, sabiendo lo que viene, pero Rikki me corta y me sienta en su regazo. Casi choco la frente con la suya; su aliento quema.

—Relájate, nena. Solo mira —susurra, girando con suavidad mi cara hacia el cristal; sus dedos arden.

Miro alrededor: en el diván, Glen besa a Vincent; sus bocas se funden, e Ivana le mete la mano a Vincent en los pantalones, sobándole la polla; los dedos le vuelan.

—Bebe más y mira. —Rikki me rellena la copa; el vaso tintinea. Su palma me sube por el muslo; la piel me arde bajo los dedos—. No hay que perderse un *show* así, ¿a que no? —sus labios húmedos rozan mi cuello; el aliento tibio me acaricia la piel y me recorren escalofríos por la espalda.

Miro el cristal: el hombre enmascarado golpea a la chica con el *flogger* en el vientre; las colas de cuero azotan. Ella se estremece, gime mordiéndose el labio. Él vuelve a alzar el brazo y ahora le da, con un latigazo, entre las piernas. Ella se retuerce, gime alto, tapando el tintinear de las cadenas; la voz, ronca.

—Le gusta… —exhala con lascivia Rikki a mi oído; el aliento me cosquillea—. Y a ellos también…

Señala a Ivana, que está de rodillas entre las piernas de Vincent; se mete su polla en la boca y se mueve con intensidad. Glen le

arranca la camisa al chico y le acaricia los pezones con la lengua. Vincent mira tras el cristal; con una mano soba el rabo de Glen y con la otra aprieta la cabeza de Ivana, obligándola a tragársela más hondo.

—Y a ti, nena, ¿te gusta? —la mano de Rikki se mete bajo mi «sotana»; la otra tira del cinturón del arnés entre mis pechos, atrayéndome. Choco contra su pecho tatuado; me cabecea la cabeza; sus labios atrapan los míos, ávidos, mandones—. Fóllame, Kimberly. —Me acomoda en sus muslos; empuja con la pelvis; su polla dura me presiona entre las piernas—. Fóllame. Comparte conmigo tu pecado. Reza por mí con tus gemidos.

A mi espalda, la chica tras el cristal gime ronca. Los azotes se aceleran; solloza, suplica que la coja, ruega. Rikki vuelve a empujar contra mí; sus movimientos son insistentes.

—Fóllame, nena. Tú lo deseas. —Hace otra embestida, obligándome a abrir más las piernas—. Peca conmigo.

Me gustaría. Perderme. Borrar a Ángel. Tapar lo mejor que he tenido en mi vida. Intentar sustituir a quien es insustituible. Tengo la cabeza nublada; apenas razono. Muevo las caderas, me froto contra Rikki, pero solo veo a Ángel. Me parece que estoy a horcajadas sobre él. Sus dedos me acarician bajo las bragas, me arrancan la «sotana», tiran de las correas del arnés, me arrancan gemidos.

Estamos en el puerto, en ese contenedor donde quise perder la virginidad hace tres años. Donde quise entregarme a él hoy, con este maldito arnés, porque le habría gustado. Me apretaría el cuello, tiraría de las correas hasta dejarme sin aire y entraría en mí con brusquedad. Él sería pecaminoso, yo —depravada. Pecaríamos juntos.

—Ángel… —cierro los ojos, me ensarto en los dedos que entran en mi sexo mojado—. Ángel, te quiero…

Pierdo el juicio; no distingo realidad y fantasía. Me muerden los labios, me manosean el cuerpo con ansia. Me vierten alcohol en la garganta, demasiado; me resbala por la barbilla, el cuello, el pecho. Mis pezones se rozan con las correas del arnés, duros como piedras.

Echo la cabeza atrás, me olvido de todo, me hundo en los gemidos tras el cristal, en los suspiros a mi lado. Golpes de cuerpos, sollozos,

gritos de orgasmos alrededor. Todos están tan bien. Y yo. Los párpados me tiemblan, me desmadejo, me hundo en las manos de Ángel —grandes, calientes, exigentes—. Están en todas partes. Me pierdo en las ilusiones y me voy.

Vuelvo en mí un instante. Me arrastran por el pasillo; manos ajenas, bruscas. Otra caída. Veo gente, ni Glen ni Ivana. Las caras, borrosas. Vuelvo a perder el sentido. Me abofetean, me sacuden, me dan palmadas en las mejillas para que reaccione. Los párpados pesan, me tiemblan, pero se levantan. Delante, Rikki; su mirada es fría. El olor punzante del alcohol me golpea; me dan arcadas. Sus dedos me aprietan las mejillas, hunden; duele.

—Suerte tienes de que no me guste follar con troncos —escupe, apretando más; luego me empuja y caigo al suelo frío; el cuerpo golpea sordo—. Pero no te preocupes, ya nos divertiremos.

—Ángel… —susurro, la voz débil.

—Hoy llámales como te dé la gana. —Su risa sarcástica me taladra los oídos, y me apago.

Varias manos me levantan, me llevan, me aplastan, me hacen daño. Quiero gritar, pero la lengua no se mueve, la boca no se abre.

—Mira, ha espabilado —se carcajea alguien.

—¿Qué más da? No se va a acordar. Venga, rápido. Déjala aquí. En breve llegan los espectadores; han soltado una pasta por esta putita.

—¿Vas primero?

—Sí, joder. Quiero follarme su culo prieto.

—Una pena que no vaya a chupar. Está hecha polvo.

—Me da igual. Lo importante es que no va a resistirse. Rikki lo ha apañado todo.

—Es hora de empezar.

Me tiran boca abajo sobre una superficie dura; el golpe me retumba en los huesos. Uno me ata las piernas; las cuerdas se me clavan en la piel. Otro me agarra la mandíbula, me tira la cara hacia arriba; su aliento apesta a resaca.

—Bueno, preciosa, ¿montamos el show? Has reunido a un buen público.

Capítulo 26. Ángel

«Necesito beber», es lo único que pienso mientras me siento en el Tesla y conduzco hacia casa de Miwei.

Le cuento lo del embarazo de Rebeca, lo del anillo, lo que siento por Kimberly, lo capullo que soy. Lo regamos con ron. Luego otra vez. Y otra. No me tira volver a casa. No quiero ver allí las cosas de Rebeca, sentir su presencia en cada habitación. Soy un capullo. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cuándo se fue todo al carajo? El pecho se me encoge, los dedos me tiemblan alrededor del vaso.

—Tío, asúmelo —Miwai sorbe el ron; le brillan los ojos—. No es la peor opción. Rebeca está buenísima. Te parirá un heredero. Y nadie te impide luego follarte a Kimberly.

—Cierra el pico, Miwei —le gruño; se me tensa la mandíbula.

—Anda ya —se ríe, encogiéndose de hombros—. No vayas de santo. Basta, Ángel. Somos así. Amamos a unas, nos follamos a otras. Es lo normal. Y encima Rebeca se tragará todo lo que le sueltes.

—No lo hará —corto, apretando el vaso; el hielo tintinea.

—Y tanto que lo hará. Ya te perdonó la infidelidad. ¿Crees que no lo sabe? ¿Que no lo sospecha? ¿Que no lo siente? Las tías lo saben todo. Tienen radar para otras tipas. Te huelen el perfume ajeno. Y

les da igual que te hayas duchado cien veces y te hayas lavado la polla: lo van a olisquear.

—Quería decírselo, Miwei. Lo habría dejado todo si… —me cubro la cara con las manos; el ron queda intacto, los dedos me tiemblan.

—Pasa. Bah, chorradas. Todo se olvida y se arregla.

—No quiero así. No puedo. Me aplasta —la voz me raspa, el pecho me aprieta.

—¿No la quieres? —Miwai entorna los ojos; su mirada se vuelve cortante.

—¿A Rebeca? Yo… Joder… —suelto un suspiro pesado; se me seca la garganta—. Pensaba que la quería. Pero con Kimberly… Es distinto. Ella me hace estallar, ¿lo entiendes? Siempre. Con Rebeca es como si durmiera: un sueño agradable, mágico. Y Kimberly me despierta. Irrumpe. Arrasa. Siembra el caos. Me obliga a levantarme, lavarme la cara, espabilar. A vivir. Con ella todo es de verdad. Lo siento todo. Por dentro hierve, bulle, arde. No puedo contenerlo. Con ella mis demonios están saciados. Y a ella le gusta alimentarlos —las palabras se me escapan; el corazón me golpea.

—Tío, cásate con ella.

—Eres idiota, Miwei —esbozo una sonrisa amarga—. ¿Para qué coño me he pasado dos horas despotricando del crío y las responsabilidades?

Miwai abre la boca, pero lo corta el timbrazo del teléfono. La una de la madrugada.

No es Rebeca, que se fue volando a casa de sus padres en Nueva Jersey para anunciarles al fin el ansiado nieto o nieta. Le pedí que no se precipitara. Se lo pedí. Pero a una chica de veintiocho puede más la ilusión de alegrar a los suyos. La aprietan para que dé herederos.

Llama Kimberly. El corazón se me para un latido. Pensé que no volvería a llamar jamás; los dedos me tiemblan sobre la pantalla.

—Sí —contesto al instante.

—¿Ángel? —no es su voz al otro lado; el corazón se me encoge.

—Sí. —Me pongo en guardia; aprieto más el teléfono.

—Soy la amiga de Kimberly. Ivana —susurra, pero percibo el acento asiático—. Kimberly tiene problemas. Ayúdela.

—¿Qué? —me pongo en pie de un salto; me tiemblan las piernas —. ¿Qué problemas? ¿Quién es usted? ¿De dónde ha sacado su teléfono?

—Solo venga. Le llamó antes de desmayarse. Le envío la ubicación.

Ivana cuelga y al teléfono me llega el punto de localización de Kimberly. ¿Desmayarse? Empiezo a temblar; la sangre me retumba en las sienes. ¿Qué le pasa, joder? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué pasa? —Miwai frunce el ceño, dejando el vaso.

—Hay que irse. Kimberly está en apuros.

—Voy contigo.

Para que nos dejen entrar en el club, le suelto al segurata un pastizal. Evento privado, entrada por lista, donde nosotros, claro, no estamos. Les daría igual quién fuera, aunque fuera el presidente de los Estados Unidos. Pero pasamos, y me quedo flipando al cruzar el umbral.

Es como otro mundo, impregnado de libertinaje, sexo, drogas. La luz de neón corta los ojos, el techno taladra el cerebro, se folla las neuronas. La gente no baila: se descoyunta, se aparea en la pista, en la barra, en jaulas del techo, como fieras hambrientas que han olido carne. Se devoran; los gemidos se ahogan en la música.

—¿Cómo no sabía de este sitio? —Miwai enseña todos los dientes, ya sobando a dos tías que se le han pegado.

Lo arranco de sus garras y le grito por encima de la música:

—¡Vamos!

Recorro con la mirada ese caos; no me lo creo. Como si fueran dos ciudades distintas. Dos yo peleándose por un mismo cuerpo. Aquel Ángel y este. Nunca se pondrán de acuerdo; el corazón me retumba.

—Otra vez me has privado de un polvo de la hostia —se queja Miwei.

—No hemos venido a eso.

—Ya, claro —suspira—. Kimberly.

Hay que encontrar a Kimberly. Rápido. O el corazón se me saldrá del pecho y me moriré en esta mugre. Giro la cabeza sin saber adónde correr, pero veo una silueta conocida en una americana

negra asimétrica. Solo él va sin disfraz: ni vampiro, ni momia, ni psicópata. Solo él está aparte, como si me esperara.

Las piernas me llevan solas hacia Rikki. Lo agarro por el cuello, lo sacudo y le estampo la cara contra la barra; la madera cruje bajo él.

—¿Dónde está? —le grito al oído, hundiéndole la cara en la barra. Se ríe, el cabrón—. ¿Dónde está, joder?

Su risa se vuelve histérica. Lo levanto por las solapas y le estrello la cara contra la barra. Otra vez. Le chorrea sangre de la boca.

¡Cerdo! ¿Dónde está Kimberly? ¿Qué le has hecho, cabrón? ¡Te reviento con mis manos!

Lo golpeo de nuevo, sujetándolo por la nuca.

—¿Dónde está?

—No lo sé… —se carcajea Rikki, secándose la sangre con la manga; le hace un gesto al barman de que todo ok—. No estoy seguro de que debas interrumpirla. La niña está disfrutando, Ángel. Lo que tú, por lo visto, no le diste.

Le hundo la cara en la barra; gime, la nariz cruje.

—¡Hijo de puta!

Rikki se agarra la cara; el barman llama a seguridad.

—¿Dónde está? —rujo, apretándole el cuello.

—Ángel… —Miwai intenta calmarme, pero lo aparto.

—¿Dónde está?

—Escaleras abajo. Ve a disfrutar del espectáculo —Rikki escupe sangre—. Tu zorra va tan colocada que se monta en cualquier polla. La mía, la tuya, la de cualquiera…

Lo estampo de cara contra la barra y me lanzo escaleras abajo, hacia donde ha señalado. A tomar por culo las orgías tras los cristales del pasillo. Kimberly. Solo importa ella.

Corro, rezando por no verla en una de esas habitaciones. Paso delante de una ventana oscurecida: se enciende la luz. Me paro en seco. Dos tipos llevan a una chica en volandas. Es Kimberly. La empujan sobre una mesa metálica.

El corazón se me encoge, aletea, quiere salirse del pecho, atravesar ese puto cristal. Mis puños no pueden con él.

—¡Kimberly! —grito con una voz que ni reconozco; golpeo el cristal, pero no cede.

Veo cómo los cabrones ponen a mi Kimberly boca abajo sobre la mesa, le separan las piernas, la atan por los tobillos, le encadenan las manos, estirándolas hacia las esquinas de la mesa. Le acarician la espalda con manos sucias, le dan azotes; uno se desabrocha el cinturón.

—¡No! —le doy una patada al cristal; no se rompe.

—¡Ángel, la puerta! —Miwai señala una puerta negra en la pared —. Más fácil tirarla.

Me abalanzo y le doy con el hombro; luego, con la pierna, carrerilla, a todo trapo. Grito hasta desgañitarme. Mi Kimberly. Nadie se atreverá a tocarla. Miwei ayuda, reventamos la puerta y entramos justo cuando un imbécil se le arrima por detrás.

Lo tumbo de un solo golpe. Miwei se carga al segundo. Le quitamos las ataduras a Kimberly, le echo encima mi chaqueta, la tapo. La cojo en brazos. Está inconsciente, fría, débil. La aprieto contra mí; yo mismo tiemblo, el corazón me late a golpes. Mi niña… ¿Cómo ha acabado aquí? Es culpa mía. Solo mía.

—Ángel, al hospital —dice Miwei—. El pulso apenas se nota.

—Llama a Richard. Rápido.

Kimberly no reacciona, ni cuando la sacudo para acomodarla mejor en brazos. La cabeza caída sobre mi hombro, los brazos inertes. Dejadme ocuparme de ella, llevarla a un lugar seguro, hacerla volver en sí. Volveré y haré volar por los aires este nido de ratas con Rikki dentro.

Tres guardaespaldas rollizos, de traje negro, nos cortan el paso. Claro, algún mirón habrá llamado refuerzos. Ratas en sus madrigueras. Me alegro de haberles fastidiado la noche.

—No tan deprisa —gruñe uno; la voz retumba en las paredes.

Miwai aprieta los puños, listo para la pelea. Yo cierro la mandíbula y abrazo más fuerte a Kimberly; su cuerpo me hiela los brazos.

—Quitaos de en medio —escupe Miwei.

—Que él —el guarda me señala— deje a la chica, y os largáis.

—Ella se va conmigo —mi mirada le atraviesa la cara.

—He dicho… —empieza.

—Tranquilo, Cole —le corta Rikki, apareciendo por detrás de su hombro. Tiene los labios, la barbilla y el cuello tatuado llenos de

sangre. Se pasa un dedo por los labios, lo lame y sonríe como un loco.

Él me da igual. Ahora mismo llevo en brazos un tesoro más valioso que la venganza, la rabia, cualquier cosa que no sea salvarla. Me contengo. Hoy me contengo.

Los guardas se apartan. Salgo tras Miwei, con Kimberly envuelta en mi chaqueta. Le doy un empujón a Rikki con el hombro; sonríe, y por poco no me vuelvo para rematar a esa alimaña. Tranquilo, Ángel. Kimberly es más importante.

—Rikki, ¿qué coño? —susurran a mi espalda.

—Todo controlado. La putita se callará.

Lo dice alto para que yo lo oiga. Provoca. Quiere que pierda el control. Maldito masoquista. Lo conseguirá, pero cuando yo quiera.

De camino a casa, Miwei consigue hablar con Richard, mi médico. No quiero a más gente metida en esto: la reputación de Kimberly está en juego. Si el personal médico se va de la lengua, los medios la relacionarán con drogas y clubes depravados.

Richard llega diez minutos después de que entremos en el piso. Acuesto a Kimberly en mi cama y me quedo al lado mientras la examina; el corazón me aporrea el pecho.

—¿Va a ponerse bien? —me tiembla la voz; me enredo los dedos en el pelo.

—Enseguida volverá en sí. Le he puesto una inyección —responde Richard.

—¿Y para qué el gotero? —mete baza Miwei.

—Para limpiar la sangre. Para sacar las drogas —explica Richard, insertando la aguja en el brazo de Kimberly—. Que descanse. El peligro ha pasado.

Le lanzo una mirada preocupada, me inclino y le toco la mejilla; tiene la piel templada.

—Mi niña… —susurro; el corazón me punza.

Nada de esto hubiera pasado si yo no la hubiera cagado. Por mi culpa casi la violan delante de una multitud. Por mi culpa está drogada y fuera de combate. Por mi culpa podría haberse pasado y no abrir los ojos.

—Vamos, Ángel. Déjela dormir. Todo irá bien —Richard me da una palmada en el hombro.

Me enderezo y, a regañadientes, salgo del dormitorio. Que recupere fuerzas. Que duerma. Ahora está a salvo. Lo demás lo resolveré luego.

Bajamos los tres al salón, con las piernas pesadas como plomo. Roxy trae ron; los vasos tintinean en la bandeja. Nadie dice que no, ni siquiera Richard, que ha venido a las tres de la mañana; tiene los ojos cansados, pero concentrados.

—Entonces, ¿ha tenido una sobredosis? —doy un trago de ron ante el ventanal; el Los Ángeles nocturno parpadea de luces. Estoy reventado, pero no puedo estarme quieto; el cuerpo me tiembla como si yo mismo estuviera colocado, el corazón me late a golpes.

—Desde luego. —Richard se sienta en un sillón; la piel cruje—. Drogas. Alcohol. Tal vez algo más. Lo sabré. He tomado su sangre para analizar.

—Gracias, Richard. Le debo una —sigo de espaldas, sin despegarme de la ventana; aprieto el vaso hasta casi hacerlo crujir. Drogas. Alcohol. «Tu zorra va tan colocada que se monta en cualquier polla. La mía, la tuya, la de cualquiera…»

El vaso estalla en la mano; el cristal me corta la palma.

—¡Ángel! —Miwai salta; su voz vibra—. ¿Qué coño…?

—¿Quiere que le ponga algo? —Richard no pierde la calma—. Para los nervios, para dormir. Le vendría bien, Ángel.

—Roxy, recoge —le indico a la criada-robot; los cascotes tintinean bajo sus pasos—. Estoy bien —le gruño a Richard—. Cristal frágil.

Richard se levanta, abre el maletín y se acerca a mí.

—Deme la mano. Se la curo.

Suspiro, abro la palma. Ni me había fijado en el corte ni en la sangre entre los cristales del suelo. Kimberly. El dolor de la mano no es nada comparado con el del corazón, que se me encoge como en un torno. ¿Cómo ha podido dejarse llegar a eso? ¿De verdad quería olvidarme tanto? Esnifarme. Empaparlo todo en alcohol. Follárselo. Hasta perder el sentido y el pulso.

—Bien, me voy. —Richard termina con los cortes, se limpia las manos con una toallita, cierra el maletín—. Me sorprende decirle

esto a usted, pero… no haga estupideces, Ángel. Le llamo cuando tenga los resultados de los análisis de su… conocida.

Esbozo una sonrisa débil. Richard siempre es discreto. Conoce a Rebeca, sabe que es mi prometida, que vivimos juntos. Está al tanto de su embarazo. Le pedí que la llevara cuando volviera de Nueva Jersey. Pero calla sobre la joven drogada, semidesnuda, Kimberly en arnés en mi cama. No juzga. En su mirada no hay desprecio. Aunque se muera de curiosidad, no se mete donde no lo llaman. Por eso lo valoro. La antítesis de Miwei, que no sabe cuándo irse.

Acompaño a Richard, y Miwei, por lo visto, no piensa abandonar mi casa hasta apurar el ron; su vaso brilla bajo las lámparas.

—Mierda, tenía que haberle pedido a Richard que me mirara la mano —se queja—. Creo que la mandíbula de ese capullo del cuarto me dislocó la muñeca.

—Te curará para mañana. No llores —corto, volviendo al salón, con las piernas pesadas.

—Tío, los hemos reventado a todos. No sabía que supieras pelear.

—De niño hacía sambo, deporte. Pero fuera del tatami no me había tocado. Hasta hace poco… —me asalta el recuerdo del baño en el club, en el cumple de Kimberly; se me tensa la mandíbula—. Tenía que haber matado a Rikki entonces. Morir en un retrete es lo mejor que merece.

—Has estado de diez. Le has dado una paliza cojonuda al tatuado ese —sonríe Miwei.

—No suficiente. —Su cara ensangrentada y su sonrisa chulesca me cruzan la cabeza; la sangre me hierve—. «La niña está disfrutando, Ángel. Lo que tú no le diste». —Hijo de puta. —Me crujen los dientes. Tenía que haber aceptado el tranquilizante.

—¿Quién es ese tipo? —frunce el ceño Miwei, pegado al ron.

—Da igual. Pronto no será nadie —mi mirada es fría, dura.

Miwai me mira con un punto de miedo en los ojos, pero yo soy un muro. Voy en serio. Haré lo que sea por borrar a ese cabrón de la faz de la tierra.

—Miwai, estoy cansado… —exhalo, enterrando la mano en el pelo; el corte escuece. Estoy hecho polvo. Mental y físicamente. Quiero dormir meses, despertarme y descubrir que estas últimas semanas

han sido una pesadilla. Empezaría de cero. Habría elegido el momento en que Kimberly llegó y me saltó encima en el vestíbulo. Habría echado a Rebeca entonces. Sí, se le habría roto el corazón. Habría dolido. Pero no como ahora. Ya no hay arreglo.

Miwai, milagrosamente, lo pilla, se levanta del sofá y se dirige a la salida.

—Vale, duerme la mona, tío. Mañana lo hablamos. Con la cabeza fría. La tuya. De la mía no respondo. —Me da una palmada en el hombro.

—Gracias, tío —le devuelvo el gesto—. Por la ayuda. Sin ti no habría podido.

—Anda ya. He estado encantado de caer allí. Ahora hay que averiguar cómo entrar en la próxima fiesta.

—Eres incorregible —lo empujo hacia la puerta.

—Vi el modelito de Kimberly. Se lo puso para ti. El arnés… Mmm… Cintas de cuero… Ángel, eres un degenerado.

—Cállate y lárgate, Miwei. —Lo echo hacia la puerta.

—Sigue haciéndote el niño bueno con Rebeca. Conmigo no —sonríe—. Te tengo calado.

—Lárgate antes de que acelere tu bajada por la ventana.

—Chao, vicioso reprimido.

Pongo los ojos en blanco y cierro de un portazo. Pesado. No sabe irse sin la última pulla. Sonrío un segundo, hasta que recuerdo a Kimberly: frágil, hecha pedazos, dormida en mi cama; se me encoge el corazón.

Me quedo en el quicio, apoyado de hombro, mirándola. En su mano fina, vuelta hacia el techo, tiene metido el gotero; el tubito se balancea. Kimberly tiene la cabeza echada hacia atrás, ladeada. El maquillaje de monja pecadora corrido por la funda de la almohada. La manta le tapa el atuendo provocador hasta los hombros. Un Halloween que no olvidaremos.

Me acerco a la cama, me siento al borde; el colchón cede. Le toco la cara, se la giro hacia mí; la piel, caliente.

—¿Para qué has hecho esto? —me inclino y le beso la frente; me tiemblan los labios—. Qué tonta eres, Azúcar Negra. Y qué tonto soy yo. No tenía que haberte dejado ir.

Le limpio los restos del maquillaje, borro las marcas negras de lágrimas de las mejillas, la pintura blanca de los labios; los dedos me resbalan con cuidado. Libero su cuerpo de las correas del arnés. Sí, se lo puso para mí. Lo sé. Se lo vi en casa cuando fui a romperle el corazón. Joder, quise echarme atrás allí mismo, dejarlo todo por ella. Pero…

La arropo y me tumbo a su lado. La abrazo, la aprieto contra mí; su cuerpo está frío. Huele a alcohol, a humo de tabaco, a aceites dulces, pero al hundir la nariz en su cuello aún le encuentro un hilo de ámbar. Estamos en mi cama, como soñaba. Nos dormimos juntos. Pero el momento es breve: quedan un par de horas para el amanecer.

Capítulo 27. Kimberly

Parece que estoy soñando. Recuerdo el metal frío bajo el vientre, las cadenas atenazándome las manos y las piernas, las voces asquerosas, las huellas de manos ajenas en las mejillas, en la espalda, en el culo. Luego, gritos y un calor que me envolvía como una manta suave. Me inmovilizaba, aunque ya no dolía. Me relajé, me fui por un túnel serpenteante que llevaba a la nada. Me solté, nada me retenía. Quería flotar.

Ahora tengo calor, pesadez; algo me presiona bajo las costillas y me abrasa el cuello. Frunzo el ceño, abro los ojos. En la penumbra de la habitación la luz es suave, no hiere; aun así, me los froto. Estiro las manos hacia la cara, pero en una me estorban unos tubitos.

—¿Qué coño es esto? —susurro, intentando incorporarme sobre los codos.

Una mano pesada en la cintura me lo impide; su calor me quema la piel. Me giro de golpe, lista para asfixiar con la almohada a quien se me haya pegado por detrás, y me quedo helada al ver a Ángel dormido. Está tumbado sobre la colcha, con camisa negra, como siempre, abrochada hasta el último botón, y con los pantalones puestos, abrazándome; respira tranquilo. Me olvido de respirar; el corazón borbotea como un volcán.

¿Estoy en su cama? ¿En su dormitorio? Tiene toda la pinta. Recorro con la mirada las sábanas negras de la cama enorme, las paredes grises, las sombras de las luces de la calle de Los Ángeles. Es su cama, seguro. Solo que no recuerdo cómo he llegado aquí. Sacudo la cabeza; las sienes laten de dolor. Quiero apretarlas, pero el gotero en la vena me estorba y el tubo se balancea.

—Eh, Ángel… —le doy un empujón flojo en el hombro; me tiemblan los dedos—. Eh, despierta. Tengo una cosa metida y me da miedo tirarla. ¿Me oyes? —le sacudo más fuerte—. ¿Cómo me quito esto, Ángel? Ayúdame.

—Deja de entrar en pánico, Azúcar Negra —gruñe con voz soñolienta, ronca, condenadamente sexy; me aprieta la cintura con más fuerza.

—¿Por qué estoy en tu cama y con suero? ¿Qué me has metido? —le doy una palmada en la mano que me sujeta; la piel chasca.

Ángel abre los ojos, oscuros como la noche.

—Yo, en tu lugar, estaría más agradecida.

Se estira, se incorpora, se arregla la camisa arrugada y pasa por encima de mí hacia el borde de la cama, donde está el gotero. Contengo la respiración con sus movimientos; el corazón se me desboca. Le observo mientras saca la aguja con destreza; sus dedos son precisos, seguros.

—¿Para qué todo esto? —susurro cuando aparta en silencio el soporte del suero; el metal tintinea.

—Para limpiar tu cuerpo de todo lo que te metiste ayer —responde sin volverse, con la espalda tensa.

Frunzo el ceño, sin entender. Yo no tomé nada. Bebí un par de cócteles, quizá me pasé, pero no tanto como para que me enchufen nada. No necesito que me enchufen nada. La garganta se me cierra de indignación.

—¡No tomé nada! —replico. Me siento en el borde de la cama, pero enseguida me doy cuenta de que estoy desnuda salvo por un tanga de cuero a juego con el arnés. No tapan nada; no dejan nada a la imaginación.

—¡Ay! —agarro la colcha y me cubro el pecho; la tela cruje.

Ángel me mira por primera vez; su mirada pesa. Intenta estar tranquilo, como siempre, pero sus ojos negros y la vena palpitante del cuello lo delatan: está furioso. ¿Por qué está enfadado?

—¿Cómo te sientes? —Cada palabra parece exprimida a la fuerza.

—Normal. Me duele un poco la cabeza, pero en general, *ok* —murmuro, apretando la colcha.

—Perfecto. Le diré a Roxy que prepare el desayuno.

Está a punto de irse. Yo salto, envuelta en la colcha. Corro, le cojo del codo y le doy un tirón hacia mí, obligándole a volverse; me tiemblan los dedos.

—¿Qué está pasando, Ángel? Explícame cómo he llegado aquí —exijo, mirándole a los ojos; el corazón me late con furia.

—Curioso. Iba a preguntarte lo mismo —escupe entre dientes—. ¿Qué está pasando, Kimberly? ¿Cómo acabaste en ese club? Detrás del cristal de una de las salas, encadenada a una mesa. Con dos cabrones listos para meterte sus jodidas pollas.

—¿Q-qué? —mi agarre se afloja; me aparto de un salto, me tiemblan las piernas. ¿De qué habla? Sí, estuve en el club, pero no en una sala. Nunca lo habría aceptado. Yo era observadora, no participante. Ángel está confundiendo algo.

—¿No te acuerdas? —entorna los ojos, me agarra por los hombros; los dedos se me clavan—. ¿Ibas tan colocada que olvidaste tu espectáculo frustrado? —aprieta más, me sacude—. ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? —se le dispara la voz—. ¿Y si no hubiera llegado a tiempo, Kimberly? —me grita, me zarandea—. ¿Se lo habrías permitido? ¿Es eso lo que querías? ¿Lo hiciste a propósito, eh? ¡Igual ni siquiera querías que te salvara!

—¿De qué hablas? —los ojos me arden de lágrimas; la voz me tiembla.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿No puedes estar sin drogas? ¿Solo así te lo pasas de verdad? —ruge, apretándome los hombros; me tira hacia él.

—Ángel… Yo no… —retrocedo, pero me sujeta con fuerza.

—Te comportas como una puta colocada y sucia. —Me lo escupe a los labios.

Suelto la colcha; se cae, y le cruzo la cara. La palma me arde por la bofetada. Ángel me aparta, se cubre la mejilla con la mano; los ojos se le ennegrecen de rabia.

—Entonces, ¿para qué coño te has llevado a una puta colocada y sucia a tu cama limpia? —le grito, cubriéndome el pecho con el brazo—. ¿Para que profane tus sábanas recién lavadas?

Veo el arnés en el sillón, corro, lo agarro; las correas tintinean.

—¡Vete a la mierda, Ángel!

—¿Adónde te crees que vas? —me corta el paso en la puerta, me rodea la cintura y me pega a su pecho; su agarre es de acero.

—Voy a empastillarme. ¡Y luego me follaré a cualquiera! —intento zafarme, pero me sujeta con fuerza—. ¡Suéltame!

—¡No! —Ángel me tira hacia él; yo me resisto, le pego con los puños.

—¡Es lo que hacemos las putas! —le empujo del hombro, pero ni se tambalea—. ¡Se ponen lencería sexy y abren las piernas! ¡Suéltame! Quiero cabalgar un par de pollas. ¡O quizá más! ¡Quiero que me ocupen todos los agujeros! —me retuerzo en sus brazos—. ¡Quiero sentirme llena! ¡No puedo esperar!

Ángel ruge, me arranca el arnés de las manos y lo lanza a un lado. Me aprieta más contra su pecho, me levanta apenas del suelo. Me agito, le sigo golpeando, pero sus brazos no ceden.

—Deja de decir gilipolleces, Kimberly. —Su voz me vibra en el oído.

Le pego otra vez en el pecho; la fuerza se me transforma en otra cosa, la rabia se mezcla con el calor. Él me aplasta contra la pared, nuestras respiraciones chocan.

—Suéltame… —susurro; ya no suena igual, me tiembla la voz más de ganas que de ira.

—No voy a dejar que te vayas así —me sostiene la mirada; sus ojos arden—. No esta noche.

Su boca cae sobre la mía, furiosa, desesperada. Le respondo igual, con la misma rabia, con las mismas ganas. Le agarro la camisa por las solapas, casi se la arranco, lo atraigo hacia mí.

—Haz conmigo lo que te dé la gana… —jadeo contra sus labios—. Hazlo tú.

Eso le desata del todo. Me alza en brazos, me lleva a la cama y me deja caer boca abajo sobre el colchón. Me giro y esta vez lo agarro yo de la muñeca, lo arrastro conmigo. Pataleo, me escurro, no para escapar, sino para encenderlo más. Me inmoviliza las manos por encima de la cabeza, me las aprieta en sus palmas; mi espalda se arquea, la piel me arde. Me rompe el tanga, lo tira al suelo; la tela se desgarra. Gimo.

—No te atrevas a parar —le gruño entre dientes, empapándome por su cercanía.

Ángel se ha embrutecido, está fuera de sí, y yo al borde del colapso. Rabia, dolor, irritación; joder, el cuerpo me tiembla de excitación, ansía su ajuste de cuentas, su castigo, como en Las Vegas. Le he vuelto a llevar al delirio, lo he desatado, lo he sacado de quicio. He invocado a otro Ángel: aterrador, agresivo, cruel, depravado, deseable.

—Dímelo —murmura contra mi oído—. Dime qué quieres que lo haga.

—Lo quiero, Ángel. —Me muerdo el labio—. Todo.

Grito, arqueando la espalda, cuando entra en mí con ardor; el calor se me derrama por todo el cuerpo.

—Eres maldita y únicamente mía, ¿entendido? —ruge, embistiendo por detrás con sacudidas descaradas—. Solo conmigo puedes ser una puta. —Una arremetida profunda me hunde en el colchón—. Una monja pervertida. —Otra más, el cuerpo me tiembla—. Desatada. —Me folla más duro—. Sucia. —Más bruto aún; me rodea el cuello con la mano, sujetándome, sin hacer daño—. Viciosa. —Acelera el ritmo; la penetración más honda—. En mi dormitorio. En mis jodidas sábanas. ¿Entendido? —Me azota el culo; el golpe resuena—. ¿Me has oído?

—¡Sí! —gimoteo, yendo al encuentro de sus embestidas.

—¡Más alto! —ruge.

—¡Sí, Ángel!

—Acuérdate de esto. —Me tira del cuello con cuidado, obligándome a pegar la espalda a su pecho—. Recuérdalo, Kimberly. —Su palma me aprieta la garganta, solo un poco, el aire entra

entrecortado—. Recuérdalo, joder. —Sus dedos se deslizan entre mis piernas y presionan el clítoris.

—Dios, Ángel… —pongo los ojos en blanco, recibiendo sus embestidas furiosas.

—No dejaré que nadie te toque. —Arremete sin control—. Ningún cabrón. Ni el jodido Rikki. Ni Miwei. Nadie. Eres mía.

—Sí, Ángel, sí… —reclino la nuca en su hombro. La razón se me nubla, el cuerpo me tiembla. Me cierro en torno a su polla, me hundo en el orgasmo, clavando las uñas en su cuello. Él ruge, palpita dentro, se corre; el semen caliente me chorrea por los muslos.

Caemos en la cama, jadeantes; la respiración rebota en las paredes grises. Se me enredan los dedos en su pelo; el pecho se le alza y baja. La pesadez desaparece. En este segundo estoy bien. El corazón se recompone, deja de doler. Por un segundo.

—Me has dado un susto de muerte, Azúcar Negro —susurra Ángel, aún con la respiración alterada, la voz vibrando—. Cuando te encontré en aquella porquería, con esos subnormales, desnuda, inconsciente, yo… —aspira aire; el pecho le tiembla—. Quería matarlos a todos. Los habría matado si no hubieras necesitado ayuda.

—Ángel… —quiero darme la vuelta, pero me ciñe en sus brazos; no me deja moverme.

—No, escucha —traga saliva; la voz le sale ronca—. Soy un idiota. He intentado hacerlo todo bien. Seguir las normas. No parecer un cabrón. Pero así no funciona. Siempre alguien sale herido. No puedo contentar a todos. Y… joder. Soy un capullo. No debería haberte dejado ir. Me equivoqué. Te quiero con todo mi puto ser, Kimberly. Es más fuerte que yo. Tú siempre me empujabas a hacer lo incorrecto. Encendías deseos prohibidos. Despertabas demonios. Resucitabas vicios. Y, joder, eres lo más acertado que he tenido en mi vida. Contigo estoy vivo.

Sus palabras hacen que al corazón le salgan alas; el alma planea, el cerebro me estalla más que el orgasmo de hace un minuto. Ayer todo había terminado y ahora renace la esperanza de ser feliz con el hombre de mi vida. Lo lograremos, ¿sí? Ya pensaremos algo. Lo

resolveremos. Lo importante es ir juntos. Ángel es listo, lo arreglará todo. Es fuerte, sabe qué hacer. Y yo apoyaré cualquier decisión que tome. Recorreremos este camino juntos.

—Yo no tomé nada, Ángel. —Le rodeo el brazo, entrelazo nuestros dedos, me llevo su mano a los labios y beso la muñeca vendada. No me había fijado en que está herido—. Te lo juro. Solo bebí. Te prometí que no tomaría ni una sola pastilla. He cumplido la promesa.

—En tu sangre los niveles de drogas se salían de la escala. Podías haber muerto, Kimberly… —se tensa a mi espalda, me abraza más fuerte—. ¿Cómo iba a vivir sin ti?

Me recorre un escalofrío en sus brazos; contengo la respiración. ¿Podía haber muerto? ¿Y él me salvó? Trago el nudo de la garganta; los ojos me arden, los cierro para no llorar. Siempre me encuentra, incluso cuando me escondo. Incluso cuando me esconde otro.

—Perdóname —susurro, besándole la mano—. Fui allí para desconectar. Para no pensar en…

—Lo entiendo.

—No quería olvidarte así, Ángel. No habría podido. No soy una puta. Ni una yonqui.

—Lo sé. Perdona, me he pasado. No debería, pero las palabras no se pueden retirar. Yo… —suspira hondo— casi me vuelvo loco, Kimberly. Te lo suplico, no me asustes así. No te pongas en peligro. Eres mi todo, ¿entiendes?

—Te quiero, Ángel. —Me vuelvo, le enmarco la cara con las manos —. Desde hace tanto, desde hace tanto tiempo, tan fuerte…

—Yo te quiero más.

Nos damos un baño caliente; nos hundimos no en el agua, sino en el amor, en gemidos que se quedan pegados a las paredes sudadas, en una pasión que recorre cada centímetro de piel. Ángel es tierno; he desterrado a sus demonios, pero estaré encantada de recibirlos otra vez cuando vuelvan.

Me seca con la toalla, me besa las piernas desde los tobillos hasta los muslos; su lengua se recrea donde quiero sentirla siempre. Luego me abrocha su camisa negra; los botones claquetean.

—Devuélveme las braguitas —pido, fingiendo autoridad cuando termina con el último botón.

—Lo siento, nena, imposible. —Recoge del suelo un jirón de tela —. No tienen arreglo. —Me enseña las tiras rotas; sonríe ladino—. Me las quedaré de recuerdo. No las necesitas, ¿verdad?

—Caradura y pervertido —entrecierro los ojos, conteniendo la risa, mientras estruja el tanga, aspira su olor y lo esconde bajo la almohada.

—Espero que me regalen sueños agradables —juega con las cejas; la sonrisa es taimada.

—Espero que me devuelvas trescientos cincuenta dólares por esos «sueños agradables».

—¿¡Cuánto!? —se le abren los ojos.

—Es de la última colección.

—Te la compro entera si me dejas romper cada modelo.

Me alza en brazos, me hace girar, me besa con tanta pasión que se me nubla la mente. Quiero probarme para él toda la línea de lencería. Se volverá loco, como con las bragas rojas con lazo.

Bajamos veinte minutos después. Roxy prepara el desayuno; el olor a café llena la cocina. Un Ángel relajado habla por teléfono en el salón, yo balanceo la pierna en el taburete de la barra. Quiero esto cada día: sexo matutino, un Ángel impecable, su sonrisa feliz que me regala incluso mientras resuelve asuntos, café delicioso, una vida mágica por delante.

Sonrío al mirarle con el telón de fondo de Los Ángeles otoñal tras el ventanal. El corazón se me calienta con el fuego que él siempre me enciende. Soy tan feliz.

—Ángel, tiene un visitante —anuncia Roxy un segundo antes de los porrazos insistentes en la puerta.

Él entorna los ojos, cuelga la llamada.

—¿Quién es?

Me deslizo del taburete, corro tras él al recibidor; el corazón se me encoge. ¿Y si es Rebeca? No me da miedo, pero, joder, no quiero verla. Romperá la magia, nos devolverá a la realidad. Quiero cinco minutos más de cuento. Ángel y yo nunca los tenemos.

—No abras —gimoteo, dándole alcance.

—No somos críos, Azúcar Negra —se burla, abriendo la puerta.

En el umbral está mi padre, John, furioso.

—¿Papá? —enrojezco, me bajo la camisa de Ángel para cubrirme las piernas. Su mirada me recorre y arde de ira. Nunca he visto a papá tan enfadado. Ni siquiera me había gritado antes.

—Vístete. Te vas a casa —declara con firmeza—. Ahora mismo.

Capítulo 28. Ángel

—John, espera. Todo está bien. —Extiendo las manos hacia delante, aunque dudo que el gesto baste para calmar al padre furioso de Kimberly.

En todos estos años no he visto nunca a John así. Si alguien pierde los papeles, suele ser Sheila, no John. Y menos cuando yo no he hecho nada para provocarlo. En cuanto Ivana avisó de que Kimberly estaba en peligro, llamé a Sheila y mentí, diciendo que Kimberly se quedaba a dormir conmigo para que sus padres no se preocuparan. Lo tenía todo previsto.

Entonces, ¿por qué John está a punto de estallar en mi piso? El corazón me retumba, los dedos me tiemblan.

—Cállate, Ángel —me corta, irrumpiendo dentro con pasos pesados—. Kimberly, vístete. Rápido.

—No me voy a ninguna parte —salta Kimberly, con la voz vibrante.

—Y no te estoy preguntando. Cinco minutos, o si no… —John aprieta los puños.

—¿O si no qué? —le corta ella, los ojos ardiendo.

—Vamos a calmarnos. —Me pongo entre los dos; el pecho me oprime—. John, ¿qué pasa? ¿Sheila no te avisó de que Kimberly estaba conmigo?

—¿Ah, sí? —se frota la barbilla, entorna los ojos; la mirada, afilada —. ¿Y cómo te suena esta frase: «Mi hija se acuesta con un tío casi casado y futuro padre»?

—Papá… —Kimberly baja la mirada al suelo, con las mejillas encendidas.

—¿Eso te parece normal ahora, Kimberly? —John alza la voz; se le marcan las venas del cuello—. He respetado tus decisiones. Siempre te he apoyado. Me callé cuando trajiste a ese "novio", Rikki, el doble de mayor que tú. Aguanté. Porque te quiero. Pero todo tiene un límite. Y mi paciencia también. ¿Y tú qué te crees? —Se gira hacia mí de golpe—. Eres listo, Ángel. Parte de nuestra familia. ¡Como un tercer hijo! ¿Y te permites esto? ¡Tienes una prometida! ¡Una prometida embarazada! ¡Y le comes la cabeza a una cría!

—John, no es así. Quiero a Kimberly. —Mi voz suena firme, pero el corazón se encoge.

—Cierra la boca antes de que te suelte una. —Se me planta delante, se queda a medio paso; los ojos le arden—. No me decepciones aún más. No me provoques.

—¡Papá, basta! —interviene Kimberly, intentando separarnos, con las manos temblorosas.

—¡No te metas! —John la agarra del brazo; los dedos se le clavan.

—John, cálmate. —Le aparto la mano del antebrazo de Kimberly; me empuja en el pecho, el golpe suena sordo.

—No te acerques a ella.

—¡Papá! —Kimberly llora; las lágrimas le brillan en las mejillas.

—¡John, ya! ¡No lo entiendes! —Intento ir hacia ella, pero su cuerpo corpulento me corta el paso.

—Ocúpate de tu vida, Ángel. Deja de marearle la cabeza a mi hija. Ni tú mismo tienes ni puta idea de nada. ¿Para qué? Rebeca es una chica estupenda. Lleva a tu hijo. Y tú…

Cada palabra es un clavo en el ataúd de mi futuro con Kimberly. Cada una duele, arranca la costra de heridas que por la mañana se habían cerrado con esperanza. Pensé que el dolor se había ido. Me equivoqué.

Miro los ojos verdes, llorosos, de Kimberly. John la empuja hacia la puerta, con mi camisa puesta. A mí me echa la bronca como a un

adolescente. Pero el que no entiende nada es él.

—¡Kimberly, espera! —le grito al salir al rellano.

Ella se vuelve, pero John la arrastra hacia los ascensores.

—¡Kimberly!

—¡Ángel! ¡Papá, suéltame! —chilla y se zafa.

—John, lo voy a arreglar todo. No soy idiota. Sé lo que quiero. ¡La quiero a ella!

Él se gira y me suelta un puñetazo en la cara.

—¡Ángel! —chilla Kimberly.

Me tambaleo, caigo contra los peldaños, me llevo la mano al labio roto; la sangre me corre por los dedos. John me mira como si fuera a matarme en cuanto me levante. Kimberly solloza, intenta venir hacia mí, pero él la mete en el ascensor a empujones y pulsa el botón.

Sus ojos enormes están llenos de lágrimas. *Mi niña, todo irá bien. No voy a renunciar a ti. Nadie nos va a impedir estar juntos*, el corazón me golpea.

—Richard te está llamando —anuncia Roxy, leyendo la llamada entrante en el iPhone.

—Tráigame el teléfono.

Mientras viene, palpo la cara hinchada. En un mes he recibido más golpes que en toda mi vida. Se me estira una sonrisa rara en las mejillas; duele, pero no dejo de sonreír como un loco. Joder, estoy vivo. Por primera vez en tres años. No soy un robot, como Roxy. No vivo con un plan. No sé con qué me sorprenderá el mañana. Ni siquiera hoy: un enigma.

Me siento como un adolescente que nunca fui. Siento todo a flor de piel, con cada célula, cada nervio. Soy capaz de todo.

Richard me informa de que en la sangre de Kimberly han encontrado un nuevo opiáceo: provoca euforia, alucinaciones, un aumento del deseo sexual. Habría hecho cualquier cosa que le pidieran si Rikki no se hubiese pasado con la dosis, jugándose que entrara en coma. Si lo hizo a propósito, le haré morir entre dolores.

Muevo mis contactos para localizar a ese cabrón.

Miwai no me deja ir solo; se me pega camino a otro antro de suciedad y depravación. ¿Cuántos hay en Los Ángeles? ¿Por qué la

ciudad cambia cuando cae la noche? ¿No conocía este mundo o no quería verlo, como no quería ver mi propia naturaleza corrupta?

—Haz lo que quieras, pero hoy pienso follarme a alguien —se carcajea Miwei al bajar de mi Tesla.

—¿Para qué coño te he traído? —pierdo los nervios, le empujo del hombro; la chaqueta cruje.

—¡Eh! ¡Kimberly no está ahí! No hay a quién salvar. Si todo sale rodado, me quedo. Una horita… o dos…

—¡Nada va a salir rodado, Miwei! —le agarro del cuello de la chaqueta, lo acerco a mi cara; se pone de puntillas—. ¡Deja de hacerte el idiota! ¡Ese cabrón drogó a Kimberly! ¡Estuvieron a punto de violarla! ¡Podía haber muerto! ¡Métete la lengua en el culo y tómate esto en serio!

—Vale, colega. Relájate. Entendido. Suéltame. —Abre mucho los ojos, se aferra a mis manos.

—Vale. —Suelto el aire, bajándolo al asfalto—. Perdona.

—No recuerdo esas marcas en tu cara esta mañana… —se sacude la chaqueta—. ¿Kimberly pega tan fuerte?

—Ojalá —esbozo una mueca amarga—. Su padre.

—Joder, tío. No vais a acabar juntos. A los padres hay que caerles bien. Yo siempre les gusto… Encantador, ocurrente.

—Cállate, Miwei.

Estamos en la lista. Mi gente ha asegurado la entrada a este infierno. El plan es sencillo: entramos, aparto a Miwei de las chicas, encontramos a Rikki, nos lo llevamos a hablar (no querrá testigos), intento no matarlo. Para esto último me he traído a Miwei: tiene que contenerme. Es de risa, porque el autocontrol siempre he sido yo. Adiós a los tiempos tranquilos; no los echo de menos.

Distingo enseguida la melena color ceniza de Rikki, como si llevara un radar para él. Está en un sofá de cuero burdeos, entre dos chicas medio desnudas; la tercera, entre sus piernas, y no quiero ver lo que está haciendo.

—Mecagüen… Vamos a reventarlo. Me pone de los nervios —susurra Miwei.

—¡Puta madre! —Agarro a Rikki por el cuello y el hombro, lo arrastro por encima del respaldo del sofá. Apenas le da tiempo a

subirse la bragueta.

—Hola, guapo. —Me reconoce y esboza una mueca repugnante—. Sabía que volvería. Esto engancha a todos. Incluso a su princesita Kimberly. Por cierto, ¿cómo está? ¿Viva? Pensaba llamarla, pero… —resopla, y una llama me prende por dentro.

—¡Cabrón! —Alzo el puño, pero Miwei me sujeta del codo.

—Joder, perdone. Lo subestimé. —Rikki se zafa—. Pensaba: «¿Cómo ha elegido Kimberly a este? Soso, rígido, aburrido». Ahora veo qué le ve. —Se acerca a mi cara y murmura entre los dientes—: Está tan loco como ella. Ella es la llave de sus locuras. ¿He acertado? —Se ríe y lo aparto de un empujón.

—Me alegra que tenga ganas de hablar —lo agarro del hombro—. Charlemos en otro sitio.

—Verá… —se revuelve, pero lo sujeto. Asiente hacia la izquierda; veo a un tipo de negro, luego a otro en la barra. Están repartidos por el club como seguratas, y claramente con más privilegios—. Es muy gallito, pero no voy a ir. No me apetece. Me ha cortado una mamada cojonuda. —Me da una palmada en el hombro.

Le agarro la muñeca, se la retuerzo, aprieto; cae de rodillas. Me agacho y le susurro al oído:

—Manténgase lejos de ella. O le mato, escoria. Le borro del mapa. Nadie recordará quién es Rikki Hall. Después de lo que le hizo ayer, no voy a dejarle en paz. Por muchos seguratas que junte. Sé con qué la drogó. Ella lo confirmará.

—Kimberly se callará —sonríe de medio lado; aprieto más. Se retuerce y se ríe.

—Claro que sí. Pídale a su princesita que le enseñe el vídeo que le mandé hace un par de horas.

Quiero pegarle, pero tres seguratas me apartan a rastras. A Miwei también lo inmovilizan. Rikki hace un gesto con la cabeza y nos echan a la calle como basura.

Ese hijo de puta no le teme a nada. ¿De dónde saca un fotógrafo esos contactos? Solo hay una persona que sepa la respuesta y tenga acceso a las bases de datos del FBI.

—Entendido —dice Justin cuando le explico por encima el objetivo, ocultando que Kimberly se «divirtió» con drogas—. Lo averiguo en

veinticuatro horas. Tipo turbio. ¿Es el fotógrafo "novio" de Kimberly?

—Ajá. —Me contengo para no hervir por dentro al pensar que la tocó. Sí, no tuvieron nada, pero lo intentó. Lo vi.

—Mmm… —farfulla Justin, y sé que no me cree.

—¿Qué?

—Ha llamado Sheila.

—Joder… —así que el padre sabe lo nuestro.

—¿No quieres contarme, campeón?

—Es complicado.

Justin suspira, guarda silencio un minuto.

—¿Debería ir?

—Para ya —me río, pero estoy en tensión máxima.

—¿Jessie y yo?

—Ya vale, papá.

—¿Jessie, Wendy y yo?

—Déjalo. Todo bien.

—¿Me avisarás si no está "todo bien"?

Sabe que no lo haré. Siempre me lo he guisado y comido yo solo. No habría recurrido a Justin si no fuera por la situación. No porque no le quiera: nuestro vínculo es especial, siempre lo será. Pero soy demasiado independiente. No tengo arreglo.

—Entonces Wendy hará vuestras maletas —bromeo.

—Si las hace ella, nos iremos con mochilas. Igualita que su madre. La vida de Jessie cabía en un par de cajas.

Nos reímos, y noto cuánto les echo de menos. Quizá debería hablar, abrir el alma. Justin me entenderá como nadie. Jessie no le llama el Diablo por nada. Puede que mi segundo yo sea de la misma calaña.

Al día siguiente me cuesta contenerme para no salir disparado a ver a Kimberly a primera hora. No he dormido, no he comido, no he bebido. He desconectado a Roxy para que no me saque de quicio. Antes no me pasaba. No le he contestado a Rebeca. Sí, llamadme capullo.

Faltan un par de días para que vuelva de Nueva Jersey, y sé lo que le voy a decir. Estoy decidido. No soy un cobarde. Puede que no tenga razón, pero… A la mierda. No tengo por qué ser el correcto.

Quiero a otra. No a mi prometida. No a la madre de mi hijo. Estoy mil veces en falta.

Por primera vez quiero hacer caso al corazón, y el mío se desgarra por Kimberly.

Capítulo 29. Ángel

Estoy al anochecer en el umbral de la casa de Kimberly. He esperado. No he perdido los estribos. Me he arreglado la cara: la hinchazón del puñetazo de John casi no se nota. Roxy me ha planchado la camisa negra nueva; sí, la he activado. Ella no se ofende: los robots no saben. Ojalá fuera así con todo el mundo.

Huelo a limpio, luzco fresco, saco la mano del bolsillo de la chaqueta y llamo a la puerta. Por primera vez en años, aquí no me esperan. Sobre todo John. Y es él quien abre; el corazón se me desboca.

—¿Ángel? —Su cara se ilumina de sorpresa y enseguida frunce el ceño. Ya no soy un invitado bienvenido. Lo he estropeado todo.

—Hola. Necesito hablar con Kimberly. —Voy a por todas; la voz me sale firme.

—¡Estás de coña, joder! —sisea John. Sale al rellano y entorna la puerta para que nadie oiga. Así que no les ha contado que me golpeó. Perfecto.

—No. —Me crezco, doy un paso hacia él—. Ella no es una cría, John. Y yo no soy un capullo como Rikki. Me conoces. Déjame hablar con ella. O lo haré como antes: por la ventana de su cuarto.

Se le ensanchan las fosas nasales; la mano aprieta el pomo a su espalda, los dedos se le ponen blancos.

—¡Ángel, lárgate! —salta, la voz más alta.

—¿Ángel? —una voz clara llega desde el vestíbulo—. ¿He oído "Ángel"? —lo dice con alegría, como si diera un brinco—. ¿El mismísimo?

John se aparta, la puerta se abre de par en par y en el marco aparece una chica de rizos pelirrojos hasta los hombros. No la reconozco.

—Vaya, vaya… —sonríe de lado, los labios se le estiran—. Menudo has crecido… —Me repasa de arriba abajo y, lo juro, hasta la entrepierna—. ¿No caes? —ríe, se acerca, rozando a John con el hombro—. Soy Sara, la sobrina de Sheila. Bailamos cien bailes en su boda, ¿te acuerdas? —Su risa es sonora; me abraza como a un viejo amigo. No sé dónde poner las manos—. Aquel día dijiste que te gustaba mi perfume.

—¿Ah, sí? ¿Perfume, dices? —La voz de Kimberly corta el aire. Capto sus ojos verdes, venenosos, por encima del hombro de John. Entorna los ojos, inclina la cabeza y sonríe, pero su mirada lanza flechas. Está celosa. ¿De quién? ¿Por qué? No recuerdo a esta Sara que se me pega demasiado; los pezones se le marcan bajo la blusa fina. Justo lo que me faltaba.

—Adoro el ámbar. —Sonrío a Kimberly y me deshago con cuidado del abrazo de Sara—. Tiene propiedades muy particulares.

—¿De verdad? —interviene Sara, cortando el contacto visual entre Kimberly y yo—. ¿Nos cuentas esas propiedades? Tita Sheila sirve la cena.

—Vuelves a llamarme "tita" y duermes en el aeropuerto. —La voz de Sheila es dura; sonrío sin querer—. Sin cena, Sara. Último aviso. —Me mira—. Hola, Ángel. Me alegro de verte. ¿Cenas?

—Llega tarde por trabajo —se mete John.

—¿Ah, sí? —Sheila lo taladra con la mirada—. Creo que Ángel se va a quedar una hora.

—Encantado —le sigo el juego—. Ya he escrito a los empleados para que no me esperen.

Kimberly se ríe por lo bajo y se tapa la boca con la mano. John cede ante su mujer, para evitar una bronca, y me deja pasar. Suelto el aire.

La cena se alarga algo más de una hora; Sara no está casada, no tiene hijos, está "en plena búsqueda" y recuerda nuestros bailes en la boda de Sheila y John con demasiados detalles. Kimberly, en vez de comer espárragos, se muerde el labio; su mirada taladra la melena pelirroja de su prima.

—¡Ángel! —Kimberly se pone en pie justo cuando Sara me posa la mano en el hombro—. Vamos un minuto aparte.

—¡No! —salta John, que lleva una hora descuartizándome mentalmente con un cuchillo.

—¡Sí! —sisea Sheila—. Trae el postre.

Sara resopla, le aparto la mano del hombro, le guiño a Sheila y sigo a Kimberly. Joseph o Jordan nos silba por detrás; oigo a John rechinar los dientes.

Kimberly me arrastra al piso de arriba, casi corriendo; yo por poco tropiezo. Su furia me divierte. No sabía que fuese tan celosa. Si Sara me dejara en paz y no recordara nuestra infancia, Kimberly lo llevaría mejor.

—¿A dónde corres? —me burlo sin borrar la sonrisa idiota. Mi rizosa posesiva. Quién lo diría.

Kimberly sisea, maldice, me empuja al baño, cierra de golpe, echa el pestillo y se me lanza a los labios. Su embestida me hace retroceder; la espalda se me clava en el armario, los botecitos de crema caen tintineando.

—Estoy lista para despachar a esa zorra pelirroja. —Me empuja contra la pared, me saca la camisa del pantalón, los botones crujen —. ¿Te gustaba su olor, eh? ¿Bailaste con ella toda la fiesta, perro?

—Teníamos diez años —me río—. Tú aún no estabas.

Frunce el ceño, tira de la hebilla; el cinturón sisea.

—Eh, despacio. —Le sujeto las manos—. ¿Quieres que tu padre me abra en canal como a un pato? Lo he visto manejar el cuchillo. No quiero que lo aplique en mis genitales.

—Llevo esas braguitas rojas con lazo de raso. —Sonríe con malicia.

—Dios… —Aspiro entre dientes; sus palabras dan en la diana—. Estamos en casa de tus padres…

Kimberly me baja la cremallera y me araña la piel sobre los oblicuos; el calor me inunda el cuerpo.

—Puedes romperlas.

—¡Joder! —Mis argumentos "en contra" se evaporan; la moral se derrite. Solo quedan lujuria, pasión, el deseo salvaje de tomarla justo encima del comedor donde su familia cena. Es espantoso, está mal. Pero estoy tan excitado que casi me corro solo de pensar que me la voy a follar en segundos. Se me marea la cabeza, la polla va a estallar.

La agarro por las caderas, la atraigo hacia mí, la giro y la aplasto contra la pared con el pecho. Le subo el vestido hasta la cintura y veo esas braguitas con las que soñaba desde nuestra videollamada. El lazo de raso ondea, ella saca culo y se restriega con mi polla. Gruño hondo y le doy una palmada en el culo; el golpe resuena.

—¡Ángel! —solloza; le tapo la boca con la mano.

—Chist, Azúcar Negra —le susurro al oído, empujándole el trasero con el pubis—. Te lo has buscado. Aguanta calladita.

Le suelto otra palmada en la nalga; su quejido ahogado se pierde en mi mano. Miro cómo le salta el culo, cómo se enciende la marca en su piel morena. Le he dado demasiado fuerte, pero es culpa suya. Debería saber ya que a mí no se me provoca. Es su hobby.

Le aprieto los muslos y la separo un poco de la pared para que arquee la espalda.

—Sé una niña silenciosa, ¿entendido? —Le lamo la oreja—. ¿Entendido?

—Sí —susurra, apoyando las palmas en la pared.

—Ni un sonido, Azúcar Negra. Haga lo que haga. Y haré mucho. Pero rápido: queremos volver a la cena, ¿verdad?

Me agacho, le muerdo el culo y, entre sus gemidos contenidos, hundo los dientes en el lazo y tiro de las braguitas hacia abajo, deslizando el encaje por sus piernas. ¿Romperlas? No, no puedo destruir esta joya que despierta a la bestia en mí. Se las bajaré otra vez. Y otra. Hasta que la tela se rinda a mis dientes.

Dejo las braguitas a sus pies, vuelvo a su culo apetecible, le separo las nalgas y pego la lengua al perineo. Kimberly gime; le bebo la humedad. Está mojada, sabrosa, encendida. Entraré en ella a la primera embestida.

—Ángel, por favor… —susurra, mordiéndose la mano para estar más callada—. Tenemos poco tiempo. No puedo aguantar…

—¿No puedes? —Mi lengua la provoca entre las piernas—. Yo he aguantado una puta eternidad.

—Dios… —Se echa hacia atrás, mece las caderas al ritmo.

—¿Y tú dices que no puedes aguantar?

—Sí…

—¿Quieres mi polla?

—Sí.

—¿Quieres que te haga correrte?

—Jesús, sí…

—¿Quieres correrte en casa de tus padres, Kimberly? Sabes que sospechan lo que estamos haciendo.

—Ángel, por favor… —gime cuando me hundo más con la lengua.

—¿Y aun así quieres que te folle?

—Quiero…

—Dilo.

—Ángel, te lo suplico. —Se retuerce; las caderas se mueven más deprisa—. Fóllame. Quiero que te corras dentro de mí.

Me incorporo de un salto, me arranco los bóxeres y me hundo en ella de una embestida potente; le tapo la boca con la mano, su gemido se apaga.

—Joder… ¡Qué apretada estás! —siseo entre dientes. Acelero, entro hasta el fondo, golpeo su culo con el pubis y le aprieto las mejillas. Con la mano libre le froto el clítoris.

—Córrete, mi niña. Córrete.

Estoy al límite. Siento cómo me aprieta, cómo palpita alrededor de mi polla; embisto hasta topar y estallo.

—¿Qué me haces, Azúcar Negra? —Dejo caer la cara en su hombro, respiro su aroma empapado de ámbar. Soy adicto.

—Solo te amo sin reservas.

Han pasado unos diez minutos, pero John salta del sofá; su mirada se me clava como si le hubiera robado el postre. Sheila ha recogido la mesa; los gemelos, Joseph y Jordan, se han largado a la cancha de baloncesto del patio; Cindy se ha encerrado en su cuarto —oí música al bajar—. Sara apura el vino.

—¿Cómo está Rebeca, Ángel? —John no se anda con rodeos; sus palabras golpean—. ¿Cómo se encuentra? Las primeras semanas de gestación son importantes. A una mujer hay que protegerla del estrés.

Me siento aún más capullo. Me acuerdo de Rebeca, de su embarazo, de nuestro hijo. No lo olvido ni un segundo. Y de Kimberly también. Ella no debería escuchar esto; el corazón se me encoge.

—¿Así que tu novia, además, está embarazada? —Sara pone morros. Le importan un bledo las novias ajenas; se habría metido conmigo en el baño si no fuera por Kimberly.

—Prometida. Mi futura esposa. Rebeca —aclara John con toda nitidez, mirándome.

—¡Papá! —estalla Kimberly; los ojos se le llenan de lágrimas.

—Kimberly, yo se lo explicaré todo. Te lo prometo. —Contra el sentido común, le poso la mano en la mejilla—. ¿Me oyes? Vendré y me explicaré. Te quiero.

—Eh… ¿cómo? —Sara se pone en pie—. ¿Estás con ella? ¿Con Kimberly? ¿A espaldas de tu novia?

—Cariño, vete a dormir —interviene Sheila—. No te metas donde no te llaman, Sara. Deja de tirarle los trastos a Ángel. No tienes ninguna posibilidad. Y quítate ese pintalabios frambuesa; no te favorece.

—¡Te comportas como una zorra! —grita Sara.

—¿Ah, sí? Yo creía que siempre lo era. Vete al dormitorio. O te pido un taxi al aeropuerto. Tu vuelo sale en doce horas.

—Y tú eres un imbécil —bufa Sara, chocándome con el hombro y taconeando escaleras arriba.

—¡Sheila, ¿por qué coño lo defiendes?! —explota John—. ¡Está usando a nuestra hija!

—¡Yo no estoy usando a Kimberly! —le salto—. ¡No te atrevas a decir eso!

—¡Ángel no me usa! —grita Kimberly—. ¿O me tomas por tonta como para permitirlo?

—¿Te basta con ser su amante? ¡A la zaga de una prometida embarazada! —John le manotea delante de la cara.

Me coloco entre ambos.

—Basta. Nosotros lo arreglaremos. Esto no estaba en mis planes. No sabía que las cosas se darían así.

—¡Tú lo planeas todo, Ángel! ¡Siempre! ¿No te cansas? ¡Ni emociones, solo putos planes! ¿Y Kimberly llevaba mucho en tus planes?

—¡Papá!

—¡John, la quiero!

—¿Y desde cuándo? —ruge, quitándose de encima la mano de Kimberly.

—Siempre la he querido. Solo a ella. No tengo por qué justificarme.

—¿O sea que le has mareado la cabeza desde cría? —John me agarra por la solapa.

—¡Papá, para ya! —Kimberly tira de sus hombros.

—¡John, cálmate! —Sheila se coloca entre nosotros—. ¡No les impidas aclararse!

—¿Estás en tus cabales, mujer? —John agarra a Sheila por los hombros; me quedo de piedra: es la primera vez que le veo agresivo con ella—. ¡Él está casi casado! ¡Tiene un hijo con otra! ¡Y tiene la desfachatez de plantarse en nuestra casa y reclamar derechos sobre nuestra hija! ¿Sabías que se colaba por su ventana? ¡Antes incluso, cuando era una niña! ¿A este hombre yo lo consideraba un hijo?

—Papá, basta —llora Kimberly.

—¡Jamás la toqué! —Empujo a John del hombro—. ¿Cómo has podido pensarlo? ¡No la he tocado en todos estos años!

—¡No te creo! —Se zafa del agarre de Sheila, me agarra del cuello de la camisa; me resisto, me escurro.

John amaga un golpe; yo lo bloqueo y le atrapo el puño.

—Para. —Le aprieto la mano—. Nunca le he mentido a Kimberly. No la he engañado. Sí, todo es complicado. He sido un capullo con Rebeca. Pero es mi problema, lo resolveré. John, te respeto; respeto a tu familia. Te quiero como a un padre. Y a tu hija. Hasta el infinito. Perdona, pero aunque lo prohíbas, no voy a renunciar a ella. Nunca. Te tocará aceptarlo; mi cara aparecerá en su vida cada día. Porque yo quiero…

El timbre me corta. John se desconcentra, Kimberly se queda inmóvil, Sheila alza las manos y va a abrir.

—Buenas. Me han dicho que ayer Kimberly se encontraba mal. He traído flores.

Sheila abre la puerta; todo en cámara lenta: un ramo enorme, detrás una melena blanca, el cuello tatuado. Como si me clavaran agujas bajo las uñas; un dolor me corta el pecho, la rabia prende. Aprieto los puños y me lanzo hacia la puerta, ignorando los gritos de Kimberly a mi espalda.

Capítulo 30. Ángel

La vista se me nubla de furia y la sangre me hierve en las venas. Aparto el ramo, agarro a Rikki del hombro y le suelto un puñetazo en la cara; los nudillos crujen. La sangre me salpica la camisa, pero no paro. Otro. Y otro, hasta que Rikki cae de espaldas; el césped empapado se hunde bajo su peso.

—¡Ángel! —grita Sheila, pero no oigo nada; solo me zumban los oídos.

Ese cabrón ha tenido los santos cojones de presentarse en su casa. Después de todo lo que le hizo a Kimberly. Después de que yo le marcara los límites. Si no lo entendió, si no me tomó en serio, ahora le demostraré lo contrario. Voy a matarte, Rikki. No estaba bromeando.

—¡Hijo de perra! —Lo cojo por las axilas, lo levanto del camino y le vuelvo a pegar. Rueda por el césped, se encarama a cuatro patas, escupe sangre y se ríe; su ronquera me taladra la cabeza.

—Reza, escoria. Puede que ahí arriba te perdonen los pecados. Yo no. —Alzo el puño, pero Joseph y Jordan me sujetan por ambos lados.

—¡Cálmate, Ángel! —gritan—. ¡Basta ya!

Rikki escupe sangre y, como puede, se pone en pie. Unos polis se detienen junto al bordillo, salen del coche, gritan, corren hacia la

casa. El jaleo lo invade todo. No termino de entender qué pasa hasta que me veo con las esposas puestas y me meten en el coche entre los alaridos de Kimberly y Sheila. La ambulancia carga a Rikki; las sirenas ponen el barrio patas arriba. Veo la cara llorosa de Kimberly y ni siquiera alcanzo a susurrarle que la quiero. La puerta se cierra de golpe y me llevan a comisaría.

Ni Justin —que de chaval ya conoció la cárcel— ni mi propio padre, Jonathan White, estarían orgullosos de mí. He perdido el control, me he dejado llevar por las emociones, por la provocación de Rikki. Ahora está claro: lo tenía todo planeado. Sabía que no me contendría y llamó a los polis para montar el show. Cabrón. Y yo, idiota, le di rienda suelta a los sentimientos.

Tendría que haber activado al otro Ángel: el contenido, calculador, frío. Pero ese Ángel desaparece en cuanto se trata de Kimberly. Rikki lo ha entendido, tira de los hilos y yo soy su marioneta. Imbécil. Por eso estoy entre rejas esperando al abogado, y Rikki está libre, impune, porque Kimberly no denunciará.

—Joder… —Me tapo la cara con las manos, exhalo en la celda vacía; los dedos aún huelen a la sangre de Rikki.

Me duelen los puños, pero la cabeza me martillea más. Acabar entre rejas no estaba en los planes; el corazón me golpea el pecho.

—¡Me la suda! —retumba una voz tras la puerta.

—Señora, ¡a él no puede pasar! —responde un poli.

—¡A la mierda vuestras normas! ¡Tengo que verlo! ¡Se estaba defendiendo, idiotas!

Es Kimberly. Irrumpe en la comisaría y pone todo patas arriba. Un huracán llamado Kimberly que no lo paran ni los polis. Decide ella sola adónde ir. Y ahora viene hacia mí. A los pocos segundos entra en la sala donde estoy entre barrotes. Me levanto del banco de lata, me lanzo a los hierros, estiro las manos hacia mi chica y la aprieto contra el pecho; el metal me enfría la piel.

—Kimberly… —susurro; su pelo huele a ámbar.

—¡Eh! ¡Sin contacto! —Un poli rechoncho le tira del codo.

—¡Tranquilo! —gruño con los dientes apretados—. ¡Quita las manos!

Kimberly se lo sacude de encima; los ojos le arden.

—Déjenos —exige.

—No está permitido. Usted ni siquiera debería estar aquí.

—Y, sin embargo, aquí estoy —replica—. Le ruego amablemente que abandone la sala.

—¿Es una amenaza? —El poli entrecierra los ojos.

—¿Así arregla las cosas la policía? Creo que convendría llamar la atención pública sobre sus métodos. Tengo un alcance colosal en redes. Mi "grito del alma" va a volar en segundos. Mañana, antes siquiera de que te tragues tu donut, vendrá a este cuartel una inspección que mirará hasta dentro de tu descomunal trasero.

El poli se queda cortado, boquiabierto. Yo apenas contengo la risa. Mi chica es peligrosa cuando se enfada; incluso más de lo que imaginaba.

—Diez minutos —escupe, retirándose a la pared.

—¿Cómo estás? —Le aprieto la muñeca; su piel está caliente.

—Eso tendría que preguntarlo yo. —Su mirada recorre mi cara; las lágrimas le brillan en los ojos.

—No llores. Estoy bien, Azúcar Negra. Saldré. Miwei ha contactado con un abogado, un pez gordo. No estaré aquí mucho tiempo. —Le beso los dedos—. No te pongas nerviosa por mí.

—Eso es lo que quería, Ángel… —solloza.

—Lo sé. He picado en la provocación como un tonto.

—Tú no eres tonto… Rikki… No me dejará en paz…

—¿Qué hay en ese vídeo, Kimberly? —susurro más bajo.

—¿Cómo…? —Se le abren los ojos, asustada.

—Ayer vi a Rikki. Dijo que no denunciarías por el vídeo. ¿Qué grabó?

—A mí… —Aparta la mirada.

—Tú no participaste, ¿verdad? Esos dos no te hicieron nada. Llegué a tiempo.

—Me grabó antes de quedarme inconsciente… cuando aún me sentía bien… Yo con él. Él grababa. —Le suelto la mano; el corazón se me encoge.

—Ángel, no sabía lo que hacía. ¡Pensaba que eras tú!

—¡Chist! —siseo, lanzando una mirada al poli—. De verdad no pensaba… Perdona…

—No sabía lo que hacía. —Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—¿Qué te hizo? —La irritación me azota las venas; tengo los nervios en carne viva.

—No me obligues a contarlo, te lo ruego…

—¿Qué coño sale en el vídeo, Kimberly? —Se me sube el tono; me pego a los barrotes.

—Está Rikki… —susurra.

—¡Ni se te ocurra decir su nombre! —Golpeo los barrotes con la palma; el poli se incorpora.

—Se acabó el tiempo.

—¡Un minuto más! —le ruego—. Por favor.

El poli frunce el ceño, pero vuelve a sentarse, con los brazos cruzados sobre la panza.

—Sigue —le exijo, mirándole la cara culpable y conteniéndome como puedo.

—Me desnuda estando yo sentada en sus rodillas… —susurra apenas moviendo los labios.

—¿Qué más?

—Tira del arnés. Me estrangula un poco… Me toca.

—¿Dónde?

—Ángel…

—¿Dónde, Kimberly?

—En todas partes. Debajo del arnés… Entre las piernas… En…

—¡Mierda! —Me agarro la cabeza, grito al techo; el pecho me estalla.

—¡Ángel, perdona! —llora—. Yo no quería. ¡Creía que eras tú! ¡No me resistí!

—¡Vete! —Me vuelvo de espaldas; me ahogo de amargura, el dolor me raja el corazón. Si no se va, no me controlo. Van a rodar cabezas.

—Señora, es hora —interviene el poli.

—Ángel, por favor… —solloza.

—A la salida. —El poli abre la puerta.

—Ángel… —Su súplica me corroe por dentro.

—¡Solo vete! —le ladro.

Kimberly retrocede, me mira horrorizada, se da la vuelta y sale corriendo. Yo estampo los puños en la pared; el dolor en las manos no acalla el dolor del corazón.

«Tu putita iba tan puesta que estaba lista para cabalgar cualquier polla. La mía, la tuya, la de cualquiera…». No era solo una provocación. Rikki lo sabía. Podría haberle sacado lo que hubiera querido y ella no se habría resistido. Me dejo caer por la pared, me tumbo en el banco y me quedo mirando el techo mugriento.

Sé que no estaba en sus cabales, que el opiáceo en su sangre provocaba euforia y deseo, pero aun así el corazón se me rompe. Le permitió tocar donde solo habían estado mis manos. No distinguió. Se fue con Rikki a esa habitación. Quería estar con él.

Cierro los ojos y suelto un suspiro tembloroso. Kimberly es mi problema eterno, comezón bajo la piel, colapso nervioso. Y mi único amor, el que me hará feliz o un loco enfermo dispuesto a matar. Rikki ya está en la lista.

Me quedo roque en el banco sin saber cómo. La voz del poli me arranca del sueño:

—Arriba. A salir.

—¿Qué? —Tengo las piernas de trapo, las bajo al suelo, me froto la cara; el cuerpo entumecido.

—Han pagado tu fianza.

La cabeza me estalla, pero lo pillo al vuelo. Me arreglo la camisa arrugada, me peino con la mano y sigo al poli. Me devuelven el reloj, las tarjetas, las llaves del Tesla y del piso; me desean que tenga "buen día". Gracias por la pensión. Salgo a la lluvia matinal de Los Ángeles, fría y gris. Estoy hecho polvo, pero libre. Bah, una noche entre rejas por partirle la cara a un camello pervertido. Menudencia. No es el final. Haré que pague.

—¡Eh, deja de congelarte los huevos! ¡Súbete al coche! —Miwai frena frente a la comisaría, baja la ventanilla; su sonrisa ilumina la grisura.

—¿Qué pasa, viejo? —Le doy una palmada en el hombro mientras me meto en el coche—. Gracias por sacarme.

—No me lo agradezcas. Estuve dando guerra toda la noche, pero los polis no quieren currar.

—Déjalo. Todo bien. Gracias.

—¿Brindamos por tu primera "entrada y salida"? —se ríe, pisa el acelerador.

—Eres incorregible.

—Primero dúchate. Hueles fatal.

Quedo en ver a Miwei por la tarde. Quiero relajarme y tomar algo con un amigo. Se me ha echado tanto encima que he olvidado cuándo respiré tranquilo. Necesito una pausa, recargar para seguir.

Estoy reventado en un mes como si hubiera pasado un año. Salgo de la ducha con la toalla a la altura de las caderas; el vapor me cala los hombros. Me enjuago la noche de locura, me paso la mano por el pelo mojado, cruzo el umbral del dormitorio y me quedo helado. Rebeca está sentada sobre las sábanas negras.

—Hola. —Paso hacia el vestidor; el corazón me retumba—. No sabía que volverías tan pronto. ¿Por qué no llamaste?

—Llamé. Tu móvil estaba apagado. —Alisa la colcha; la voz, fría—. ¿No te alegras de verme?

—Eh… Me alegro de que hayas vuelto.

—¿De verdad? Entonces, ¿a dónde vas con tanta prisa? Espera. —Me roza el codo, me detiene; tiene los dedos fríos—. Besa a tu prometida. Te he echado de menos.

Rebeca está sentada; su cara queda a la altura de mi entrepierna, solo tapada por la toalla. Bate las pestañas y se humedece los labios rojos.

—Aunque… —entorna los ojos, me apoya la mano en el torso—, se me ocurre algo más interesante…

—Rebeca… —Su actitud me inquieta; no es propia de ella. Algo va mal.

Me aprieta la palma en la entrepierna y con la otra tira de la toalla. Agarro la tela para que no me deje desnudo.

—¿Qué pasa, Ángel? ¿No te apetece? —Se levanta, se pega a mí; su mano sigue en mi pecho. Le cojo la muñeca—. ¿O te da asco follarme en la misma cama sucia donde te follaste a tu putita?

Capítulo 31. Ángel

Rebeca me taladra con una mirada desdeñosa; sus palabras cortan como un cuchillo, pero no me caben en la cabeza. ¿De verdad ha dicho eso?

Estoy de pie, casi desnudo, sujetando la toalla en las caderas, en trance. Rebeca se zafa de mi agarre, se inclina hacia la almohada y saca unos tangas rotos de Kimberly, que escondí ahí hace un par de días.

Dios… No quería que se enterase así. Se lo habría explicado con más tacto, con calma. Pero no así, como si se las hubiera arrojado a la cara. El corazón me martillea.

—No se parecen a las mías —ríe nerviosa; la voz le tiembla—. Y a las tuyas tampoco, estarás de acuerdo.

—Rebeca, déjame vestirme y te lo explicaré todo.

—¿Qué vas a explicar si el dormitorio y estas jodidas sábanas apestan a ámbar?

Por primera vez Rebeca se descompone y grita, salvaje, histérica. Me lanza los tangas al pecho, me empuja, empieza a llorar, me golpea con los puños; sus golpes son débiles, pero abrasan.

—¡Odio ese olor! ¡Odio el maldito ámbar! ¡No te imaginas cómo me ahogaba al ponérmelo para gustarte! Fui una idiota. No

sospechaba que todo este tiempo buscabas en mí a ella. Todos estos años, Ángel. ¡Una farsa! ¡Nunca me has querido!

—Rebeca, no. No es así.

Intento sujetarle las manos, pero vuelve a golpear.

—¡No mientas! —Sus puños me aporrean el pecho—. ¡Ni se te ocurra!

—Por favor, cálmate. No debes ponerte nerviosa.

—¿Al futuro papá le ha dado por acordarse de mi estado? —ríe histérica—. ¿Y cuando te la tirabas aquí, en nuestra cama, pensabas que te ibas a dormir con tu mujer embarazada?

—¡Rebeca, basta!

—¿Ha merecido la pena? Respóndeme, Ángel.

—Cálmate.

—Es una buscona. Ni modales, ni cabeza, ni estatus.

—¡Cierra el pico! —La agarro del brazo; me tiemblan los dedos.

—¿Qué le has visto? ¿Con qué te ha conquistado? ¿En qué soy yo peor? Es tonta, amoral, frívola. ¡Ha estado con medio mundo, Ángel! ¿Quieres ser el número cien?

—¡No te atrevas a hablar así de Kimberly! ¡No la conoces!

Estallo; mi voz retumba.

—Me bastó con verla. ¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te ha domesticado? ¿Folla tan bien?

—¡Rebeca, ya está bien! ¡No tienes derecho!

—¡Sí, lo tengo! ¡Llevo a tu hijo!

Alza la mano y me suelta una bofetada sonora; me arde la mejilla. Me echo atrás, me apoyo en la pared, cierro los ojos un instante. Oigo su respiración acelerada, noto su temblor.

—¿Qué ha sido de ti, Ángel? ¿Qué te ha hecho? ¿Qué nos ha hecho? —susurra, acercándose—. Ella, como una serpiente, te ha enredado. Te ha mordido. Nos ha envenenado. Del Ángel que yo conocía no queda ni rastro. Estás magullado, con los puños en carne viva, mientes, sueltas tacos, engañas. Traicionas tus promesas. ¿Por qué? ¿Por su amor? ¿Por qué? ¿No ves cómo te está destrozando?

—A su lado estoy vivo. —Abro los ojos y me encuentro con sus lágrimas en los ojos castaños—. Nunca lo entenderás, Rebeca. Lo siento. De verdad. Pensaba que éramos la pareja perfecta. No tienes

por qué creerme, pero te quise. Quería casarme. Podíamos haber sido felices en una vida tranquila, sosegada. Pero conocí otra cosa. Encontré un lugar donde no hace falta fingir ni contenerse. Ese lugar es junto a Kimberly. Perdóname. Debería haber hablado antes. Es culpa mía que nos duela. No te lo mereces.

Rebeca calla un minuto, evita mirarme; luego su mirada helada me deja de piedra.

—Entonces, ¿el niño para ti no significa nada?

—¡De ninguna manera! —Doy un paso hacia ella—. ¡Ni se te ocurra pensarlo! Haré todo para que a nuestro hijo no le falte de nada. No voy a renegar de él. No os voy a abandonar… a ninguno de los dos. Estaré ahí. Él no tiene la culpa de que lo nuestro no haya funcionado.

—La culpa la tiene ella —susurra Rebeca.

—No.

—Sí, Ángel. Supe que todo se venía abajo en cuanto la vi en tu piso. Fui correcta, comedida, estúpida. Pensé que a alguien como ella no te ibas a enganchar en serio. Para una noche, para saciar la curiosidad. Nada más. Por eso aguanté cuando no dormías en casa. Dime, ¿te acostaste con ella entonces?

—No. No me habría atrevido.

—¿Y cuándo te atreviste? ¿En Las Vegas?

¿Cómo lo sabe?

—¿Sorprendido? —sonríe con amargura, secándose las lágrimas—. No soy tonta. Lo noto todo. Sabía lo que querías decir cuando llegué, por eso no te dejé. Me parecía que, mientras no lo dijeras en voz alta, no habría ocurrido. Pensé que me resignaría.

—Perdona… Es culpa mía.

—¿De verdad la quieres? —Inclina la cabeza, me mira fija; su dolor me desgarra.

—La quiero. No podía admitirlo ni ante mí mismo.

—¿Por qué? —La voz le tiembla, como si no le bastara una grieta y quisiera hacer trizas el corazón para poder irse.

—No te voy a responder, Rebeca. No te hace falta. Terminemos con dignidad. Nos une algo más que dos años de relación. A nuestro

hijo no le importa el motivo de la ruptura. Nos va a necesitar. Espero que me permitas formar parte de su vida.

—Ajá… —esboza una sonrisa débil—. Qué bien hablas, Ángel. ¿Lo has ensayado delante del espejo?

—Rebeca, no hace falta. —Le tomo la mano, le acaricio el dorso—. La quise. De verdad. Pero ahora sé que puedo querer más. A otra.

—Adiós, Ángel.

Se traga las lágrimas, se da la vuelta y sale del dormitorio, que no llegó a ser nuestro.

Exhalo. Hoy voy a ponerme hasta las cejas. No resolverá nada, pero quiero aflojar aunque sea por una noche. Luego hablaré con Kimberly. En un par de días sabré por Rebeca cómo va su embarazo. No quiero desentenderme, para que no piense que me da igual.

Oigo el tintinear de cristales rotos desde el salón.

—¡¿Qué demonios?!

Abrocho el cinturón del pantalón, bajo a toda prisa; los pies resuenan en la escalera. Roxy está junto a los peldaños, como un robot desconcertado. Corro al salón y freno cuando un jarrón se hace añicos a mis pies.

—¡Rebeca, pero qué coño!

Atraviesa la barra como un torbellino, furiosa, llorando. Arremete contra botellas, figuritas, vuelca la mesa de centro; los fragmentos tintinean.

—¡Yo también sé estar viva! —grita—. ¡Sé provocar emociones! ¿Eso te faltaba, Ángel? ¡Pues te voy a montar un escándalo de verdad!

Agarra un taburete de bar y lo lanza contra la mesa de cristal; el vidrio estalla.

—¡Rebeca! —Me lanzo hacia ella, le inmovilizo los brazos; ella grita, se revuelve.

—¡Toma, hijo de puta! ¡Ahí tienes emociones! ¡No soy una muñeca! ¡Siento! ¡Estoy harta de ser correcta! ¡Así me educaron, y a nadie le importa! ¡Ni la educación, ni la contención, ni los modales! ¡Vosotros, los hombres, lo tomáis por frialdad, por frigidez, y elegís a las chicas fáciles y volubles! ¡Pensé que tú no eras así, Ángel! ¡Pero eres peor!

Golpea con los puños, se me escabulle; me clavo en sus muñecas, la atraigo a mi pecho.

—Tranquila, Rebeca. Ya está. —La abrazo por los hombros, sin dejarla moverse—. Cálmate.

Su corazón se desboca, el mío también. Está en plena crisis; necesita un médico.

—Te lo suplico, basta. Nunca te tomé por una muñeca.

—Entonces quiéreme, Ángel. Quiéreme como a ella. ¿Qué tengo que hacer?

¿Cómo explicar que no podrá hacer nada? No se puede obligar a querer.

—Ni siquiera un hijo te basta. La has preferido a ella —solloza, con el corazón desangrándose.

—No podía reprimir lo que siento, Rebeca. No podía mentir. Siento que haya sido así, pero no corto lazos. Me alegrará verte. Te ayudaré. Estaré a tu lado.

—Pero no por mí, sino por el niño que no querías. —Se sacude; no la suelto.

—Eso no importa. —Le apoyo la cabeza en el pecho y le acaricio el pelo—. Podemos planear, pero no somos dioses. Hay cosas que hay que aceptar, nos gusten o no. Si algo no sale según el plan, no significa que no lo vayamos a querer.

Solloza y se va calmando.

—Voy a llamar a Richard, ¿vale? —La siento en el sofá, le pido a Roxy que recoja los cristales—. Te has llevado un disgusto. Hay que asegurarse de que el bebé está bien.

—Sí, vale —asiente, y yo suelto el aire.

Ha vuelto la Rebeca de siempre. Le da miedo mirarme a los ojos. Cada uno tiene sus demonios. Si hubiera mostrado los suyos, los míos tampoco se habrían escondido.

Richard viene a por Rebeca media hora después y promete avisar sobre su estado. No me juzga; solo suspira al ver mi pinta descompuesta. Roxy borra las huellas de la rabieta como si no hubiera pasado nada. No pensé que Rebeca fuese capaz de semejante destrozo. Espero que el bebé esté bien.

Me sirvo whisky de la botella de Justin. No me gusta el whisky, pero a la mierda. Me quedo inmóvil junto al ventanal, doy un trago: amargo.

Los Ángeles está bajo la lluvia. ¿Por qué adoraba Jessie esta ciudad? No le veo nada, como tampoco me veo a mí ahora.

—Ángel, videollamada —informa Roxy—. ¿La pongo en la pantalla?

—¿Quién?

—Jessi.

El calor se me extiende por el pecho.

—Póngala. Empiece a recoger las cosas de Rebeca en el dormitorio.

—De acuerdo, Ángel.

—Hola, Elfa —sonrío, volviéndome hacia la pantalla.

—Hola, guapo. ¡Te he echado de menos! —Jessi irradia; sus lunares suben hacia sus ojos azules, como los de Wendy. Los genes Di Gray son indestructibles. No cambia: sigue siendo la misma de cuando tenía diez años, preciosa, joven.

—Yo también te echo muchísimo de menos. —Apuro un trago de whisky, me acerco a la pantalla.

—¿Te metes en el papel de Justin? —ríe, señalando el vaso con un gesto de cabeza.

—Lo intento, pero con calzador.

—¿Cómo estás, Ángel? ¿Todo bien?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Justin está preocupado. Y ahora veo que con razón.

—Venga ya. ¿Por qué?

—Me estás mintiendo —Jessi frunce el ceño; las cejas se le juntan —. Y tú nunca me has mentido.

—Joder… Elfa perspicaz. No se te escapa nada.

—¿Qué ha pasado? Ha llamado Sheila.

—¡Joder! —estampo el vaso en la mesa que ha sobrevivido—. ¡Y tú también! ¡Kimberly y yo somos adultos! ¡Decidimos solos qué hacer! ¡Ve y échale la charla a John, que se está comportando como un capullo!

—Ángel, no sé los detalles. Sheila dijo que estás pasando una etapa complicada…

—¡Sí, joder, complicada! —estallo; la rabia me hierve desde ayer—. Estoy perdidamente enamorado de Kimberly, que no hace más que traer problemas. Tiene un ex turbio, a quien casi le reviento la cabeza. Por su culpa acabé entre rejas. He roto con la chica con la que pensaba casarme. Le hice una propuesta a Rebeca, y está embarazada. Pero no puedo estar con ella porque Kimberly me ocupa la cabeza de arriba abajo. ¡Y ella se comporta como si le importara un carajo!

—La madre que… —Jessi se tapa la boca con las manos y se pasa las palmas por la cara.

—Estoy metido en una mierda de campeonato, Jessi. Y esto es solo la punta del iceberg de lo que puedo contarte. —Me voy enfriando, me dejo caer en el sofá, doy un trago ávido de whisky.

—¿De verdad la quieres?

—Más que a mi vida. Este sentimiento me mata, Jessi. A veces pienso que todo sería más fácil sin Kimberly.

—Sí. Y con razón —asiente; sus ojos azules hipnotizan—. Vivirías según el plan. Yo, que no me sé tus planes… Habrías cumplido cada punto. Eres listo, tenaz. Te habrías casado con Rebeca; ella es maravillosa. Tendríais hijos guapos y espabilados. Os habríais hecho viejos y les habríais dejado una cuenta enorme. Y estaríais satisfechos. Pero dime, Ángel, ¿te habrías arrepentido de algo?

—Sí —respondo tras una pausa—. De lo que quise y no hice.

—Tú mismo te has contestado. —Jessi me mira a los ojos—. Tienes la oportunidad de hacerlo como quieres. Luego ya decidirás si te arrepientes o no.

—Santos del cielo, ¿de dónde te ha sacado Justin? —Nos reímos—. Gracias, Elfa.

—Te quiero, mi niño. Si no puedes con ello, vente. Estaremos encantados.

—De acuerdo.

—¡Y ni se te ocurra soltar tacos conmigo delante! ¡Bastante tengo con tu padre!

—Entendido —sonrío—. Perdón.

En cuanto Jessi cuelga, me lanzo al Tesla. En vez de la dirección de Miwei, introduzco otra ruta en el navegador. Toca resolver la

cuestión principal. Hoy.

Capítulo 32. Ángel

Me escabullo hasta la casa de Kimberly ya de noche; no quiero volver a cruzarme con John en la puerta. Otra vez haré de chico modélico y él me bloqueará el paso, apretando el pomo hasta hacerlo crujir. Paso. Ya tuve suficiente la vez anterior.

Elijo el método de siempre: la ventana de su dormitorio, en el segundo piso. Tiro la tercera piedrecita, espero; el corazón me late a tope. Con los nervios a flor de piel, levanto el brazo de nuevo, pero el marco se abre de golpe.

—¿No podías haber llamado? —sisea Kimberly, asomada al alféizar; su pelo brilla a la luz de la luna.

Sonrío al ver su cara preciosa, fingidamente molesta. Toda la seriedad se me va a la mierda. Es demasiado guapa; el pecho se me encoge.

—Quería ser romántico —chasqueo la lengua—. Estás echando a perder mis buenas intenciones.

—Perdona —se burla. Su sonrisa ilumina la noche y mi plan se desmorona.

Había pensado colarme con ella y hablar de Rebeca, del vídeo con el que Rikki la está chantajeando, de nuestro futuro. Lo tenemos; solo hay que limar asperezas y todo irá bien, aunque John esté listo para sacarme el alma a puñetazos. Eso lo aguanto.

—Salta —ordeno, seco.

—¿Q-qué? —Kimberly entorna los ojos; no da crédito.

—Salta. Te cojo.

—¿Te has vuelto loco? —se aparta de la ventana.

—Joder, Azúcar Negra, no hay tiempo para pensar. Salta. ¿Confías en mí?

—S-sí… —se asoma, calcula la altura—. Confío, pero… me da miedo romperme las piernas. ¡Con ellas me gano la vida!

—Tus piernas, locamente hermosas, largas, sexis, no sufrirán nada conmigo. Lo prometo. Vamos, ven conmigo —abro más los brazos—, antes de que tu padre dispare una escopeta de dos cañones.

Kimberly suelta una risita.

—No tiene armas.

—No lo comprobemos.

Se tapa la boca con la mano, se traga la risa. Pasa una pierna por encima del alféizar y mira hacia abajo.

—Cógeme, ¿vale?

—Lo prometo.

—Si no, te reviento la polla. Me dejaré caer a propósito entre tus piernas.

—Hoy vas a caer tú entre mis piernas. —Repaso su postura con la mirada: a cuatro patas, la espalda arqueada, las rodillas abiertas; luego se gira y se sienta en el alféizar—. Y luego yo entre las tuyas. No va a doler. Créeme.

—Ya lo veremos. —Se muerde el labio, me mira desafiante y salta.

La cojo por los muslos; sus piernas se ciñen a mi cintura. La aprieto contra el torso, no puedo resistirme: caigo de espaldas sobre el césped húmedo, Kimberly me aplasta por encima, su calor me abrasa.

—¡Joder! —susurro, sin soltarla.

—Idea estúpida —se ríe—. Completamente absurda. —Carcajea más fuerte—. ¿No te he aplastado la polla? —vuelve a reír, sin intención de levantarse.

—¡Chist! —le tapo la boca con la mano, conteniendo la risa—. ¡Para!

Se ríe bajo mi palma; su aliento cálido me cosquillea la piel y yo me echo a reír. En la cocina de la casa de los Maldonald se enciende la luz.

—¡Mierda! —le siseo—. La culpa es tuya. Te dije: salta más rápido.

—¡Corre! —Kimberly salta en pie y me tiende la mano.

La agarro y echo a correr detrás de ella hacia la valla del patio trasero. Nos colamos por una puerta sin cerrar, corremos hasta mi Tesla, nos metemos en el coche, respiramos como locos, tragamos aire caliente y nos reímos a carcajadas.

—Estás mal de la cabeza —suelta entre risas, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Y tú me lo dices? —sonrío, mirándola.

En ese segundo entiendo que he tomado la decisión correcta. Hace un par de horas estaba deshecho y ahora soy feliz porque ella ha saltado hacia mí y yo la he cogido. Rebeca no habría saltado. Yo no se lo habría propuesto.

La miro reír, cómo se le entornan los ojos, cómo sus rizos rebotan contra el asiento, y se me escapa:

—Te quiero.

Ella se queda callada, se incorpora, me mira a los ojos. La alegría se esfuma del habitáculo.

—Pensaba que estabas enfadado…

—Lo estoy. —Le tomo la mano y beso cada dedo—. Furioso. —Le beso la muñeca, subo hacia el codo—. No te haces una idea de lo que tengo dentro. Estas veinticuatro horas… esta semana… este mes… me han dado la vuelta a la vida. Tú me has dado la vuelta a la vida, Azúcar Negro. —Suelto su mano, la rodeo por los hombros y la atraigo.

—Perdona —susurra, mirándome a los ojos. Mis bandazos la asustan.

—Creo que siempre he querido esto. —Me abalanzo sobre sus labios. Lo he deseado con tanta fuerza.

Estaba enfadado, la echaba, pero quería perseguirla, besarla hasta que la rabia se derritiese bajo las caricias de su cuerpo. Quise estrangularla en aquella celda y apretarla de tal forma que los barrotes se nos clavaran, dejándonos cicatrices. Quise gritar, culparla

por permitir que otro la tocara. Engañarla. Drogarla. Grabarla. ¿Cómo se puede ser tan insensata?

Quise follármela allí mismo, duro, bruto, para que supiera a quién pertenece. Para que no lo olvidara. Para que ninguna droga fuese más fuerte que yo. ¿Cómo se puede ser tan deseable? No encontraré respuesta. No me sacio. Me aferro a sus labios, cuelo la lengua, saboreo el dulzor. Mi olor favorito, a ámbar, me golpea las fosas nasales. Mi querida Kimberly…

—Ven conmigo. —La cojo por los muslos y la arrastro hacia mí para que me cabalgue, pero se resiste, se queda donde está.

—No nos hemos alejado de la casa de mis padres —exhala.

—Nos hemos follado en su casa, nena. ¿Qué más da? —Mis dedos le aprietan el muslo, se cuelan bajo los shorts del pijama—. Te deseo tanto que se me ha olvidado de qué quería hablar. No puedo hilvanar dos palabras.

—¿De verdad? —entorna los ojos y deja que mi mano se deslice entre sus piernas—. A ver qué dices cuando te enteres de que este pijamita es el que llevaba la última vez que nos vimos, hace tres años. Cuando te colaste en mi cuarto por la ventana.

—J-joder… —aprieto los dientes y empujo la mano hacia su coño.

—Vámonos, Ángel. —Cierra los muslos, me atrapa la muñeca y se inclina hacia el panel del Tesla, obligándome a incorporarme.

—Esto te va a salir caro, ¿me oyes? —gruño, notando cómo se me hincha la polla.

Se ríe, marca la ruta, activa el piloto automático; el coche se pone en marcha.

—¿Qué tramas? —pregunta, y me estremezco al sorprender su mirada clavada en mi bragueta.

—Vámonos, Ángel —repite, juguetona—. No hace falta que vigiles la carretera. Te voy a enseñar algo más interesante.

Alza una pierna y apoya el tacón en el panel. Abre la otra hacia un lado, recostándose en la puerta. Se desliza un poco hacia abajo, separa más las piernas, se sube los shorts. No lleva bragas debajo, solo el coño liso. Se mete los dedos ahí.

—Si prefieres vigilar la carretera, señor Morris, avisa. —Se acaricia en círculos con la uña.

Trago saliva. ¿Qué carretera? Se me olvida que vamos en marcha. Kimberly se acaricia el clítoris, aprieta y suelta un gemido lánguido.

—A mí tampoco me hace falta mirar la carretera, ¿verdad? —añade un segundo dedo y recorre la entrada—. Puedo fijarme en algo… duro… largo… —se aprieta el clítoris, exhala, prolongado—. Escandalosamente enorme…

Quiere que me saque la polla. Ahora mismo. Compruebo el piloto automático en el panel del Tesla, me aseguro de que no hay peligro para la vida. La miro a los ojos: una tormenta de lujuria y pasión, mi mezcla favorita. Bajo la mirada entre sus piernas; veo lo mojada que está mientras se masajea. Quiero que se corra mirando cómo me acaricio.

Desabrocho el cinturón, la bragueta; la polla se me escapa a toda prisa antes de que baje los calzoncillos. Me ciño el glande en el puño, me recorro de arriba abajo. Kimberly solloza, se hunde los dedos, adelanta las caderas.

—Jesús… Qué grande eres… —se balancea, penetrándose más hondo.

—¿Lo quieres? —acelero el ritmo, aprieto más.

—Sí… —se humedece los labios.

—¿Dónde lo quieres?

—En la boca… —suspira, follándose con los dedos con más fuerza.

Yo reflejo su ritmo, miro sus manos.

—Y luego… L-luego… Ah… Lo quiero donde…

—¿Dónde, Kimberly? —echo la cabeza atrás, gruño, sin mirar la carretera.

—Lo quiero… Ángel… —pone los ojos en blanco.

—¿Dónde? Dime. ¿Dónde quieres que te folle?

Mis movimientos y sus gemidos me llevan al borde. La polla me late, estoy a punto de estallar.

—J-joder… —maldigo en un soplo.

—Ruta finalizada —anuncia el navegador, y yo me corro en el puño al son de su orgasmo.

Jadeamos, desmadejados en los asientos del Tesla. Ha bajado las piernas, pero la idea de su humedad no me deja en paz. Quiero

seguir. Estoy chiflado si pienso en eso a los pocos segundos de correrme.

—Pervertido insaciable —se ríe entrecortada, cazando mi mirada hambrienta.

—Me has enganchado al sexo contigo —repito su frase de Las Vegas, donde montamos un maratón en el ático—. Soy adicto.

Voy a por sus labios, la beso largo. Me sabe a poco. Es genial y da miedo. Nunca he sido adicto a nadie. Nunca he querido a nadie así.

Capítulo 33. Kimberley

Ángel conduce hasta nuestro lugar, cargado de heridas en el alma. Lo noto en cómo aprieta el volante, en la mandíbula tensa. Aquí siempre hemos podido hablar, por eso sé adónde vamos en cuanto salimos de la ciudad.

Yo quería hablarlo todo antes de que se me fuera la olla y lo sedujera en su propio Tesla. Spoiler: no lo he conseguido. No me contengo. Está demasiado sexy cuando se concentra, cuando se le pone esa cara seria. Su cara se vuelve adusta y yo solo veo un letrero luminoso en su frente: «Fóllame».

A mí se me cruza un cable y hago locuras. Incluso en el coche. Menos mal que el piloto automático funciona, o mañana los medios abrirían con: «Onanistas semidesnudos y muertos». La risa me sube a los labios, pero el corazón me retumba con su cercanía.

Tenía pensado traerme aquí, se nota, porque me ayuda a colarme por la zona vallada del puerto y me deja entrar en su contenedor. Nuestro contenedor. La última vez que estuvimos aquí fue en mi decimoctavo cumpleaños: nos pusimos ciegos, casi le confieso que lo quiero… y, en vez de hacerlo, le pedí a Rikki que hiciera de mi novio. Genia. Si no hubiera metido la pata, todo habría sido distinto.

Si Rebeca no me hubiera asustado entonces, ya llevaríamos tiempo siendo felices. O eso me repito cuando quiero torturarme.

—¿Quieres vino? —pregunta Ángel cuando cierro la puerta del contenedor y el metal tintinea.

Aquí es estrecho, pero acogedor. Poco espacio, aunque suficiente para dos. O para uno, para pensar. Es muy de Ángel conservar sitios como este, refugios secretos. Por eso aquí se siente en casa. Yo también.

—¿Aquí hay vino? —me voy al fondo, paso la mano por la chimenea artificial, de la que cuelga una guirnalda de arañas y calabazas de plástico; los dedos se me llenan de polvo.

—Me preparaba para nuestra Noche de Halloween —explica, torpe; se le cierra la garganta—. No sabía que no estaba destinada a celebrarse…

Se queda inmóvil. El nombre de Rebeca no hace falta pronunciarlo: está en el aire, pegado a la palabra "Halloween", a la palabra "novia", a la palabra "futuro". Rebeca no va a desaparecer de nuestra vida: lleva a su hijo.

El corazón se me encoge. Me doy la vuelta hacia la puerta; se me tensan los hombros. No quiero que lo note. Pero lo nota.

—Azúcar negro, no he venido porque sí —empieza.

No me giro. El silencio me corta por dentro. En momentos así estoy convencida de que todo lo que he hecho con él es un error. Que él no es mío. Todavía no. Por mucho que diga lo contrario.

Cada vez que lo tengo cerca, me rindo. Lo quiero más que a la vida. Cinco minutos con Ángel valen más que días de remordimientos. Ardo… y luego me machaco. Creo que nunca podré sustituir a Rebeca. Que él nunca me elegirá. Que a él lo tira ella, y yo me alimento de migajas, de estos instantes a escondidas.

Juré no ser la amante de nadie. ¿Y qué soy ahora mismo? Su amante. La otra. La tonta que vuelve a abrirle la puerta. Pero ¿cómo se le resiste una al hombre que ha sido su crush desde los diez años?

—Kimberly… —siento que se acerca por detrás; me coge la mano, entrelaza nuestros dedos. Tengo la piel fría. Su aliento se me detiene en el cuello, su olor a ámbar me golpea las fosas nasales. Momento mágico.

Tranquila, corazón. Suelta la cabeza, me digo.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa, como siempre, pero sé que se me ve el dolor en los ojos. A él no se le escapa. Para colmo, me mira como si fuera algo sagrado. Es de una belleza divina, pienso yo de él. Endiabladamente amado. Yo quiero esta noche con Ángel. Me inclino para besarlo, pero él se aparta; el corazón se me cae al suelo.

—Azúcar negro, espera.

—¿Por qué? —me burlo, pero la voz me tiembla; me entran unas ganas tremendas de llorar—. No hemos terminado lo que empezamos en el coche.

Mi mano baja a sus pantalones; los dedos me tiemblan. Me taladra su mirada, amarga. Pienso que ha venido a romper conmigo. Esta vez de verdad. Para siempre.

Rebeca: correcta, guapa, novia inmaculada, futura madre de su hijo.

Y luego yo: la que, colocada, se subió a las rodillas de otro. Rebeca nunca habría acabado en esa situación. Yo sí. En vídeo. Excitada, desatada, semidesnuda, gimiendo bajo caricias ajenas. ¿Para qué iba a querer él a alguien así?

Sé que vio la grabación. Que se horrorizó conmigo. Que vomité. Que me siento sucia, una fulana. Una que no está a la altura.

—Kimberly —me sujeta la mano—, escúchame. —Me enmarca la cara con la palma y me acerca a él—. No me voy a casar con Rebeca.

¡Pum!

—La voy a apoyar a ella y al niño, pero entre nosotros se ha acabado.

¡Pum-pum!

—Le he dicho que te quiero.

¡Pum-pum-pum! Fuegos artificiales en mis ojos.

—Solo te quiero a ti, Azúcar negro. —Me sostiene por los hombros; si no, me caigo—. No llores.

¿Estoy llorando? Ni me he dado cuenta. Me tiemblan las manos; le busco la cara.

—Te quiero —repite, atrayéndome contra su pecho—. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo para que lo creas?

—Un millón —sollozo, sonriendo entre lágrimas.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero…

Se le acaba el millón, pero no el susurro. Me lo repite cuando caemos sobre los cojines. Cuando me desnuda.

Cuando se quita la camisa.

Cuando entra en mí.

Cuando acaricia mi cuerpo.

Cuando nos besamos y gemimos al unísono.

Cuando terminamos, todavía me susurra que me quiere. Y ahora, bajo la manta, desnudos, con las piernas y los brazos entrelazados, vuelve a repetirme:

—Te quiero, Azúcar negro.

Este lugar cura. Aquí mi corazón sufrió y aquí sana. Estamos bien los dos.

—Kimberly. —Me besa en la coronilla, me acaricia el pelo.

—M-mm? —ronroneo contra su pecho; me da una pereza mortal levantar la cabeza. Eso le enternece, lo sé.

—Conozco a un médico. Te examinó después del club…

—¿A qué viene esto? —me incorporo un poco y apoyo la barbilla en su pecho.

—Necesitas un chequeo. Ingresar en una clínica.

—¡No soy una yonqui! —amago con incorporarme del todo, pero me sujeta del codo y me trae de vuelta.

—No he dicho que lo seas. Rikki te metió un fármaco nuevo. Richard te hizo un análisis de sangre, pero no basta. Hay que comprobarlo todo. Estoy preocupado. No te acordabas de nada. ¿Qué mierda dejó entrar en tu cuerpo? Azúcar negro, me tienes en vilo.

Tiene razón. No recuerdo nada de aquella noche. Sé que Rikki me echó algo. Sé que hice barbaridades, que me desconecté. Si Ángel no llega a estar allí… Mejor no seguir ese hilo.

—Vale, de acuerdo —asiento y pego la mejilla a su pecho. Su corazón late deprisa. Mi corazón. Lo quiero. Se preocupa por mí.

—Hablaré con Richard. Tiene una clínica privada, buena. Ingresarás una semana. Con discreción, no te preocupes.

—¿Y mis padres? No quiero que sepan los detalles… —aparto la mirada. Solo imaginar la cara de mi padre me da urticaria.

—Diremos que te has ido a un rodaje a Nueva York. —Me abraza por los hombros y me acerca más—. Solo una semana, Azúcar negro.

—Vale. —Mis labios rozan los suyos—. Una semana en un centro para drogadictos.

—No exageres —chasquea la lengua, y yo me río y le enredo la mano en el pelo.

—Por ti hago lo que sea.

—No digas eso. —Me sujeta por los hombros, me gira boca arriba y me cubre con su cuerpo—. Eres mi todo. Entérate ya.

—Me enteraré cuando lo repitas por millonésima vez. —Le doy un beso en la nariz—. Me parece que solo lo has dicho novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve veces.

—Te quiero más que a todos esos puñeteros millones. —Me agarra de las caderas, se abre paso entre mis piernas—. Gímeme lo mismo.

Estoy tumbada a su izquierda, yo bajo su axila, y ni después de mi millonésimo gemido se calma. Me besa el brazo de la muñeca al hombro, frota la nariz contra mi piel; mi olor a ámbar lo embriaga, lo sé.

—La mejor noche —sonrío—. Quiero seguir.

—Cariño, no tienes ni que pedirlo. Estoy listo hasta el amanecer.

—No me has entendido. —Esquivo el beso en el cuello—. Quiero a dos Ángeles.

Alzo la mano y cuento con los dedos.

—A ti y al nocturno. Rodar hasta el alba, parar en diners. Una hamburguesa con doble queso, kétchup en tus labios.

—Hecho —sonríe—. ¿Qué más?

—Quiero tu nombre en la muñeca, donde has besado. Una línea desde tu diamante. —Me toco el colgante en forma de corazón entre los pechos—. Hasta tu nombre aquí. —Dibujo «Ángel» con la uña en la muñeca, alzada hacia el techo—. Lo quiero ahora. ¿Vamos?

—¿Por qué en la muñeca izquierda? —se incorpora sobre el codo y me mira.

—Los antiguos romanos creían que la vena del dedo anular de la mano izquierda está unida al corazón. La «vena del amor». Por eso los anillos se llevan ahí. Como símbolo de amor eterno, Ángel. Quiero trazar su camino. Sellarlo con tres puntos. El primero: tu diamante junto al corazón. El segundo: tu nombre en la muñeca. El tercero…

—El tercer punto lo marcaré yo —no me deja terminar—. Con un anillo de boda en tu anular cuando aceptes casarte conmigo.

Me quedo helada. La boca abierta, los ojos muy abiertos. Él me mira serio, sin sonrisa. Mi cabeza no está preparada para la pregunta.

—¿Vas en serio? —susurro.

Pensaba que estaba cabreado porque se acuesta con Rebeca. Pensaba que yo era el lío, el error, la pasión que se barre debajo de la alfombra.

No, Azúcar Negro, esto no es un sueño.

Se pone de un salto y se sube los pantalones.

—Levántate. Vamos a elegir el anillo. ¿Qué prefieres: Tiffany, Graff, Chopard? Tú decides a quién sacar de la cama a la una de la mañana.

—¿Ángel, te has vuelto loco? —me incorporo sobre los cojines y me cubro el pecho con la manta.

—No nos casaremos solo si tú no quieres. —Me tiende unos shorts y se queda clavado frente a mis ojos—. ¿Quieres? No te presiono, pero…

—¡Jesús, qué plasta! —doy un brinco y me le cuelgo del cuello—. ¿No recuerdas mis juramentos de niña? Desde los tres años pensaba ser tu mujer. Te adoraba como a un poni mágico de dibujos. No estaba de broma. ¿Crees que voy a decir «no»?

—Di tu respuesta en voz alta. —Me atrae más; sus labios casi rozan los míos.

—Graff. —Se lo exhalo en la boca—. Un diamante negro en forma de corazón. Fiel a mi gusto. —Me toma en brazos, va a besarme, pero me aparto—. ¡Y te pondrás de rodillas!

—Por ti estoy dispuesto a arrastrarme de rodillas.

Esto va en serio. Llevo sus shorts, su camisa negra ceñida con un cinturón. Voy descalza; él, con la chaqueta sobre el cuerpo desnudo. Nos vamos a por el anillo a la una de la madrugada. Llevamos dos botellas de vino encima y toneladas de felicidad. Nos reímos como locos.

Me calza sus calcetines para que no se me hielen los pies en el asfalto. Paramos ante el escaparate de la joyería. Increíble. ¿Así se cumplen los sueños más queridos? ¿Plas, y ya? ¿De verdad voy a convertirme en la señora Morris?

El dueño, medio dormido, nos mira, se frota los ojos y vuelve a mirar.

—¿Podría ir más rápido, por favor? —apremia Ángel—. Mi prometida va a coger frío.

—Un segundo, señor Morris. —El hombre reprime un bostezo.

Ángel me aprieta la mano; yo echo la cabeza hacia atrás y me río. Señora Kimberly Morris. Me lo creeré cuando el sacerdote lo pronuncie en la iglesia.

—¿He oído bien? ¿Un diamante negro en forma de corazón? —aclara el dueño al abrir la puerta de cristal.

—Exacto —asiente Ángel sin soltar mi mano—. ¿Tiene Graff problemas? Si no, recurriremos a otros.

—No, no, señor Morris. Su encargo llevará tiempo. No solemos trabajar con esos materiales.

—¿Cuánto?

—No sabría decirle… Dos o tres meses.

—Me valen diez días —declara Ángel, firme.

Lo miro boquiabierta. ¿Este es el Ángel que conozco? Serio, exigente, inflexible, con esa voz que menea mi suelo pélvico. Su tono me enciende abajo; quiero rendirme ahí mismo, en el escaparate, entre diamantes. Se me aprietan los muslos: siento lo mismo que él.

El dueño toma medidas, precisa detalles. Yo sonrío, olvidándome de mi pinta: camisa masculina, pelo revuelto, pies en calcetines. Bajo la mirada de Ángel estoy tan desnuda como hace un rato en el contenedor. Sigo cada uno de sus movimientos; me sacuden oleadas de temblor.

En diez días, después de mi chequeo en la clínica, él me pondrá el anillo en el dedo… y me volveré loca de felicidad.

—Haremos lo posible por llegar, señor Morris —sonríe el dueño—. Le avisaré cuando esté listo.

—Perfecto. Mi prometida y yo lo agradeceremos públicamente. —Ángel me abraza por la cintura—. ¿Seguimos? Antes del amanecer hay mucho que hacer. ¿Siguiente parada: doble cheeseburger?

—Ajá, en la esquina de la avenida «porción de kétchup en tus labios».

Capítulo 34. Ángel

La tomo en brazos para que no pase frío y la llevo hasta el Tesla; su calor me abrasa.

¿De verdad acabo de hacer esto? ¿Ha dicho «sí» y acabamos de encargar el anillo?

Siempre he sido discreto, he respetado el tiempo de los demás, pero hoy me he soltado. He tirado de contactos, de estatus, y le he conseguido a Kimberly lo que quería. Por ella pondría en pie a toda América. A todo el mundo. Lo dejaría a sus pies; el corazón se me dispara de felicidad.

—¿Entonces hoy no nos casamos? —se termina el cheeseburger en el coche y se limpia la salsa del labio con el dedo; sus labios brillan.

Me derrito y sonrío como un idiota. Kimberly es divertida, preciosa. Tengo una suerte de la hostia si me he ganado su amor.

—Podemos tirar para Las Vegas y casarnos —propongo—. Compramos los anillos, nos ponemos ciegos y, en vez de cura, una holografía de Elvis. Tú con esos shorts, y yo me quito la chaqueta: salgo en topless en las fotos. ¿Qué te parece?

—Estás loco —dice entre risas, tapándose la boca para no escupir la hamburguesa.

—Se me ha pegado algo de ti. —Me acerco y le lamo el kétchup del labio; su sabor me enciende—. Estás buenísima… Pero conozco un sitio más rico.

Acabo inclinándome hacia ella, la mano en su muslo, jugando con la goma de los shorts, tirando de ella para que se acerque.

—Ven aquí.

—¡No! ¡Tenemos que ir al estudio de tatuajes! —patalea—. He encontrado uno cerca.

—¿No puede esperar quince minutos?

—¡Ángel! —chilla—. ¡Tenemos un plan!

Diez minutos, Azúcar Negra. Eso es todo lo que quiero. Me basta rozarla para que exhale hondo, se ofrezca, arquee la espalda.

—Tú ya has quitado el hambre, y yo necesito postre —me relamo, bajando la cara a su vientre.

Con ella soy un pervertido insaciable. No lo puedo evitar. Su magia me toma el cuerpo, el cerebro, el alma. Y no me da vergüenza.

—Jesús, Ángel… Estamos en el aparcamiento de McDonald's… —gime, arqueándose. Los cristales empiezan a empañarse, la temperatura sube en el interior del coche.

—No pensé que aquí sirvieran los mejores postres —murmuro contra su piel—. Habrá que acelerar para no perder ni una gota.

Cinco minutos después vamos hacia el estudio de tatuajes; el motor del Tesla zumba. Kimberly respira con dificultad, tumbada en el asiento; tiene las mejillas encendidas. La miro de reojo y sonrío, satisfecho. Me encanta verla así, deshecha por mí. Le he encontrado un punto débil. Y me alegra haber sido el primero.

Todavía me relamo, saboreando su recuerdo, cuando freno junto al neón de «Aguja Negra». Después de la sesión voy a pedir una segunda ración de postre. No me he saciado.

—Me tatuaré tu nombre —me enseña la muñeca izquierda—. Será el segundo punto.

Le tomo la mano y beso el lugar donde pronto pondrá «Ángel». Sonríe.

—Después de la boda uniremos los puntos. ¿Quedará bonito?

—Impresionante. —La beso en la frente y abro la puerta—. Yo también he pensado algo. Pero hoy no me tatúo.

—¿De verdad? ¿Qué?

—Lo sabrás ese mismo día. —Juego con las cejas.

—Nooo… —hace un mohín—. ¡Me muero de curiosidad, Ángel!

—Ni lo pidas.

—Al menos dame una pista.

—No.

—¡El sitio! —patea el suelo y me tira del brazo como una cría.

Me río.

—Ná.

—¿Tiene que ver con la entrepierna?

—¡Kimberly!

—¿Qué pasa? —se ríe—. No me importa si te pintas el rabo para mí. Es de una entrega…

—Prefiero sacrificar otra cosa. El rabo nos hará falta. —Le doy una palmada en el culo y la guío fuera del coche.

La llevo a nuestro sitio, nos arropamos con mantas y vemos amanecer en la bahía. El viento le despeina los rizos; la beso con los primeros rayos del sol, atrapados entre las nubes. Le beso la cara, los labios, el cuello, el tatuaje nuevo de la muñeca bajo el film.

La beso un millón de veces. Le repito cuánto la quiero. Y otro millón dentro de diez días, cuando Richard confirme que está sana. Cuando me arrodille y le ponga el anillo más extraordinario. Cuando la llame mi mujer. Cuando la vena del amor una nuestros tres puntos.

Dos días después, Kimberly «se va de rodaje a Nueva York»: versión oficial para la familia. Me avisó de que llamaría poco: Richard insistió en evitar comunicaciones durante las pruebas.

Las publicaciones en redes están programadas para diez días, los temporizadores, listos. Nadie notará su ausencia. Excepto yo.

Lleva un día sin estar a mi lado y me tiemblan las manos como si me faltara la dosis. Noto la falta en cada célula: sus caricias, sus besos, sus sonrisas, sus ojos, sus rizos, sus manos en mi pelo.

Diez días. No tres años, los que nos separaron. Podremos. Ya hemos esperado. Cometimos errores, pero encontramos la forma de estar juntos. Lo aguantaré.

Al quinto día de su ausencia, los beneficios del trading se duplican. *Morris-Coin* se fortalece, la capitalización crece. Yo no he dormido, igual que Miwei y el equipo de traders y analistas a los que he obligado a trabajar sin pegar ojo. Necesito ocuparme.

Como entonces, cuando Kimberly se fue a Europa. «¿Cabreado, irritado, jodido? Planta el culo en la silla y curra —decía Justin—. Desconéctate, bloquea emociones, sacude recuerdos, canaliza la energía donde toca y haz pasta».

Lo mismo con la añoranza. Con la dependencia. Con ella, hacia la que me arrastra en cuanto me despisto.

Llamo a Richard para saber cómo está Kimberly. Lo tengo agotado, lo sé. Me cuelga las llamadas. Al séptimo día estoy a punto de plantarme en la clínica y saltarme todas las condiciones. A ver si van a tener que tratar también a mí. Soy un yonqui.

Me habría ido de cabeza si Justin no hubiera llamado al octavo día.

—¿Seguro que Kimberly no ha salido dañada? —su tono duro y su cara seria por videollamada me ponen en guardia.

—¿De qué hablas?

—No puedo divulgarlo. Es un caso clasificado…

—¡¿Qué tiene que ver Kimberly con asuntos del FBI?! —salto; se me tensa la mandíbula.

—Escúchame. Estamos investigando a una banda. Narcotráfico. Producen una droga nueva: te vuela la cabeza, convierte a la gente en animales. Atiborran con ella a chicas, graban porno retorcido, lo suben a la red y venden los momentos más explícitos por una pasta. Aceptan encargos para nuevos episodios por un extra.

—¡Joder! —recuerdo el vídeo con el que Rikki chantajea a Kimberly. Todo habría podido ser peor si no hubiera llegado a tiempo. Ella dice que en el vídeo no hay coito, pero… ¿y si aparece en la red? ¿Qué será de su reputación?

—¿Detalles? —le escupo entre dientes.

—Operan en EE. UU., conectados con un clan en Europa. La darknet está infestada de su producto: droga y porno. Los rastreamos, pero sin resultados. No hay forma de llegar a las personas. Está todo limpio. Ni yo llego a tiempo.

—¿A qué vienes?

—Imagina mi sorpresa cuando me entero de que Rikki Hall, del que me pediste que tirara del hilo, está vinculado a este caso del FBI.

—La madre que… Ya sabía que ese cabrón no actuaba porque sí.

—Por eso te pregunto si Kimberly salió dañada. Seguro que no me contaste todo.

—No pude. —Suspiro y me paso la mano por la cara—. Le prometí a Kimberly que nadie sabría nada. Su reputación está en juego. No sabía lo que hacía. Rikki la manipuló. Es ingenua…

—Lo entiendo. —Justin hace una pausa—. Nadie se enterará, Ángel. Solo entre nosotros. Necesito información para llegar al pez gordo. Rikki es un peón. Si le apretamos, cantará y nos llevará a la cúpula. Poco probable, pero es el único hilo.

—Te contaré todo, pero primero quiero hablar con Rikki a solas. Tiene algo que puede perjudicar a Kimberly.

—Espero que no sea lo que estoy pensando.

—Eso espero yo también. Quiero arrancarle la granada antes de que quite la anilla.

—Confío en que sabes lo que haces. No lo demores.

—Dame un día. Te devuelvo la llamada.

Al noveno día localicé a Rikki. No fue difícil: es un fotógrafo conocido e Iván no es precisamente callado. Vuelo tras él a Nueva York.

—¡Nena, barbilla arriba! —ordena en el estudio.

Su melena cenicienta es como un capote rojo. Agítalo, torero: te haré trizas.

—¡Mirada a mí! ¡Bombón! —se agacha; me acerco, le pongo la mano en el hombro y presiono encima de la clavícula.

—Y ahora, la mirada a mí.

Rikki se retuerce, pero se carcajea:

—Te echaba de menos, guapito.

—Vamos a hablar. —Lo agarro por la axila y lo sacudo para que se levante—. Chicas, descanso.

Lo saco al pasillo, lo meto en una sala vacía y cierro con llave.

—Borra el vídeo de Kimberly —exijo, clavándole la mirada.

—¿No te gustó? —se ríe—. De acuerdo, de actriz tiene poco. Sale mejor en fotos. Pero… es su primera prueba. ¿Hace falta enfadarse? ¡Dale una oportunidad!

Lo agarro por el cuello de la chaqueta y lo atraigo hacia mí. Le noto marcas amarillas de golpes pasados, tapadas con base. Este payaso roza ya los cuarenta, y sigue jugando a artista maldito.

—Véndeme el vídeo. ¿Cuánto quieres? Pagaré lo que sea con tal de que dejes a Kimberly en paz.

—Tentador, pero paso. El interés personal pesa más que el dinero, guapito.

—Déjala en paz. Por última vez. —Lo zarandeo.

—¿Y si no? —su sonrisa me saca de quicio—. ¿Me vas a dar otra paliza? Entonces te comes un proceso. La otra vez ni me esmeré.

—Si alguien va a comerse un proceso, serás tú. Sé a qué te dedicas.

—¿Me estás grabando? —se ríe—. Todo el mundo sabe a qué me dedico. Soy fotógrafo. Mi nombre suena en todas partes menos entre chuchos.

—Sabes de qué hablo.

—No, guapito, te explicas de pena. Concreta.

Le arrugo la bufanda, tiro de ella y lo obligo a ponerse de puntillas. Nariz con nariz:

—Kimberly es mía. Desaparece de su vida o convertiré la tuya en un infierno.

—Empieza —escupe Rikki, sin apartar la mirada—. No la voy a soltar. La preparé para mí.

Me golpea las manos y se zafa.

—¿Crees que me rindo? ¿Que voy a regalar lo que he creado? —se arranca la bufanda del cuello y la tira al suelo—. No me he partido el lomo por ti. No la he moldeado por ti. No he jugado con sus deseos por ti, Ángel.

Da un paso más cerca.

—Tú ya te has llevado demasiado. Te quedaste justo con lo que yo quería. Pero no soy escrupuloso. Aceptaré a Kimberly de vuelta después de tus intentos de jugar al amor. ¿Sabes por qué? —inclina

la cabeza y se lame los labios—. Las chicas heridas se montan en la polla con desesperación para pegarse el corazón.

Su sonrisa es un rictus animal.

—Juega, Ángel, hasta que te aburras. Rompe su corazón. Yo llenaré cada grieta. Hasta arriba. Hasta donde me dé la gana.

Me descontrolo y le meto un puñetazo en la cara. Él se esquiva.

—Me arrepiento de no haberte reventado en el baño en el cumple de Kimberly.

—Y yo de no habérmela follado allí mismo.

—¡Hijo de puta! —me lanzo, pero se escurre y me pega en el estómago. Me doblo y toso.

—La he querido todos estos años… Te lo puedes imaginar, guapito. Me he pasado más de una noche pajeándome con sus fotos mientras ella hacía carrera en Europa.

—Ese eres tú, gilipollas. —Intento incorporarme; me golpea en la nuca y caigo de rodillas.

—La deseaba que te cagas. Me dolía todo el cuerpo de verla. Joven. Guapa. Virgen. No sé cómo me contuve. ¿Y tú, Ángel? —me atiza en las costillas y no me deja levantarme—. Soy bueno. Cuando tu nena vuelva corriendo a mí, te venderé el vídeo. Para que mates las noches solo.

Su puño vuela entre los omóplatos; pongo los brazos y no caigo.

—Nunca va a volver corriendo. Y menos después de lo que le hiciste. —Lo escupo entre dientes—. ¿Qué te queda? ¿Tomarla por la fuerza? ¿A base de chantaje? ¿No te da asco forzar a quien no te quiere?

—¿Ah, sí? ¿Y tú has visto el vídeo? —se ríe; amaga un golpe, pero me pongo en pie, le suelto un derechazo a la mandíbula, lo tiro al suelo y le atizo otra vez.

La sangre le mana de la boca y me mancha los nudillos.

—¿Te da miedo mirar la verdad? —gruñe—. ¿Te da miedo un combate de iguales?

Alzo el puño, pero me contengo. Dice gilipolleces. Kimberly jamás lo ha querido. No habría acabado sobre sus rodillas sin droga.

—No te metas y verás cómo se muere por cabalgarme.

—¿La vas a volver a colocar? —le silbo—. Incluso colocada me llamaba a mí. Ni se te ocurra acercarte.

—No tengo nada que perder. O te apartas o el vídeo de Kimberly vuela por la red hoy mismo.

—O te mueres ahora mismo. —Mi puño va hacia su cara, pero revientan la puerta y entra seguridad.

Me inmovilizan los brazos y me arrancan de encima de Rikki.

—Mala elección, guapito —me grita a la espalda cuando me sacan —. Intenté arreglarlo en paz.

Quiero mandarlo a la mierda, al infierno, pero no me da tiempo. Al décimo día todo se pone del revés.

Capítulo 35. Kimberly

Décimo día.

El reloj no deja de avanzar y, con cada minuto, las mariposas de mi estómago agitan las alas más fuerte. Pronto veré a Ángel. Mis análisis han salido bien; hasta el quisquilloso Richard está satisfecho, así que hoy saldré de la clínica y abrazaré a mi prometido.

Me pregunto si se pondrá de rodillas ahí mismo, en el aparcamiento. ¿O en casa, en su cama enorme, entre sábanas negras, después de nuestro orgasmo sincronizado? Mejor, imposible, ¿no?

Por la tarde iremos a ver a mi familia; anunciaremos el compromiso. Jesús, ¡soy la más feliz! He logrado todo lo que quería: he encontrado el amor de aquel a quien le di el alma de niña.

Los cuentos existen; se cumplen aquí, en Los Ángeles, bajo la lluvia de otoño. Para algunos, *"Ángel"* es solo un nombre; para mí, es el mundo entero. Ojalá lo vea ya, para que este día se acabe de una vez.

Me asomo a la ventana de la habitación. La lluvia golpea el cristal y escurre en hileras. Abro la ventana, saco la cara, respiro. Huele a frescor, de ese que no todo el mundo capta.

He logrado derretir su corazón, un enigma que parecía inalcanzable. Quería saber qué le atormenta, qué le alegra, qué le

acelera el pulso. Parece que la respuesta soy yo. Ya estaba ahí hace tres años, solo que él no podía admitirlo. Ahora sí.

Gritaré al mundo que su corazón es mío. Toco el contorno de su nombre en mi muñeca y sonrío, mirando a través del muro de ladrillo cubierto de tuyas.

La clínica, recomendación de Richard, es multifuncional; estoy en un ala "secreta", sin acceso para pacientes corrientes. Tengo una habitación con tres estancias: baño, salón-comedor y una zona de relax donde Charles charla conmigo una vez al día.

Es un viejo divertido, aunque sería mejor si no me hubiera quitado el teléfono. Los primeros días fueron duros; la culpa por mentir a mis padres me roía por dentro. He hecho cosas peores, sí, pero esto… Si papá se entera, no me lo perdona. Espero que no lo haga. No hace falta. Ya me he asentado aquí.

Observo cómo las tuyas se balancean con el viento. La lluvia arrecia; me apetece ponerme un jersey. Bajo las mangas y, entonces, veo a una persona corriendo hacia las tuyas frente a mi ventana. Luego a otra. Y otra.

Llevan cámaras de fotos, de vídeo, todo tipo de cacharros. Se plantan bajo la ventana. Un dron sube hasta mi cara y no me da tiempo a agacharme. Le sigue un segundo, un tercero. Registran cada movimiento.

Ya hay veinte, cincuenta personas. Hacen fotos, graban.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo se han enterado? Mi visita es un secreto. La información no podía haber salido.

—¡Cierra las ventanas! —grito; se me quiebra la voz—. ¡Rápido!

Intento bajar las persianas, pero no puedo. Sigo expuesta ante los drones y los paparazzi. Caigo al suelo, me meto en un rincón.

—Cierro las ventanas —informa el sistema domótico.

Las persianas bajan por fin. Me levanto de golpe y salgo disparada hacia el despacho de mi médico.

—¡Charles! —irrumpo, pasando de largo ante la secretaria—. ¡Charles!

—Kimberly, ¿qué haces aquí? —se levanta y se quita las gafas—. Estás incumpliendo las normas. Arriesgas la confidencialidad.

—¿Qué confidencialidad? ¡Bajo las ventanas hay una nube de periodistas! ¡Sus drones me han grabado desde todos los ángulos!

—¿Qué? —se le caen las gafas de las manos—. No puede ser. La clínica está vigilada. Al ala "secreta" no se accede.

—¡Están ahí! ¡Ya están escribiendo artículos, poniéndome de yonqui, de esquizofrénica, de ninfómana!

—Kimberly, cálmate. Lo averiguaré.

—Dame el teléfono.

—Pero…

—¡Ahora mismo, Charles!

Abre el casillero y me devuelve el teléfono. Llamo a Ángel. No contesta. Vuelvo a marcar: buzón de voz. Maldigo y me meto en las redes.

Me basta una mirada: estoy en la mierda. Los feeds están llenos de mis fotos y recortes de aquel día en el club.

No solo lo de Rikki acariciándome en sus rodillas. Peor: escenas donde me arrastran con máscaras y me esposan a una mesa. No recuerdo nada. Se ve que estoy inconsciente, pero ¿a quién le importa?

Me han tachado de puta. Se acabó mi carrera de modelo. Me llaman el mánager y la agente de prensa. He saltado a la fama como actriz porno.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas y no me las seco. Mi vida se desmorona.

—¿Dónde está Ángel? —sollozo—. Quiero ir a casa.

—No consigo comunicar con él —responde Richard.

Al parecer ha venido; Charles le ha llamado. Lloro. No hay salida. Papá tiene cincuenta y ocho llamadas perdidas en dos horas. No me atrevo a devolver la llamada.

—Vamos —Richard me toma del brazo—. Te vas en mi coche.

Asiento y me conduce por el pasillo del personal; llama a alguien y exige que preparen el coche, que Chuck me recoja en el segundo nivel del aparcamiento.

—Ve por el pasillo, a la izquierda. En la puerta, la clave: 2505. Allí está Chuck.

—¿Y tú?

—Yo me ocupo de la seguridad y de los periodistas. Necesitas una maniobra de distracción.

—Tienes razón.

—Lo arreglaremos todo, Kimberly —me aprieta la mano—. Perdona por los medios. Es culpa mía.

—No, esas ratas encuentran un agujero en cualquier parte. No es culpa tuya.

—Tampoco tuya. No me creo esa chorrada —sonríe débilmente—. Corre. Localizaré a Ángel.

Asiento, echo a correr por el pasillo, giro a la izquierda y doy con una puerta de hierro.

La clave: 2505; nuestros cumpleaños, el 25 de diciembre el suyo, el 5 de octubre el mío. Simbólico. Sonreiría si no fuera por el pánico.

Salgo disparada al aparcamiento. Chuck no está. El sudor me baja por la espalda, el cuerpo me tiembla. ¿Dónde está el maldito Chuck?

Un Toyota blanco frena delante de mí; la ventanilla baja.

—Sube. Te llevo.

Los ojos castaños de Rebeca están fríos; el rostro, sin emoción.

—He leído las noticias. Sube. Te llevo a casa.

Dudo un segundo, rodeo el capó y me dejo caer en el asiento del copiloto; la sangre me hierve de adrenalina. Yo conduzco, pero no mucho. Y ahora tengo miedo.

Quiero largarme, ver a mis padres, calmarlos, abrazar a Ángel. Espero que esté bien, que venga volando a por mí. El corazón se me desboca.

Rebeca sale del aparcamiento por un pasillo estrecho hasta la calle, sin periodistas ni drones. Conoce la ruta secreta y la sigue sin error.

Circulamos entre casas particulares y un bosque ralo. La lluvia inunda el parabrisas; los limpiaparabrisas chirrían, incapaces de seguirle el ritmo al aguacero y a los golpes de mi corazón. La carretera se desdibuja; las lágrimas se secan en mis mejillas como las gotas en el cristal.

—¿Cómo has aparecido allí? —pregunto en voz baja, mirándola de reojo.

Ella, imperturbable, mira la carretera a través del crepúsculo de Los Ángeles. A mí no me mira.

—Le has arruinado la vida a más de una persona —dice con calma.

—No lo entiendo…

—Claro. —Sonríe débilmente—. Hacerse la tonta sale a cuenta. A las tontas las compadecen, las ayudan, las quieren. Los hombres necesitan salvar, ¿no, Kimberly? Está en su naturaleza.

Callo y me seco las lágrimas. Me tiemblan las manos. No me gusta esta conversación; el aire del coche se vuelve pegajoso. ¿Para qué me he subido? Tengo que llamar a Ángel.

—Ojalá fuera una idiota, Kimberly —se burla, apretando el volante —. Es más fácil ser tonto. Si la cagan, todos se enternecen, ayudan, enseñan. Y ellos sonríen.

—No soy tonta —le lanzo una mirada rabiosa—. Lo he conseguido todo sola. No es culpa mía que Ángel no te haya querido.

Puedo pedir perdón por meterme en vuestra relación. Pero no por amar. Por eso no se pide perdón.

—¡Si no te hubieras metido, todo iría bien! —me corta—. ¿Para qué has vuelto?

—Por él.

Se le tensa la mandíbula y pisa el acelerador. El aguacero anega el cristal; los limpiaparabrisas no dan abasto. No se ve nada: manchas borrosas de árboles y de la carretera del puerto.

—No le eres digna. Búscate a alguien de tu edad, de los tuyos —declara en voz alta.

—No lo niego. Pero al corazón no se le manda.

—¡El corazón es un puto órgano! —grita, golpea el volante—. ¡Un músculo! Todo se podría haber evitado si no hubieras vuelto. Eres sucia. No entiendo cómo no le da asco besarte, tocarte, follarte.

Quiero replicar, pero un nudo de lágrimas y pensamientos me cierra la garganta.

Tiene razón, susurra mi peor versión. Después del vídeo no voy a poder limpiarme nunca del todo: ni ante Ángel, ni ante mis padres. Quiere que me ahogue en la inmundicia.

—Lo sabe todo el mundo. Ya se lo advertí —prosigue.

—Sí, soy mala —susurro entre lágrimas—. Hago cosas horribles. Estúpidas. Irreflexivas. Pero eso no va a hacer que él te quiera.

Se ríe, alta, histérica, echando la cabeza hacia atrás. Su pie hunde el acelerador hasta el fondo; el coche vuela bajo la lluvia.

—¡Rebeca! —grito—. ¡Baja la velocidad!

—¿Qué convierte a una persona en asesina, Kimberly? —deja de reír, pero no baja la velocidad.

—Rebeca, cálmate… —me hundo en el asiento y me agarro al cinturón.

—El niño que crecía en mí… hoy ya no está —las lágrimas le corren por las mejillas—. Lo han matado. ¿Quién es la asesina? ¿Yo, que di el consentimiento para el aborto? ¿O tú, que lo provocaste? ¿Cuál de las dos, Kimberly?

El coche vuela; los neumáticos silban, ahogando la lluvia. Palpo el teléfono y marco el contacto de emergencia.

—Ángel…

—Eres una asesina, Kimberly —repite, apretando el volante—. ¡Asesina! —Gira de la carretera hacia el océano—. ¡Has matado a mi hijo! ¡Tú! ¡TÚ!

Me desabrocho el cinturón, me abalanzo hacia el volante, intento girarlo, pero su codo me golpea en la cabeza y me lanza contra el asiento.

—Y yo soy una asesina… —susurra—. Y a las infanticidas les espera la pena de muerte.

—¡Rebeca, no!

El altavoz del teléfono estalla con un grito masculino justo cuando el coche atraviesa la valla y cae a la bahía.

Me cubro la cara con las manos. Las olas abrazan la carrocería y nos arrastran a las aguas oscuras y heladas.

Grito, lloro, no sé qué hacer. Veo una grieta en el parabrisas.

Y luego, la oscuridad.

Capítulo 36. Ángel

Me ahogo en sangre cuando alcanzo el teléfono; la garganta me arde como si tragara cristales. Tengo las costillas rotas, la cara me duele como carne picada recién sacada del congelador.

Estoy tirado en una pila de mierda no muy lejos de casa: sucio, empapado, medio muerto. Respiro con un silbido por la nariz rota.

Nada más volver a Los Ángeles, me estaban esperando cinco en un Jeep con los cristales tintados.

Me arrastraron a un callejón sin cámaras y me dieron una paliza de muerte. Me destrozaron el Tesla. Me reventaron los dientes, me rajaron el vientre con un cuchillo, me tiraron de cara al contenedor como si fuera un despojo.

No recuerdo cuánto tiempo estuve inconsciente. No recuerdo cómo volví en mí. Habría palmado de no ser por un vagabundo que rebuscaba la cena en la basura.

—Amigo, tiene que ir al hospital. —Me da la vuelta y se inclina sobre mi rostro amoratado.

—El teléfono… En el bolsillo —murmuro.

Lo saca y me lo pone en la mano.

—Le llama su chica. Pídale que venga. O que llame a una ambulancia. Yo no soy de ayuda.

Me llevo el teléfono al oído, la sangre gotea. Oigo el grito de Kimberly por el altavoz; el dolor me desgarra el corazón.

El bramido del océano me pone en pie. El dolor físico se esfuma. Me da igual. Creo que corro. No recuerdo cómo llamo a Miwei, cómo acabo en su coche, cómo le suplico que no me lleve al hospital, que vuele al puerto.

El GPS marcaba el último punto del Toyota de Rebeca allí.

Pero no llegamos a tiempo. Ni aunque me hubiera teletransportado.

Oigo a Kimberly ahogarse mientras Miwei pisa a fondo. Su grito me taladra el cerebro mientras él se salta el rojo. Yo rujo, me caigo del coche. Grito al ver los coches de policía junto a la brecha en la valla de la bahía.

Me lanzo allí rugiendo, ahogando el océano, el viento. Tengo que salvarla. Sigo gritando ahora.

—¡Ángel, se está desangrando! —Richard me sujeta; las luces azules y rojas se emborronan ante mis ojos como fuegos artificiales.

—Kimberly…

—Tiene que ir al hospital.

—Kimberly… —Suplico que no sea ella. No, no ella…

—Hemos llegado a tiempo, Ángel. He enviado un coche a por Rebeca. La policía ha llegado con refuerzos. Los buzos se han tirado. Han salvado a Kimberly. —Richard me coge la cara entre las manos.

El cuerpo se me afloja. Richard grita, exige que me ingresen. Quiero correr, nadar tras ella, pero no puedo. Me caigo, me deshago; la puñalada se hace presente. Me apago entre sus brazos.

Kimberly… ¿Dónde está? Tiene miedo. Me necesita.

Muevo la cabeza; el dolor corta. Las manos no obedecen, el cuerpo duele; solo puedo gemir. Intento incorporarme, pero no tengo fuerzas. No entiendo dónde estoy.

La luz me ciega; poco a poco distingo una sombra, un perfil, un rostro…

—¿Papá? —susurro, apenas audible.

—Sabía que eras un luchador fuerte. —Justin me aprieta el hombro; esboza una sonrisa cansada.

—¿Dónde está Kimberly?

—Ángel… —suspira y aparta la mirada. Mala señal.

Me incorporo sobre los codos; me arden las costillas, hago una mueca. Justin me sujeta.

—Tranquilo. No te muevas.

—¿Cuánto ha pasado? —Intento sentarme; llevo el torso vendado.

—Dos días. Llegamos ayer. Noté que algo iba mal. No me devolviste la llamada.

—¿Dónde está Kimberly? ¿Está viva?

—Viva. —Justin traga saliva y me aprieta la mano con los dedos tatuados.

—¿Está bien?

—Aún es pronto para decirlo…

—¿Dónde está? —Me escurro de la camilla y me pongo en pie a duras penas, venciendo el dolor—. ¿Dónde?

—¡Cálmate! —Intenta sentarme, pero yo me abalanzo hacia él.

Kimberly me llama. Estaré a su lado. La voz del corazón es tajante. Que el cuerpo reviente a sus pies.

—Rebeca ha muerto —dice Justin en voz baja.

Se me quedan los pies pegados al suelo. Corría, me dolía todo, y ahora no siento nada. Me quedo de piedra, blanco como las paredes del hospital.

El corazón no bombea.

Rebeca está muerta. Mi hijo también.

Las manos me tiemblan, el corazón se sacude bajo las costillas rotas.

—Ella iba al volante… —continúa Justin—. No fue un accidente. Rebeca dirigió el coche hacia la bahía…

Me sacude un temblor; me agarro a la pared para no caer. Justin me sostiene.

—Túmbate —me exige.

La sangre rezuma a través de las vendas.

—¿Han sacado a Rebeca del fondo?

—Hijo, por favor…

—¿Dónde está Kimberly? —No distingo su cara; grito con lo último que me queda.

—Hijo…

Nunca me había llamado así. Quiero decírselo, pero los pensamientos se me enredan; la conciencia se apaga.

¿Y si yo no salgo del fondo? Rebeca, mi hijo, Kimberly…

Quiero despertar, enjuagar la pesadilla, sonreír al espejo. Pero no va a pasar.

La mañana llega dos días después. Me han atiborrado de tranquilizantes para que no haga una locura. Estoy colocado, pero no llego ni a arrancarme la vía. No tengo fuerzas.

Justin está al lado.

—Dame el teléfono —le ordeno.

—¿Para qué? —Se frota los ojos, como si acabara de despertarse.

—A Rebeca tienen que sacarla y enterrarla.

—Ya he dado las órdenes. Su cuerpo está en la morgue.

Me vuelvo hacia la ventana. El sol golpea a través de las lamas, raro para diciembre en Los Ángeles.

Se me quedan las lágrimas en los ojos; no caen. Aprieto la mandíbula, aspiro aire.

—No murió sola —susurro, mirando por la ventana—. Quiero que lo pongan en la lápida.

—De acuerdo. Lo haré.

—¿Dónde está Kimberly? —Me giro y le sostengo la mirada.

—Hijo, no te van a dejar pasar.

—No es una broma.

—Está en la UCI. Solo dejan pasar a la familia.

—¡Es mi prometida! ¡Casi muere por culpa de la madre de mi hijo! ¡De mi hijo muerto! —Me arranco el catéter, aúllo de dolor—. El físico o el del corazón, ya no sé.

—¡Ángel! —Justin me agarra y me aprieta en un abrazo—. Aguanta, hijo. Eres un luchador.

—¡Es culpa mía, papá! —Me clavo los dedos en sus hombros. Tiemblo. Estoy desfigurado, destrozado. El dolor me abrasa—. No aguanto esta tortura.

—Grita más fuerte, Ángel. No te contengas. Grita.

Gruño como un animal con el pecho atravesado. Grito como un padre cuyo hijo no nacerá. Aúllo como un hombre que llora.

Justin me sostiene con fuerza, comparte mi sufrimiento. Sus dedos se me clavan, y yo me agarro a él hasta que la voz se apaga.

—Necesito verla —susurro, débil—. Saber que está bien. Verlo con mis propios ojos.

—Vale, lo intentaré…

—No. Lo harás. Ahora. Si no la veo con vida, todo pierde el sentido.

A última hora de la tarde, Richard me conduce hasta la habitación de Kimberly. John se ha marchado hace media hora; probablemente ella duerme.

Solo quiero mirarla sin perturbar su descanso. No imagino lo que ha vivido. La culpa por ello me quemará siempre.

Mi pobre chica…

Ojalá le den el alta pronto, que vuelva a la vida. ¿Podré yo?

Tres han sufrido por mi culpa. Dos no han sobrevivido.

Aprieto los dientes, me abrazo las costillas, apoyo la palma en la puerta de su habitación.

—No debería haber venido —dice Richard.

—Me da igual lo que usted piense. —Me vuelvo—. ¿Cómo permitió que los periodistas se colaran en la clínica? ¿Que Rebeca secuestrara a Kimberly desde su aparcamiento? ¡No la protegió! Juró que ella y Rebeca estarían a salvo. ¿Dónde están ahora?

—Kimberly se juntó con la gente equivocada, Ángel. Usted lo sabe. No me culpe —responde con calma, pero con pesar—. Rebeca tomó una mala decisión. Intenté hacerla recapacitar, pero…

—¿De qué habla? —Se me agota la paciencia; se me tensa la mandíbula.

—No podía decírselo antes —Richard mide las palabras y me irrita —. El día en que Rebeca… hizo lo que hizo…

—¡Hable, maldita sea! —Lo agarro del cuello y lo pego a la pared.

¿De dónde saco fuerzas? ¿Por qué no se resiste? La rabia me revienta la cabeza; se me queda pequeño el cuerpo, el dolor se desborda.

—Rebeca abortó. No estaba embarazada cuando murió. Tomó la decisión antes. No podía contarlo: ética médica, juramento. Ese día parecía normal, algo ausente. Pensé que se había ido. Pero cuando

Kimberly no se subió al coche de mi chófer, entendí que la habían interceptado. Rebeca era la única con acceso al aparcamiento.

Habla y habla. Disparates. Las palabras pierden sentido.

Rebeca quería un hijo, una familia, una casa, felicidad.

—No lo quería sin ti —se cuela la voz de Richard—. La vi, hablé con ella. La criaron en un molde concreto. Tú le ofreciste otro camino. No pudo aceptarlo. No es culpa tuya. Tenía un patrón: el correcto, el clásico. No pudo seguir otro. Si yo hubiera empezado a trabajar con ella antes, quizá… No lo sé. No voy a decir que lo habría evitado.

—Basta. Váyase al infierno. —Retiro las manos, apoyo las palmas y la frente en la puerta de la habitación.

Creí que lo había resuelto todo, que había calmado a Rebeca. Me equivoqué.

—Ángel, está en mal estado. Física y moralmente. El accidente, el vídeo… El escándalo no amaina. Kimberly está rota. No la moleste…

—¡Cállese! —rujo; la voz me tiembla—. No soy idiota. No voy a molestarla. Quiero calmar el alma. Mirarla. Un minuto y me voy. Para poder abrir los ojos mañana. ¿Entiende? Saber que no la he perdido.

Richard calla. Comprende.

Aunque no lo hiciera, no podría detenerme.

Inspiro y abro la puerta de par en par.

Entro en la habitación a oscuras y veo a Kimberly en la cama junto a la ventana. Está tapada hasta la cintura, la cara hacia el cristal; el pecho sube y baja con la respiración.

Viva.

Dioses.

No me había dado cuenta de que llevaba todo este tiempo sin respirar. Exhalo como si me quitaran un peso del corazón; la llama que me quema dentro baja un grado.

Los ojos me escuecen; me los froto. Doy un paso más, pero su voz débil me detiene en la puerta:

—Vete.

—Azúcar negra, soy yo, Ángel. —Se me quiebra la voz; apenas susurro.

—Vete. No quiero verte.

Me echa. Que me maldiga si quiere. Con tal de que hable. Gracias por estar viva.

—Kimberly…

—¡No te acerques! —Gira la cabeza de golpe—. ¡No te acerques! —Por la voz se nota que llora—. Vete, Ángel. ¡No quiero saber nada de ti!

—Kimberly, por favor… —Doy un paso, pero ella grita.

—¡Lárgate! ¡Si apareces, me mato! ¡Desaparece de mi vida! —Solloza, grita entre lágrimas.

El personal sanitario acude corriendo; Richard me agarra por los hombros y me saca.

Su histeria me resuena en los oídos. Me vuelvo, pero él no me deja pasar. No me resisto.

No entiendo por qué reacciona así.

Me voy como guiado, y sus gritos —«¡No te acerques! ¡Vete! ¡Lárgate!»— me retumban en la cabeza y me vuelven loco.

No duermo esa noche. Ni la siguiente. Intento ver a Kimberly, pero no me dejan. Ponen seguridad en su habitación y me incluyen en la lista negra.

Un mes después le dan el alta y vuelve a casa.

Llamo a su puerta, intento entrar por las ventanas, sin éxito. Tras su intento de suicidio, cuando se empastilló, John y Sheila me llevan a los tribunales.

Me prohíben acercarme a Kimberly a menos de diez yardas.

Estoy expulsado de su casa, de su familia. Ya no soy el chico al que querían.

Ahora soy el hombre al que todos odian.

Capítulo 37. Ángel

Dos años después

La tele zumba con las noticias: se confirma la muerte del fotógrafo Ricardo Forssilini. Oficialmente, suicidio. La noche del 5 al 6 de septiembre se tiró desde el piso veinte de su apartamento en la esquina de la Décima Avenida y la Calle Diez. En su sangre encontraron una dosis letal de drogas. La investigación sigue.

Apago la tele y le echo a Justin una mirada cansada. Los últimos meses me han dejado seco; el pecho se me encoge.

—Me debes cincuenta pavos —gruñe mientras prepara café; el aroma llena la cocina—. Te dije que ese cagón se quitaría de en medio él solito. Mejor para nosotros.

Tiene razón, pero no me alegra. Quería estrangular a Rikki con mis propias manos. Ver cómo se revuelve, cómo se apaga la vida en sus ojos. Ese cabrón no se merecía un final fácil. Tenía que sufrir, suplicar la muerte antes de que yo le regalara "esa libertad".

—Cantó a los suyos. Soltó nombres en cuanto apretamos —Justin parece leerme la mente; me tiende el café y la taza me abrasa las palmas—. Gracias a Rikki tumbamos a una de las mafias más grandes. En tres años cayeron decenas en Italia y Estados Unidos. ¿Crees que sufrió antes de morir?

—No lo suficiente. —Se me tensa la mandíbula—. Tenía que haberlo rematado yo.

—¿Querías su sangre en tus manos? No es tan guay como suena.

Me vuelvo, inspiro hondo, miro el visillo que mece el viento español. En casa de Justin y Jessie se está acogedor, cálido. Aquí te quieren, te sostienen, te curan las heridas. Pero no pegan corazones.

El mío se rompió hace dos años y no ha soldado. Creí que, al arreglar lo de Rikki, me soltaría. No lo ha hecho. Ni un eslabón del pecho ha soldado.

Pero él tuvo lo suyo, borrado de la faz de la tierra. Haré que nadie lo recuerde. Como él hizo con Kimberly.

Kimberly. Dos años de silencio. El escándalo fue sonado. Sus fotos y vídeos circularon por la red un año. Cerró las redes y desapareció. Nadie sabe dónde está ni cómo está.

Al principio vincularon su desaparición al vídeo: que se escondía hasta que escampara. Y se olvidaron. Justin y yo nos encargamos de ello. Nuevas bombas taparon su historia.

A la gente le encanta hurgar en ropa ajena, sobre todo si cuesta trescientos cincuenta dólares.

Yo también llevo dos años sin saber nada de Kimberly. Por mucho que pregunto a Justin o a Jessie, no saco gran cosa: los Maldonald se cerraron a cal y canto, aguantaron la ola mediática. Cuando todo se calmó, se hicieron invisibles.

Aquel episodio los remató. Y a mí.

Del primer año ni recuerdo lo que hice. Sin Justin me habría quitado la vida. Estuve cerca. Cuando llegó, yo estaba ido; lo dejé todo, tiré la empresa por la borda. Quería morirme. ¿Qué vida sin ella? Perdí el sentido.

Justin me lo devolvió recordándome la venganza. Destripamos a Rikki, le sacamos todo lo necesario. A los bocazas no los quiere nadie.

«Suicidio», dicen los medios.

«Salvación», digo yo.

Se salvó el culo de las torturas. Los suyos le habrían arrancado el cuero cabelludo. Lo sabía, por eso eligió la ventana.

—Buenos días, cielo. —Entra Jessie con pantalones blancos y una blusa semitransparente del color de sus ojos azules; me abraza, me besa en la mejilla. Su calor me calma—. ¿Has dormido bien? —Me alisa el flequillo crecido.

—Normal. He conseguido echar una cabezada.

—Ángel, afeítate —frunce el ceño, pasando la mano por mi mejilla —. Tienes pinta de Justin. Solo te faltan los tatuajes.

—¿Tienes algo contra mis tatuajes? —se mete Justin, taladrándola con la mirada.

—A él no le pegan —resopla Jessie.

—Gracias, Elfa —sonrío, y me gano un manotazo en el hombro.

—Capullo. —Me arrebata la taza y da un sorbo—. Mmm, qué rico. Que tengáis buen día, Morris. Nos vamos a la ciudad.

—¿Y un beso a tu marido? —protesta Justin, fingiendo—. O tendré que desatar este cuerpo tatuado.

Jessie se ríe, vuelve y lo abraza.

—Más que el infierno —susurra entre besos.

Se despiden como para toda la vida, aunque ella solo vaya al súper.

—Bueno, ¿tú y yo? —Justin me mira cuando Jessie sale a la terraza—. ¿Catamos el vino nuevo?

—¿Vino? ¿Desde cuándo bebes vino? —sonrío.

—A tomar por saco. Cogemos whisky.

Caminamos junto a las viñas; la vendimia de las uvas tintas casi ha terminado. Justin lleva una camisa de cuadros con las mangas remangadas; yo, una camiseta negra. Es octubre, pero el sol calienta.

España cura el alma. Pero…

—Vuelvo a Los Ángeles —digo, tragando whisky a morro, sin mirar a mi padre.

—No puedes acercarte a ella.

—Pronto es su cumpleaños. Quiero verla.

—Ángel… —Me pone la mano en el hombro—. No armes ruido. La muerte de Rikki puede levantar polvo otra vez alrededor de Kimberly. No lo empeores. Aún no es el momento.

—Tengo que verla. Han pasado dos años…

—La orden judicial sigue en pie.

—Me da igual.

—John no te va a dejar acercarte.

—Me cuelo por la ventana. Ya lo hemos hecho.

—Ni a Sheila la convenzo. Apenas habla con nosotros.

—Papá, ¿y si fuera Jessie? Si te prohibieran verla, ¿qué?

—A mí nadie me la quitaría —responde sin dudar.

—A Kimberly tampoco me la quitarán. La quiero. No puedo vivir sin ella. He esperado dos años. Y ella me esperó tres. Volvió por mí. Me toca a mí. Aunque no quiera verme, aunque no me quiera: que me lo diga a la cara. No puedo aguantar más. Es mi todo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo. —Afloja la mano, me da una palmada y me abraza fuerte, como un padre—. Estoy contigo, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Y Jessie. Te quiere como a un hijo.

—Lo sé. He vivido con vosotros dos años. Diría que me quiere más que a ti.

—Eh. —Me llevo un toquecito en el estómago—. Ni se te ocurra. Soy un egoísta de mierda: el amor de mi mujer es solo para mí.

—Eso te crees —me río, y le suelto otro toquecito.

—Mi luchador. —Me aporrea la espalda, sonríe.

—Vuelo mañana por la mañana.

—¿Me pones ante el hecho consumado?

—Ya está decidido, papá. La incertidumbre mata. Quiero saber que ella está bien.

—Si Sheila pregunta, di que te tenía encerrado en el granero, pero te escapaste. Por cierto, Kim no vive con ellos. No me preguntes; a mí tampoco me dicen dónde.

—Trato hecho —me río, apurando el whisky—. Gracias, papá… por apoyarme.

—Nunca vas a estar solo. Eres mi hijo. Sé qué clase de hombre eres. Kimberly te perdonará. John se calmará… A mí tampoco me tragaba. Hasta nos pegamos.

—No me lo creo.

—¿Te lo puedes creer? —sonríe, pero la voz se le pone seria—. Todos necesitan tiempo, Ángel. Unos más, otros menos. Pero la calma y el entendimiento llegan. El tiempo cura. Incluso las heridas mortales cicatrizan.

—Ojalá tengas razón.

Por la mañana, la familia Morris me acompaña al aeropuerto. Jessie no quiere soltarme; me abraza media hora para que llegue tarde. Me voy con respaldo y con la certeza de un día mejor.

En el bolsillo de la americana palpo el anillo con diamante negro en forma de corazón. Rescaté el encargo antes de la caída de Morris-Coin. Me lo quedé sin esperanza de que Kimberly se lo pusiera. El anillo es un talismán: me calienta el alma, me recuerda días felices.

—Señor, abróchese el cinturón, vamos a aterrizar. La azafata se inclina y alarga la mano hacia la hebilla.

—Gracias, ya me apaño. —Le aparto las manos.

—Como prefiera —dice con desconsuelo, y se va contoneando las caderas.

Perdona, no me interesas.

Saco el anillo y recorro con el dedo el contorno del corazón. El diamante centellea a la luz del ocaso. Quedaría perfecto en su dedo. Pero a nuestros tres puntos no les está destinado unirse.

—Hola, abuela. —Le quito el polvo a Roxy y la activo—. ¿No te duelen los huesos? Has estado parada una eternidad.

—En mi cuerpo no hay huesos, Ángel. Pero si es un chiste, lo valoro en un treinta por ciento.

—Pelma, como siempre. Me dan ganas de apagarte.

—¿Quién lavará y planchará tu ropa?

—¿Y quién me servirá ron? —le guiño.

—No te veo el gesto, pero entiendo que quieres ron.

—Oscuro. Y plánchame la camisa negra. Hoy voy a volver a ser el Ángel de antes.

—Enseguida.

Me siento ante el ventanal, dejo los brazos sobre el respaldo del sofá, echo la cabeza atrás. Respiro hondo. El corazón martillea. Cierro los ojos, los abro y me topo con la vista de Los Ángeles.

—Hola, Los Ángeles. —Cojo un vaso "rocks" con ron de las manos de Roxy—. Nos volvemos a ver.

El trago me abrasa la garganta; miro los rascacielos que atraviesan las nubes. El sol ya se ha puesto, el cielo está lleno de luces, no de estrellas. Esto es Los Ángeles y su millón de luminarias. La ciudad por la que me llamaron así.

¿No te cansas de ponerme a prueba?

La ciudad calla. Y yo me he vuelto demasiado hablador. Quiero decirle tanto, explicarle tanto.

—La camisa está lista, Ángel —anuncia Roxy.

—Gracias. —Dejo el "rocks" en la mesa de cristal, restaurada tras la furia de Rebeca.

Rebeca. Me quedo inmóvil al pensar en ella. No es que no haya pensado en todo este tiempo; le he dado vueltas millones de veces. No nos he perdonado a ninguno de los dos.

Tenía que haber olido algo raro, preverlo, evitarlo. Ser más suave, más paciente. Ella no habría hecho lo que hizo. No sé cómo se decidió a matar a nuestro hijo. Yo no la rechacé a ella, ni a él. No quería ese final.

Merecía una vida preciosa, pero eligió otra cosa.

—Ángel, tu Tesla está reparado; te espera en el aparcamiento.

—Buena noticia.

—El coche ha pasado el diagnóstico. No hay daños.

—Estupendo, Roxy. Recoge la casa. En dos años se ha juntado polvo.

El Tesla me lleva hasta la casa de Kimberly. Freno, miro las ventanas, recoloco el ramo. Lo encargué hace una semana. Las flores naturales son una rareza. Y estas huelen.

Peonías amarillas: su color favorito. Ojalá sonría.

Reúno fuerzas, abro la puerta, pero veo salir de la casa de los Maldonald a Sheila, John, Joseph, Jordan y Cindy.

Cindy ha crecido; pronto cumple dieciocho. Se parece a Kimberly, pero con el pelo largo y liso y la piel algo más morena. Guapa. Ojalá se enamore de alguien mejor, no de un idiota como yo.

Suben al todoterreno y se van. Kimberly no está. Así que no está en casa. En su cumpleaños van hacia donde está ella.

Salgo detrás y los sigo sin que me vean hasta las afueras. Allí vive su abuela materna, la madre de Sheila.

¿Kimberly se escondía allí? Odia los pueblos, las casitas todas iguales, los cotilleos. ¿Cómo ha podido con ello?

Aparcan el todoterreno ante una casa de ladrillo blanco entre árboles amarilleados. El otoño está en todo su esplendor. Bajan, cogen bolsas del maletero.

Sheila no da abasto; los gemelos le quitan las bolsas. John sonríe y besa a su mujer. Están bien, como siempre.

Entran y, al abrir yo la puerta del Tesla, oigo el grito de la abuela:

—¡Kimberly, cariño, han llegado todos! ¡Deja ya de estar en el porche! Recibe a los invitados.

Salto del coche, agarro las flores, aprieto los tallos casi hasta partirlos.

Kimberly está aquí.

El corazón se me sale del pecho. Es mi oportunidad.

Corro por el césped recién segado, tropiezo y echo a la carrera hacia el porche. El corazón me lleva más rápido que las piernas hacia donde está mi todo.

Capítulo 38. Ángel

Cada paso hacia Kimberly se marca al compás de mi corazón.

La veo en la terraza del patio trasero. El pelo rizado, recogido en largas trenzas. Le sienta bien, aunque no la distingo con claridad. Está aún más guapa; imposible, pero cierto.

Kimberly está cubierta con una manta, sentada en un sillón, como si no pensara levantarse. Como si no hubiera oído que la llamaban. Como si le importaran un bledo los invitados, el cumpleaños.

Mira a lo lejos y dice en voz baja:

—Un minuto más.

Un minuto para mí.

Mis pasos se vuelven lentos, fluidos, como a cámara lenta. Temo romper su paz. Se me meten ideas negras en la cabeza: ¿y si me echa? Claro que me echará. ¿No se alegrará de verme? Naturalmente.

¿He venido en balde?

No, seguro que no. Su mirada hace que el corazón dé una voltereta y se quede en suspenso.

Kimberly gira la cabeza. Estoy en el borde del porche, paralizado, casi sin respirar, sin parpadear, sin moverme.

—Azúcar negra… —susurro solo con los labios. La he echado tanto de menos.

No puedo decirlo en voz alta, pero tiene que entenderlo, sentirlo. Antes nos entendíamos sin palabras.

Pero en sus ojos hay miedo. Las manos se le caen sobre las piernas. Suelto el ramo al ver la silla de ruedas.

El horror me atrapa, me quedo sin habla, el cuerpo me tiembla. Me agarro a la barandilla para no caerme.

—¿Q-qué… qué haces aquí? —Sus ojos verdes se llenan de lágrimas.

—Kimberly… ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás…? —Las piernas de trapo me acercan, pero ella da un gritito, aferrándose a la manta.

—¡No te acerques!

—Kimberly… —La sacudida no se me pasa, los ojos escuecen—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás en silla?

—¡No te acerques! —Se descompone en un grito, ya solloza—. ¡Te pedí que desaparecieras! ¡¿Para qué has vuelto?!

Aplasta los botones de los reposabrazos, intentando girar la silla, pero las ruedas enganchan la manta. Se pone nerviosa, aprieta más, llora a lágrima viva, sacude la silla.

—¡Vete! ¡No me mires, Ángel! ¡No quiero que me veas así!

Aprieta los botones, la silla se lanza hacia delante, la manta cae. Yo me pego a la pared.

—Dios mío… —Me cubro la boca con la mano.

Kimberly se inclina hacia el suelo, ahogándose en lágrimas, pero no alcanza la manta. No hace falta. Ya lo he visto todo.

Me lanza dos años atrás, a la noche en que éramos felices, cuando saltó por la ventana hacia mí, cuando decidimos casarnos.

«Me da demasiado miedo romperme las piernas. ¡Me dan de comer!»

Tus piernas bonitas, largas, sexis no sufrirán conmigo. Te lo prometo.

No cumplí la promesa. No la protegí.

—Vete, Ángel —solloza, tapándose la pierna izquierda, amputada por debajo de la rodilla—. Desaparece para siempre. Si te saltas la orden de alejamiento, me mato.

—¡No digas tonterías! —Caigo de rodillas ante ella—. ¡No se te ocurra hablar así, tonta! ¡Te quiero! —Le beso las rodillas—. Eres mi

todo, ¿te acuerdas? Nada ha cambiado.

Me golpea la cara, se zafa, grita, pero no la suelto. Me aferro a sus muslos, apoyo la frente en sus piernas. Que pegue más fuerte, que grite más alto. No me iré.

Por la espalda siento que alguien nos mira.

—Perdóname, Azúcar negra. Te lo ruego.

Le tiemblan las manos; dejan de golpear. Se las beso, finas, temblorosas. Oigo su llanto.

—¿Por qué lo ocultaste, Kimberly? —Levanto la mirada, como un cachorro—. ¿Para qué me echaste? Yo nunca te habría dejado.

—Quería que te fueras. Y ahora también quiero. Vete. —Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

Me pongo en pie, me inclino sobre ella, acerco la mano temblorosa a su cara. Por el rabillo del ojo veo a Sheila.

—No llores —susurro, hundiéndome en sus ojos—. Ahora todo irá bien. Permíteme quedarme.

Le seco las lágrimas bajo los ojos, dejo los dedos en su piel fría. El viento mece sus trenzas; delineo el contorno de su rostro.

Tiene veintitrés, pero ha madurado. Los rasgos afilados se le han marcado, como tallados en mármol. Está seria, triste.

Será mejor que se vaya, dice una voz baja a mi espalda. Es Sheila.

—Váyase, por favor, denos cinco minutos.

Puede que Sheila me haga caso y se vaya. Toda mi atención está en Kimberly.

Los ojos verdes se han apagado; su mirada pesada cae sobre mí. Siento un peso en su corazón, una soga en mi pecho.

No respiro desde hace dos años, desde aquel hospital donde sus gritos me taladraban los oídos.

¿Cómo ha vivido? ¿Quién estuvo a su lado en vez de mí? ¿Por qué no yo?

Las preguntas me aguijonean el cerebro, pugnan por salir. Quiero entender por qué me echó. ¿Pensaba que la rechazaría al saber la verdad? Pobre Kimberly.

Aprieto los párpados, inspiro; las lágrimas me queman los ojos. Exhalo: un sollozo mudo. La miro a través del velo.

Los dedos le presionan la mejilla, se deslizan hasta sus labios carnosos. El corazón palpita como un pájaro enjaulado. Tiene un ala rota, pero se revuelve, alza el vuelo, cae. Cae.

El aroma a ámbar me golpea las fosas nasales, me atraviesa hasta el tuétano, despertando todo lo nuestro.

Estoy embriagado, respiro más a menudo, más rápido. Déjame saciarme. Me faltas.

—Permíteme besarte. —El susurro se posa en sus labios.

Está tan cerca, tan real. Siento su calor, su olor, la suavidad de su piel. Se me va la cabeza. Dos años de odio hacia mí y de amor por ella me han mantenido a flote.

—Permíteme querer como antes. Como hace dos años. Como hace cinco.

Kimberly calla, llora.

—Permíteme unir nuestros tres puntos. —Le rozo la muñeca, exhalo con alivio. El tatuaje «Ángel» sigue ahí.

Entonces hay esperanza.

Ella se inclina hacia mí. El pájaro del pecho se desboca, remonta. Y…

Me apartan de un empujón.

—¡Sheila, llame a la policía! —John me estampa contra la fachada de la casa—. ¡Este cabrón ha violado la orden!

—¡¿Cómo pudieron ocultármelo?! —Le empujo en el pecho.

Ruge, me agarra por la solapa de la chaqueta, me golpea contra la pared. Le atrapo la muñeca, le retuerzo el brazo. Afloja el agarre; lo aparto de un empujón en el pecho.

—¡Basta! —grita Kimberly—. ¡Ya vale! —chilla cuando el puño de John se queda suspendido sobre mi cara—. Vete, Ángel.

—Kimberly, por favor… —le ruego. El pájaro cae, su ala sangra.

—¡Sheila, ¿ha llamado a la poli?! —brama John, sin soltarme.

Me da igual. Que me parta la cara, que me rompa brazos, piernas. Que sangren.

Solo la miro a ella, a sus ojos; le suplico que cambie de idea. No me quites la esperanza.

—Te quiero —se me escapa.

—¡Cállate! —John me sacude.

—Estos dos años he vivido de ti.

—¡Ángel, cierra la boca! —Me estampa contra la pared.

—¡Papá, para! —grita Kimberly.

—Te pedí que te casaras conmigo, pero lo repito…

—¡Sheila, ¿ha llamado a la poli?! ¡Lo mato! —ruge John.

—¿Te casarás conmigo, Kimberly? ¿Serás mi mujer?

No me da tiempo a acabar; recibo un puñetazo en la mandíbula. Kimberly chilla; yo no me caigo, John me sujeta por el cuello de la chaqueta y me suelta otro.

—¡Papá, para! ¡Basta! —grita entre sollozos.

Alza el puño y vuelve a golpear. No me defiendo. Que vacíe su rabia.

Caigo sobre el suelo de madera de la terraza, junto a las ruedas de su silla; toso sangre. Tengo los labios reventados, quizá me falten dientes.

Al diablo. La he visto. Ha merecido la pena.

Alargo la mano hacia su tobillo. Ella se sobresalta, me mira con horror, pero no se aparta.

Dame esperanza.

Escupo la sangre y susurro:

—No me iré.

Un brazalete de hierro me apresilla la muñeca.

—Queda arrestado, señor Morris —anuncia un poli, cerrando los grilletes.

—¡No! ¡Esperen! —protesta Kimberly cuando me levantan y me giran hacia la salida—. ¡Él no tiene la culpa! ¡Anulo la orden de alejamiento! ¡Soltadlo!

—Lo siento, señorita Maldonald. Cumplimos con nuestro trabajo.

Me sacan y me meten en el coche patrulla, pero yo sonrío como un loco. La he visto. No quería que me fuera. Kimberly me quiere.

Lo leo en sus ojos.

El pájaro del pecho bate las alas, remonta, sobreponiéndose al dolor, la pérdida, la culpa. La soga se cae; el corazón late con nueva fuerza.

Ahora que sé lo que le ha pasado, no daré un paso atrás. Lucharé.

Tres horas después, en comisaría:

—Morris, a la calle —dice un poli.

Me levanto del banco de hierro, me estiro. Me duele la mandíbula, el cuerpo me cruje, pero la sonrisa no se me borra.

Todos piensan que estoy loco: apaleado y sonriendo. Extraño que no me hayan hecho un test de drogas.

—Han pagado su fianza —aclara el poli, entregándome mis cosas —. Primera infracción, señor Morris. A la próxima, juicio.

—La próxima me arrestaréis en el altar. Me casaré con ella. Ya lo veréis.

—Que le vaya bien —se burla—. Loco —oigo al salir.

Loco es poco.

Crujo el cuello y salgo a la noche de Los Ángeles. Inspiro a pleno pulmón.

Por primera vez en tres años respiro de verdad, me siento vivo. He recuperado un sentido, un objetivo.

Ni siquiera John me detendrá.

—Tienes una pinta de mierda, viejo —me llega una voz.

Me vuelvo. Miwei está junto al capó del coche; abre la puerta.

—Y aun así, mejor que tú.

Sonríe de medio lado.

—Súbete, si puedes. Te llevo al hospital.

—No hace falta. Estoy bien.

—Viejo, tienes la nariz rota.

—Vamos. —Me meto en el coche—. Necesito una borrachera.

No veía a Miwei desde hacía dos años. Me escribió, pero yo corté amarras. El primer mes estaba fuera de mí, dio la voz de alarma, llamó a Justin. Venía a verme a diario, cargó con las operaciones bursátiles; no pudo con ellas.

Pero fue él quien me agarró la mano cuando me llevé el revólver a la sien. Estaba al borde. La culpa me ahogaba.

Ahora afloja, pero no se va. ¿Vivir con ella el resto de mis días?

He arrebatado la vida a mi futuro hijo y he lisiado la de Rebeca. He roto dos destinos: el de Kimberly y el mío.

Si hubiera sido más decidido, no nos habríamos hecho daño.

Puedo culparme, recordar dónde escondió Miwei el revólver. Pero hoy he decidido: si lo vuelvo a tocar, será solo para proteger a

Kimberly.

No permitiré que nadie le haga daño.

—Roxy, échame un poco más —pide Miwei, apretándose el cuarto vaso de ron—. ¿Qué tal la nariz? ¿No se ha derretido el hielo?

—No se ha derretido. —Apuro el ron, recoloco la compresa—. La nariz no duele.

—El ron es el mejor analgésico.

—Palabras sagradas. —Alzo el vaso, brindo con él.

—Me alegra que hayas vuelto, viejo. Sin ti, todo se va al carajo.

—Lo recuperaremos. —Lo digo con seguridad—. Morris recuperará su sitio en el mercado. Lo he calculado.

—¡Sí, maldita sea! —Miwei alza los brazos, derrama ron—. ¡Ha vuelto el viejo Ángel! ¡El rey del cálculo y de la intuición! ¡Les vamos a patear el culo!

—¿A quién, Miwei? —me río.

—Da igual. A alguien. ¡No me estropees el discurso!

—Perdona. —Me trago la risa.

—Recuperaremos el respeto. Nos temerán, como antes.

—Dame un mes. Los pondremos a todos de rodillas.

—Kimberly notará el éxito. Cambiará de idea. —Miwei se bebe el ron de un trago, se limpia la boca con la manga—. Te quiere. Aún. Solo le daba miedo que la vieras… mutilada. Ella aspiraba a ser la mejor para conquistarte, y esto…

Me tenso. Miwei ha bebido demasiado, sabe demasiado. ¿De dónde saca los detalles?

Como si Kimberly le hubiera abierto el alma.

¿Quién estuvo a su lado en lugar de mí?

No, no creo que Miwei y Kimberly… Nunca.

Pero el corazón se me acelera; estoy listo para abalanzarme sobre mi amigo.

—¿Cómo lo sabes? —Aprieto el vaso de "rocks"; el cristal cruje, la mandíbula rechina.

—Hablaba con Kimberly. —Lo suelta como quien no quiere la cosa —. Tú no estabas.

Un golpe bajo.

—Alguien tenía que apoyarla.

Directo al corazón.

Tiro el vaso al suelo, me pongo en pie de un brinco, le agarro del cuello. Él deja caer su vaso de "rocks", me clava los dedos en los brazos.

—Ángel, ¿qué coño…? —rezonga, sin aire.

—¿Por qué no me lo contaste? ¡Sabías lo que le pasaba! ¡Sabías lo de la pierna! ¡Te callaste! ¡¿Qué hay entre vosotros?!

—¡Nada! —La cara se le pone morada.

—¡Habla!

—¡Te lo juro, nada! —Busca aire.

—¿Por qué te callaste? —Grito; la saliva le salpica la cara.

—¡No podía contártelo! Di mi palabra.

—¡Eres un pedazo de mierda!

—Ella amenazó con quitarse la vida.

Le suelto, retrocedo. Miwei tose, doblándose.

—Dijo… que si tú te enterabas… —Aspira el aire con ansia—. Si se me escapaba… ella volvería a atiborrarse de pastillas. O a abrirse las venas. Te prohibió que te lo dijera. Solo a ti, Ángel.

Todos sabían la razón. Justin, Jessie, todos. Tenían miedo de que se les escapara, porque Kimberly…

—Entiendo… —Me echo atrás y caigo en el sofá—. Pensaba que yo no la aceptaría así… Dios. —Me cubro la cara con la mano, aprieto.

—Se considera indigna. Intenté hacerla entrar en razón, pero ya la conoces. Terca. No quiere hablar con psicólogos. Le propuse grupos de víctimas, para que se adaptara, para que no se viera como una inválida. Pero no quiere. Dos años perdidos.

Sheila y John han tirado la toalla. Kimberly se ha encerrado.

Ese vídeo… —Miwei suspira, se frota el cuello con las marcas de mis dedos—. Quizá habría remontado si no fuera por el accidente. Pero se le juntó todo. Ángel, ha intentado quitarse la vida más de una vez. La vi cuando la sacaron adelante. Vi llorar a John. Quise contártelo, pero…

Apoyo los codos en las rodillas, hundo la cara en las manos.

El corazón duele, ruge. Tenía que haber estado a su lado.

—Yo no puedo ayudarla, y ella no quiere —dice Miwei—. No quería. Pero ahora sí, ¿verdad?

Ayúdala.

Saco el anillo con el diamante negro. Me tiemblan las manos; abro la cajita, recorro el contorno de la piedra: el ritual.

Miwei me mira sorprendido.

—Voy a estar a su lado… —Me hundo en el diamante oscuro—. Ella volverá a decir «sí».

Capítulo 39. Ángel

Empiezo con Morris-Coin. Resucito la empresa y recojo los dividendos de todas las startups que alguna vez impulsé. Poseo el treinta por ciento del capital. Quemo un veinte para que el precio se dispare. Genero expectación. La moneda sube; los cripto-traders la compran a manos llenas.

Miwei alucina, va diciendo que somos los reyes del mundo. Las páginas financieras alimentan su júbilo. Al cabo de un mes, Ángel Morris vuelve al lugar que le corresponde. He vuelto.

Ahora estoy decidido a devolverle a Kimberly su mundo.

Obligo a Miwei a escribirle, a concretar una cita. El pretexto, de lo más banal: hablar en secreto de mi regreso a Los Ángeles. Miwei se resiste, pero le quito el móvil y quedo con Kimberly en su nombre.

Me tiemblan las manos; el teléfono casi no sobrevive.

Kimberly evita los lugares públicos; acepta venir a casa de Miwei por la tarde. A mediodía pido un servicio de limpieza para que el piso brille. Compro vino y un ramo nuevo de flores frescas.

Me cambio de camisa tres veces: las voy empapando de nervios; el corazón se me desboca.

—Ángel, cálmate —dice Miwei, sentado en el sillón, mientras yo voy de un lado a otro por el salón.

—¿Y si se pone mala?

—Voy a recibirla. El coche ya ha llegado.

—Dios… —Por centésima vez me aliso el flequillo rebelde. Debería haberme cortado el pelo, afeitarme dos veces, comprobarlo todo. El vino… Las flores…

—¡Eh! —me llama Miwei—. Dile todo lo que sientes. —Me da una palmada en el hombro—. Llora, yo qué sé. A mí me conmoviste cuando lloraste.

—Hijo de puta. —Le suelto un golpe en el pecho; él se ríe, pero suena el teléfono y nos corta. Mira la pantalla, me mira, traga saliva y contesta—: Sí, Azúcar.

La vena del cuello le palpita. La llama como se presentó en Las Vegas. Kim. Odio ese nombre. Kim se besó con Miwei, se desmelenó con otro.

Mi Azúcar Negra es solo mía. No quiero oír "Kim", y menos en boca de un amigo.

—Ahora bajo a por ti. Espera junto al ascensor. —Miwei me lanza una mirada de soslayo, ve mi mandíbula apretada, pero lo ignora—. Suerte, viejo. Creo en ti. Todo según lo previsto. —Me da otra palmada en el hombro—. Ten cuidado.

—Soy más cuidadoso que todos vosotros —gruño entre dientes.

Sonríe y se va.

Me quedo en el salón, jugueteando en el bolsillo del pantalón con el anillo de diamante negro en forma de corazón; me tiemblan los dedos.

A los pocos minutos oigo ruido en el recibidor y, por reflejo, me escondo, me pego a la pared para que no me vean.

—Siéntete como en casa —dice Miwei; su voz ahoga los golpes de mi corazón. Late tan fuerte que Kimberly podría oírlo y largarse a las afueras.

Echo la cabeza hacia atrás, apoyo la nuca en la pared, le ruego al corazón que se calme. Pero se me sale hacia ella.

—Espera, te ayudo —dice Miwei con ternura.

¿De verdad se han hecho tan íntimos en estos dos años? ¿Debo preocuparme?

No, Ángel, basta. Los celos no ayudan. Pero él estuvo; yo, no.

Me muerdo el labio para no soltar un rugido. Las uñas se me clavan en las palmas sin apagar el ardor en el pecho, como un nervio al aire.

—Me apaño, Miwei. Estoy bien —suena su voz, y se me hiela la sangre en las venas.

Relajo las manos. Está aquí. Solo nos separa una pared. Un minuto y estaremos a solas. Estoy muerto de miedo.

—Pasa al salón. Uy, mierda… Pasa con cuidado. —Su silla chirría.

—Todo bien —se ríe Kimberly; trago saliva.

Hablan con soltura, con naturalidad. Con él se ríe. Conmigo llora.

¿He hecho mal al montar todo esto? ¿Está mejor sin mí?

Las dudas me devoran, pero su voz suena demasiado cerca:

—Anda, ¿has comprado vino? ¡Mi favorito! ¿Piensas ligarme, Miwei? Perdona, tengo problemas con esto de las citas. —Se ríe.

La puerta de entrada se cierra de golpe. Kimberly lo oye, se pone en guardia:

—¿Miwei? ¡¿Miwei?!

Gira la cabeza hacia el recibidor, pero me ve recortado contra la pared y se queda helada.

—Hola… —acierto a decir con voz ronca, humedeciéndome los labios resecos.

Kimberly me mira como a un fantasma. Y lo soy: fantasma del pasado, más blanco que la tiza, temblando. Si no fuera por la camisa negra, me confundiría con la pared.

—¿Qué coño…? —salta—. ¿Lo habéis hecho adrede? ¿Os habéis puesto de acuerdo?

—Azúcar Negra, escúchame…

—¡No quiero oír nada! ¡Me habéis traído con engaños!

—¿Habrías venido sabiendo que me ibas a ver?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿de qué te sorprendes? Obligué a Miwei a mentir. Perdón. Tenemos que hablar.

—Han levantado la orden de alejamiento, pero no significa que quiera verte ni hablar —bufa; intenta pasar, pero me planto delante y le corto el paso.

—Voy a llamar a mi padre: te romperá otro par de dientes —me amenaza; no me muevo—. ¡Aparta!

—¿Diez preguntas, Kimberly? —disparo.

Se queda inmóvil, me mira con sus enormes ojos verdes. No se lo esperaba, pero conoce las reglas de nuestro juego. No puede negarse.

—Vete al diablo —sisea, meneando la silla.

—Ocho preguntas.

—No.

—Cinco.

—No estoy para juegos, Ángel.

—Es más que un juego.

Se detiene; el pecho le sube y baja, tiembla. Se humedece los labios, aparta la mirada: llevamos demasiado rato mirándonos.

—Te bastan tres —exhala tras una pausa, sin mirarme.

—A mí no me bastan ni diez… —Quiere mirarme, se le tensa el cuello, pero calla. Cojo aire y rompo el silencio:

—¿Qué te une a Miwei?

Pregunta estúpida. Idiota.

Quiero saber cómo está, cómo se las apañó, si le dolió, pero suelto tonterías. Creo que soy campeón de los imbéciles. Los nervios.

—¿En serio, Ángel? —se indigna; cazo su mirada molesta. Lo importante es que me mira—. ¿Eso es lo único que te preocupa?

Quiero preguntar por qué me rechaza, pero no me sale. Sigo con el papel de imbécil:

—No se puede responder con otra pregunta.

—Vale. —Se adentra en el salón, manteniendo la distancia—. ¿Quieres saber lo más retorcido y sucio que hice con tu amigo?

—La pregunta no iba de eso —me mosqueo.

—¿O lo que me hizo él a mí?

Miente, juega, como siempre. Pero sus palabras dibujan escenas indecentes. No quiero verlas. Entonces apenas lo soporté y me vine abajo. Otra vez al borde. No puedo controlarme cuando se trata de Kimberly. Es mía.

—¿Por qué haces esto, Azúcar Negra? —Me tapo la cara con las manos, me dejo caer contra la pared.

Estoy rabioso, podría arrasar con todo, pero no quiero. La amargura desplaza la rabia.

Quise estar a su lado, sustituir a todos. Ser apoyo, protección, hombro para sus lágrimas. Ser quien hiciera falta, si ella lo hubiera querido.

Pero no me necesita. Eso me corroe el corazón. Nunca necesité así a nadie.

—En Las Vegas. Hace más de dos años. —Sus palabras me devuelven—. Desde entonces él no me ha tocado, ni yo a él.

Miwei estuvo a mi lado. No sé por qué se lo permití. Estaba harta de los lamentos, de la lástima en los ojos de mis padres. Miwei es divertido. A veces se le olvida que no camino. Con él a mí también se me olvida.

Soy un idiota. Tendré que pedirle perdón a Miwei.

—¿Tus padres no me perdonarán? —sigo.

—Eh, me toca a mí —frunce el ceño.

—No creí que quisieras hacer preguntas.

—Yo tampoco. —Le sorprendo una mirada incómoda—. ¿Dónde has estado todo este tiempo, Ángel?

—¿No lo sabes? —sonrío suave.

—No se responde con una pregunta, pelma.

Sonrío más: la primera sonrisa sincera en dos años. Me ha llamado pelma, como antes. Es lo mejor que he oído.

—En España. En Europa.

—Eso pensaba. ¿Curándote el alma?

—Cosiendo heridas.

—¿Y ha funcionado?

—Las del alma, no.

—Curioso… —Se queda pensando, mira hacia arriba—. Yo me fui a Italia, nos separaron tres años. Volví. Luego tú te fuiste a España…

—No creo en las casualidades. Sabes lo que significa. He vuelto por…

—Te toca —me corta; la mirada soñadora se le vuelve fría—. Preguntabas por mis padres… No les he hablado de ti. Es tabú. Ellos temen herirme; yo, herirles a ellos. Así vivimos.

—¿Es tan simple? —Cojo una silla, la pongo a su lado y me siento enfrente—. No soy un extraño que se borra y se olvida.

—No sé qué decir, Ángel…

—¿No has intentado decirles la verdad?

—Esa es la tercera pregunta. —Se encoge bajo mi mirada.

—Bien. Entonces dime la verdad a mí. ¿Por qué me echaste de la habitación? ¿Por qué no me dejaste acercarme? ¿Para qué fue la orden de alejamiento? Dos años. ¡Yo tenía que estar a tu lado! —Me pongo en pie—. Yo, no cualquiera. Quería estar contigo en lo malo y en lo bueno. ¿Por qué me apartaste? ¿Cómo pudiste hacerme eso?

—¿No es obvio el motivo? —Se agarra a los reposabrazos, se inclina hacia delante, alza la barbilla—. ¿Estás ciego? En esta habitación solo hay una persona incompleta: ¡yo!

—¡Dios, qué tonta eres!

—Estupendo. A los tontos les va mejor. Eso dijo tu Rebeca antes del accidente.

Nos quedamos petrificados.

Estiro la mano hacia la silla, pero cede bajo mi peso. Tropiezo, me aparto; cada palabra suya es una bala.

«Antes del accidente»: en el hombro. «Tuya»: en el otro. «Rebeca»: en el corazón.

—Ángel, yo… No debería… —Se le llenan los ojos de lágrimas.

Ha caído en lo que acaba de soltar.

Me quedo sin habla, me dejo caer en la alfombra, me quedo lívido. Los detalles nuevos me tumban.

Quería preguntarle, pero más tarde; temía sus detonantes, y esto a mí me destroza.

Vuelvo en mí cuando su mano fresca me roza la mejilla.

—Perdón… —susurra Kimberly, bajando la mirada.

—No tienes que disculparte. —Niego despacio, la voz ronca—. Ella casi te mata. Tienes derecho a odiarla. Y a odiarme.

—La odié. Mucho tiempo. —Levanta la mano y me sujeta la barbilla para que la mire a los ojos—. Meses y meses miré mis piernas y la odié. A ella, no a ti, Ángel. Lo intenté, pero no pude. Demasiado… —Se traba, retira la mano; le atrapo la muñeca antes de que se aparte del todo.

—¿Demasiado qué? —pregunto en voz baja, poniéndome de rodillas, a la altura de su cara.

Está asustada, se nota que ha dicho de más. Quiero que siga: *«Te quiero demasiado, Ángel»*. Susúrralo, vida. Te lo ruego.

Pero se traga las palabras. Aparta la mirada.

—Se me hace tarde. —Se aclara la garganta, incómoda—. Papá se va a preocupar. Me tengo que ir.

Gira la silla y enfila la salida. Me lanzo delante de ella y le corto el paso en el hall.

—Para. —Extiendo la mano sobre el reposabrazos, bloqueando la rueda—. Tenemos preguntas pendientes. No se rompen las reglas.

—Me da igual, Ángel. —Aprieta los labios, tensa los hombros.

—¡No he terminado! —El tono me sale más duro de lo que quería.

—No importa. Basta. —Intenta soltarse; le rozo los hombros y se zafa con un gesto brusco.

—He guardado demasiado dentro. Demasiado tiempo, Azúcar Negra. —La rodeo por la silla, sin tocarla, nervioso, como un león enjaulado.

—¡No me importa! —me corta, furiosa; sus ojos brillan de rabia y dolor.

—No, no he entendido nada. —Respiro hondo, me planto delante de ella—. Tú no explicas. Hablaré yo. —Agarro la silla por ambos lados para que no avance.

—¿Eres idiota? —me fulmina con la mirada, tirando de los reposabrazos.

—Dame cinco minutos. —Trago saliva; noto el corazón en la garganta.

—¡Suéltame! —estalla, consigue librarse de mis manos.

—Dos minutos. Escúchame. —Alzo las manos, rindiéndome—. Te lo pido.

—No. —Mira hacia la puerta, buscando una salida.

—Un minuto. —Doy un paso más cerca.

—¿Qué te da tiempo a decir en un minuto? —Alza la cabeza de golpe y me atrapa la mirada, desafiante.

—Lo más importante. —El mundo se reduce a sus ojos. Me pongo de rodillas y saco el anillo.

He perdido mucho, incluido el tiempo. No debí esperar tres años, cumplir las normas de su familia y del tribunal. Pero los años no vuelven. A Kimberly sí puedo recuperarla.

—Te quiero con todo el corazón. —Las palabras me salen despacio, sin adornos; estoy frente a sus ojos abiertos de par en par—. Siempre fue tuyo, incluso cuando no podía admitirlo. En mi corazón solo estás tú, Azúcar Negra.

Una lágrima se descuelga de sus pestañas y le rueda por la mejilla. Me mata.

—Si me quieres, no me rechaces. —El anillo tiembla entre mis dedos—. Cásate conmigo.

—Ángel… —Niega con la cabeza, las lágrimas se le desbordan—. No puedo… Nosotros ya no…

—¿Cómo que no? —Mi voz se rompe—. ¿Dónde hemos ido a parar?

—Morimos, Ángel. —Traga saliva, como si las palabras le rasgaran la garganta—. Hace dos años, en el coche que cayó a la bahía. Nos ahogamos.

—¿Entonces por qué respiramos? —susurro.

Sus ojos llorosos se quedan fijos en mí. Sostengo la cajita abierta; le tiendo el anillo como si fuera un salvavidas.

—No nos entierres. —Me acerco un poco más—. Estamos vivos. Reanímanos. Danos una oportunidad.

Me arde el pecho.

—Si quieres, te repito un millón de veces cuánto te quiero. Cada día un millón, con tal de ver tu sonrisa. Con tal de que estés conmigo. —Le tomo la mano; se le corta un sollozo—. Te quiero, Azúcar Negra.

Me acerco más; la voz se vuelve un murmullo:

—Te quiero, mi viento, mi huracán. Te quiero salvaje, incontrolable, buena, hermosa. Amo tu rostro, tu cuerpo, tu alma, cada curva, tu elegancia, tu fuerza de voluntad, cómo quieres de verdad, cómo te entregas sin reservarte nada.

—Basta. —Me arranca la mano cuando le beso la palma; respira entrecortado.

—Puedo seguir eternamente. —Sonrío sin fuerzas.

—No hace falta. —Aprieta la mano alrededor de los mandos de la silla, aferrándose a algo que no soy yo.

—Hace falta hasta que entiendas que no voy a renunciar a ti. —Me enderezo un poco, sigo de rodillas—. Soy yo quien debe estirarse hacia ti, estar a tu altura. No al revés. Hasta que lo entiendas, no me levantaré de las rodillas.

—Levántate, Ángel. —Solloza; las lágrimas le corren sin freno—. Por favor.

No quiero que llore. Nunca. Me incorporo despacio, acercando la mano a su cara; con el pulgar le seco las lágrimas.

—No llores… —murmuro—. Quiero que conmigo sonrías. Déjame hacerte feliz. Lo conseguiré. No fallaré.

—Te creo. —Cierra un momento los ojos, como si le pesaran—. Pero no puedo…

Se le entrecorta la voz entre sollozos; siento cómo el corazón se me desangra ahí mismo.

—Toma el anillo. —Cierro la cajita con un clic suave y se la dejo en la mano, plegando sus dedos alrededor.

—No puedo… —apenas se oye.

—Es tuyo. —Alejo la mano, dándole espacio—. Mi propuesta no caduca.

La miro fijo, sin parpadear.

—Cuando estés lista para decir «sí», póntelo en el dedo. Une nuestros tres puntos. Lo entenderé. —Dejo las manos quietas a ambos lados de su cara, bebiendo cada detalle de sus ojos enrojecidos. Es preciosa. La quiero. Más que a mi vida.

—No… —murmura, dudosa.

—Adoro tu «no». —Se me escapa una sonrisa torcida. Lo digo a propósito; es nuestra frase.

Recuerdo cuando tenía quince años. Ella también: se le curvan los labios en una sonrisa débil, rota.

—Bésame, Azúcar Negra. —Me inclino un poco más—. Para recordarlo toda la vida.

Me acerco a su rostro muy despacio, dándole tiempo a apartarse.

—No puedo… —susurra, pero su resistencia es débil; el cuerpo se inclina hacia mí.

—Por favor. —Ahora soy yo quien suplica.

—No… —repite, pero no se mueve.

—Adoro tu «no».

Su aliento se posa en mis labios, y los cubro con un beso hambriento, con la fuerza de tres años de separación.

La rodeo por la nuca, le echo la cabeza hacia atrás y me hundo más. Mi lengua busca la suya; cuando la encuentro, su gemido suave se me cuela en la boca y me obliga a pegarme aún más, a besarla con más ansia.

La he echado de menos hasta lo insoportable. Soñaba con volver a besarla así.

Descargas me recorren el cuerpo; estoy al límite. Quiero alzarla en brazos, llevarla lejos de todo, pero ella corta el beso de golpe.

—Espera, Ángel. Basta. —Jadea, me empuja con las manos en el pecho—. Suficiente.

—Contigo nunca es suficiente —respiro con dificultad, aún inclinado hacia ella.

—Espero que recuerdes este beso toda tu vida. —Aparta la vista hacia el suelo, pulsa los botones de la silla con dedos temblorosos—. No se repetirá.

—¿Por qué haces esto? —susurro; noto cómo la fe en nuestro amor se me resquebraja—. Pensaba convencerte… Tenemos una oportunidad de futuro…

—¿Qué futuro? —Frena, se vuelve hacia mí; las trenzas le golpean la mejilla—. ¿Tú, un millonario apuesto, y yo, una exmodelo fallida, de una sola pierna, con una reputación de mierda?

—¡Me da igual! —digo sin dudar.

—¡A mí no! —grita; el eco retumba en el piso—. ¿No lo entiendes? ¡A mí no me da igual!

Se lleva la mano al pecho, como si le faltara el aire.

—No sabes cómo me odio a tu lado. —Su voz se rompe—. No entiendo para qué vivo. Todo por lo que luché se vino abajo.

Alza la mirada, rota:

—No me digas que me quieres. ¡Me parte el corazón!

—¡Quiero ayudarte! —Doy un paso hacia ella; freno al notar cómo se tensa—. Tú no ves lo que veo yo. Tu reputación es una mierda,

sí.

Me arde la garganta, pero sigo:

—Te montaré un regreso apoteósico; todos se van a quedar locos. El vídeo está borrado de todas partes; Justin y yo nos encargamos. Nadie recordará en qué te metiste por culpa de Rikki.

Aprieto los dientes:

—Un cabrón muerto, para ser exactos. El mundo ya sabe a qué se dedicaba. No te van a juzgar.

—¿Tuviste algo que ver con su muerte? —pregunta, atónita; los ojos muy abiertos.

—Sí. —La palabra se queda flotando entre nosotros—. Lamento no haber sido yo quien lo empujara por la ventana.

Alzo el mentón, asumiendo el golpe.

—Puedes odiarme por eso. Pero no me apartes por prejuicios. Déjame ayudarte.

Bajo un poco la voz:

—Quiero estar a tu lado. Sé cómo arreglarlo todo, cómo curar tus heridas. Solo déjame acercarme. No te fallaré.

Ella calla. Mueve ligeramente la silla, mira al suelo.

Dos minutos de silencio. Eternos.

Oigo su respiración irregular; siento el enjambre de pensamientos en su cabeza. Tiene que estar peleando consigo misma.

No voy a presionar. Debe querer mi ayuda por sí misma. Si no, es inútil.

—Me voy a casa… —murmura al fin, deslavazada, sin fuerza.

—Te acompaño. —El impulso me sale solo.

—No. —Niega, sin mirarme—. Llama a Miwei.

Mentiría si dijera que no duele. El «no» se me clava más hondo que cualquier puñetazo.

Confiaba en que hoy lo arreglaríamos todo, que se quedaría. Quise demasiado. Me he pegado el batacazo.

Miwei cierra la puerta tras ella; el clic de la cerradura me taladra. La desilusión me derriba y me pega al suelo.

Alargo la mano hacia el vino, al que ella ni tocó. Bebo a morro, sin copa, y meto la mano en el bolsillo.

Tengo que darle vueltas al anillo, calmarme.

Pero no está el diamante negro.

Me tenso un segundo… y luego suelto el aire con alivio.

Kimberly se llevó el anillo.

Me dejo resbalar más abajo en el sofá, apoyo la nuca en la mesita. Cierro los ojos.

Sonrío.

Se llevó el anillo.

La esperanza sigue viva.

Capítulo 40. Kimberly

En el coche de Miwei no consigo calmarme. Sollozo, saco pañuelos uno tras otro, me seco las lágrimas de la cara hinchada. No bastan los pañuelos, no hay manera de parar el torrente.

Necesito pastillas. Urgente.

—Miwei, vamos, date prisa —farfullo, con la voz rota.

—Yo, en tu lugar, no correría —caza mi mirada torva en el retrovisor—. Si tus padres te ven así, habrá preguntas.

—¡Mierda! —golpeo el asiento con las palmas—. ¡Necesito pastillas! Estoy fatal. Me tiembla todo.

—Pensaba que ya no tomabas sedantes.

—¿Se lo vas a contar a mis padres? —lo taladro con la mirada.

—Kimberly, entiendo que estés enfadada…

—¿Enfadada? ¡Estoy que echo humo! —le doy un puñetazo al respaldo; la cabeza de Miwei se sacude—. Mentiste. Me traicionaste.

—Perdona, Ángel está sufriendo. No podía quedarme mirando.

—¿De verdad? —le silbo, envenenada—. ¿Qué sabe él del sufrimiento?

—Cálmate, por favor.

—¡No puedo! ¡Es culpa tuya! ¡De los dos!

El corazón me late a golpes; se me quiere salir del pecho. Las manos me tiemblan, el cuerpo se sacude, se me adormecen las

extremidades.

No hay espacio, me ahogo.

El corazón se va a parar. Me voy a morir.

—¡Miwei! ¡Para! —me agarro el pecho, me abro la cazadora—. Me ahogo. Duele. ¡No puedo respirar!

—¡Mierda! —maldice, se echa al arcén y frena en seco.

La puerta se abre; casi pierdo el conocimiento. Miwei me sujeta por los hombros y me ayuda a salir al aire frío.

—Respira, nena. Respira, ¿me oyes? —susurra cerca de mi oído.

Se agacha; acabo con la cabeza en su hombro. Sus manos me frotan los brazos, arriba y abajo.

—Respira, Kimberly. Todo va bien. Controla el pánico. Estoy aquí. Lo superamos.

Gotas de lluvia me caen en la cara. Entorno los labios y las atrapo.

Todo va bien. Yo controlo.

—Respira más hondo. Más —insiste.

Tranquila. El corazón no va a saltar. No se va a parar. No me voy a morir.

—Así me gusta. Inspira a fondo. Diez… nueve…

Cierro los ojos; el cuerpo se afloja poco a poco.

Cinco… cuatro. No es la primera vez, Kimberly.

Dos… uno.

—Suelta el aire. —Su voz baja me envuelve—. ¿Cómo estás? —Miwei me aprieta los hombros y me acaricia el pelo—. ¿Mejor?

—Mmm… —gruño, todavía aturdida. Me topo con su mirada preocupada.

—Perdona. Quería hacerlo bien. Os quiero a los dos. Pensé que estabas lista para veros. Ángel sabe…

—Eso no cambia nada, Miwei. —Me separo un poco, respiro más despacio—. No entiende lo que dice. ¿Futuro? ¿Qué futuro?

Muevo la cabeza, amarga.

—Aún no ha asumido lo que ha visto. Cree que soy la misma, pero se equivoca. La antigua Kimberly se ahogó en la bahía. Allí dejó su yo, su carrera, la esperanza, el futuro con Ángel.

Trago saliva; me duele decirlo en voz alta.

—No bromeaba cuando se lo dije. Él no entendió que se acabó. Hemos cambiado. El océano borró nuestros caminos.

—Vamos a picar algo. Tienes que comer —dice Miwei al fin. Me sienta en el coche con cuidado, cierra la puerta y vuelve al volante.

—No tengo hambre —susurro, mirando cómo la lluvia emborrona las luces de Los Ángeles.

La ventanilla se empaña; paso la mano por el cristal. La mirada cae en el tatuaje de la muñeca.

Dos solos letras: LA.

Y tanto sentido.

Una persona, una ciudad, mi amor. El segundo punto de tres que no están destinados a unirse.

Me acuerdo del anillo, metido en el bolsillo de la cazadora. Alargo la mano, saco la cajita, la abro y aparto la vista.

Es justo como lo quería. Existe.

Pensaba que Ángel había olvidado el encargo de hace dos años. Éramos un par de locos felices. Yo llevaba su camisa y sus calcetines; él, una chaqueta sobre el cuerpo desnudo.

Elegimos el anillo; me sacó de la joyería en brazos para que no se me helaran los pies.

Cierro de golpe la cajita y la vuelvo a guardar.

Duele demasiado mirar un sueño sabiendo que no lleva a ninguna parte.

—Una doble cheeseburger, patatas grandes, kétchup y una Coca-Cola sin hielo —dicta Miwei al altavoz del McDonald's.

El robot repite el pedido y avanzamos.

—He dicho que no tenía hambre —murmuro, cruzando los brazos.

—¿Le vas a decir que no a una hamburguesa en el aparcamiento? —se ríe.

Le conté demasiado, y se aprovecha.

—La "avenida de la porción de kétchup en tus labios"… —tararea —. Poético. Voy a dejar las cripto y escribiré una novela sobre vosotros.

—Llámala "Ángel". Nada banal y, además, de lo más morboso. —Entrecierro los ojos—. ¿Lo notas? Un desastre.

—Yo la titularía "El corazón de Ángel". —Me mira de reojo—. Una historia sobre ti, Kimberly. Eres su corazón, siempre lo has sido.

Se encoge de hombros.

—No sé escribir, pero ojalá alguien cuente vuestra historia por mí. Me inventaría un final feliz, aunque tú no quieras.

Me río, pero me callo enseguida. Sus palabras me tocan el alma como una uña en una herida.

—¿De verdad crees que Ángel y yo podemos ser felices? —pregunto al fin, casi sin voz.

—Es raro que pienses lo contrario. —Su respuesta es inmediata.

Estamos aparcados; Miwei está a mi lado en el asiento de atrás. Coge la última patata, la moja en kétchup y me la mete en la boca.

—¡Miwei, joder! —protesto con la boca llena.

—Decías que no tenías hambre —sonríe—. Nadie en su sano juicio rechaza un tentempié nocturno del McDonald's.

—¿Y quién te ha dicho que yo estoy en mi sano juicio? —me relamo, saboreando el kétchup.

Antes se lo lamía Ángel.

¿Quiero repetir? Claro.

¿Podré?

Suspiro; se me encoge el corazón.

Su regreso ha removido sentimientos que no se habían ido. Me ha dado vueltas la cabeza.

Su reacción a mi discapacidad es inexplicable. Como si le diera igual. Como si la ausencia de una pierna no cambiara nada.

Repite a ciegas que me quiere, y duele más. No puede quererme así.

¿Cómo me va a mirar desnuda? Yo misma no puedo.

En mi cabeza, el guion es claro: me va a compadecer, se apartará, fingirá que todo está bien, pero no va a desear a la Kimberly mutilada.

¿O me quiere como antes?

Falsa esperanza. Autoengaño. Tonterías. No ha asumido con quién ha vuelto.

—¿Qué pasa? —MiweI capta al vuelo el cambio de humor.

—Nada… —miento, mirando la oscuridad tras el cristal.

—No te comas la cabeza, ¿vale? Sé en qué piensas. —Suspira—. Dale una oportunidad. No tienes que casarte ya.

Se inclina un poco hacia mí.

—Déjale ayudar. Ángel no va a quedarse al margen. Con dos años de prohibición se deshizo por dentro. Deberías haberle visto el primer año… Casi se quita la vida cuando se enteró de la orden. Yo apenas llegué a tiempo…

—¡¿Qué?! —le agarro por las solapas de la chaqueta, tirando de él hacia mí—. ¡Repite!

—Ángel no estaba en sí… —traga saliva, incómodo—. Se puso hasta las cejas.

—¿Ángel? —aprieto aún más las solapas—. Mientes. No pudo.

—Si no lo hubiera visto, no lo creería. —Mira hacia delante—. Roxy me llamó; estoy en la lista de emergencias. Créeme, fue serio.

Se pasa la mano por la cara.

—Ángel se desmayó y se abrió la cabeza contra la mesa. Al despertar, cogió un revólver. Cuando entré, se lo tenía en la sien. Un segundo más y habría perdido a mi amigo. Pero llegué a tiempo…

Mi mano se afloja y cae.

—Dios mío… —susurro; me seco una lágrima. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando otra vez.

—Te quiere demasiado. —Su voz se suaviza—. No le deseo a nadie ese tipo de amor. Te lleva al límite incluso si eres de los duros.

Me toca la muñeca con cuidado.

—No dudes de sus sentimientos. Le daría igual aunque hubieras perdido las dos piernas. Es Ángel. Ama el alma. Para siempre. Si crees que no sabe de sufrimiento, eres tonta, Kimberly.

Abro la boca, pero me callo.

Se me olvida hablar.

Ángel sufrió como yo.

Le daba igual mi estatus. Con quince me dejó ir a Europa por mi sueño. Qué tonta he sido.

Me esforcé por llegar alto para estar a su altura. ¿Pero él lo necesitaba?

No. Él solo quería a Kimberly. A la que adora el color amarillo y su flequillo.

Habría aceptado a cualquiera de mis versiones.

¿Me aceptará ahora?

No sé ordenar mis pensamientos; todo se mezcla.

¿Cómo saber qué tiene él en la cabeza?

—Miwei… —susurro con inseguridad—. ¿Te acuerdas de lo de la terapia de grupo? Recomendaste un centro con un buen programa.

—¡Sí! —se anima al instante, como si llevara dos años esperando esa frase—. ¡Es un centro estupendo! Lo recomendó Richard. Allí trabaja un psicoterapeuta amigo suyo, hace sesiones para gente que ha pasado por lo mismo que tú.

—Entendido. No he decidido nada. —Levanto la mano, marcando distancia—. Quiero ver ese tinglado. Dudo que ayude, pero apúntame a la próxima sesión.

—Vale. Mañana te envío la información —saca el móvil y empieza a teclear—. Estoy orgulloso…

—Miwei, me lo pensaré mejor y quizá me eche atrás.

—Entendido. —Carraspea, me suelta la mano, respetando el espacio—. ¿Nos vamos a casa? La cara ya casi no está hinchada.

—Gracias por el cumplido. —Ruedo los ojos, pero se me escapa una sonrisa mínima.

Tres días después voy a la primera sesión de grupo.

Una chica, dos años más joven que yo, con diabetes, perdió una pierna hace dos meses. Sufre dolores fantasma, pero sonríe.

Yo conozco esos dolores, pero entonces no sonreía.

En la segunda sesión, un hombre de unos cuarenta y cinco cuenta su servicio en el ejército. Un mal salto en paracaídas casi lo mata.

«Solo me quitó las piernas», bromea, se ríe, se sube los vaqueros y enseña las prótesis.

En la tercera, tres semanas después, una chica de pelo multicolor comparte la alegría por su inminente prótesis de brazo tras un sarcoma de estadio tres. Se llama a sí misma «ciborg».

Los miro y no entiendo de dónde les sale tanta vida.

Aman la vida más que yo a los dieciocho.

Para ellos no se ha acabado. No se consideran unos lisiados, como yo me vi durante dos años.

En la quinta sesión, la psicoterapeuta me mira directamente.

—Azúcar Negro, ¿nos cuentas tu historia? —pregunta, señalando mi placa con el nombre.

Miro la placa, me aseguro de que se dirige a mí.

Repaso a la chica con diabetes, atrapo la mirada del militar, veo la sonrisa cálida de la chica con prótesis.

Quieren escuchar. Entenderán.

Trago saliva, noto el temblor en la voz antes de hablar:

—Hola a todos. Soy Azúcar Negro… Bueno, en realidad, Kimberly Maldonald. —Respiro hondo—. Hace dos años mi vida se quedó en el fondo del Pacífico.

Capítulo 41. Ángel

Miwei dice que Kimberly lleva ya un mes yendo a terapia de grupo.

Roxy prepara café mientras reviso los resultados de la sesión bursátil. Morris-Coin se ha fortalecido; la capitalización crece, los gráficos suben, las alertas de los traders no paran. A este ritmo, las palabras de Miwei dejarán de ser una broma: nos convertiremos en los reyes del mundo cripto.

Me vale ese título; está por encima del de monarca.

—Ángel, su café. —Roxy me tiende la taza con un gesto preciso y vuelve a la cocina.

Inspiro hondo, dejo que el olor a café y el amanecer entren a la vez. Un nuevo día de diciembre. Pronto cumplo treinta y dos y estoy solo en un piso vacío.

A esa edad Justin ya tenía a Jessie. Era feliz por haber encontrado a quien le curó el alma.

Yo dejé escapar la felicidad por idiota.

Si pudiera dar marcha atrás, no habría dejado ir a Kimberly con dieciocho. La habría besado con más fuerza de la que se besa a los astronautas al volver de sus misiones; la habría apretado más fuerte que un robot programado. Le habría confesado mi amor. Le habría regalado entonces mi corazón.

Tómalo, Azúcar Negro. Haz con él lo que quieras. Es tuyo.

Lo cambiaría todo. Pero no somos dioses para torcer el tiempo. Solo podemos corregir errores si nos da la cabeza.

Saco el móvil y busco su nombre. Miwei me pasó su número hace un mes, pero no me atrevía a molestarla.

Escribo un mensaje, lo borro. Escribo otro, lo borro también.

Todo me parece ridículo, indigno de ella.

«Hola, soy Ángel. No me bloquees, por favor». Idiotez.

«Hola. ¿Qué tal la terapia?». Disparate.

«Hola, echo de menos cada día». Pegajoso.

«Hola. Te echo de menos». Tampoco.

Al final escribo:

A: «Te echo de menos. Tu Ángel».

Aprieto los ojos y lo envío sin respirar.

Que lo sepa: me muero por ella cada hora.

—Ángel, tiene un visitante —informa Roxy desde el pasillo.

—¿Tan temprano? ¿Miwei? —Apuro el café y voy hacia el vestíbulo, ajustándome la camisa.

—No. Sheila Maldonald. ¿Le permito entrar?

Me quedo helado a mitad de paso.

—Sí. —La voz me sale seca.

No me muevo hasta que Sheila cruza el umbral; sus pasos resuenan en el suelo de piedra.

—Roxy, está libre. —Hago un gesto.

—Sí, Ángel. —Ella se retira en silencio, y yo me quedo frente a Sheila.

No la veía así de cerca desde hacía dos años. Entonces su cara destilaba desprecio; ahora, calma tensa, neutralidad. Me recorre con la mirada de arriba abajo, inspira y entra en el vestíbulo caminando despacio, observando el piso como si fuera la primera vez.

—Recuerdo cómo corrías por aquí de pequeño… —dice al fin, pensativa, después de una pausa incómoda.

—Nunca corría. —Alzo una ceja.

—Cierto. —Esboza una sonrisa mínima—. Te escabullías. No dabas guerra. Ni se te veía.

—Me gustaba observar. —Cruzo los brazos, apoyando un hombro en la pared.

—Sí… —Asiente, se pasea la mano por la superficie rugosa de la piedra—. Por eso tardé en sospechar que Justin tenía un hijo, aunque vine aquí cientos de veces.

—Él no me escondía. —Sigo con la mirada el recorrido de su mano —. Me escondía yo. Me gustaba pasar inadvertido. Así controlaba la situación.

—Te lo noté desde niño. —Sus ojos verdes, como los de Kimberly, me escanean con frialdad profesional—. Controlabas todo de forma maniática.

—Cierto. —No lo niego. Le sostengo la mirada.

—Has planificado cada detalle toda tu vida.

—Y aun así lo jodí todo. —Se me escapa, sin sarcasmo.

—Kimberly es tu contraria. —Lo suelta como un diagnóstico.

—¿Y si sin ella yo estaba muerto, Sheila? —pregunto tranquilo, sin subir el tono.

Ella traga saliva.

—John está convencido de que tú… —Toma aire a trompicones y se aprieta el cuello con la mano, buscando fuerza—. La corrompiste de niña.

—¿Qué? —estallo. Doy un paso hacia ella—. ¿¡Cómo te atreves!?

—¡Es mi hija! —grita Sheila de vuelta; sus ojos están llenos de amargura, de desesperación y de sueño mal dormido.

—¡Lo sé! —replico, la voz me retumba en el pecho—. La tuve en brazos con tres años. Jugueteé con ella con cinco. La llevaba a la guardería. Le enseñé a jugar. La vi crecer.

Me señalo el pecho con el puño.

—¿Cómo iba a tocarla siendo una cría? ¿No lo entiendes? No la habría rozado ni aunque me llamara con la mano.

Sheila se quiebra.

—Perdón, Ángel… —Las lágrimas le suben—. Estoy hecha un lío. Nunca sospeché de ti, pero ahora… Todo es complicado.

Se lleva las manos a la cara.

—Nuestra niña estuvo a punto de morir. John se ha ido de la cabeza. No sé cómo reaccionar contigo. No entiendo nada… Tú no

nos eres un desconocido. —Solloza, las manos aún en la cara.

—Ven aquí. —Doy un paso y la rodeo por los hombros, la acerco. Sheila se deja abrazar; al momento me aferra la camisa como si fuera un salvavidas.

—Ella no nos cuenta nada, ¿lo entiendes? —sigue, temblando—. Desde aquel día, el accidente, el vídeo…

—No te preocupes por el vídeo. —La aparto lo justo para que me mire—. Ya no existe.

—¡Pero existió! —Me empuja con la palma en el pecho y se seca las lágrimas con rabia—. Lo vimos: yo, John, los chicos, Cindy.

Cierra los ojos un segundo, como si espantara imágenes.

—No podíamos imaginar que fuera capaz de algo así… John aún no lo ha aceptado, no lo cree, no habla del vídeo en el que casi violan a nuestra Kimberly.

—Ella no tiene culpa de nada. —La corto, firme—. Rikki la drogó. Yo la saqué del club, no permití que la ultrajaran. No pasó nada.

—¿Qué…? —Sheila sorbe por la nariz, igual que Kimberly cuando intenta no llorar.

—Él lo orquestó. —Aprieto la mandíbula—. Kimberly no es la primera en sus grabaciones. Es un asunto profundo; no puedo entrar en detalles. Justin y yo lo aclaramos.

La miro a los ojos:

—No la culpéis. Es víctima de un montaje. Rikki grabó el vídeo con fines perversos. Ya oíste a qué se dedicaba. Los medios sacaron solo una parte.

Suelto el aire.

—Kimberly es demasiado buena y por eso ingenua. Cayó bajo la influencia de un manipulador.

—Lo sabía. —La voz de Sheila se rompe—. Mi niña no podía…

Tiembla; le pongo las manos en los hombros, firme.

—No podía. —Asiento—. Soy su único hombre. Es mi eterna.

Las palabras me salen sin filtro:

—Prometo limpiar su nombre.

—Ha empezado terapia. —Por primera vez, las comisuras de los labios de Sheila se curvan en una sonrisa auténtica—. Dos años

peleando. Se cerraba, espantaba a psicólogos y a los programas de prótesis.

Respira hondo, casi orgullosa:

—Y ahora habla de ponerse prótesis, acude al psicoterapeuta, se prepara para los implantes, se ha apuntado a fisioterapia para trabajar las piernas después de la silla… —Sheila se tapa la boca para ahogar un sollozo.

—Lo sé. —Aprieto un poco su hombro—. Me encanta controlarlo todo, ¿recuerdas?

—Ha recobrado el ánimo… ¿Por ti? —me examina con ojos enrojecidos.

—Quiero creer que sí. —No bajo la mirada.

Sheila suspira, repasa de nuevo el vestíbulo con la vista y suelta, de sopetón:

—No sé por qué Kimberly exigió la prohibición…

Baja la vista al suelo de piedra.

—Me duele que mi hija no me hable. Pero si tú tienes que ver con su recuperación, te estoy agradecida. No te culpo por aquel caso… Nadie tiene la culpa.

—Kimberly debe contarlo por sí misma. —Endurezco un poco la voz—. Culparme o no ya lo decidirás después. Pero la amo más que a mi vida. John tendrá que pegarme un tiro: le he dado un anillo.

Un hilo de ironía amarga se cuela en la frase:

—No me voy a apartar. La decisión es suya.

—Lo aceptaré todo, si ella es feliz. —Sheila asiente.

—Si dice «sí», haré de su felicidad algo de otro mundo.

—Creo que solo tú podrías. —Se burla con cariño—. Vi en su muñeca tu nombre, "L.A.".

Entrecierra los ojos:

—Ella miente y dice que es por la ciudad, pero sé que es por ti. Sé que así te llamaba Justin.

—No soy buena persona. —Se me escapa, bajo.

—Ángel… —me pone un dedo en los labios para callarme—. Ya se lo oí decir a Justin. No eres malo; es que te ha tocado pasar por mucho.

—Gracias… —Su franqueza me atraviesa como una flecha, pero calienta.

—Te pareces a Justin más de lo que crees. —Me roza la mejilla con la punta de los dedos—. Es un cabrón egoísta, pero con un corazón enorme.

—Lo sé. —Sonrío de lado.

—Tú igual. —Sheila me devuelve la sonrisa.

—¿Cabrón egoísta? —Me río, relajando por primera vez los hombros, y me llevo un manotazo suave en la mejilla.

—No te busques piropos, Morris. —Su mirada ahora es cálida; exhalo aliviado y el peso de la culpa se disuelve un poco—. Ven a casa. Serás bienvenido.

—¿«Seremos»? —Se me escapa una risita—. Lo dudo.

—John lo entenderá. —Endereza la espalda—. Le pediré a Kimberly que hable con él.

—No le tengo miedo. —Niego—. Iré cuando ella me llame.

Sheila se queda un rato más. Toma café y me cuenta estos dos años que me he perdido: las noches sin dormir, los intentos de terapia, los silencios. Yo digo lo que puedo y me callo mis planes para Kimberly, si confía en mí.

Sheila se va entrada la noche, y mi suspiro se corta con la vibración del móvil.

Acerco el teléfono y veo el texto:

K: «¿Ese lugar sigue curando?»

Habla del puerto, de nuestro contenedor.

Pero ya no cura desde que el coche de Rebeca embistió esa ensenada. Tiré el contenedor y vendí el terreno. No he vuelto desde el día de nuestra pedida.

Respondo:

A: «No curaba el lugar, sino tu presencia».

Envió el mensaje conteniendo la respiración. Demasiado insistente. Me mandará a hacer puñetas.

El teléfono vuelve a vibrar.

K: «Entonces, ¿llevas muchas heridas?»

Estoy hecho trizas sin ti, Azúcar Negro.

Con las manos temblorosas empiezo a teclear la respuesta, pero llega otro mensaje:

K: «¿Puedo mirar?»

Sonrío sin poder evitarlo.

A: «¿Dónde fijas la revisión?»

Treinta minutos después estoy allí; he volado como un loco. Tamborileo un ritmo nervioso con los dedos en el volante del Tesla; la pierna me tiembla.

¿Cómo va a arreglárselas con la silla?

La respuesta llega cuando Cindy aparece desde detrás del seto, empujando la silla de Kimberly hasta el coche. Abre la puerta trasera de golpe.

—Ayuda —ordena Cindy, sin saludo.

Salto del coche, rodeo el Tesla y sujeto a Kimberly por debajo de los brazos. La levanto con cuidado; su cuerpo es cálido, tenso. Mientras la siento en el asiento, Cindy lleva la silla hasta el sauce y vuelve dando zancadas.

—No creas que estoy de tu parte, demonio. —Retuerce los labios y entorna los ojos, idénticos a los de su hermana, pero más impertinentes—. Mi hermana tarada no se quedaría tranquila.

—¿Demonio? —me burlo, cerrando la puerta—. ¿De verdad me ha llamado así?

—Lo más suave que se me ha ocurrido. —Resopla—. Kimberly me prohíbe soltar tacos.

Me señala con un gesto brusco:

—¿Queda claro? No estoy de tu parte, adonde sea que arrastres a mi hermana.

—Claro. —Sonrío, porque hasta en su ira se parecen. Cindy es más descarada; Kimberly, más suave. Esta cría te mete en un trauma en dos patadas.

—Tenéis una hora. —Chasquea la lengua como Sheila cuando se cabrea.

—Lárgate. —le suelta Kimberly desde dentro del coche.

—No os quito ojo, ¿entendido? —nos señala con el dedo, teatral—. Vigilo.

—Desaparece. —Se enfada Kimberly, desviando la mirada.

—Te daré un toque cuando acabemos —intervengo—. Aunque mejor aléjate más.

—Pervertido medio lelo. No es casualidad que papá te odie. —Cindy saca la lengua, nos enseña el dedo corazón y se va hacia la casa, moviendo la coleta.

—Ella no lo piensa así. —Kimberly se ríe bajito—. Lo de papá. A él le dice lo contrario.

—Me da igual. —Me vuelvo hacia ella… y me estrello con sus ojos verdes.

Se traga las palabras, el pecho se le alza, los hombros se le abren un poco, como si no supiera si relajarse o ponerse en guardia. Los labios se le entreabren.

Alargo la mano, le rozo con cuidado el muslo con las yemas de los dedos, como pidiendo permiso, y luego le tomo la mano.

La miro a los ojos.

Llevo su mano a mi corazón, luego a mi cuello, luego a mi mejilla. Me arrimo a su palma, cierro los ojos un segundo y beso las líneas de su mano, la muñeca donde lleva tatuado mi nombre.

—Cuéntame cómo has vivido estos años —susurro, respirando su piel.

El aroma de ámbar me vuelve loco; está hecho para ella.

Lo recojo a sorbos. No me sacio.

—Me ha ido mal sin ti. —Confieso al fin, sin máscara.

Capítulo 42. Kimberly

Decido ser sincera. El psicoterapeuta me insistió en que, si alguna vez volvía a estar frente a Ángel, lo único que podría salvarnos sería hablar claro. Él nunca me mintió; se ganó mi franqueza.

La verdad es que le he echado de menos. No contaba días, ni semanas, ni meses: contaba el tiempo sin él. Me convencí de que no estaríamos juntos, intenté meterlo en un cajón cerrado con llave, pero los recuerdos seguían entrando por la ventana. El contenedor en el puerto. Las Vegas, donde le entregué mi virginidad. Su piso, las sábanas negras, el gotero y sus abrazos. Las hamburguesas del McDonald's, los besos con regusto a kétchup.

Sus labios, sus manos, su cuerpo, su susurro en mi oído: «Eres solo mía», «Me haces sentir vivo», «Te quiero con todo el corazón».

Recuerdo cada palabra. Tengo a Ángel metido en la piel, de arriba abajo.

—Cada noche me dormía para encontrarte en sueños —mi mano tiembla dentro de la suya, pero no la retiro—. Cada mañana te daba los buenos días en voz baja, estuvieras donde estuvieras, con quien estuvieras. Podría haber seguido así años. Nunca te habría olvidado, Ángel.

Me obligo a sonreír, amarga:

—Parece que solo soy capaz de querer a uno.

Su rostro no se inmuta, pero me aprieta la mano.

—Perdona.

—¿Por qué? —pregunto, de verdad perdida.

—Por esto.

No me da tiempo a coger aire: sus labios caen sobre los míos y el olor a ámbar me envuelve de golpe, me vacía la cabeza. Cierro los ojos y, durante unos segundos, se borran la silla, la clínica, la bahía, la pierna que falta. Tengo dieciocho años otra vez; Ángel me saca de casa a hurtadillas, me cubre de besos en el asiento trasero del coche, los cristales se empañan con nuestra respiración acelerada y al unísono.

El recuerdo se mezcla con el presente: sus manos me sujetan la cara, su lengua busca la mía, muerde mi labio inferior. El mundo se reduce a este beso hambriento.

Cuando por fin se separa un poco, respiro a trompicones.

—Perdona… —susurra, con la frente apoyada en la mía.

—No te disculpes por besarme —respondo, aunque el corazón me galopa tan fuerte que podría echar a correr el Tesla él solo.

Pero él vuelve a inclinarse, y esta vez el beso se hace más profundo, más desesperado. Mis dedos se enredan en su nuca; tiro de él hacia mí. Siento su cuerpo, su calor, cómo me aprieta contra el asiento. Su mano resbala por mi costado, sube por debajo del top; me estremezco.

Y entonces el miedo me agarra de la garganta.

Le aparto de golpe, apoyo las manos en su pecho para poner distancia.

—Ángel…

Él se queda de rodillas entre mis piernas, jadeando.

—Perdón, yo… No debería haber ido tan rápido. —Se pasa la mano por la cara, como si quisiera borrarse a sí mismo—. Perdóname.

Vuelve al asiento del conductor, levanta el respaldo, coloca el mío.

—Por favor, perdóname —repite, apoyando la frente en el volante.

—Y perdóname tú. —Tiro del top hacia abajo, busco la cazadora sin mirarle—. Debería haber parado antes.

—¿Querías parar? —pregunta, aún con la respiración irregular, girándose un poco hacia mí.

—Debería haberlo hecho —murmuro. Palpo hasta dar con la cazadora, pero él me agarra la muñeca.

—¿A quién le debes algo? Entre nosotros no hay un tercero que no quiera seguir.

Alzo la mirada. Sus ojos castaños arden.

—No me obligues a explicarlo —susurro.

—¿Explicar qué? —frunce el ceño—. ¿Por qué no debería tocarte cuando es lo que más deseo? ¿Cuándo estallo con solo verte? ¿Cuándo tu olor me embriaga? ¿Cuándo te quiero tanto que estoy listo para lanzarme encima de ti en este coche como un adolescente?

Trago; siento las palabras directo en el pecho.

—No puedo… Tú no puedes… Nosotros… —Me quedo sin argumentos; es mi miedo el que habla, no mi cuerpo.

Porque mi cuerpo grita lo contrario. Quiere sentirlo dentro como antes: gemir bajo él, notar sus embestidas, el ardor de su piel, sus manos en todas partes. Echo de menos sensaciones que solo él me ha dado. Pero, en cuanto imagino sus ojos sobre mi pierna amputada, me encierro como una almeja.

Temo que se asuste, que se decepcione, que vea lo que falta en lugar de lo que queda. Temo que me rompa el corazón y esta vez no se pueda arreglar.

—Esperaré lo que haga falta —dice al final, más tranquilo. Me suelta la muñeca y arranca el Tesla.

—No deberías esperarme… —murmuro, mirando por la ventanilla empañada, donde las marcas de nuestros gemidos parecen resbalar hacia el asfalto—. De verdad. No te prives de placer. Hay otras…

Silencio. Solo el motor y la lluvia.

—Parece que solo soy capaz de amar a una —responde por fin.

No me atrevo a mirarle. Él fija la vista en la carretera, serio, concentrado, como si fuéramos a un juicio, no a «hablar».

Las luces de Los Ángeles se quedan atrás y el tiempo se alarga. Antes, con él, las horas volaban como segundos. Ahora, cada minuto pesa como un ladrillo.

—¿Estamos saliendo de la ciudad? —pregunto, cuando por fin me atrevo a romper el silencio.

—Tenemos que hablar en un sitio tranquilo.

—No deberíamos haber ido a ninguna parte. Cindy está furiosa; ya habrá corrido a contárselo a papá.

—No lo dirá. Lo sabes —responde con seguridad.

Y lo sé. Mi hermana antes se inventa que me han abducido los extraterrestres que delatarme.

No reconozco la zona cuando giramos. Entramos en un recinto con una valla alta.

—¿Podemos entrar, o es otra incursión de las tuyas? —Levanto una ceja.

Ángel esboza una sonrisa de lado.

—La parte abandonada del paseo marítimo es de mi propiedad. Nunca invadimos ilegalmente.

—¡Será! —Le doy un puñetazo suave en el hombro—. ¡Y yo con miedo a que nos pillaran!

—Daba subidón, admítelo —sonríe.

—Embustero asqueroso —murmuro, fingiendo enfurruñarme.

—No he mentido ni una vez. He callado cosas, sí. Pero he sido honesto.

—Capullo. —Cruzo los brazos, observando cómo pasa una tarjeta por el lector. El portón se abre.

Al fondo se recorta la silueta oscura de una casa enorme.

—¿Esto también es tuyo? Parece un panteón.

—No se lo digas a Jessi ni a Wendy —dice, mientras avanzamos despacio—. Es la mansión del señor Gray.

—Jesús… —Me tapo la boca—. No lo sabía. De día será bonita, supongo.

—Lo es. Un terreno enorme, la mansión de ladrillo blanco en estilo romántico —recita, y le lanzo una mirada sospechosa—. Cito a Wendy, no me mires así.

Adoro esa sonrisa pícara desde niña. Siempre pensé que era solo para mí.

—Este sitio está vigilado. No nos molestarán —añade, pasando junto a las tuyas.

—¿Y las llaves?

—Jessi y Wendy no piensan mudarse aquí ni venderla. Me han dado acceso para que mantenga todo en orden.

—Qué suerte… Propiedades propias, control total. Como te gusta.

—Suerte he tenido en otra cosa —responde, girando la cabeza—. Te vi a ti.

Aparca junto a una fuente de tres niveles. Recuerdo el funeral, las lágrimas de Jessi. Aquel día la muerte también partió un corazón en dos.

Ángel abre mi puerta y se inclina.

—Ven aquí. No hay opción: si quieres seguir, te sientas en mis brazos.

Me tenso. Papá me lleva así, Miwei también, pero Ángel… Ángel es otra cosa.

—Cuento hasta tres y me salto los límites —advierte, serio—. Uno, dos…

—¡Vale! —le doy la mano rápido—. Solo con cuidado.

—Me juego la cabeza, mi reina. —Sonríe apenas y me pasa los brazos por debajo del cuerpo.

Sus palmas resbalan por mi espalda y mis muslos. De pronto mi pecho se pega al suyo; siento sus latidos bajo la camisa negra. Hundo la nariz en su cuello. El ámbar me golpea de lleno.

Le rodeo el cuello, me aferro a sus hombros, apoyo la cabeza en su clavícula. Aspiro su olor sin pudor.

Mi Ángel.

Sus brazos fuertes me sostienen como si pesara menos que el aire.

—Te he echado tanto de menos… —me escapa, casi en su piel.

Él no responde; simplemente acelera el paso, casi corre. Entra en la casa sin soltarme. La oscuridad nos envuelve, apenas hay luz de luna colándose por las ventanas.

—¿Adónde vas? —pregunto, apretándole involuntariamente los hombros cuando sube las escaleras.

No contesta. Gira a la derecha, abre una puerta de una patada y entra en un dormitorio. Me deja caer sobre la cama; el colchón cruje, el polvo se levanta en una nube suave.

La luz fría de la luna recorta su silueta a los pies de la cama.

Se quita la chaqueta, empieza a desabrocharse la camisa. Cada botón que cede deja al descubierto piel que reconozco de memoria. El pecho firme, los músculos del abdomen que se marcan con la respiración.

Se deshace de la camisa, del cinturón, del pantalón. Yo no digo ni una palabra; estoy hechizada.

—Quería decir que te he echado de menos —comenta, bajándose la cremallera; el pantalón cae—. Pero las palabras no bastan.

Se sube a la cama y se apoya en los codos, inclinándose sobre mí. Siento su erección, dura, bajo los bóxer, apoyándose entre mis piernas. Me muevo sin querer, noto cómo me humedezco al contacto.

—Las palabras no son suficientes —murmura, deslizando la mano por mi muslo, subiendo hacia mi cadera—. Hay que acompañarlas con actos.

Sus dedos recorren mi vientre, se cuelan por el borde de mis braguitas y me rozan justo donde ardo.

—Solo actos…

—Ah… —me escapa, alzando las caderas hacia su mano.

—Los hechos son los que importan… —presiona el clítoris con un movimiento lento y firme, y después su dedo corazón entra en mí. El gemido se me atasca en la garganta.

—¡Ángel! —me arqueo, clavando la nuca en el colchón.

Acelera, añade un segundo dedo, me aprieta más contra el colchón. Su boca encuentra mi pezón a través del top, muerde, chupa, juega, y sus dedos empujan dentro con más fuerza.

—Ángel, por favor… —gimo; la ola del orgasmo se acerca, enorme, inevitable.

Hace años que nadie me toca. Llevo tres años sin tocarme ni yo. Estoy a punto de explotar solo con sus manos, con sus ganas, con el hecho de que sea él.

—¿Quieres que pare? —susurra contra mi piel, estimulando justo el punto que me vuelve loca—. ¿Quieres que lo deje aquí?

Me muerde el pezón, y yo sollozo, agarro la colcha con los dedos agarrotados.

—No… no pares… —mi voz suena ronca, desconocida.

Me besa el cuello, se cuela por debajo del top, atrapa el pezón entre los dedos, tira con suavidad. Mis caderas se mueven solas, me ensarto en sus dedos, los sigo, los pido. El orgasmo me golpea con fuerza; me arqueo, gimo largo, me corro por primera vez en tres años, con sus manos.

Me quedo sin aliento, el corazón se desboca; siento sus dedos saliendo despacio.

—¿Te ha gustado? —me susurra detrás de la oreja, acercando los dedos mojados a su boca.

—Sí… —exhalo, todavía temblando.

—Me gusta cuando a ti te gusta. —Lame mis jugos, despacio, disfrutando. Sé que estoy roja hasta las orejas; agradezco la penumbra.

—No te tocaré de otra manera hasta que estés lista —añade, rozándome la mejilla con el dorso de la mano—. No me permitiré ir más allá hasta que me lo pidas tú.

Levanto la mirada; sus ojos están oscuros y claros a la vez.

—Estoy dispuesto a esperar eternamente, Azúcar Negra. La eternidad no es nada. Te quiero. No necesito dinero, estatus, fama, Los Ángeles ni el mundo si no los compartes conmigo.

Me ahogo de sentimientos.

—¿De verdad te da igual mi mutilación? —pregunto por fin lo que llevo dos años sin atreverme a decir en voz alta.

—¿"Mutilación"? —baja la mano hasta mi pierna amputada; me estremezco y cierro los ojos—. No has perdido el corazón. Sigues siendo la misma Kimberly. Para mí no ha cambiado nada.

—He cambiado… —susurro—. Lo he perdido todo.

—No me has perdido a mí —responde sin dudar—. Lo demás lo recuperaremos. Confía.

—Siempre he confiado en ti.

Se tumba a mi lado, me rodea la cintura y me atrae hacia su pecho. Me besa el cuello con una delicadeza que me desarma. Sus caricias se vuelven suaves, lentas, casi castas después del desborde de hace un momento.

Guardamos silencio, escuchando la respiración del otro, cómo se acompasan los latidos de nuestros corazones.

—¿Te gustaría una casa así? —pregunta de pronto, hundiendo la nariz en mi coronilla—. Para nosotros.

—Demasiado grande para dos —contesto con una sonrisa cansada.

—¿Quién ha dicho dos? —ríe bajito—. Quiero tres… cinco…

Me quedo inmóvil. El aire se me queda a medio camino.

Habla de hijos.

—Sí, Azúcar Negro —susurra, como si me hubiera leído la mente —, quiero tener un montón de hijos contigo. No te asustes, no ahora. ¿Recuerdas? No habrá nada hasta que estés preparada.

Me aprieta un poco más, me gira hacia él y me besa con pasión, pero ya sin prisa. Le correspondo, le rodeo los hombros y me aferro.

Le quiero más que antes del accidente, más que en Las Vegas, más que cuando aún tenía las dos piernas y una carrera por delante.

Siento cómo, en algún lugar dentro de mí, vuelven a crecer alas. No puedo andar, pero estoy a punto de echar a volar. Ángel me da alas, aunque no pueda decirlo en voz alta.

Capítulo 43. Ángel

Hoy es el día más feliz de mi vida.

Y no por la Navidad, ni por mi trigésimo segundo cumpleaños.

Todo eso palidece al lado de un hecho simple: **Kimberly se ha puesto en pie.**

Se prepara para la prótesis, trabaja las piernas, se machaca en rehabilitación. A las 9:30 me ha mandado una foto desde la terapia: está de pie junto a un sillón, agarrada a un bastón de cuatro patas, sonriendo a la cámara. El suelo de la sala, las barras paralelas, los espejos… y ella, erguida.

El mejor regalo que podía recibir.

Kimberly se esfuerza. Y me alegra saber que, aunque sea un poco, he influido en su rehabilitación; que aceptara el tratamiento, que dejara de lado las ideas oscuras, que volviera a querer vivir. Eso es lo principal.

Si he tenido algo que ver con eso, no necesito nada más. Soy feliz.

A: «Eres increíble».

Tecleo sonriendo, todavía con la imagen de su sonrisa pegada al cerebro.

—¡Happy birthday to youuu! —berrea Miwei desde el vestíbulo, aullando fuera de tono—. ¡Happy birthday, mi Ángel!

El corcho del champán sale disparado, rebota contra la pared y cae al suelo.

—Eres más viejo que una momia, pero aún tiras. ¡Hay que beber! —irrumpe en el salón y se empina la botella a morro.

—Tú cumples treinta y dos dentro de tres meses —le recuerdo, apoyado en la encimera.

—Por eso puedo llamarte viejo. —Me da un abrazo rápido, olor a champán barato—. Feliz cumpleaños, amigo.

Se separa, agita el móvil en el aire:

—El mejor regalo: las estadísticas de negociación. *Morris Coin* por encima de todas las previsiones. ¡Somos los reyes del mundo! ¡Yujú! —me suelta un empujón en el pecho, alza los brazos y derrama champán por el suelo—. ¡Vamos a celebrarlo!

—No lo celebro, Miwei.

—No me cortes el rollo. No hemos salido de fiesta en mil años. —Me guiña un ojo—. ¿A Vegas?

Vegas. La ciudad donde Kimberly se me entregó por primera vez. Volveré allí, pero solo con ella. Para repetir esa noche como es debido, no con tufo a trauma pegado.

—No, otros planes —le aparto la botella con la mano.

—¿Qué planes? —me taladra con la mirada.

Ninguno.

Solo quiero que no me molesten.

He logrado todo: estoy en lo alto de Forbes, tengo éxito, poder, cifra obscena en la cuenta. Y, aun así, este piso sigue vacío. No necesito "otra" para endulzar la soledad. Necesito a **Kimberly** para llenarlo de vida.

Abro la boca para soltar a Miwei cualquier excusa y echarlo, pero el móvil vibra. Un SMS. Saco el teléfono, entrecierro los ojos.

K: «Me encontrarás si sigues las instrucciones. La primera te llegará del Diablo».

Frunzo el ceño.

—¿Qué chorrada es esta? —lo releo en voz alta—. ¿Qué Diablo?

—¿Te han mandado al diablo? —Mivei se parte, dándole otro trago a la botella—. A ver. —Me arrebata el teléfono y lee—. Uff. ¿Juegos de rol? Guau. A Kimberly le va la marcha. Acuérdate de Vegas…

—Cierra el pico. —Le meto un empujón en el hombro—. No lo recuerdes.

—Auch… —se frota el hombro con gesto dramático—. Te ayudo a descifrarlo, ¿vale? —Gira el teléfono hacia sí mismo—. Diablo. Instrucciones del Diablo. ¿Qué mierda es esta? ¿Una secta? Infierno… Más que infierno…

"Diablo". Me tarda un segundo en caer. Jessie llama *Diablo* a Justin.

—Ya caigo —le quito el teléfono de la mano—. Tengo que llamar a mi padre.

—¿Es satanista o qué? —alza una ceja.

—Peor. Es el mismísimo Diablo.

Justin me manda su felicitación y, de paso, la pista. Me lleva directo al bar de los Maldonald, el que antaño fue suyo. Sheila trabajaba allí de bartender. Y Jessie, en su primer turno, casi lo echa a patadas. Su historia empezó con odio, pero ya sabemos cómo terminó.

Pista de Justin: «Allí nació Elfa. La siguiente pista, de quien la contrató».

Me sé esa historia de memoria: las veces que he oído a Justin decir que Sheila lo arrastró al "infierno", y que ese "infierno" acabó siendo su paraíso personal: felicidad, amor, paz y dos hijas con carácter.

—No soy su hijo de sangre, relájate —le digo a Miwei de camino, cuando insiste con lo del culto—. Y deja ya de zamparte el champán. Por la mañana me lo has regalado.

—No aceptaste el regalo y me has metido en los secretos de la secta. Estoy estresado —gime, abrazando la botella.

—¿Para qué te has pegado a mí, entonces?

—Me chiflan las aventuras.

—Este juego lo ha ideado Kimberly, no para ti.

—Da igual. Estoy dentro. Vamos a por la pista. —Al bajar del coche casi se mata, tropieza y se agarra al capó—. Todo bien, viejo.

Sheila me abraza nada más verme. Huele a café y a nostalgia.

—La siguiente pista está en la barra —dice, en voz baja—, detrás de algo que siempre me la recuerda.

Miro la barra. Botellas, vasos, una foto vieja, un colgante en forma de corazón amarilleado, flores artificiales, posavasos, una lata amarilla de refresco…

Mato casi una hora dándole vueltas: nombres, símbolos, detalles. Kimberly y el bar. El bar y Kimberly. El nombre se me cruza y descruza por la cabeza, como si se escondiera a propósito.

Entonces lo recuerdo. Claro. El nombre del bar.

Todo encaja.

Y, aun así, mando el plan al cuerno.

En lugar de seguir las instrucciones paso a paso, dejo la pista para luego y me voy a nuestro sitio.

La lluvia cae a plomo sobre Los Ángeles; la ciudad parpadea con luces navideñas y, al mismo tiempo, parece hundirse bajo el aguacero. Diciembre aquí suele ser así: agua, neón y una especie de cuento raro pegado al asfalto.

Estoy empapado de esa magia. Llevo sonriendo todo el día, perdido en el juego que ha montado Kimberly. Quiero encontrarla.

Al cabo de una hora aparco el Tesla en nuestro lugar, subo el cuello de la chaqueta para protegerme de la lluvia y echo a andar, paso a paso, en busca de mi felicidad.

Capítulo 44. Kimberly

El aire frío me hace cosquillas en la nariz. Me la froto con el guante de lana y vuelvo a agarrarme a la barandilla; todavía me siento insegura sobre los pies.

Cindy me ha traído al puerto hace media hora y ha dejado la silla a unos metros. Es mi primer día «de pie». He paseado con bastón por el centro, pero hoy quiero recibir a Ángel aquí, **de pie**. En la silla no podría. Este lugar me encadenó a él, que sea también donde volvemos a empezar.

El miedo me atenaza. Las olas se estrellan contra el muelle, las piernas se me entumecen, el corazón me golpea el pecho. Pero no dejo que el pánico **me** venza. He aprendido a luchar, a controlar los ataques. No voy a morir. Y, si llega el caso, el pánico no me va a enterrar.

Respiro hondo, trago el aire helado, y obligo a mi mente a quedarse con lo bueno: antes del accidente, el puerto era felicidad. Aquí, con Ángel, teníamos nuestro refugio, nuestro escondite. Solo nosotros, el contenedor, las mantas, su cuerpo, el vino, su risa. Quiero que esos recuerdos se queden. Que el puerto vuelva a significar algo bueno.

Guío la mente, pero no miro al océano. Oírlo es una cosa; ver la muerte es otra. Para eso todavía no estoy preparada.

Me froto los hombros, sacudo la cabeza, espantando pensamientos. La lluvia me salpica la cara; alzo la barbilla hacia el cielo. Las gotas se deshacen en mis labios. Sonrío. Este invierno es precioso, un milagro después de tantos años casi sin lluvia.

Unas manos me rodean la cintura por detrás y rompen el momento. Chillo, me despego del suelo, el bastón se me cae de la mano. Me hacen girar, me aprietan fuerte. Aprieto los ojos, pero reconozco el olor, la fuerza del abrazo, la carcajada en su pecho. Me río.

—¡Basta, para! —tartamudeo, riendo, abriéndole los brazos—. ¡Nos vamos a caer!

Caemos los dos sobre la tierra mojada entre mis chillidos. Ángel queda boca arriba, yo encima, empapándonos sin remedio. No me suelta; me ciñe la cintura con más fuerza.

—Te he encontrado —susurra, hundiendo la nariz en mi pelo mojado.

—Te estaba esperando —respondo, rodando a un lado para quedar frente a él.

Nos quedamos tumbados junto al puerto. A nuestro lado ondea un trozo de cinta de señalización: arranqué un pedazo para su acertijo. La lluvia ya no golpea, solo cae suave. Ángel lleva la chaqueta larga abierta, pero le da igual; está calado hasta los huesos.

Nuestras narices se tocan. Sus dedos rozan mi mejilla. Sus ojos castaños me miran de lleno. Su aliento caliente choca con mis labios en forma de vaho.

—Feliz cumpleaños —le susurro.

—Feliz Navidad —responde, y sus labios rozan los míos.

Ese contacto me arrastra a otra realidad. Me disuelvo en su beso tierno, le agarro del cuello de la chaqueta, lo acerco más, olvidando dónde estamos. Estamos juntos; lo demás no importa.

—Te quiero tanto… —exhalo contra su boca; las lágrimas se cuelan entre las pestañas—. No he dejado de quererte ni un minuto. Perdona… he desperdiciado demasiado tiempo.

Siento cómo se tensa bajo mí, cómo se queda inmóvil un segundo. Abro los ojos. Su palma sigue en mi mejilla, quieta. La mirada se le vuelve seria.

—¿Es un "sí"? —pregunta en voz baja.

No respondo con palabras. Meto la mano en el bolsillo del plumas, rozo el metal frío del anillo con diamante negro y lo dejo caer en su palma abierta.

—Une nuestros tres puntos —susurro, acariciándole los dedos. Me tiemblan las manos. No me creo que esté haciendo esto, después de todo. Pero lo deseo más que a la vida.

Cierra los dedos sobre el anillo, se incorpora en un solo movimiento, me recoge en brazos y se levanta conmigo.

—Aquí no —dice.

—Pero… —protesto, desconcertada, rodeándole el cuello.

—Confía, ¿vale? —me sostiene por la cintura, sacude las gotas de mi plumas con la mano libre.

Asiento, respiro hondo.

—¿Podrás llegar hasta el coche? —pregunta, dejando que mis pies toquen el suelo.

—La silla está cerca —señalo hacia la sombra oscura, pero él se agacha a recoger el bastón.

—¿Podrás llegar? —me lo tiende, muy serio.

—Podré —respondo, sujetándolo.

—Voy a tu lado —añade, poniéndose a mi altura—. Y estaré siempre. Recuérdalo. Yo, no otro cualquiera.

—Solo te necesito a ti —susurro.

Ángel me ayuda a sentarme en el Tesla, me abrocha el cinturón con manos hábiles y se mete al volante.

—¿Qué has tramado? —le estudio de reojo; la sonrisa feliz se me ha pegado a la cara y no se va.

—Hay poco tiempo —dice, mientras arranca—. He prometido traerte de vuelta para la cena.

—¿Quieres… —me atrevo tímida. ¿Venir conmigo?

—Gracias por la invitación, amor —sus labios se curvan—, pero habría aparecido igual sin ella.

Me siento feliz. Tranquila, por primera vez en años. Su mano cubre la mía sobre la consola, me la abriga con los dedos. Creo que tenemos futuro: no plácido, sino luminoso y caótico, con nuestras

broncas, con reconciliaciones ardientes en una casa grande donde correrán nuestros hijos.

Ángel será el mejor padre; yo intentaré ser una madre decente. Soy temeraria, no sé hacer nada a medias, pero nos saldrá bien, ¿verdad? Nos queremos tanto, hemos pasado por tanto…

Los sueños se me resquebrajan un poco cuando veo la cara de papá en la puerta. Abre antes de que podamos tocar el timbre y yo desearía que la tierra me tragara.

—¿Kimberly? —se sorprende. Luego mira a Ángel, que me sujeta del brazo—. Rápido, dentro. Hace frío.

Papá se inclina hacia mí para ayudarme, pero me agarro al bastón y a Ángel.

—He invitado a Ángel a cenar —anuncio, dando un paso al interior. Ángel me acompaña, pero papá se planta en medio como un muro.

—Él no se sienta en mi mesa —dice, cortante.

—John, he venido a hablar —responde Ángel, firme.

—No tenemos nada de qué hablar —escupe mi padre.

—¡Papá! ¡Por lo que más quieras! —estallo—. Ángel no ha hecho nada malo. ¡Siempre me ha protegido! ¡Ni se te ocurra tratarle así!

Siento el brazo de Ángel rodearme la cintura; me atrae hacia él.

—Cariño, ya hablo yo con tu padre —murmura—. Lo quiera o no. Ya es hora.

—¿Vas a poner tú las normas en mi casa? —se indigna papá.

—Escúchale, John. Es un día sagrado —dice otra voz a su espalda.

Mamá aparece detrás, lo abraza por los hombros y se asoma entre los dos.

—Nuestra niña está de pie, no en la silla —señala, con los ojos brillantes—. Y la ha traído Ángel.

Papá me recorre con la mirada de arriba abajo. Tiene lágrimas en los ojos; eso sí que no lo había visto nunca.

—Ven aquí, hija —dice mamá, con voz suave, y me toma del brazo —. Dejémoslos.

—John, no pierdas la cabeza —le lanza en voz baja, pero dura—. Él la quiere más que tú.

Mamá me conduce hasta el salón, hacia la mesa festiva. Huele a pavo, a canela, a hogar. A Cindy se le cae el móvil al suelo y se lanza

a ayudarme.

—¿Dónde está la silla? —pregunta.

Señalo con la cabeza hacia fuera, mientras cojeo hasta mi sitio apoyándome en mamá. Es lento, duele, pero camino.

—Se ha quedado en el puerto —respondo—. Que se quede allí.

Cindy esboza una sonrisa breve. Está orgullosa de mí; lo sé, aunque no lo diga. Igual que yo no digo que oí sus lágrimas cuando me trajeron del hospital y entendió que no me levantaría, cuando me encerré y no la dejaba entrar. Yo lloraba por las noches creyendo que sufría sola. Todos somos egoístas en el duelo: nos cegamos y no vemos cuánto les duele a los nuestros.

—Me gusta tu sonrisa —dice Cindy, acercando la silla a la mesa—. ¿Te has rendido a los encantos del demonio?

—No le llames así —frunzo el ceño. Mamá sonríe, divertida.

—Sois como Jessie y yo de jóvenes —comenta—. Ella llamaba a Justin el Diablo y yo lo defendía.

—El tío Justin es un pieza —resopla Cindy.

—Tú lo adoras —le replica mamá.

—Anda ya. Está viejo.

—Sin Jessie, tú ya le habrías tirado los tejos —intervengo, picándola—. Tú misma lo dijiste.

—¡¿Qué?! —salta mamá, escandalizada.

—¡Nada! —Cindy me suelta un manotazo en el hombro—. A Kimberly se le ha ido la olla de amor. ¡Dice disparates! —Me da un codazo y se sienta a mi lado.

—Ya he tenido bastante con hombres mayores y tatuados —murmura mamá, alisando la servilleta y colocándola sobre mis piernas—. No lo aguantaría otra vez.

Me mira de reojo. Ambas sabemos a quién se refiere: Rikki.

—Mamá… —bajo la mirada. Mejor ahora, antes de que bajen los gemelos—. Ese vídeo…

—Kimberly… —Mamá se queda rígida; Cindy aparta los ojos.

—Escuchad —trago saliva, entrelazo los dedos sobre el mantel—. Aquella noche estaba hecha polvo. Mamá, ¿te acuerdas? Ángel nos comunicó lo del embarazo de Rebeca… Eso no me justifica. Fue culpa mía. Me fui con Rikki, quería distraerme, olvidarme…

—Cariño… —Mamá me toma la mano, sus ojos están llenos de comprensión.

—Rikki fue amable conmigo —sigo—. No sospechaba a qué se dedicaba, ni lo serio que era todo. Porno ni se me pasaba por la cabeza. Confiaba en él…

Mamá aprieta mi mano entre las suyas; me aferro a ese contacto.

—De esa noche en el club recuerdo muy poco —continúo—. No vi que Rikki grabara. No vi su cara. Me drogó. Yo creía ver a Ángel. Por eso apareció el vídeo. En mi sano juicio no lo habría permitido. Mamá, Cindy, lo juro. Yo no soy así.

—Cielo, lo sabemos —susurra mamá—. No tienes la culpa…

—Esa noche no se quedó en el vídeo… —me obligo a seguir.

—¿Kimberly? —Mamá se tensa; Cindy se inclina un poco, sin respirar.

—Perdía el conocimiento, me arrastraban, yo estaba desnuda —las palabras me salen a trompicones—. Corría peligro, pero no podía hacer nada. Luego, un vacío. Desperté bajo un calor; el miedo se fue, me dormí otra vez. Por la mañana me desperté con Ángel, con un suero. Él se ocupó de todo. Me salvó. Me da miedo imaginar qué habría sido de mí si no hubiera llegado a tiempo.

—Dios mío… —Mamá se cubre la cara con las manos.

—No es todo —trago aire—. Después de las drogas me traté. Ángel insistió. Cuando creíais que estaba en Nueva York en un rodaje, yo estaba aquí, en Los Ángeles, en una clínica, haciéndome pruebas. Tenía miedo de que lo supierais y me odiarais —las lágrimas me escuecen, Cindy me aprieta la rodilla—. Ángel me ayudó. Solo no llegó a tiempo con el vídeo —me limpio la cara con el dorso de la mano—. No pudo evitar que se publicara. Perdonadme. Soy una hija horrible.

Las lágrimas se me desbordan. Sollozo. Mamá se levanta y me rodea con los brazos.

—Eres nuestro orgullo —susurra, besándome en la nuca—. No tienes la culpa de haber confiado en quien no debías. Ojalá hubiera estado a tu lado para ayudarte.

—Te pongo de ejemplo a mis amigas —añade Cindy, dándome un apretón—. Van a recordarte, vaya que sí. Mi hermana es una

estrella.

—¡Cindy! Cuida ese lenguaje —protesta mamá, pero sonríe.

Suelto una risita entre lágrimas; las abrazo a las dos. Siento cómo se me caen los grilletes del alma uno a uno. Libertad. Amor. Pensé que no aceptarían la verdad, pero ¿quién, si no la familia, te va a aceptar? Se quedan a tu lado cuando la vida se rompe.

Oigo la voz de Ángel en el vestíbulo y, junto con mamá, me vuelvo. Papá está a su lado. Ya no tiene la cara encendida de rabia.

—¿Lista para presentarte ante el mundo entero? —pregunta Ángel, mirándome como si yo fuera el milagro de la noche.

Y, por primera vez en dos años, me lo creo.

Capítulo 45. Ángel

Salimos al porche; la lluvia nos recibe de cara.

—Salgamos a la calle —gruñe John, abriendo la puerta.

—Nos vamos a helar —murmuro, pero cruzo el umbral igual.

—Antes acabaremos —cierra de un portazo y se cruza de brazos frente a mí—. Te escucho.

No rodeos. Hoy no.

—Quiero casarme con Kimberly —digo directo—. Y necesito tu apoyo.

—No lo tendrás —responde sin pensárselo.

—¿Sabes que me ha dicho que sí? —lo sostengo con la mirada—. Es mayor de edad. Puedo llevarla al altar mañana mismo y prescindir de ti.

Veo cómo se le tensa la mandíbula, cómo aprieta los dientes. Sigo, antes de que explote.

—Pero para mí tu permiso es importante. No quiero que me veas como a un enemigo. Quiero que entiendas que soy el último que le haría daño. La quiero. Quiero hacerla feliz.

—Ya me he dado cuenta —entrecierra los ojos, cargado de escepticismo—. Sus relaciones de mentira con Rikki para fastidiarte. Sus locuras para olvidarte. Tu prometida estuvo a punto de quitarme a mi hija. ¿Y cómo acabó todo? Con una discapacidad, una orden de

alejamiento, una depresión de años. Años, Ángel. Mi hija se cerró en sí misma, nos dio la espalda a todos. ¿Te parece poco? ¿Quieres que haga lo que amenazó? Quiso quitarse la vida.

Siento que algo me hierve por dentro.

—¿Me estás oyendo tú a mí? —subo el tono; si no entiende, le grito—. ¿Dónde estabas cuando trajo a Rikki a su vida? ¿Dónde, cuando la saqué de un club de depravados? ¿Dónde, cuando unos cabrones casi la violan? ¿Por qué no la llevaste tú en brazos fuera de allí? ¿Por qué no la sacaste de las drogas? ¿Por qué no la trataste? ¿Por qué no te diste cuenta? Más tranquilo, ¿no? Es adulta. Autosuficiente. Juiciosa. Kimberly es autosuficiente, pero no cuando se trata de mí, ¿verdad, John?

—¡Cállate! —Las aletas de su nariz se abren, la mandíbula le cruje.

—No voy a callarme —siento la lluvia calarme, pero ni lo noto—. Ya tragué demasiada mierda. Callé dos años. Me aparté. Esperé lejos hasta que todos se enfriaran. Hice lo que tú no hiciste. Aparté a Rikki. Borré el vídeo. Me aseguré de que nadie pudiera usarlo contra ella. Estoy dispuesto a devolverle a Kimberly su nombre, su carrera, su mundo. Por ella haré lo que sea. No quiero que seas un obstáculo. Quiero verte como un aliado. Como un padre. Como antes.

Respiro hondo; me arde la garganta.

—Sí, me equivoqué —añado—. Hice cosas de mierda. ¿Crees que no me culpo? Cada día, John. Vivo con eso. Pero con Kimberly soy… persona. Sé lo fuerte que puedo amar. Eso cura mi alma. Déjame curar la suya. Dame una oportunidad.

John abre la boca, se traga la respuesta. Vuelve la cara hacia la lluvia, inhala aire frío. Otra vez. Y otra. Espero. Tiene que digerirlo. Tiene que ver que no vengo a arrebatar nada.

—La quiero muchísimo —dice al fin, en voz baja.

—Lo sé —asiento—. Si no, no me habrías partido la cara cada vez que nos veíamos.

Se le escapa una sonrisa débil, casi amarga.

—Me da miedo perderla.

—A mí también —replico—. Más que a nada.

Nos quedamos un segundo bajo el aguacero, en silencio.

—Hemos pasado un periodo complicado… —admite.

—Y me habría gustado vivirlo con vosotros —respondo sin dudar —. A su lado. Habría ayudado. Pero no me dejó. Pensó que no la aceptaría así. ¿Te lo imaginas? —esbozo media sonrisa triste— Tozuda. Prohibió a todos que me lo contaran.

John resopla, ladea la cabeza.

—Igual que su madre —dice al final—. Complicada, pero imposible no quererla.

—No se lo cuentes —le respondo, y pescamos el mismo amago de sonrisa.

Su rostro se vuelve serio de nuevo.

—Veo cómo se comporta Kimberly —dice—. Ha aceptado rehabilitación, psicoterapia, grupos de apoyo; se ha levantado de la silla, se prepara para la prótesis. Un progreso de meses que Sheila y yo no logramos en años. —Suspira; el dolor le atraviesa la voz—. Brilla por primera vez en tres años. Solo contigo. ¿Crees que no me he dado cuenta? No estoy ciego. No quería creer que mi niña se ha hecho adulta, que ama a un hombre. Quería para ella una vida sin dolor. Pero eso no existe, ¿verdad?

—Haré todo lo que esté en mi mano para que conmigo sufra lo mínimo —le miro fijo—. Te lo prometo.

Me examina, buscando algo en mis ojos. No aparto la mirada.

—Perdón —digo, la palabra me quema en la lengua—. Por mi indecisión. Por culpa de ella han sufrido Kimberly, Rebeca, vosotros, Sheila, yo mismo. Lo siento. Si pudiera arreglarlo… Pero el tiempo no se domina. Solo puedo influir en lo que viene. No borraré mi culpa, no arreglaré lo irreparable. Pero puedo regalarle una nueva felicidad. Empecemos de cero. No tropezaré. Confía.

John da un paso, me pone la mano en el hombro. Sus dedos aprietan con fuerza.

—Ya no eres el crío de diez años al que me presentó Jessie —dice —. Has crecido. Has aprendido a hablar alto. No eres el mozalbete que cuidaba de mis hijos. Estás listo para cuidar de los tuyos. No eres el chaval que robaba a Kimberly por la ventana. Ya no hacen falta secretos conmigo.

Hace una pausa; mi estómago se encoge.

—No eres mi hijo, Ángel… —remata—. Y me alegro.

—¿John…? —se me tensan los músculos, espero el golpe, otra prohibición, un «lárgate de su vida».

Pero levanta la barbilla y sus ojos se ablandan.

—Ahora sí puedo entregarte a mi hija —dice, firme—. ¿Querías bendición? Hace meses no te la habría dado. Pero confío en ti. Contigo será feliz. Te doy mi bendición. Cuida de ella. Es mi tesoro.

Trago saliva. El corazón se me suelta del pecho.

—Es mi todo —respondo.

Lo abrazo. Él me rodea también, me da un par de palmadas en la espalda y se aclara la garganta, incómodo.

—Cuenta qué has planeado —dice, volviendo al tono práctico de siempre—. Dijiste que la devolverías a la vida. Suéltalo.

—Te lo cuento delante de todos —sonrío—. Kimberly aún no lo sabe. La idea es una locura; no sé si aceptará. Necesito que estés conmigo.

—¿Una locura? —levanta una ceja—. Hace mucho que no participo en una.

—¿Lista para presentarte al mundo entero? —le pregunto a Kimberly, ya en el comedor, mirándola a los ojos.

Se queda con la boca entreabierta, los ojos brillantes.

—Te garantizo un regreso apoteósico —añado.

—¿Volver al mundo de la moda? —pregunta, insegura, jugueteando con la servilleta.

—Para ser su reina —corrijo.

—Ángel, estás loco —mueve la cabeza, pero se le dibuja una sonrisa.

—Eso me lo dices siempre —me río—. Entonces, ¿qué opinas?

—¿Qué negocio si no puedo ponerme de pie? Bueno… —se señala con humor negro— sobre una sola pierna.

—Esa no es la pregunta correcta. —Me acerco, aparto su silla un poco, me agacho en cuclillas delante de ella—. La pregunta es: ¿quieres volver? Porque todavía no has reventado todos los tabloides.

—¿Te acuerdas? —sonríe, con un destello de su antigua picardía—. Lo soñaba con quince años.

—Recuerdo cada uno de tus sueños —le beso los dedos—. Entonces, ¿de acuerdo en hacer saltar el mundo con tu regreso?

—Sí —responde, y su sonrisa se agranda, iluminando la mesa.

Los ojos le brillan. Es mi señal.

—¿Aceptas ser mi esposa? —hinco una rodilla, sacó el anillo con diamante negro que me devolvió en el puerto.

—Dios mío… —Sheila se tapa la boca con las manos; Cindy casi deja caer el móvil.

Kimberly me mira, después busca a su padre con la mirada. John asiente, serio, pero con orgullo.

—No te preocupes —le digo, sin apartar mis ojos de los suyos—. John ya me ha dado su bendición. Me he puesto de rodillas, como querías. Te toca.

Ella ríe entre lágrimas.

—Un millón de veces «sí» —susurra, se inclina hacia mí, me abraza del cuello y me besa.

Los gemelos silban, Cindy dispara fotos como una loca; sé que acabará subiendo alguna a las redes con una leyenda idiota. Sheila abraza a John, se enjuga las lágrimas.

—Un millón de veces «te quiero» —le susurro contra los labios.

—El mejor cumpleaños —añado—. Gracias a ti.

—Y mi mejor Navidad —responde, rozándome la frente con la suya —. Gracias a ti.

Para Año Nuevo, Kimberly se traslada a mi piso. En cuanto la tengo en casa, le cuento con calma mi plan para su regreso a las pasarelas. Le doy tiempo para pensarlo; no la presiono. Luego cojo un vuelo a Nueva Jersey.

El aire cálido y húmedo de diciembre me recibe con lluvia, tan típica de allí. Compro lirios blancos —a Rebeca le gustaban— y me dirijo al cementerio donde la enterraron cuando por fin la sacaron del Pacífico. Me cuesta, pero llego.

Me quedo de pie frente a la lápida de mármol diez minutos antes de abrir la boca.

—Hola… —susurro, leyendo su nombre.

Veintiocho años. Qué poco. Se fue demasiado pronto. Trago saliva, suspiro; el vaho me empaña las manos que sostienen el ramo.

—Quería decirte muchas cosas, Rebeca… —mi voz suena extraña — y al llegar me he quedado sin palabras.

Me agacho en cuclillas, dejo los lirios en la base de la lápida.

—Lo siento —digo al fin—. Creo que tú también lo sentiste. Que querías parar, pero fuiste demasiado lejos. Nunca voy a comprenderlo del todo. Siento no haber hablado contigo antes. Cuando por fin empecé, ya era tarde. Siento no haberte apoyado, no haber estado a tu lado cuando supiste del embarazo. Siento no haber sido suficiente en tu vida.

Respiro hondo. La lluvia se mezcla con las gotas de mármol.

—Pero no te perdono —añado, sincero—. Tengo derecho. Júzgame, pero no te perdono. Pido perdón por mi parte, por mi dolor, por mis errores. Pero no por tu aborto, ni por haber sentado a Kimberly en ese coche, ni por haber volado hacia la bahía, ni por haberte matado a ti y casi matarla a ella. Eso no lo acepto. Podíamos haberlo superado. Éramos fuertes. Habríamos encontrado cómo vivir. Eras maravillosa, merecías más. Por eso… perdóname tú a mí.

Me pongo en pie, me sacudo la chaqueta, me subo el cuello.

—Adiós, Rebeca —murmuro—. Es hora de seguir adelante.

Vuelvo a Los Ángeles pasada la medianoche. Me ducho, me visto solo con unos bóxers y me meto en la cama, donde mi prometida duerme hecha un ovillo. La abrazo por detrás, la atraigo de la cintura; su calor me atraviesa.

He deseado esto todo el día: sentirla cerca, soltar el aire, encontrar calma.

—Llegas tarde… —susurra medio dormida, besando el dorso de mi mano—. ¿Cansado?

—Te he echado de menos —respondo, dejando que la mano se deslice por su cintura.

Su cuerpo responde solo: su cadera busca mi pubis. Me acerco más, cierro los ojos.

—Ángel… —exhala, pegándose aún más.

—Te deseo —susurro en su cuello.

—Yo también —responde, y hay una mezcla de risa y gemido en su voz.

La acaricio con paciencia, sin prisas, con la reverencia de quien ha esperado demasiado tiempo. Conozco cada línea de su cuerpo, cada reacción; ella ya no se oculta, no se corta conmigo. Sabe que la acepto entera, con cicatrices, con miedo, con fuerza.

Hacemos el amor despacio al principio, como si reaprendiera cada centímetro de su piel. Luego más intenso, más profundo, hasta que solo existe el sonido de nuestra respiración y su nombre en mi boca. La noto temblar bajo mí; oírla romperse en un orgasmo largamente contenido me enciende; la sigo, me dejo ir con ella, y por un momento el mundo vuelve a encajar.

Me quedo tumbado sobre su cuerpo, intentando no aplastarla, riendo entre jadeos.

—Ángel… —susurra, desmadejada—. Ha sido… increíble.

Le beso la frente, aparto un mechón de su cara.

—Tú eres increíble —respondo—. Siempre.

Me mira a los ojos, seria de repente.

—Acepto tu idea —dice—. Quiero volver. A las pasarelas. Estoy lista.

Siento un chispazo en el pecho. Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Me alegra oírlo —sonrío—. Entonces estoy listo para todo lo que venga.

Nos reímos. Nos abrazamos. No cierro los ojos enseguida; me quedo un rato mirándola dormir, sintiendo su respiración, su calor. No sé cuánto tiempo nos durará este instante, pero sé una cosa: estoy dispuesto a luchar por él una y otra vez.

Por ella, siempre.

Capítulo 46. Kimberly

Hoy es un día importante.

Miro la caja blanca sobre la mesa de centro y sigo sin entender cómo han metido ahí una prótesis. Es pequeña, discreta… y dentro lleva media pierna. Artificial, sí, pero pierna al fin y al cabo. Debería estar dando saltos de alegría, y sin embargo no sé ni cómo nombrar lo que siento: un nudo raro entre miedo, curiosidad y ganas de salir corriendo.

La chica del pelo de colores del grupo estaba eufórica con su futura prótesis de brazo. Yo, en cambio, estoy clavada al sofá, incapaz de levantar la tapa de una caja.

—¿Quieres que la abra yo? —Ángel me rodea por detrás, me envuelve con los brazos y me da un beso lento en la mejilla.

—No sé qué quiero —respondo, sin intentar disimular.

—No tienes obligación de aceptarla ni de probártela hoy —dice con calma, como si habláramos de un vestido—. ¿La miramos solo… a modo de presentación?

—Supongo…

Me besa otra vez la mejilla y se inclina hacia la caja. En cuanto sus dedos rozan la tapa, doy un respingo.

—¡No! Espera. Yo.

—De acuerdo. —Levanta las manos en señal de rendición, un pequeño gesto de «adelante, reina».

Cruzo la frontera del miedo. Soy valiente, ¿no? Camino hacia la mesa, hacia una vida nueva. La nueva Kimberly. Decido, en ese instante, que voy a aprender a quererla. A esa versión de mí.

Apoyo la mano sobre la tapa, exhalo despacio y la retiro.

Dentro, sobre el molde de espuma, reposa una estructura negra que no se parece en nada a una pierna. Es una especie de columna hecha de módulos triangulares, pequeñas pirámides encajadas una sobre otra.

—¿Qué es esto? —frunzo el ceño, incapaz de ocultar la decepción —. Yo pedí una prótesis, no una clase de geometría.

—Es una prótesis —contesta Ángel, tan sereno como si me enseñara un zapato—. Tú eres extraordinaria, ¿no? Pues todo en ti tiene que serlo. —La levanta con cuidado, casi con reverencia—. El primer modelo de tu propia serie. Con ella conquistarás la pasarela.

Sonríe de lado, orgulloso de su sorpresa.

—Y mejor que te des prisa: el avión a Nueva York sale en tres horas.

—Espera, ¿mi serie? —sacudo la cabeza, intentando seguirle el ritmo.

—Ajá. —Su sonrisa se agranda—. Yo invierto en la producción, tú eres la imagen. Tu fuego le hace falta a millones, Azúcar Negra. Vas a inspirar a mucha gente.

—Tú dijiste que solo desfilaría en el concierto, nada de más pasarelas —le recuerdo, apartando su mano cuando intenta abrazarme.

—«Solo» no va contigo —se ríe suave—. Te prometí un regreso apoteósico, no una aparición discreta. Has nacido para que te admiren. —Su mano resbala por mi cintura y me atrae hacia él—. Yo te admiro cada día. Sería egoísta guardar este tesoro solo para mí. Brillas más que este piso, esta ciudad, este país. Brilla para el mundo entero. Tenemos poco tiempo; aún tienes que aprender a usar esto.

—No sé si podré… —aparto la mirada; el corazón me tira hacia abajo—. Me da miedo que vuelva el escándalo del vídeo. Que remuevan la basura. Ya no existe, pero la gente se acuerda. No soy

la misma Kimberly. Me asusta que a la nueva no la acepten, que no la quieran.

Ángel no duda ni medio segundo.

—A ti te querían por algo más que tu cara —responde—. Eres guapa, sí, pero lo que conquistaba era tu fuego por dentro. Auténtica, sincera, viva. Tu energía atrae. Estás por encima de otras modelos. ¿Has cambiado por fuera? Pues vale. Por dentro sigues siendo la misma Kimberly que aman millones, tu familia… y yo. —Me sostiene la mirada, firme—. Si no quieres, cancelo el vuelo ahora mismo. Nos quedamos en casa, pongo vinilos de Justin, te abrazo y nos tumbamos bajo la manta. Solo dímelo. Si necesitas tiempo, lo entenderé.

Me pliego contra su pecho, agarro su camiseta y noto cómo el miedo se encoge. Su apoyo es tan sólido que el alma se me levanta del suelo. Vuelvo a mirar la prótesis. Entiendo que no puedo quedarme anclada en el sofá, en el «antes de». Quiero andar, avanzar, guiar. Lo voy a conseguir. Tengo que intentarlo. Por mí.

—Quiero probármela —digo al fin, señalando las pirámides.

Ángel actúa sin ceremonia. En vertical, la arista superior se apoya en el suelo; en la base se sujeta el módulo que encaja con mi muñón. Una pierna biónica.

—¿Te ayudo? —me sienta en el sofá, con movimientos suaves, casi clínicos.

—Sin ti no me apaño —respondo, esta vez con una mueca de sonrisa.

Despegamos hacia Nueva York a tiempo. Toda mi familia se ha pegado a nosotros; por suerte el avión de Ángel es grande. No suelta mi mano en ningún momento; nota mi nerviosismo sin que yo diga palabra y me sostiene en silencio. Hombres así hay uno entre un millón. Y yo, Kimberly Maldonald, futura Morris, tengo tres diamantes: el colgante sobre el pecho, el diamante negro en el dedo y Ángel, mi diamante exclusivo, arrancado a la vida a base de golpes. Es mío, y no lo comparto. Soy egoísta, al contrario que él.

—Te quiero —apoyo la sien en su hombro y sonrío sin poder evitarlo.

—Te quiero un millón de veces —responde enseguida—. Sueño con llamarte esposa.

—Pronto —le aprieto la mano, marcando la promesa—. Antes del verano.

—No me creo que vayas a ser mía…

—Siempre he sido tuya —le guiño—. Mi caballero, como en el dibujo de los ponis.

—¿Me querías porque me parezco a un poni? —frunce el ceño, fingiendo estar ofendido.

—Mentía —me río—. Eres un caballero. Siempre vienes al rescate.

—Sí, mi reina. —Me besa los nudillos—. Listo para dar la vida.

—Esa no me vale —hincho los labios, teatral—. Quiero una vida feliz contigo.

—Cualquier deseo, lo cumplo.

—Puaj —se mete Cindy desde el asiento de enfrente—. Me tiro del avión. Sois empalagosos hasta dar asco.

—Yo sé saltar en paracaídas —se entromete Miwei, levantando la mano.

Cindy le echa una mirada de pura repulsión.

—Prefiero estamparme.

Ángel y yo nos reímos a la vez; acerco la boca a su oído.

—Te quiero, hijo de demonio —susurro—. No te sueltes de mí, estoy nerviosa.

—No hijo de sangre —contesta en voz baja—. Pero contigo estaré siempre al lado.

Horas después, estoy frente al espejo del backstage. Todavía no me acostumbro a ver pirámides donde antes había piel. La estructura se flexiona con suavidad; es ligera, cómoda, de una calidad impecable… y aun así impone.

No puedo apartar la vista del reflejo. Corsé de cuero negro con pinchos, tubos acanalados desde los omóplatos hasta las costillas, una trenza rematada por un pincho piramidal, maquillaje dramático, pestañas como cuchillas. Soy un ciborg, un nanohumano. La nueva Kimberly.

—Sale enseguida —dice la asistente, mirando al monitor con una mezcla deprisa y nervios.

Asiento y me aparto del espejo. Estoy lista. Eso me repito, aunque las manos sudan.

Tras el telón suena techno. La multitud se calienta; los silbidos y los gritos atraviesan las paredes como oleadas. Ángel dijo que el club está a reventar. Por primera vez, eso no me alegra. Me pone más nerviosa. Tengo miedo de que las piernas —la mía y la de carbono— me fallen.

La música se corta. La asistente nos ordena colocarnos. Es la hora. El DJ cabeza de cartel sube a la cabina; la sala está llena por él. No saben nada de la sorpresa: el desfile de la maltrecha, desaparecida, cancelada Kimberly Maldonald.

Suspiro hondo y noto cómo el aire casi no entra.

—Todo va a salir bien —Ángel aprieta mi mano y me ayuda a subir a la plataforma tras la pantalla, donde se proyectan los gráficos del set—. Tu familia está en la sala. El palco VIP está justo enfrente de la pasarela. Nos vas a ver. Y yo bajaré aquí, contigo. Voy a recrearme en todo.

—No me dejes… —clavo las uñas en su palma mientras los técnicos empiezan a fijarme los cables del arnés.

—Sus movimientos los repetirá una holografía 3D —explica un chico, ajustándome una cinta a la cintura—. Un robot del tamaño de un edificio de cinco plantas. Usted lo maneja. ¿Le mola?

—Ajá… —contesto sin procesar, con la mirada perdida—. ¿Qué robot?

Habla tan deprisa que no lo pillo. Entre correas, cables y tubos, me pierdo. Busco la mano de Ángel, pero ya no la siento.

—¡Ángel! —lo llamo, más fuerte de lo que quería.

Lo veo detrás del asistente, apoyado en un lateral, sonriéndome.

—Está todo bien —dice solo para mí—. Lo vamos a bordar. Creo en ti. —Su sonrisa me da un chute de energía—. Estoy estorbando.

—¡Ángel! —insisto, medio pánico, medio protesta.

—Sí, sí, estorbas. —El asistente lo espanta con la mano, sin apartarse de mi arnés—. Venga, fuera.

No entiendo nada. Ángel me explicó el concepto en el avión, pero se me fue de la cabeza. Llevo años sin pisar una pasarela y jamás he

participado en un show así. Me da pánico echarlo todo a perder, no estar a la altura, tropezar y crashear el «gran regreso» de Ángel.

—Tú eres Kimberly Maldonald —su voz vuelve a sacarme de mis pensamientos. Me mira desde la salida, serio y orgulloso—. Recuérdalo. La estrella del mañana. La reina.

Me guiña un ojo y desaparece. Me quedo sola con dos asistentes y un montón de cables.

—No tema, reina —dice el segundo, tensando las cuerdas y revisando anclajes—. La estructura es segura. Todo funciona. Muévase con la música, no hay más. —Levanta la vista un segundo —. ¿Sabe hacerlo?

—Sí —susurro, tragando saliva.

—Genial. La holografía repetirá sus movimientos. ¿Claro?

—Sí.

—Así me gusta. —No levanta la vista del trabajo—. Cuando el temporizador se ponga en rojo… —señala un panel iluminado—, apoye la mano en la pantalla donde pone «1:30». No se confunda.

—Entendido. Temporizador en rojo, mano a la pantalla.

—Perfecto, reina. —Vuelve a palpar sensores—. Hágalo bonito. Espectacular. Con eso reventará la sala.

—¿Cómo que «reventar»? —pregunto, con la garganta seca.

—Cuando apoye la mano aquí… —me toma la muñeca y la aproxima al display— la holografía explotará en miles de esquirlas.

—¿Esquirlas? —parpadeo.

—No de verdad —ríe—. La figura se rompe en pedazos y se desvanece. Es brutal. Muy realista. No se asuste si la gente grita. Alguno igual se hace pis en los calzoncillos.

—¿Es broma? —reacciono, a medio camino entre fascinada y horrorizada.

—Relájese, bombón. —Ajusta los últimos tubos—. Se apagan las luces, lanzamos humo rosa y aparece. Luego la bajamos a usted a la pasarela con los cables. —Tira de ellos; me balanceo un poco y me sujeta del codo—. Nada de movimientos bruscos. No se ponga nerviosa.

—Demasiado tarde —mascullo.

—Treinta segundos —grita alguien detrás.

—Veinte —añade el otro asistente, excitado.

—Va brutal —comentan, evaluando el look—. Maquillaje, prótesis… Espectacular.

—Gracias… —susurro, tartamudeando—. Es una prótesis, por cierto.

No me oyen.

—Diez segundos.

—¿Lista, reina? —pregunta uno, con media sonrisa.

—No —me tiemblan las manos, los sensores vibran conmigo.

—¡Empezamos!

Cierro los ojos. Un beat melódico me atraviesa el cráneo como un relámpago. La música arrasa los pensamientos. Solo ella y yo. La nueva Kimberly y Techno Morris. Un segundo de silencio interno: escucho mi sangre, el leve siseo en los oídos, la subida de adrenalina.

Un fogonazo ilumina la sala. La pantalla se enciende y aparece mi holografía 3D. Soy yo, pero gigantesca, cinco plantas de altura, encerrada en un rectángulo de luz. Me quedo inmóvil; el rugido del público se corta en seco. Shock.

Nadie me ve detrás de la pantalla, suspensa en los cables. Solo ven a la titán que proyecta mi cuerpo. No saben que la Kimberly Maldonald de carne y hueso la mueve como a una marioneta. Les acabo de dejar boquiabiertos. Esto empieza.

Abro los ojos, pego la palma al cristal invisible que tengo delante y escudriño la multitud a través de la imagen. Nadie parpadea. Esperan a que la gigante actúe. Me inclino, probando el peso del personaje. Soy grande, fuerte, extraordinaria. Siento el poder recorrerme el cuerpo.

—Temporizador en rojo —me sopla el asistente.

La holografía da un paso hacia el público. La música estalla, el club entero vibra. El murmullo se convierte en un «oh» unísono. Cazo el beat, estiro el brazo y golpeo la «pared» con la palma.

La pantalla explota en miles de fragmentos luminosos. El titán se deshace en polvo plateado y se desvanece. La jaula desaparece.

Yo ya no soy enorme… pero sigo siendo extraordinaria: un cuerpo pequeño, real, suspendido en los cables bajo la cúpula.

El DJ sube el ritmo, las luces bailan con él, los focos me recortan del fondo. Ardo en blanco. Desciendo hacia la pasarela entre silbidos y aplausos. Echo la cabeza atrás, abro los brazos como alas.

Vuelo.

El corazón late desbocado; el miedo se ahoga en el éxtasis. Gracias, Ángel. Ningún show me había regalado algo así. El pasado palidece frente a este momento.

No respiro durante el «vuelo». Cierro los ojos y me dejo llevar por la euforia. La música se mezcla con los latidos. Cuando mis pies tocan la pasarela, justo delante de la cabina del DJ, exhalo por fin.

Los cables se sueltan, suben y desaparecen en lo alto. Me quedo quieta. De golpe, me quedo sorda. No oigo al público. Ni la música. Ni siquiera el latido. Solo el eco de mi propio miedo.

Busco caras conocidas. Ángel me prometió que los vería. Necesito su mirada como el aire. Siento que empiezo a temblar.

Para ya, Kimberly. «Lo vas a lograr. Eres la reina», me repito con su voz.

Y entonces lo veo. Está en el palco VIP, junto a la pasarela. De pie, inmóvil, sin pestañear, mirándome como si fuera lo único que existe. «Ven a mí», me dicen sus ojos.

Doy un paso.

Con él, vuelve el oído. Las luces, el beat, los gritos regresan de golpe. La música me toma el cuerpo y avanzo por la pasarela hacia Ángel, sobre «dos piernas».

La multitud aplaude, aunque al principio con cierta confusión. Oigo fragmentos sueltos, voces que se pisan:

—¿Es Kimberly Maldonald?
—No puede ser…
—¡Es ella!
—¿Qué le pasa a la pierna?
—¿Es una prótesis?
—¿No tiene pierna?
—Es parte del show.
—No, de verdad no tiene pierna.
—¿Qué ha pasado?
—¡Está impresionante!

—¡Kimberly, bienvenida de vuelta!
—¡Te queremos!

Los aplausos explotan y cubren la música. Los flashes me ciegan y, por un segundo, vuelvo a tener dieciocho. Temía el primer paso con la pierna artificial; ahora no quiero que se acabe la pasarela.

Al llegar al borde, me planto. Apoyo casi todo el peso sobre la prótesis, la dejo brillar, me vuelvo hacia Ángel y sonrío. Él forma las palabras sin sonido:

«Te quiero».

Sus ojos arden de orgullo.

He vuelto, Ángel.

Mundo, ¿me oyes? Kimberly Maldonald ha vuelto: llena de fuerza, de seguridad, de fe en el futuro con Ángel. Feliz. Y nadie me lo va a quitar.

De vuelta en Los Ángeles, el teléfono se vuelve loco. Llamadas, correos, mensajes directos con propuestas de colaboración. Mi regreso ha agitado el mundo; ha sido un terremoto en la moda. Vídeos y fotos del show han reventado internet. No solo me he despertado famosa otra vez: ahora soy la reina de la provocación, el icono del futuro.

En pocos días llegan contratos de Prada, Gucci, Alexander McQueen, Armani, Balenciaga. Todos quieren que sea embajadora, que preste mi imagen a campañas y, en exclusiva, que firme el diseño de las prótesis de la línea «Kimberly Maldonald».

Los que me dieron la espalda ahora sueñan con tenerme. El escándalo del vídeo ha quedado atrás como un mal sueño. Ángel tenía razón: sabe lo que hay que hacer, ve varios pasos por delante. Su idea de la serie de prótesis ha desatado una tormenta de interés entre el público y las casas de moda. Me ha devuelto la carrera, la reputación; ha puesto el mundo a mis pies, como prometió.

Solo falta que cumpla otra promesa: unir nuestros tres puntos con una alianza de oro y llamarme esposa.

Ojalá a mi corazón le quepa tanta felicidad.

Epílogo

Ángel

La felicidad no se mide.

Ni en largo, ni en ancho, ni en profundo.

No se compra con dólares, ni con euros, ni con *Morris-coin*.

La felicidad con Kimberly Maldonald es infinita.

Lo daría todo por este instante. Ante el altar, ella, de blanco; su mano en la mía, atravesada por la fina línea negra, nuestra «vena del amor», que une los tres puntos: el colgante en forma de corazón, mi nombre tatuado en su muñeca y el canto de la mano, hasta el dedo donde le pongo la alianza. Justo como ella soñaba. La vena del amor, por fin, tiene contorno.

—Os declaro marido y mujer —dice el sacerdote—. Podéis besar a la novia.

La rodeo por la cintura, la inclino hacia atrás, me cierro sobre su boca. Kimberly suelta un pequeño ahogo, sonríe contra mis labios y me responde con un beso largo. El primero que le doy como marido legítimo. Todavía no me creo que sea yo el cabrón afortunado.

—Para siempre, Azúcar Negro —susurro, rozando su boca.

—Ahora unimos los puntos —añado, devolviéndola despacio a la vertical.

—¿En qué sentido? —frunce el ceño, aún sujetando mi mano.

Le hago una seña a Miwei. Desde un lado del altar se acerca el maestro de «La Aguja Negra», la máquina de tatuar preparada.

—¡Ángel! —exclama Kimberly, llevándose la mano a la boca—. ¿Qué estás tramando?

—Los anillos de los dedos tienen que ser eternos, ¿no? —le guiño —. ¿De acuerdo?

—¡Jesús! ¡Sí!

Se me cuelga del cuello, le brillan los ojos. La alzo del suelo; la prótesis —cilindros blancos con flores cromadas color ámbar— se flexiona al unísono con su pierna sana. La hago girar mientras la beso. Está increíblemente guapa. Soy el hombre más feliz del planeta. La unidad de medida de la felicidad se llama Kim.

El tatuador acaba primero el anillo en su dedo y luego pasa al mío. Kimberly no suelta mi mano; sigue cada trazo como si estuviera viendo pintar un cuadro.

—No me creo que hayas desvirgado la piel —dice Justin a mi espalda, dándome una palmada en el hombro con la copa de champán en la otra.

—No es la primera vez —respondo con una media sonrisa.

—¿Cómo que no? —Kimberly me aprieta el hombro, buscando la broma en mi cara. Esta vez voy en serio.

—¿Te acuerdas de la noche de la pedida, cuando elegimos el anillo?

—¿Cómo olvidarla? —Su sonrisa ilumina media iglesia.

—Te dije que tenía una idea… Ayer la hice realidad. Lo retrasé para que la vieras en la noche de bodas.

—¡Ángel! —me regaña, pero se contiene: el maestro está rematando el tatuaje.

—Cien pavos a que se ha pintado la polla —se burla Justin, sin bajar la voz.

—No puedo competir con tu serpiente llena de colorines para Jessie —le contesto.

—Empate a uno, chaval —Justin vuelve a darme una palmada—. ¿Dónde está mi Elfa?

—¡Jesús, Justin! —se ríe Kimberly, negando con la cabeza.

—¿Qué? —finge inocencia—. Aquí todos somos adultos.

—Puaj, tío Justin —Cindy se acerca, frunciendo el ceño—. Das asco.

—Tápate los oídos —Justin la atrapa y le despeina las trenzas.

—¡Ya vale! —Cindy se zafa, se arregla el pelo con dignidad—. Eres insoportable.

—¿Sabéis? —Miwei se estira la americana, sacando pecho—. Yo me casaré con ella. Quedaos con mis palabras.

Sale disparado tras Cindy.

—No tiene ninguna posibilidad —dice Kimberly, divertida.

—En absoluto —la apoyo.

—John lo mata antes —añade Justin, encogiéndose de hombros.

Pero a Miwei le da igual. Los románticos sin remedio no entienden de amenazas.

—¡Mi chico! —Jessie me abraza cuando el maestro apaga por fin la máquina—. ¡Estoy tan feliz por vosotros! —Besa a Kimberly en la mejilla—. Qué guapos, qué luminosos. Seguid así, ¿vale? ¡Prometedlo!

—Lo prometo —sonríe Kimberly—. Como tú y Justin. Como mamá y papá.

La ceremonia termina y empieza la parte no oficial. Para ser «modesta», como dice Kimberly, la boda es todo menos pequeña. Dejó de parecerme modesta cuando la lista de invitados pasó de cincuenta y el presupuesto añadió el sexto cero.

Jessie nos dejó la mansión gratis. Lo que no se hace por el amor de tu vida. Kimberly está deslumbrante, elegante; no me canso de mirarla. El blanco del vestido acaricia su piel; el bajo, con pasamanería de platino y pequeños diamantes, se arrastra por el suelo, y por delante es más corto, dejando ver sus piernas. Sueño con cubrirlas de besos esta noche, arrancarle el vestido y repetir un millón de veces que es mía. Para siempre. Nuestra «vena del amor» latirá hasta el último segundo.

Kimberly lanza el ramo. Las flores lilas y ámbar describen un arco perfecto… y le caen a Cindy en plena cabeza. Ella se había dado la vuelta, rechazando la «estúpida» tradición. El destino opina distinto.

Miwei se lanza a por ella: intento número veinticinco. Ni una copa de champán en la cara a su primer acercamiento enfrió su

entusiasmo. Pobre Miwei… o no tanto: esta vez sale bien. Cindy, por fin, le permite un baile lento.

—No me lo creo —dice Kimberly, sentándose, negando con la cabeza—. ¿Miwei ha bajado sus defensas?

—Un espejismo —la rodeo por la cintura y la siento en mis rodillas —. ¿Nos volvemos nosotros también un espejismo? ¿Nos escapamos? El coche está esperando. —Le beso la muñeca con mi nombre, luego el anular con el tatuaje del anillo, después el hueco del cuello.

—No podemos dejar tirados a los invitados… —inclina la cabeza, pero le tiembla la sonrisa.

—Podemos todo, nena —la aprieto un poco más—. Es nuestro día, nuestra tarde, nuestra noche. Baila conmigo y luego te rapto. Ya te he traído a esta casa en brazos; va siendo hora de sacarte.

La pongo en pie, la invito a bailar. Acepta y la hago girar mientras suena Keshi de fondo. Cerca bailan Justin con Jessie; mi padre Jonathan con su mujer, Selena —creo—; John con Sheila. Miwei con Cindy, sus manos peligrosamente bajas. John tiene un motivo más para preocuparse.

Aprieto a mi esposa contra el torso. Nos movemos bajo los farolillos de papel que flotan sobre nuestras cabezas. Le beso la mano y me embriago con su sonrisa.

—Me encanta quererte —le susurro al oído, hundiendo la cara en su cuello.

—Demúestralo —exhala, enredando los dedos en mi pelo.

—No despiertes a los demonios, Azúcar Negra —murmuro, colando la mano en su cintura.

—No los despierto —su lengua roza mis labios, provocadora—. Los alimento.

Me acerco a su boca; ella me provoca con un beso corto, se aparta, vuelve. Gimo por lo bajo.

—A la mierda el baile —decido—. Te secuestro.

Se ríe, pero no me detiene. La tomo en brazos y la saco del círculo de luz hacia la fuente, donde nos espera el Tesla. Sus chillidos felices me persiguen.

—¿Adónde me llevas? —pregunta, sonriendo, cuando la siento en el asiento trasero.

—La gracia de un secuestro es no saber el destino.

—Qué misterioso… —ronronea, arqueando un poco la espalda—. Enigmático, Ángel… excitante.

—Lástima que el conductor no sea un robot —murmuro, aspirando aire, mientras le aprieto el muslo sobre la tela del vestido.

—Ejem —tose el conductor, atrapando mi mirada en el retrovisor —. Me pidió que le recordara lo del antifaz.

—¿Qué antifaz? —Kimberly se pone en guardia al instante.

—Gracias, casi se me olvida. Esta preciosidad me distrae —cojo una cajita negra del asiento.

—¿Ángel…? —se echa un poco hacia atrás.

—Es un secuestro, ¿no? —abro la caja y saco una venda de seda blanca—. No puedes ver.

—Bueno… —traga saliva, pero no se aparta cuando mis dedos le rozan la cara—. Vale.

Le ato la venda con cuidado; el Tesla arranca. Kimberly deja escapar un suspiro y se recuesta.

—Tranquila, nena… —le rodeo la cintura, la acerco a mí y con la otra mano ajusto el escote del vestido—. No querrás que recurra también a la mordaza.

Niega con la cabeza, se humedece los labios. Sé que está tan nerviosa como yo.

El coche gana velocidad. Mi mano se desliza, casi por inercia, hacia el bajo del vestido; sus muslos se tensan.

—Ángel —me sisea, apretando los dedos en mi pantalón—. ¿Qué haces?

—Acomodarte el vestido para que no se arrugue —bromeo, aunque mi mano se aventura un poco más—. Hoy todo tiene que ir perfecto.

Ella suelta un gemidito ahogado cuando mis dedos rozan piel. No hace falta más. Me acerco a su cuello, beso la curva suave donde late el pulso. Su mano se aferra a mi hombro.

—El conductor… —susurra, medio protesta, medio ruego.

Subo el cristal tintado con un clic.

—No nos ve —susurro pegado a su oído—. Y el resto… que se apañen con la música del motor.

—Jesús… —apoya la cabeza en el respaldo, respira más deprisa.

Podría seguir, pero no quiero que nuestra noche de bodas empiece comprimida en un asiento trasero. La dejo en el límite, a propósito, y me separo un poco.

—Solo quería que olvidaras el mundo un momento —le beso la frente—. Guárdate las ganas. Me hacen falta para luego.

—Idiota… —murmura, entre divertida y frustrada.

El Tesla se detiene. Le echo mi chaqueta sobre los hombros, le quito la venda despacio. Sus pestañas tiemblan. Abre los ojos.

—Pensaba que aquí ya no nos ataba nada —dice, mirando la zona acordonada del puerto—. Derribaste el contenedor, vendiste el terreno.

—Los promotores no cumplieron los plazos. Se cerró el proyecto. El puerto volvió a subasta.

—Pero las obras siguen —señala los edificios medio levantados, frunciendo el ceño.

—En primavera apareció un nuevo propietario.

—Ángel… —entrecierra los ojos, me conoce demasiado—. ¿Sabes quién es?

—Tú también —sonrío—. Ya lo has pillado, mi perspicaz esposa.

—¡¿Lo recompraste?! —abre la boca.

—He decidido construir nuestro Los Ángeles dentro de Los Ángeles.

—«Ángel en Ángel», ¿dónde vivirá Ángel? —se burla, torciendo la boca.

—Sí, soy así de egocéntrico —la agarro por la cintura, la pego a mí; la chaqueta se resbala a la arena—. Me empujas a las locuras. Por ti, todas. —Se me escapa la risa—. Quiero un complejo donde tengas todo lo que desees. Te enseñaré el proyecto y lo destrozamos juntos. Harás todos los cambios que quieras. Un barrio nuevo, gadgets por todas partes, una línea de robots como Roxy. Y allí —señalo la orilla—, un parque con tableaux 3D de tus hologramas. ¿Te gusta, Azúcar Negro?

—Suena genial —me mira, seria y emocionada a la vez.

—Este lugar significa demasiado como para dejarlo podrirse —añado—. No podía perderlo. Quiero que los malos recuerdos se vayan. He derribado lo viejo; levantaremos algo nuevo. Decidamos juntos cómo construir el futuro.

—Lo tienes todo pensado… —la sonrisa le roza los labios. Me aparta el flequillo de la frente—. ¿Cómo he conseguido a alguien como tú?

—Pregúntaselo al corazón —la beso con la pasión que me guardé con dieciocho años.

Se nos corta el aliento. Kimberly me agarra la camisa, me atrae más cerca. El beso se hace más profundo, más lento, hasta los huesos. No puedo soltarla, nunca es suficiente. Este huracán me da vueltas en la cabeza desde hace años.

—Vámonos a casa. Urgente —digo, tirando de su mano hacia el Tesla.

—¿No podemos quedarnos? —pregunta, con esa mirada pícara de siempre.

—¿Dónde?

—El terreno es tuyo, ¿no? —alza una ceja—. Nadie nos impedirá sentarnos junto al océano.

La miro, serio de repente.

—¿De noche, junto al agua? ¿Segura? —Sé cuánto le marcó el accidente. El mar no es fácil para ella.

—Segura —su voz no tiembla—. Has derribado los recuerdos malos. Quiero otros nuevos, buenos. Contigo. —Me tira de la mano. Cedo.— Contigo no da miedo. Tú me empujas a las locuras.

Llevamos casi una hora tumbados en la arena, envueltos en su vestido. Debajo, mi chaqueta; suficiente, porque nuestros cuerpos están pegados, mezclados con la brisa salada. Las olas compiten con nuestra respiración. Le acaricio la cintura, me recreo en su cara a la luz lejana de la ciudad. Sus dedos se enredan en mi pelo movido por el viento. Me peina el flequillo, me besa la barbilla.

—No pensé que pasaría la noche de bodas en la playa con un tipo estirado —dice, con una sonrisita.

—¿Aún me ves estirado? —la empujo con suavidad de espaldas y me cierro sobre ella—. ¿Crees que no soy capaz de locuras? Aquí

tienes la prueba. —Le llevo la mano a mi costado izquierdo.

Se ríe, pero enseguida se concentra.

—¿Qué hay ahí? —Sus uñas resbalan por mis costillas.

—Lo que te prometí enseñarte en la noche de bodas.

Aparta mi mano, levanta el tejido de la camisa y examina el tatuaje reciente: un corazón realista atravesado por una piruleta de acero.

—Azúcar Negro… —susurra, siguiendo el contorno con la yema de los dedos.

—Ajá —sonrío, orgulloso.

—Atraviesa el corazón con una varilla metálica, como la prótesis… —alza la mirada, húmeda—. Como yo…

—Sí —asiento—. Cambié el boceto para que fuera único. La Azúcar Negra única se me ha clavado en el corazón.

—Ángel… —me rodea el cuello y se hunde en mi hombro—. ¿Me haces llorar el día de la boda?

—No sabía que eras tan sentimental. Como tu papá John —bromeo, pero me incorporo un poco para verle la cara. Tiene lágrimas en los ojos—. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Es una locura preciosa —se suena, se ríe entre lágrimas—. Ya que me has hecho llorar, te suelto la mía. No pensaba decirlo hoy, pero es culpa tuya. Estoy embarazada.

—¿Qué? —se me resbala el codo, me desplomo de lado en la arena.

—¡No sé cómo ha pasado! —se defiende enseguida—. Con la boda y tu cuerpo de pecado, se me olvidaron los anticonceptivos.

—¿Segura? —pregunto, con la voz más ronca de lo normal.

—Ayer me hice un test. Positivo. El médico lo confirmará.

—O sea… ¿puede que no? —me aferro a la palabra.

—No lo sé. La semana que viene tengo cita.

—No. —La cojo por los hombros; abre mucho los ojos—. Vamos mañana.

—Ángel…

—No puedo esperar. Mañana quiero confirmar la felicidad. Y luego, a Las Vegas a celebrarlo. Te prometí volver allí contigo por algo grande. ¿Luna de miel y embarazo no son suficientemente grandes?

—¿Tú… no estás en contra? —susurra—. No lo hemos planeado, no lo hemos hablado. A ti te encantan los planes…

—Ven aquí —la cubro con mi cuerpo y la beso para que se le borren todas esas dudas—. ¿Y tú no estás en contra? —Asiente, despacio—. Entonces quiero aumentar las probabilidades del resultado… ahora mismo.

La felicidad puede que no se mida, pero esta noche la siento hasta en las pestañas. Estoy listo para dedicar el resto de mi vida a explorar sus límites, con una única unidad de medida: Kimberly.

Epílogo de la autora

Gracias por leer y vivir conmigo, y con los personajes, esta historia intensa y a veces dolorosa. Sí, hay momentos tristes, pero tú has llegado hasta la última página: has sufrido, te has enfadado y también has sonreído con ellos. Por eso su historia de amor no termina del todo aquí; sigue viva en tu corazón.

Escribo como autora independiente, sin un gran equipo detrás, y por eso lo que sentiste con esta historia vale el doble para mí. Si este libro te tocó de alguna manera, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña.

Escribo para ti. Tú eres mi inspiración.

¡Nos vemos en las páginas de nuevas historias!

Para comunicarte conmigo, enterarte de promociones y descuentos, compartir tu opinión sobre la historia y los personajes o informarte de novedades, puedes visitar mis canales oficiales: https://es.linda-moon.eu

Con mis mejores deseos,

Linda Moon